WILFRIDO LOOR



MANABI

PREHISTORIA Y CONQUISTA



Esta obra está sujeta a licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObrasDerivadas, 3.0 Ecuador (https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/ec/). Se permite la reproducción total o parcial y la comunicación pública de la obra, siempre que no sea con finalidades comerciales y siempre que se reconozca la autoría de la obra original. No se permite la creación de obras derivadas.

WILFRIDO LOOR

MANABI

PREHISTORIA

DESCUBRIMIENTO

EDITORIAL LA SALLE
QUITO - ECUADOR
1956

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1551
QUITO
CANJE
GUAYAQUIL

PREHISTORIA

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1826
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA
OMNIUM
FUNDADA EN 1826
QUITO

Antigüedad del Hombre

Entrada del hombre al Ecuador

Si los primeros hombres que entraron al Ecuador vinieron por mar o por tierra, del norte, del sur o del oriente, difícil es averiguarlo y quizá será para siempre un problema insoluble. Pero de una cosa no dudan los entendidos en estas materias, que el Ecuador estuvo habitado desde mucho antes de la era cristiana.

Mas, ¿lo estuvo también durante la época cuaternaria? De esto no hay pruebas ciertas, pero sí bastantes presunciones para asegurarlo.

El esqueleto de mastodonte hallado en 1928 al norte de Alangasí a 2.570 metros sobre el nivel del mar, a tres metros de distancia de un antiguo cauce y a un metro de profundidad bajo el lecho, junto a utensilios y con señales de haber habido fuego al rededor, ha conducido a variadas opiniones. Fr. Spillman y Max Uhle afirman que ese mastodonte es relativamente moderno; el primero no lo clasifica siquiera como mastodonte andium, sino como una especie aparte que él llama mastodonte postremus, y los dos investigadores están conformes en que los utensilios humanos son contemporáneos del animal y que éste ha vivido por la época de la cultura de Chaullabamba del Azuay. Jijón no cree en esa supervivencia del animal hasta una época en que podemos llamar his-

tórica, y dice que el mastodonte murió atascado en el pantano siglos antes que el hombre habitase la región, que los objetos humanos pertenecen a la cultura de panzaleo y no pueden ser anteriores al año mil de nuestra era, y que se juntaron al animal por derrumbe, acarreo u otro motivo; que lo que parece fuego no son sino vegetales caídos en el pantano que al corromperse en la humedad han tomado el aspecto del carbón. Este último modo de juzgar nos parece más conforme con la verdad, pero los tres investigadores están acordes en no dar mayor antigüedad a los utensilios hallados junto al esqueleto del mastodonte.

Otro hecho que ha dado motivo a discusiones, es el cráneo humano hallado en 1923 por H. E. Antony, en la quebrada de Chalán, en Punín, junto a fauna pleistocena cuaternaria. El cráneo que se halla ahora en Nueva York es tenido por Luis R. Sullivan y Milo Hellman como que pertenece probablemente a la raza de Lagoa Santa (Brasil), la más antigua que se conoce en la América del Sur, y agregan que lo bajo de la bóveda craneana y de las órbitas, lo corto de la cara y la nariz le dan caracteres semejantes al de las razas de Tasmania y la llamada patagón o austroloide. Jijón dice que ha examinado personalmente el cráneo y que sus huesos están menos fosilizados que los de los animales cuaternarios hallados junto a él, lo cual manifiesta la no contemporaneidad de unos y otros; es posible que el cráneo haya sido llevado al lugar donde se lo encontró por una de las crecientes de la quebrada de Chalán. Dado el tipo patagón o australoide del cráneo pudiera ser que correspondiese a la época cuaternaria, pero no hay pruebas suficientes para afirmarlo.

El hombre americano vino de Europa

Es cierto que el hombre entró al Ecuador por mar o por alguno de los países vecinos. ¿Pero ese hombre de dónde vino a su vez? En otras palabras

¿de dónde procede el indio americano? El problema es irresoluble hasta la fecha, pero el espíritu humano en su afán de investigación no se rinde ante los obstáculos, y va haciendo cada día más luz.

La leyenda de la Atlántida, de que nos habla Platón en el Timeo, la Medea de Séneca que no es sino una adaptación romana de la misma leyenda griega, y el mito de las columnas de Hércules son quizá recuerdos lejanos de haber existido en tiempos anteriores un continente o una gran isla al oeste de Europa, isla o continente posteriormente desaparecidos.

Zárate y Gomara fundados en aquella leyenda creen que los habitantes del Mediterráneo llegaron a la Atlántida antes que ésta se hundiese, que de aquí pasaron a las islas de Barlovento y luego al continente americano. Cordilleras que se hallan hoy bajo el Atlántico en tiempos anteriores pudieron ser tierra firme.

Wegener, con su teoría de las traslaciones, afirma que la Atlántida es la misma América que estuvo un día junto a Europa, y de donde lentamente se ha ido retirando con los hombres que la habitaban. El P. Lejay del Observatorio de Zi-Ka-Wei (China), con ciertas modificaciones, se ha hecho defensor de esta teoría. Hasta se afirma que el Atlántico en una época no existía y que las aguas del Amazonas se derramaban sobre el Sahara.

El P. Acosta y con él otros cronistas tienen por fábula la existencia misma de la Atlántida.

Otros dicen, que el Atlántico pudo ser atravesado sin necesidad de hacerlo más angosto en épocas remotas. Los navegantes caldeos, fenicios o cartagineses llegaron en sus correrías hasta Las Canarias, y las corrientes oceánicas que desde estas islas van a dar a Venezuela los trajeron a tierra de América. Esto explicaría el hecho de que América del lado del Atlántico haya sido más antiguamente habitada que del lado del Pacífico, aunque las grandes civilizaciones precolombianas florecieron en las costas de este último.

Dicen muchos que los noruegos y dinamarqueses, cuando eran los dueños del mar del norte, tenían establecido comercio con Islandia, Groenlandia y Canadá. A estas comunicaciones se debe quizá que el groenlandés es el único idioma americano de indudable origen europeo, pues no parece ser sino un dialecto del idioma de Finlandia.

El sabio explorador ártico Dr. Vilhjamur Stefenson asegura que América fue descubierta siete siglos antes de 1492, que el descubridor fue problablemente irlandés y clérigo, y que en el Vaticano existe una carta escrita por un monje irlandés el año 820 donde se habla de una colonización irlandesa en Islandia y Groenlandia.

Los normandos, dicen otros, antes del año mil habían fundado en las heladas tierras del norte de América dos ciudades, diez y seis iglesias, varios conventos, numerosas aldeas y llegaron en sus correrías hasta Masachusets.

No falta quien afirme como indiscutible ante la historia, que en el siglo X llegó a las costas de México un náufrago, misionero islandés, que por su cultura y por su ciencia se impuso ante el pueblo y éste lo catalogó en el número de los dioses. Este personaje es Quetzalcoatl, quien enseñó el significado de la cruz, tan frecuente en México precolombino y que ha sido objeto de tantos comentarios de parte de los eruditos, atribuyéndole unos origen cristiano y dándole otros procedencia budista.

Muchos creen que la leyenda de Santo Tomás difundida en el Perú tiene en Quetzalcoatl su fundamento. Betanzos afirma que este misterioso personaje apareció por primera vez en Manabí, que se llamaba Tanapa y que la tradición es común a numerosas tribus de América.

Otros aseguran que los mismos españoles fueron los fundadores de la América precolombina, y refiriéndose a Manabí, Rocha dice que los caras que fundaron Caráquez eran los primitivos españoles de Tubal, lo que comprueba por la similitud del idioma,

porque las costumbres de éstos son parecidas con las de aquellos y porque en España hubo desde tiempos antiquísimos la ciudad de Caracas. Brasseur de Barburg dice que los carios de Europa, los caribes de las Antillas y los caras del Ecuador son el mismo pueblo, y lo confirma en esta opinión el hecho de hallarse en América los mismos nombres que los carios dejaron en Asia.

Un señor López consagró todo un libro a probar que los indios americanos son descendientes de los vascos, porque de no serlo sería inexplicable la analogía de muchas lenguas indígenas con el vascuence. Citaremos **chichi**, carne, y **taita**, padre, que tienen el mismo significado tanto en quechua como en el idioma vasco. No falta, claro está, quien diga que estas voces fueron introducidas con la conquista y que las lenguas de América no tienen parecido con las de Europa, a excepción del groenlandés. Esta falta de parentesco probaría que la entrada del hombre a América es muy antigua.

El hombre americano vino de Asia

Más seguida es la opinión de que fue Asia el lugar de donde vinieron los primitivos habitantes de América, sea por el Pacífico, arrastrados por la corriente de Kurosiwo que aun hoy arroja desperdicios asiáticos a las costas de California, sea por Alaska, en ese entonces quizá no cubierta por eternos hielos y no separada aun por el mar del viejo continente. El mundo ha pasado por muchas fases de frío y de calor, tierras ahora estériles fueron antes fértiles y viceversa. Homero en sus poemas nos dice que en Grecia había bosques de abetos, que hoy no prosperan por lo caluroso del clima. En el libro de Josué se pinta como fértil la tierra prometida, hoy tostada por el sol y cansada por el cultivo de cien generaciones. Ambos hechos históricamente ciertos, muestran que en ese entonces era menos cálido el clima de Grecia y el

Asia Menor y que el frío, y como consecuencia la mayor humedad, llegaba más cerca de los trópicos. En cambio se hallan restos de animales, cuando el hombre ya existía sobre la tierra, en lugares donde hoy el clima por demasiado frío no permite ya su existencia. Nada tiene en consecuencia de inverosímil que Siberia y el norte de Alaska no hayan estado cubiertas por eternos hielos cuando el hombre, en un período interglaciar, pasó del viejo al nuevo continente.

Arias Montano afirma que Ofir en hebreo es Perú al revés, y que en muchas ocasiones cuando la historia sagrada habla de Ofir se refiere a América. Le aseguró en esta opinión el hecho de que Ofir es hijo de Yoktan, recuerdo perpetuado en la península de Yucatán.

En documentos chinos se hace referencia a un viaje de sacerdotes budistas a América mil años antes de que la descubriese Colón, y se habla de muchas otras migraciones de que no sólo se conservan recuerdos sino hasta itinerarios.

Guigres ha llegado hasta a afirmar que el Fu-Sang de los chinos es nada menos que México. La circunstancia de haberse hallado quipos peruanos en México y China muestra quizá el camino seguido por las migraciones, y confirma la opinión el hecho de que son parecidos los libros mayas y los chinos en el formato, en el tipo cuadrado de los signos y en que en ambos se lee de arriba abajo y de derecha a izquierda.

Menaseh-ben-israel, a principios del siglo XVII, dice que según un libro apócrifo, las diez tribus llevadas cautivas por Salmanasar en tiempo del rey Oseas, acordaron pasarse a una región remota para guardar allí su ley. Esa región remota, afirma, es América. Y prueba el aserto por costumbres similares de americanos y judíos. Así, los indios de Yucatán, Acuzamil, totones y mexicanos se circuncidaban, como lo testifican Román y Gomara; Huainacápac rompe sus vestidos al recibir una infausta nueva, en la misma forma que lo hizo Jacob; los peruanos guar-

daban el fuego sagrado en los templos del sol, y los mexicanos y los totones hacían lo mismo en sus altares en cumplimiento de lo ordenado por Dios en el Levítico; en Nicaragua estaba prohibida la entrada de las mujeres recién paridas a los templos hasta que se purificasen; en Nueva España se castigaba gravemente el pecado nefando como entre los judíos y se celebraba el jubileo de 50 en 50 años; el sábado era día festivo en que todos debían asistir a los templos a las ceremonias y sacrificios en honor de los dioses; en Perú, México y Guatemala casaba el hermano con la esposa de su hermano difunto; en fin, la tradición afirma que muchos edificios famosos entre los incas habían sido trabajados por hombres blancos y con barbas.

Si Menaseh hubiera leído la relación del primer viaje de los españoles a las costas manabitas habría visto, que allí se dice que los indios tenían un habla como arábigos y rostros como judíos, y es indudable que la nariz de un indio de Manta, como puede vérsela en los grabados de las ruinas y aun en hombres de hoy en día, en nada difiere de la de un tipo de raza judía. Agreguemos el cultivo del algodón, originario de los hebreos, que los españoles hallaron en México y en el Perú.

Se afirma también que ciertos chinos traídos a fines del siglo XIX, a trabajar en el norte de Chile entendieron, con gran facilidad el lenguaje de los indios, porque era muy parecido al suyo. Como consta que los indios de Chile en épocas anteriores a la conquista hacían excursiones a las islas lejanas, no es difícil que hayan venido migraciones asiáticas por el cordón de islas de la Oceanía. En las islas de Pascua se hallan estatuas de considerables dimensiones, que algunos aseguran son obra de los indios del continente.

De evidente influencia oceánica son el propulsor, la hamaca, la cerbatana, el tambor de señales, la flauta de pan, la porra de cabeza estrellada y la semejanza de las lenguas. Contra las hipótesis de inmigraciones europeas, judías o egipcias se alega que los indios

no conocían la rueda, el hierro, el vidrio, el trigo, lo que quizá no es argumento porque la inmigración puede ser muy antigua, antes de esos descubrimientos, y porque pudieron haberse olvidado, si los pueblos pasaron algunos siglos en terrenos accidentados donde la rueda no presta utilidad alguna, no hay minas para beneficiar el hierro y el vidrio, y el clima no es propicio para que crezca el trigo; y perdido el recuerdo, los inventos se perdieron aun vuelto el pueblo a terrenos de condiciones diversas. Cuando hay falta de escritura pocos siglos desfiguran el pasado a poco que cambien las condiciones de vida, y es infantil para explicar analogías oceánicas, suponer con Rivet inmigraciones a América por un imaginario continente antártico ha seis mil años.

Lo poco que se sabe

En el estado actual de los estudios pre y proto históricos no podemos decir aun la última palabra sobre migraciones. Los hechos que se aducen en los testimonios precedentes, con mayor o menor exageración suelen ser ciertos, pero no así las conclusiones que de allí se sacan. La primera entrada del hombre a América permanece aun en el misterio. Sólo se sabe que es muy antigua por los fósiles, por el poco parentesco de su idioma con el de otros continentes y por la luz que arroja el calendario maya, de una perfección que asombra. Morley fue el primero que confrontó cuatro fechas mayas con cuatro fechas cristianas y pudo establecer así la base de la cronología americana. La figurilla de Tuxtlá que representa al Dios pájaro y que es una pequeña estatua de piedra nefrítica que se conserva en el museo nacional de EE. UU. tiene una inscripción maya que corresponde al año 96 antes de Jesucristo. La expedición de Eidrid I. Johson halló en la primavera de 1931, en los bosques de Guatemala, en los sitios de las antiquísimas ciudades mayas, varias esculturas de piedra y en una de

ellas seis fechas, dentro de un período de ocho años: una de esas fechas parece corresponder al 2 de diciembre del año 757 antes de Jesucristo. Por aquí se puede avanzar mucho, pero no todo es descifrable. En América Central y en Yucatán hay cientos de inscripciones, y México abunda en jeroglíficos, que están aguardando otro Champolion que los interprete. Ellos quizá descifren un día problemas hoy irresolubles.

Hasta hace poco, de los jeroglíficos mayas sólo eran descifrables las fechas y ciertos signos astronómicos; pero el profesor William Gastes ha descubierto (1935) un libro de fines del siglo XVI que contiene 40 palabras o frases de fonética maya con su correspondiente traducción española. Si se llega a hacer luz en la lengua maya podrá aclararse algo el misterio de las 800 y más ciudades en ruinas de sólo la República de Guatemala. Los últimos descubrimientos de la expedición Carnegie han dado a la ciencia 27 nuevas fechas mayas.

Los trabajos de Joseph Goodman, Ernst Fortsmann abrieron el camino a la investigación de la cronología; el libro "La relación" escrito por el Obispo Diego de Landa y descubierto en Madrid tres siglos después permite conclusiones más acertadas sobre los jeroglíficos mayas. Los principales trabajos en las ruinas de Chiche-Itza principalmente van haciendo cada día más luz. Esperemos. Que Asia influyó sobre América parece cierto; pero el tipo del indio americano con la gran nariz característica del arte maya tiene poco parecido con el tipo del oriente asiático. Además, está comprobado que antes de florecer las antiquísimas civilizaciones mexicanas y peruanas se hallaba extendida por toda América, de Canadá a la Argentina, cierta cultura uniforme que se ha convenido en llamarla arcaica y en la que los eruditos suelen distinguir tres razas: pampeana, andina y caribe; de esta última proceden las civilizaciones, maya, nahua, cara, de muy notable influencia en el Ecuador sobre todo en la costa.

Para muchos sabios esto es un enigma. ¡La hu-

manidad antigua menos diferenciada que la humanidad actual! Bastián para explicarla ha ideado la teoría llamada de "los pensamientos originales", que consiste en afirmar, que en un momento dado de la evolución el hombre produce iguales inventos e idénticas instituciones sociales. Tal doctrina no merece ni los honores de la refutación. Es una de esas lucubraciones materialistas que entusiasman un momento y caen luego en el olvido.

Explicación de las analogías

Las analogías del indio americano con las civilizaciones de los otros continentes sólo prueban un origen común, y que al separarse de algún grupo humano se llevaron consigo recuerdos de la Religión y costumbres primitivas. Así se explica el por qué mientras más subimos en el origen de los tiempos hallamos mayor unidad en la raza y en la cultura. Los sabios se hallan sorprendidos al ver la pasmosa similitud entre las civilizaciones mexicana y egipcia. En las obras esculturales de Atenas, Roma, Perú, México se ve cierta uniformidad. Solieman al descubrir las ruinas de Troya halla vasos y hasta ídolos de piedra que se creería pertenecen a la civilización peruana. En las ruinas de Jaramijó (Manabí) hemos visto figuras de barro que semejan reyes asirios. La flecha, la estólica, o tiradera usada como arma en los pueblos precolombinos han sido común en Europa y Asia en los tiempos primitivos.

El respeto a las vírgenes que mantiene vestales en Roma y Perú; el templo, el altar y el incienso común a América y al resto del mundo; la idea de virtud, la creencia en la inmortalidad del alma, el recuerdo del diluvio, de los ángeles rebeldes y otros pasmosos hechos hallados en el Nuevo Mundo, a los más ciegos están hablando de un origen común y de un culto primitivo que fue igual para todos los hombres.

El estudio comparativo de las religiones que se inició para combatir al cristianismo ha venido a ser la más brillante confirmación del dogma católico. El sacrificio común a todos los pueblos reconoce una culpa, una divinidad ofendida por la culpa y una víctima inocente que satisfaga. El bárbaro sacrificio de los niños en México es una brillante confirmación de este hecho, y en esto estriba todo el fundamento del dogma católico, con la diferencia de que entre los paganos esa víctima inocente es un niño, una virgen, un hombre y en el cristianismo es Jesús. El hallar extendida esta creencia fundamental en todas las religiones, en todos los pueblos de la tierra es algo inexplicable sin una tradición común y primitiva. En América se conservaba hasta el recuerdo del nacimiento del Redentor de una madre virgen, predecida muchos siglos antes por Isaías, y de que es un precioso testimonio el mito incaico de la bella Cavillaca que concibe del rayo.

Las investigaciones históricas van probando cada día mejor, que a medida que más se sube en el origen de los tiempos hay menos diversidad de ídolos. Así se manifiesta en Roma, Atenas, Persia, Egipto, etc., en cuantos casos es posible este examen; porque cuanto más a lo antiguo dirijamos nuestras miradas, estamos más cerca del origen de la humanidad en que reinaba la creencia de un Dios único.

Un enemigo de la Religión, Howit, famoso investigador de las tribus más primitivas de Australia, encuentra en ellas un monoteísmo de época muy antigua, para él inexplicable.

Y lo que pasa con la Religión pasa también con las costumbres: son más puras a medida que más se sube al origen de los tiempos; llegan, por regla general a su mayor degradación por la época de la era cristiana y vuelven a mejorar con la introducción del cristianismo. En la primera época de la República Romana no hubo un solo divorcio en varios siglos, no obstante estar permitido por las leyes, y por la época

de los emperadores la degradación de las costumbres llegó casi a suprimir el matrimonio.

Edad cuaternaria

Los sabios habían creído que el hombre entró en América en el período neolítico; pero los últimos descubrimientos y estudios de Capedeville, en Taltal, al norte de Chile, parecen contradecir la tesis y fijarla en el período paleolítico.

A conclusiones ciertas difícil es llegar, no imposible, pero la antiquísima raza sud-americana de Lagoa Santa, parece pertenecer al último período cuaternario y corresponderse en Europa con las culturas Auriñaciense y Solutrense.

El esqueleto humano fosilizado de estas culturas muestra mucha semejanza con el esqueleto de los otros continentes de la misma época; y conviene observar que esta semejanza es mayor cuanto más antigua es la cultura, como para demostrar que antes era menos grande la diferencia de razas humanas que ahora, porque estaba más cerca del tronco común. La ciencia materialista en su afán de probarnos que el hombre desciende del mono por ley de la evolución, está en definitiva acumulando materiales para probarnos un día, de modo plenamente científico, que el hombre desciende de Adán.

El hombre de la cultura Lagoa Santa era de cultura muy primitiva, pero no hay derecho a considerarlo salvaje o semi-salvaje, como algunos quieren concluir por obedecer a teorías preconcebidas. Aquello del salvajismo de la humanidad en sus comienzos es un mito seudo-científico como tantos otros.

Históricamente está averiguado que en el arte y en la concepción filosófica, es decir, en lo más estimable de la imaginación e inteligencia humana el hombre antiguo es superior al moderno. Homero y Aristóteles serán de esto perpetuo testimonio. Y los descubrimientos modernos están comprobando que antes

de Homero florecía en Grecia una cultura admirable, que por desgracia no es aun dable reconstruir. Por lo que respecta a América, Otto von Buchwald dice: "En la América prehistórica estamos en presencia de un cuadro de decadencia". Y la frase es verdadera, porque cuando se contemplan las antiguas ruinas de México y el Perú, el más empedernido en teorías científicas trasnochadas ha de concluir que esos pueblos eran mucho más civilizados que los aztecas y peruanos que hallaron los españoles por la época de la conquista.

El estudio de las ruinas viene comprobando que el arte maya de esculpir en piedra, siete siglos antes de Jesucristo, no ha sido superado por el indio americano precolombino.

Convengamos en que el hombre anterior aun a esas antiquísimas civilizaciones, el hombre de las cavernas, se vestía de pieles de animales o con corteza de árboles; que el uso de los metales le era desconocido, y que con piedras se defendía de las fieras; que las inclemencias del tiempo le daban aspecto de animal feroz, porque el pelo de su piel le crecía tanto como el de su cabeza al extremo de, ya en época histórica, confundir Jacob la piel de su hijo Esau con la piel de un cabrito. Pero todo esto ¿da derecho de considerar salvaje a ese hombre primitivo? De ninguna manera. Su inteligencia era quizá más poderosa que la nuestra; no gozaba como nosotros de la herencia de tantos siglos de cultura; probablemente no conocía ni el uso del fuego y se alimentaba de carne cruda, pero llevaba como nosotros la idea del progreso y la idea de virtud. El descubrimiento de la escritura fue un hecho más asombroso que nuestros descubrimientos del telégrafo, del teléfono y del radio; la fabricación del primer cuchillo de metal fue más útil para el hombre de ese entonces que el invento del vapor para el hombre de ahora; el arte de hacer los vestidos de lana y algodón trajo mayores beneficios

que la multiplicación de nuestras fábricas de tejidos. Nosotros en ese medio quizá no hubiésemos hecho tanto, quizá hubiéramos perecido de desesperación o hubiéramos retrogradado al salvajismo. Para no hacernos ilusiones, veamos lo que sucede en grupos humanos de hoy que han olvidado su herencia cultural. Si nos arrojaran por el momento a una isla desierta, nosotros, tan orgullosos de nuestra civilización, seríamos de seguro menos ingeniosos que ese hombre primitivo de quien nos burlamos.

Cuando vemos que la ciencia moderna llama salvaje a ese hombre primitivo por sus rudimentarios medios de cultura, nos parece estar viendo a un sabio o semi sabio de nuestros días que se cree superior a Moisés y a Platón porque estos no conocían el aeroplano ni se alumbraban con luz eléctrica.

Es un mito el hombre de entendimiento casi bestial, imaginado por la ciencia materialista. Los esqueletos humanos considerados como más antiguos, como el sinantropus de China, el kurnai de Australia, nos dicen que ese hombre tallaba la piedra, conocía el uso del fuego y creía en la otra vida como lo indican sus costumbres funerarias. Y salvajes hay ahora que no saben labrar la piedra, es decir, son menos hábiles que ese hombre a quien un estudio superficial lo había llegado a colocar muy cerca del mono.

La historia de la humanidad: griegos y romanos en Europa; las civilizaciones de Asiria, Babilonia, Mesopotamia en Asia; Egipto en Africa; mayas en América, nos están diciendo que es falsa la pretendida ley de que el hombre es más perfecto a medida que avanzan los siglos; se confunde la capacidad cultural con el aporte cultural. No hay mayor inteligencia en el hombre civilizado de hoy que en el hombre de las primeras edades: lo que hay es mayor aporte cultural hereditario.

Además, en muchas observaciones hay más orgullo que verdad: el europeo tiene por inferior al chino y el chino tiene por inferior al europeo; nosotros tenemos por inculto a un hombre que vivió tres mil años

antes de Jesucristo, v. g.; pero ¿sabemos el concepto que ese hombre se formaría de nosotros si nos viese? Al fallar en nuestro favor somos juez y parte. Nuestro mayor aporte cultural, que el hombre primitivo gustoso lo reconocería, nada tiene que ver con la capacidad intelectual, porque la inteligencia no está en el radio, la electricidad, el aeroplano, sino en nuestra alma, y dada la unión con el cuerpo se manifiesta en mayor o menor grado según la conformación de las células cerebrales.

Edad del hombre sobre la tierra

¿Cuánto tiempo tiene el hombre de habitar sobre la tierra? La Biblia da la edad de algunos personajes desde Adán y Eva, pero como no siempre va de padre a hijo, sino que del ascendiente pasa al descendiente que puede ser nieto, biznieto y aun interponerse varias generaciones, los cálculos han sido variadísimos y se cuentan por centenares las divergencias de opiniones entre los católicos. Los antiguos solían fijar en seis mil años poco más o menos la primera aparición del hombre sobre la tierra; pero los modernos la extienden a mínimum no inferior a 15 mil años, porque en menor tiempo no creen factible explicar la diferenciación de las razas humanas, y también porque los conduce a ese resultado el examen de los terrenos en donde se han hallado esqueletos del hombre primitivo. Con todo, bueno es observar, que las razas o la modificación del hombre por el medio geográfico no exige gran tiempo que digamos. Boas ha demostrado que los índices craneométricos de los inmigrantes a los Estados Unidos se modifican en el transcurso de pocas generaciones, asemejándose en algo a los de las poblaciones autóctonas. Los negros africanos en los pocos siglos de vivir en Estados Unidos han perdido algo de su color y mucho del almizcle propio de su raza. Y en tiempos anteriores esta diferenciación sería mayor por el aislamiento en que el hombre vivía, por

la defensa contra el medio y aun por las condiciones distintas del planeta.

Sabios que hablan sin pruebas, y multitud de ignorantes o semi-letrados que repiten lo que han oído o leído, sin cerciorarse de la verdad, aseguran que el hombre lleva sobre la tierra cientos de miles y aun millones de años. Este aserto en nada contradice la Biblia, la que no tiene propiamente cronología, pero está en completo desacuerdo con la ciencia moderna.

Florentino Ameghino hace nacer al hombre en la pampa Argentina, lo pone sobre la tierra desde los tiempos terciarios y le da por antecesores al prothomo, diprothomo, tetraprothomo, collensternum, antropomorfus y paleantropomorfus. Para su desgracia se atrevió a dar a estas fantástica divisiones, y clasificaciones forma científica, y los esqueletos por él examinados, con mejor estudio han resultado de hombres relativamente modernos. Su teoría ha pasado al olvido como una de las tantas aberraciones humanas.

El evolucionismo que hace nacer los seres superiores de los inferiores es una teoría en completo desacuerdo con la ciencia. Hoy en día tiende a abandonársela en el terreno científico, por la sencillísima razón de que, si es verdad que hay gradación de animales inferiores a los superiores, no es menos que dentro de esta gradación la especie es fija y hasta la fecha no se han encontrado fósiles intermedios.

Si el transformismo fuese una verdad, era muy natural que los fósiles intermedios fueran abundantes, más abundantes aun que las especies fijas, porque por los mismos testimonios de los defensores de la evolución tiene que haberse verificado el cambio en el transcurso de miles y aun millones de años. Y estos fósiles no existen; hay sólo variedades, y las existentes v. g. entre el caballo fósil y el caballo actual, el elefante fósil y el que vive en nuestras selvas y así de otras especies son menos diferentes que las que hoy pueden indicarse entre dos razas de perros grande y chica. No les queda más salida a los partidarios de la evolución que afirmar que el cambio se ha verificado

por saltos bruscos, en cuyo caso estamos más cerca del creacionismo que del evolucionismo.

Si la evolución sigue aun en pie en el campo de de la ciencia, es sólo por el deseo del hombre moderno de explicarse los fenómenos naturales sin recurrir a causas extraterrenas, deseo muy laudable mientras no invada campos de la filosofía y otras asignaturas donde la investigación se rige por otros métodos.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1826
QUITO

Los Mantas

Influencia maya

Los Mayas que poblaban la península de Yucatán dieron origen a un remoto y universal movimiento civilizador americano que habla elocuentemente en las piedras de las ruinas, en los objetos de la cerámica y en multitud de otros artefactos: eran un pueblo braquicéfalo o de cabezas cortas; poseían el arte de escribir y un calendario relativamente perfecto, dividido en períodos de 400 años, katunes de 20 años, cada año 18 meses, cada mes 20 días: el reajuste se hacía a lo que se cree cada 52 años. Este calendario con los jeroglíficos es lo que ha permitido reconstruir en alguna forma la prehistoria.

Los Mayas labraban con primor la piedra y construyeron, parece que en el siglo IV, las grandes ciudades de Copán, Quirigua y Palenque, y en épocas anteriores y posteriores multitud de otras poblaciones de las que apenas se conserva el recuerdo en las ruinas.

Pueblo tan culto no pudo aparecer de repente. Muchas civilizaciones le precedieron. Los restos de antiquísimas poblaciones en Cartagena y Santa Marta sobre el mar de las Antillas, en ciertos lugares de Estados Unidos y el Brasil sobre la costa del Atlántico, en las costas de Trujillo sobre el Pacífico, en Taltal, en las orillas del lago Titicaca, elocuentes testimonios

son de la lucha por la vida del hombre americano, de las diversas fases culturales por las que debió pasar antes de constituirse en pueblos de la grandeza de los Mayas.

En la costa del Pacífico hubo primero una civilización primitiva que conoció ya el arte de los jeroglíficos, de que según Humboldt hay testimonios en ruinas muy antiguas; tras esa cultura vino otra llamada arcaica que se extendió por todo el territorio americano con una universalidad que es el asombro de los sabios de hoy. De esta cultura arcaica surgió al norte el pueblo caribe, que dio origen a muchas civilizaciones del continente mejicano y centroamericano, una de las cuales es la maya.

Los Mayas en el cultivo de la tierra quitaban el humus del suelo por el incendio practicado en su superficie, en igual forma como aun hoy se acostumbra en los llamados desmontes en Manabí. Se cree que el procedimiento a la larga traía esterilidad en los campos, lo que obligaba a buscar nuevos terrenos para las labores agrícolas. Sea por este motivo u otros, o por el crecimiento vegetativo de la población, lo cierto es que los mayas desde Yucatán se fueron extendiendo por los territorios vecinos, y cuando otros pueblos les cerraron el paso o el cultivo no les resultó propicio, se fueron por mar en busca de otras tierras y arribaron a las costas de otros países habitados o no, y dieron nacimiento a las civilizaciones mayoides centroamericanas, y a las suramericanas de San Agustín en Timaná, Colombia, de Esmeraldas, Manabí, Cañar, Carchi en el Ecuador; nazca y chimu en el Perú, y otras. En este bajar de la cultura de norte a sur, Jacinto Jijón sobre un estudio de las ruinas de Manta y Lima concluye que la tercera ola cultural de la primitiva población mantense se corresponde con la primera ola en Lima de la misma cultura.

Uhle no duda en afirmar que fueron numerosas estas migraciones a la costa ecuatoriana y peruana, y agrega que las de más puro tipo maya salieron de la península de Nicoya al norte, y las de tipo menos pu-

ro de allí al sur; que a Manta llegaron las primeras lo deduce del testimonio de sus ruinas, entre otras unas columnas que parecen no formar parte de edificios, sino que han servido para sostener estatuas, y son casi idénticas a las halladas en las excavaciones de Nicoya (Nicaragua).

Por regla general, cuanto más al sur van las migraciones más van perdiendo de su pureza primitiva, quizá por esto opinan muchos, que por lo menos en trabajos de cerámica, el tipo maya es más puro en Esmeraldas que en Manabí, aunque en el arte de labrar la piedra la cultura mantense sea inmensamente superior.

Que la inmigración vino preferentemente por mar parece indudable, porque aun cuando el tipo maya no se halla puro en parte alguna de Sur América, con todo suele ser más puro en las costas que en el interior, como indicando el camino seguido por el pueblo que trajo esa cultura.

Para muchos no son explicables por sólo motivos económicos los numerosos testimonios mayoides en las culturas suramericanas y han supuesto, parece con justicia, que han influido principios religiosos, gracias a los cuales aun razas distintas se han guiado por normas culturales iguales.

Donde más abundan los restos de la cultura maya es en la costa seca del Ecuador, en Perú y Chile, pero se ignora si en tales lugares se agrupó la población de modo más denso por la mayor salubridad del clima o por ser muy semejante al de la costa occidental de México o, lo que es más probable, si la mayor abundancia de restos proviene de haberse conservado mejor en el transcurso de los siglos a consecuencia de lo seco del ambiente y hasta de lo poco habitado de dichos lugares, porque la no fertilidad de las tierras obliga al hombre a vivir de la pesca o del comercio.

La influencia maya en Manta y otros lugares de la República se manifiesta en varias formas. Otto von Buchwald cita entre los artefactos las características ollas de trípode y ciertas hachas de grandes di-

mensiones que no tienen señal de trabajo y se cree han sido objeto de culto. De influencia maya son también el hermoso labrado de las piedras, los brazos cortos, las cabezas de serpientes, las conchas de uso supersticioso halladas en las sepulturas, las botellas de cuello angosto, los vasos que en la forma de su construcción expresan figuras de hombres o de animales, los rondadores de barro, las caras humanas cuadradas y grandes, las estilizaciones típicas, la decoración de los vasos por el pulimento de la superficie fresca, el lustre finísimo de los vasos, el característico negro de las ollas, los tableros para casillas de juego, etc.

Aunque todo esto, incluso la llamada pintura negativa, adquiere formas peculiares propias de cada pueblo, con todo su primitiva procedencia está en Yucatán y Centro América. González Suárez ya lo decía, y Buchwald conviene en que el parecido es evidente, pero agrega que el trabajo de Manabí es más primitivo, más arcaico y menos polieromo que en Centro América.

Sobre la época en que floreció la cultura maya en Manta, el señor Jijón es el que ha lanzado hipótesis más dignas de ser tomadas en cuenta. Por desgracia no publicó aun sino extractos demasiado incompletos de sus metódicas excavaciones en este lugar, que harían mucha luz en el campo de la prehistoria: la muerte dejó en olvido muchas de sus investigaciones.

Max Uhle dice haber hallado en Manta restos de cerámica correspondiente al estilo del primer imperio maya, y deduce que a Manabí llegó la tercera ola mayoide por el año 500 de nuestra era. Reciente parece la fecha y no creemos se pueda explicar con ella la sucesión de las diversas culturas posteriores. El sistema de migraciones que expone, en general es acertado, pero en sus pormenores parece tan arbitrario que un conocedor de estas materias ha dicho, que el Dr. Uhle ha descubrierto un sistema regular de buques de vapor entre Centro y Sur América en aquellas remotas épocas.

Otras influencias

González Suárez dice que cuando el hombre entró por primera vez al Ecuador, ciertas regiones de Colombia y aun del Perú y Chile estaban ya pobladas. Difícil parece que el hombre, viviendo al norte y al sur y aun al oriente porque la hoya amazónica parece ser un territorio muy antiguamente poblado en América, como que hubiese dejado expresamente nuestro territorio para poblarlo el último. En el estado actual de los estudios arqueológicos toda opinión en esta materia es aventurada, y aun la existencia de ruinas es criterio poco seguro; porque una cosa es no hallarlas y otra que no existan o que hayan desaparecido en el curso de los siglos por la acción de los mismos elementos humanos o por las fuerzas de la naturaleza, clima, inundaciones, terremotos, acción de los volcanes, etc. Lo que sí es indudable es que el Ecuador ha sido habitado desde muy remota época, y ya el P. Velasco sin los elementos de que hoy disponemos así lo presintió cuando afirma, que el hombre entró al Ecuador poco después del diluvio. Y el haberse hallado hachas que pueden clasificarse del período de la piedra pulimentada son indicio de que el célebre jesuíta no andaba muy equivocado sobre la gran antigüedad del hombre en nuestra patria; por desgracia no es posible avanzar mucho en las investigaciones, porque no sólo en el Ecuador sino en América las edades paleolíticas se hallan confundidas con la de cobre, y no siempre es posible aplicar al nuevo continente el criterio de los sabios del mundo europeo donde la vida, en razón del medio, toma otras modalidades.

Refiriéndonos a Manta, y a Manabí en general, podemos casi asegurar que la influencia maya se dejó sentir sólo a través de la cultura de otros pueblos, y queda en el campo de hipótesis poco probable la afirmación de que un tiempo nuestro territorio estuvo habitado por el hombre de puro tipo maya; lo incues-

tionable es que, cuando esta influencia se produjo, muchas razas y muchas civilizaciones habían pasado ya por nuestro suelo.

De las excavaciones metódicas deduce el señor Jacinto Jijón que la cultura maya más antigua está representada principalmente por estatuas, columnas, una especie de peanas de piedra ordinariamente gigantescas, de carácter espiral que sólo la fotografía puede reproducir; abundancia de jeroglíficos que indican fechas, sucesos y nombres de personajes. Y el examen del material arqueológico en el terreno mismo de Manta le muestra influencias chorotegas desde muy antiguo, aun antes de la influencia directamente maya.

Otro hecho notable que manifiesta el examen de las ruinas, es la influencia nahua, pueblo que ha disputado la supremacía a los mayas. La Venus de los cerros que tanto se repite en las esculturas y pinturas es una divinidad nahua; a veces como en sustitución de los dos amorcillos griegos se esculpen dos figuritas y unas balas redondas, que un autor con mucho fundamento supone representan la luna, por cuanto no faltan ejemplares en que se las ve esculpidas en cuarto creciente. La misma procedencia nahua tienen los grandes espejos redondos de obsidiana, con un agujero para colgarlos.

Si atendemos no ya a las ruinas sino al idioma, Max Uhle hará desfilar por nuestras costas, chorotegas, lencas, mangues, subtiabas, otomíes, nahuas, etc.

De procedencia chorotega tenemos Jipijapa, nombre muy semejante al pueblo de Tipitapa, entre los lagos Nicaragua y Managua en el centro de la región chorotega. En la edición de Nueva York de 1858 de la Geografía de Villavicencio se enumera en la página 481, entre los cantones de Manabí el de Fipijapa. Este mismo origen tiene el nombre castellanizado de Tapatapa, común en algunos lugares de la provincia, entre otros una llanura del cantón Rocafuerte entre los linderos de Portoviejo y Montecristi.

De procedencia lenca tenemos el apellido An-

chundia, que viene de txundisca que en esa lengua significa pequeño. La palabra gual que significa agua tiene el mismo origen. Recordaremos el nombre del famoso cacique Guale. El conocerse en Manabí al guatuso con el nombre de conejo de agua manifiesta que no anda equivocado Uhle en el origen de la palabra. El primitivo nombre debió ser gualtuso y el tiempo le ha quitado la l.

De procedencia mangue son Chamotete, Potete, etcétera.

De la lengua subtiaba tenemos: Pantagua, nombre de un pueblo manabita al norte de Bahía a la llegada de los españoles; Lligua Tohali nombre de un cacique de Manta; Tosagua de a(n)gua que significa cerro, monte, y Tosagua en los primeros tiempos de la conquista estaba junto a la selva desconocida como quien dice junto a los cerros o montes, pues sabido es que en Manabí se llama monte tanto a la elevación del terreno como a la abundancia de maleza, sin duda porque una y otra suelen coincidir a consecuencia de, por causas geográficas que dicen relación con la corriente de Humboldt, ser más frondosa la vegetación cuanto más se elevan las tierras sobre el nivel del mar. Del mismo origen subtiaba son, Quijije de quixi, parado; Jaramijó, de mijo, sardina. Y los conocidos nombres manabitas: pechiche, nombre de una fruta; pechichal, Chichanda (apellido), etc.

De origen nahua trae Uhle la palabra chapuleque, que en la provincia del Guayas significa grillo, y en Manabí se ha transformado en chapuleta que significa mariposa.

De Otomíes procede la palabra Cojimíes, derivación de Cochimíes o Colimíes, tribu de la Baja California.

De pueblos que si no vinieron directamente de México o Centro América, como es probable, fueron no obstante por ellos influenciados, tenemos numerosas raíces: del colorado, Manabí, de mana-venado y bi-agua. Del atacameño, lari-colorado, y saramisu, tribu manabita de sala-mishu cabeza baja, palabra

que Garcilazo la hace también derivar del quichua, sara maíz y mishu arbusto. Del chimu el P. Matovelle hace derivar la palabra Jocay, antiguo nombre de Manta, de ja-que pozo de agua. Del caribe tenemos las conocidas voces tigua y xigua, como nombres de árboles, que vienen de tihue que en esa lengua significa montaña.

Este enorme mosaico de idiomas, propio no sólo de Manabí sino de toda la costa ecuatoriana de que nos hablan Oviedo y Valdez, explica el por qué desaparecieron pronto de las lenguas indígenas y fueron reemplazadas por la española. Como casi cada pueblo hablaba su propio idioma, éste tenía poca raigambre y era casi inútil para la vida de relación; por esto aun antes de la conquista se había formado cierta terminología común para las necesidades del comercio y la concurrencia a santuarios célebres, terminología que facilitaba el que los indios marítimos, no obstante la diversidad de idiomas o formas dialectales, se entendiesen todos entre sí. Con la conquista el aislamiento impulsado por el odio fue menor, y ya en el siglo XVI habían quedado sólo tres lenguas que también desaparecieron pronto hasta no ser posible reconstruir hoy ninguna de ellas, y tampoco lo será en el futuro, a menos que en algún archivo olvidado exista algún catecismo, diccionario u otra obra que permita la labor de reconstrucción. Pero como no era fácil castellanizar el nombre geográfico, el apellido, ciertas denominaciones de árboles, animales, etc., ha quedado allí un verdadero tesoro linguístico que principian a aprovecharlo los reconstructores de la prehistoria ecuatoriana.

Permanencia de un pueblo

Entre los pueblos antiguos y de mayor cultura en Manabí, y quizá en Sur América, está el de los Mantas. Eran sedentarios, pacíficos, de gran aptitud artística, celosos de su independencia, pero poco amigos de conquistar por las armas otros pueblos.

Su principal ciudad era Jocay, hoy Manta, que a juzgar por los restos existentes aún, debió tener en algunas épocas de su historia más de veinte mil habitantes. Como los cerros cercanos y varios lugares donde floreció la misma cultura están materialmente atestados de ruinas, hay que concluir que un tiempo fue muy densa la población de la provincia. Por la cantidad de las ruinas el lugar más poblado parece haber sido el cerro de Jaboncillo.

En Manta los utensilios indígenas se superponen en capas diversas y con tales diferencias características que casi cada capa va mostrando al inteligente investigador un movimiento cultural distinto. La capa más profunda hallada a la fecha es chorotega, pero deben existir capas más profundas de mayor antigüedad. Por desgracia, dice Jijón, hay pocos objetos completos y hay que emprender previamente en la labor de reconstruirlos antes de verificar los estudios. Con el adelanto de la arqueología o la labor de un gran sabio que haga hablar a las ruinas se habrá dado un gran paso en el conocimiento de la prehistoria, no sólo de Manabí sino de los movimientos culturales de Centro y Sur América. Por la semejanza de ciertos utensilios y la luz de ciertas fechas mayas algo se ha avanzado, aunque muy lentamente. Un ídolo de indudable carácter mayoide hallado en Jaramijó y que semeja un rey asirio con barbas, manifiesta a más de las relaciones del hombre americano con los de otros continentes la relativa antigüedad de los movimientos migratorios.

Las ruinas y la mixtura de idiomas dicen con claridad que fueron numerosos y repetidos los movimientos culturales manabitas. Con todo el tipo del individuo no parece haber cambiado gran cosa con el transcurso de los siglos. No es raro desenterrar en Manta un grabado de época antigua y reconocer en seguida al lejano ascendiente de un hombre de larga nariz, bien musculado y mirada tranquila que pasea por la calle.

La influencia mayoide como que ha mantenido cierta unidad de cultura en un pueblo que en época muy antigua se estableció en Manta, y pacíficamente o por conquista soportó y aprovechó oleadas culturales, llegadas de fuera en frecuentes y diversas épocas de su historia. A este pueblo es al que se conoce con el nombre de los Mantas y ha jugado en Manabí, quizá el papel más importante en los tiempos precolombinos.

Difícil es afirmar si los Mantas fueron los primeros pobladores o hallaron ya esa raza arcaica, dolicocéfala, que ha dejado una cultura uniforme en América. Nos inclinamos a lo segundo. Pero sea cualquiera la opinión que se siga, una cosa parece cierta: que los Mantas estuvieron en Manabí muchos siglos de establecidos antes de producir la civilización de las sillas de piedra que hoy admiramos.

La cultura de los Mantas no vino de repente de fuera; nació en el propio suelo; fue el desarrollo de una cultura común por aquella época en América. Y esta no es conclusión de soñadores o novelistas; es el testimonio de las ruinas que muestran cierto desarrollo gradual en el arte, no obstante los múltiples cambios acaecidos.

Uhle ha dicho que las civilizaciones del occidente de Sur América tienen que venir de fuera, por falta de otro continente al frente que produzca civilización propia. No hallamos otra explicación a este aserto que el anhelo materialista de ligar la suerte de los pueblos al medio geográfico. Claro que el medio influye, pero no al extremo de negar que un pueblo pueda producir civilización propia por el hecho de habitar determinado lugar de la tierra.

Como muestra de algo que es propio, que en esa forma nadie ha producido, tenemos las sillas de piedra: pero aun sin ir allá podemos fijarnos en algo más modesto: las piedras de moler. Estas se hallan en gran abundancia en los Cerros de Hojas, de Jaboncillo, Bravo, en todos los lugares donde habitaron los

Mantas, junto a morteros, bajos relieves, columnas, una piedra negra que parece campana y cuyo uso es muy discutido entre los arqueólogos, husos y pocas armas. Pues bien, esas piedras de moler son características, propias suyas, diversas de las de otros pueblos: son planas, delgadas, cuadrangulares, sin superficie cóncava porque para moler en ellas se usaba el cilindro o mano de piedra redonda, al contrario de lo que sucede en el interior de la República donde por ser la mano o piedra superior plana la piedra inferior tomó cierta concavidad. Y que el espíritu de raza es fuerte y persiste aun en la tradición, lo dice el hecho de que en los campos y pueblos manabitas se sigue usando la piedra de moler en la misma forma, y con frecuencia la misma piedra aborigen, sacada de las ruinas, desenterrada, sigue prestando en el hogar moderno sus servicios como si las costumbres no hubiesen cambiado y los siglos no hubiesen corrido.

Los Mantas mascaban coca, y en las ruinas se hallan caras con las mejillas abultadas mascándola.

El hallazgo de cachimbas tubulares manifiesta que fumaban también tabaco, pero parece que a la llegada de los españoles el tabaco era sólo conocido en Manabí para remedio; para fumarlo hubo que traer semillas de la isla Trinidad en el mar de las Antillas. Los españoles introdujeron el vicio cuando los indios de Manabí lo habían perdido no obstante arraigar tanto en las costumbres; la extinción de este vicio sin que quede recuerdo es señal de mucha antigüedad, y es probable que a la extinción contribuyeron motivos religiosos mantenidos en el espacio de varios siglos.

Los Mantas conocían el cobre, pero no el bronce; una estatuita de este último metal hallada en la isla de La Plata es seguramente artefacto incaico. Con todo las excavaciones pudieran dar sorpresas en el futuro y no es aventurado esperarlas, porque estos trabajos se hallan en sus comienzos.

La Religión parece haber tenido en los Mantas alguna relación con el culto a la luna por lo numeroso





de las representaciones de este astro en las esculturas y sepulcros.

El haberse encontrado figuras esculpidas en piedra que semejan la de un perro, el perro americano del que se conocen cuatro variedades, han hecho concluir a algunos que domesticaron este animal; pero el hecho es demasiado dudoso y nos inclinamos a la negativa.

Se ha dicho que los incas fueron los primeros en domesticar la llama; que los cañaris y más pueblos del Ecuador no la conocían antes de la invasión incaica. Pero en las ruinas de los Mantas, donde nadie se atreve a hablar de influencia incásica se han encontrado llamas esculpidas en piedra, y el curioso pudo observar dos ejemplares en la Casa Tagua del propio pueblo de Manta. Como los Mantas después de la época de su florecimiento entraron en decadencia, hecho común a todos los pueblos de la tierra, no es difícil que en este retroceso cultural se hubiese echado al olvido la domesticación de animales, y los incas con sus conquistas la introdujeran nuevamente. Sin hablar de retroceso cultural, hoy la llama es desconocida en Manabí y no lo era por la época de la conquista y algún tiempo después. Si en época histórica vemos que acaece tal fenómeno de desaparecer la llama como animal doméstico ¿qué mucho que hubiese acaecido también entre los indios de la época precolombina? A la llegada de los españoles los indios manabitas empleaban la lana de la llama para tejer los vestidos de las clases superiores, pues el común del pueblo vestía telas de algodón. Esto demuestra que el animal era escaso y así tenía que ser, porque el clima no le era propicio. Con todo, por la Descripción de Portoviejo del siglo XVII se viene en conocimiento del número de rebaños en aquel entonces en Manabí, y si no eran numerosos, tampoco eran muy escasos que se diga.

El poncho se lo tiene también como elemento

incaico o cuando menos andino, pero en Las Antigüedades de Manabí de Saville se ven hombres vestidos con esta indumentaria, y en una de esas figuras hasta hemos creído ver, por el parecido, algún ascendiente de Eloy Alfaro que por la línea materna traía sangre de los Mantas. El hecho de que el poncho es un útil infaltable al campesino manabita, y que desaparece en el Guayas al sur y en Esmeraldas al norte, es claro indicio de haberse introducido de muy antiguo en las costumbres y tener su origen en la cultura manta-mayoide que gusta esculpirlo en las piedras o dibujarlo en su cerámica.

En cuanto a construcciones, los mayas ignoraban el principio del arco, por eso sus edificios ocupan mucho espacio con el muro. De las ruinas de Manta aparece que sus casas tenían de uno a siete departamentos, los cimientos eran de piedra toscas colocadas de canto sobre el terreno, y el espesor de las paredes, según Saville, que las ha medido, de 91 a 122 centímetros: afirma el autor que acabamos de citar que la construcción es idéntica tanto del lado que mira hacia afuera como del que mira hacia adentro y que es probable que los indios en sus grandes edificios levantasen dos paredes, la una frente a la otra para rellenar de tierra y piedra el espacio intermedio. Hay edificios en las ruinas de Manta que tienen más de 57 metros de largo y once de ancho, y sin otros datos que el tamaño se ha supuesto que son templos. La piedra de las construcciones es dura y calcárea. Probablemente sobre el muro de piedra y barro se levantaba la construcción de madera o bareque que el tiempo ha destruído. De las ruinas no es posible deducir cuál fuese la división de los departamentos interiores.

En la civilización de los Mantas son admirables las enormes estatuas de que dan testimonio los historiadores españoles, aunque es extraño que en esa forma gigantesca no se las encuentre entre las ruinas, sin duda porque esos ejemplares tenían que ser raros, y por faltar a la decencia, pues en moralidad no eran fuertes los Mantas, las destruyeron los conquistado-

res. Ni cabe decir que no se las halla en los actuales corrales indígenas, porque éstos son habitaciones particulares y dentro de ellos no iban a conservar los indios esos enormes monumentos.

Los planos de relieve son muy discutidos. De gradería como restos de edificios y de caminos de piedra hay preciosos testimonios en el Cerro de Hojas, aunque tienden ya a desaparecer. Pero lo que más llama la atención en la actualidad, después de las sillas de piedra, a las que consagraremos un capítulo, son los pozos.

Los pozos

Los indios por la época de la conquista decían a los españoles que los pozos manabitas tallados en la roca viva fueron construídos por los gigantes. Los españoles admirados del colosal trabajo aceptaron sin dificultad esa tradición y hasta procuraron comprobarla con el hallazgo de huesos humanos gigantescos que estudios posteriores han comprobado ser de elefante o mamut americano. De los pozos los más conocidos y que aun hoy se hallan en actual servicio son ocho en Choconchá: cho-vaso, con-vasija honda, chaac-agua; uno en Gandil, el del Pechiche en las afueras de Montecristi, el del Cerro de Hojas descubierto hace poco y el Chade entre Jipijapa y Santa Ana. En las ruinas de Manta o antigua Jocay: hoentrada, cay-pescado, existe otro pozo también cavado en la roca viva que ahora no tiene agua, pero que en su época debió tenerla, y a ese pozo se refiere quizá la etimología de Jocay dada por el P. Matovelle, que ya hemos visto.

¿Qué procedimientos seguían los indios para averiguar los sitios en que había corrientes subterráneas? La ciencia moderna con todo su orgullo lo ignora. González Suárez nos dice que debieron guiarse por el verdor de las colinas en verano; pero hágase ahora la experiencia de cavarlos siguiendo esa regla y

se verá como los cálculos fallan. Quizá los pozos al principio dieron agua mala, salobre, por las tierras que atravesaba el manantial y poco a poco, a medida que se lavaba el terreno, se fue potabilizando hasta dar el agua excelente de estos últimos siglos. Esto de hacer pozos que dan agua mala y con el correr de los años se va mejorando es un fenómeno bastante común en Manabí.

Quizá por la época de esa construcción de gigantes, y también de sabios, para no errar en el juicio, el manantial subterráneo subía en ciertos lugares a la superficie, por lo menos en la época invernal, y así fue fácil guiarse para no errar en el lugar de la excavación.

Villavicencio que visitó Manabí a mediados del siglo XIX, dice en las páginas 489 y 490 de su Geografía, edición de 1858, que dos leguas al sur de Montecristi, en un cerro llamado La Bolsa, que él cree sea un volcán apagado, hay pozos artificiales con tapas de piedra, que por la altura a que se hallan construídos no parecen haber sido hechos para extraer agua, porque carecen de ella. Saville que visitó esos pozos en el verano de 1906, es decir, durante la estación seca, los halló llenos de agua y se admira de las palabras de Villavicencio.

Pero no creemos haya nada que admirar. Los indios hicieron los pozos para tener en todo tiempo y a la mano agua abundante y buena. Si carecían de ella cuando los visitó Villavicencio es porque había variado la humedad del territorio. Por aquella misma época de la visita de nuestro geógrafo los veranos en Manabí eran muy secos, el río Chico dejaba el cauce sin agua hasta Chamotete, y los platanales por falta de humedad morían en Chone. Como consecuencia de esta excesiva sequía, inviernos escasos y veranos largos, las orillas del río eran casi lo único cultivable en la parte no selvática, y Villavicencio refiere que las vegas o parte arenosa del terreno, como consecuencia de las avenidas invernales, eran una población continuada por gran trecho.

De entonces a la fecha (1936) la humedad de la provincia ha ido aumentando gradualmente por fenómenos que se desconocen, con intermitencia sí de veranos muy secos como el de 1916, pero también con inviernos excesivos, como los de 1864, 1877 y 1918. Este cambio es tan notorio que la generación presente es testigo de como hoy son cultivables terrenos que hace treinta años no lo eran. Probablemente pronto vendrá otro largo período en que se vuelva a una mayor sequedad.

Si nos remontamos algunos siglos en la historia, por la llegada de los españoles la costa manabita se nos presenta muy húmeda, y a esta circunstancia se debieron las penalidades de Francisco Pizarro y Almagro que la recorrieron de norte a sur por los años de 1531 y 1533 respectivamente. Benzoni a raíz de la conquista describe también a Manabí como muy húmedo. En Manta había por aquel entonces lagunas hechas a mano (albarradas) que llamaban jagüelles, donde, al decir de los españoles, se mantenían aguas rebalsadas para el uso de los habitantes durante el verano, cosa que hoy no es posible. A media legua de la población había dos pozos, que proveían de agua a los buques que anclaban en el puerto, que eran todos los que iban al norte o al sur, y porque tenían necesidad de víveres, leña, etc., como dice Salazar de Villasante. En las ruinas junto a la actual población de Manta hay típicas cisternas para proveerse de agua, lo que hoy no podría hacerse; y Saville descubrió un pozo en esas ruinas, que a juzgar por las descripciones de Benzoni y Salazar de Villasante debió tener agua en el siglo XVI.

En la descripción de Guayaquil del siglo XVII se pinta a Manabí como muy seco, donde sólo llueve cuatro meses al año.

Hay que juzgar con cautela diversas narraciones. A veces se describe a Manabí como una sola charca de agua, y en otras como tierra de gran esterilidad. Pero es indiscutible que fuera de esta variación anual y aun de variaciones parciales en años sucesivos, la

provincia era húmeda en el siglo XVI, seca en el XVII, variable en el XVIII, seca a mediados del XIX y húmeda en la actualidad: la escoba de bruja que ha azotado el cacao en los últimos años y que tiende ya a extinguirse se debe a que la mucha humedad y baja temperatura hace poco a propósito el clima para la vida del parásito.

¿Cuál la causa de estos cambios? Los sabios suelen atribuirla a la corriente marítima de Humboldt que viene del sur. En mayo comienza el descenso de temperatura en la zona austral y en julio el frío llega a ser muy intenso; la corriente que de allí viene da al mar en aguas manabitas de 15 a 17 grados, en tanto que el aire tiene de 23 a 25 grados centígrados. Tal hecho produce dos fenómenos: de un lado se impide la evaporación y viene en la provincia el verano o estación seca, y de otro el mar como cuerpo más frío atrae la humedad del aire y en las tierras cercanas a la corriente se producen las garúas en la misma forma que un vaso de hielo en ambiente cálido se cubre de rocío en la superficie externa. En enero hay calor en la zona austral, el mar toma la temperatura del aire, la evaporación se efectúa normalmente, cesan las garúas y el invierno o estación lluviosa se establece, a menos que vientos de diversa procedencia arrastren las nubes hacia otras regiones. Los llamados tres inviernos o sea estación lluviosa de Julio a Diciembre que se une con la estación lluviosa anterior y posterior, hecho ocurrido últimamente en 1877 y 1918 se deben probablemente a un alejamiento de la corriente de Humboldt, quizá por influencias desconocidas de la rotación de la tierra, mayor o menor atracción lunar o atracción de otro astro. El perfeccionamiento de la aeronáutica que permite en forma más eficiente el estudio de las capas atmosféricas aclarará en lo futuro el fenómeno, probablemente hasta ser posible fijar de modo científico y matemático las lluvias con la misma precisión con que se fijan los eclipses.

Muchos han creído que Manabí siempre ha sido una tierra seca y le aplican la etimología: mana-no

y bi-agua tomando la primera partícula del quichua y la segunda del cayapa; pero fuera de la arbitrariedad de juntar así dos idiomas diversos, se debe observar que el quichua por la época de la conquista apenas empezaba a introducirse en Manabí y que el nombre de Manabí no era entonces el de la provincia sino sólo el de un pueblo hacia el sur: mana es venado y bí agua.

Demasiado húmeda no parece haber sido la provincia en tiempos prehistóricos, pero sí algo más que ahora, como lo dicen las mismas numerosas representaciones de la danta y otros animales de fuerte clima húmedo cálido que han desaparecido o van desapareciendo porque el clima no les es ya propicio.

Alejamiento del mar

Saville ha observado que los restos de la antigua ciudad Maya de Manta se hallan un poco alejados de la orilla y atribuye el hecho a la circunstancia de haberse arrebatado poco a poco las piedras de las ruinas por los moradores de la población española en el transcurso de cuatro siglos. Pero quizá no esté del todo en lo cierto. Cuando los españoles llegaron por primera vez a Manta, las aguas del mar penetraban temporalmente, en los llamados aguajes o mayor nivel de la marea alta, al sitio donde hoy se levanta la parroquia de Tarqui conocida vulgarmente con el nombre de Ensenada, y en la descripción del territorio de Portoviejo (Manabí) del siglo XVII se refiere que los españoles cogían de dicha Ensenada unas doscientas fanegas de sal de los pozos que desde muy antiguo tenían abiertos los indios. Este fenómeno de dejar en seco tierras en Manta, observada en tiempos históricos coincide con el fenómeno geológico de una retirada gradual del mar desde el cerro de Montecristi a la costa actual, que al simple examen del terreno le entra por los ojos al menos prespicaz, y coincide también con la entrada del mar hacia Bahía y al norte

hasta Esmeraldas inclusive. Hasta pudiera suceder que la diferencia entre la costa seca manabita y la húmeda del norte y de Esmeraldas se deba a que la primera ha sido ocupada por las aguas del mar hasta los últimos tiempos geológicos, lo que no ha sucedido con la última. Bajo el malecón de Bahía hay ruinas que están bajo el nivel de las aguas y que en la época en que no eran ruinas no debieron estar. El mar penetra hoy a la ciudad y pretende destruirla, y el Gobierno tiene que construir muros para estorbarlo. Más allá a poca distancia de Bahía, en los bajos de Santa Marta se hallan numerosos restos cubiertos por el océeano y sólo visibles en la baja marca; restos que indican que ese lugar estuvo antes en seco y hubo allí una población. Si se avanza más al norte, el antiguo Atacames en la provincia de Esmeraldas se halla hoy bajo las aguas.

Conviene no confundir este fenómeno con el levantamiento del terreno por causa de los aluviones. Así a mediados del siglo anterior la marea por la costa de Bahía se dejaba sentir hasta Tosahua por el río Carrizal y hasta La Raya, cerca de San Antonio, por el río Chone; y hoy apenas si llega hasta poco más arriba de la confluencia de los dos ríos, unas seis leguas al interior de la costa.

En vista de estos hechos ¿sería temerario afirmar que mil quinientos años atrás de la llegada de los españoles, el agua del mar subía un poco más en Manta y bañaba la ciudad asentada a sus orillas, cuyas ruinas se hallan ahora ligeramente alejadas de la costa? Ni sería absurdo sostener que el actual río de Manta, con agua sólo en las avenidas invernales, fue en época anterior río de marea, con flujo y reflujo, donde moraban los lagartos que con tanta frecuencia se ven representados en la civilización llamada de los Cerros. Casi a nuestros ojos, hace algo más de un siglo, el río de Portoviejo ha perdido los manglares que prosperaban a orillas del mar a consecuencia de las mareas; ¿qué mucho que miles de años atrás haya pasado igual fenómeno en Manta? Con temor entra-

mos a estos campos de investigación; pero el espíritu humano no se resigna quedar a oscuras, cuando no puede dar con la verdad acumula observaciones y sugiere ideas para que otros con mayor acopio de materiales y mayores alcances hagan luz donde no había.

No es posible por otra parte hacer un estudio racional de prehistoria sin conocer a grandes rasgos el medio geográfico por la época en que acontecieron los hechos materia de estudio.

Extensión cultural de los Mantas

Los Mantas debieron ocupar un nivel relativamente alto por su cultura y, dada su antigüedad, han influído mucho en las civilizaciones posteriores de Sur América. Al norte perfeccionó o produjo quizá la de Esmeraldas, pero su mayor influjo fue hacia el oriente y hacia el sur.

Aunque no era pueblo de conquistadores, su cultura, por ley natural, no pudo quedar encerrada dentro del propio territorio. Por aumento de su población u otro motivo fue extendiéndose poco a poco de preferencia hacia el oriente, y hoy el hombre al descuajar la selva virgen en la costa hacia esa dirección, encuentra multitud de objetos que manifiestan que esa selva estuvo bien poblada. Con el transcurso de los siglos quizá, y modificando un poco su haber cultural subió a la cordillera andina para influir o formar las civilizaciones de Cuenca, Cañar, Puruhá, Panzaleo, Carchi y otras que el perfeccionamiento de los estudios arqueológicos va sacando cada día a luz.

Cuenca. Uhle ve tanto parecido entre la civilización de Cuenca y la de Manabí, que no duda en afirmar que ambas corresponden a la tercera ola mayoide.

Cañar. De kan-culebra y cara-loro. Bamps por la analogía de las culturas afirma que Manabí formaba parte del antiguo reino de los Cañaris. Como no es probable que la civilización Maya, venida de Centro

América, penetrase primero al interior de la República y de allí viniese a Manabí para dejar en esta costa formas más puras del arte, es de necesidad concluir que el reino de los Cañaris fue formado bajo la influencia de la cultura manabita. Pero esta influencia es muy antigua, al extremo de decir Uhle que en Cañar se habló el chorotega, la lengua del aporte cultural más antiguo hallado en Manta. A Jijón sorprende el mismo parecido de las formas antiguas y afirma que existió comunidad linguística entre estos dos pueblos, de Cañar y Manabí.

Puruhá. La civilización de Tancahuán, pueblo del Chimborazo, dice el autor últimamente citado, que es común a Cañar, Manabí y Puruhá. El carácter mayoide y el estrecho parentesco en época remota es a todas luces evidente; pero la comunidad linguística de Puruhá con Cañar y Manabí la tiene sólo por probable. Todo induce a pensar que los Mantas llevaron directamente su influjo a la provincia del Azuay y de aquí al norte, hacia Puruhá, Panzaleo, Carchi, y por el occidente hacia Puná. El puruhá, dice, no se hablaba primitivamente en el territorio de este nombre; su introducción fue debida a la cultura de Guano, formada por elementos manabitas que produjeron la civilización de Elen Pata.

Panzaleo. El mismo señor Jijón dice que la cultura de proto-panzaleo II en el valle de Machachi y terrenos de la actual provincia de León es chorotega; pero Uhle no cree que en Panzaleo se haya hablado el chorotega, sino el subtiaba. Diríase que se palpa el hecho ya afirmado de que la cultura de los Mantas fue de preferencia al Azuay y del Azuay subió al norte.

A la vista de esta extensión cultural, Jijón concluye que los antiguos pueblos del Ecuador de origen mayoide se establecieron o dispersaron en un vasto territorio, pero sin formar unidad política. Si formaron o no unidad política es bastante discutible; pero el hecho de haberse hablado un mismo idioma que se fraccionó posteriormente en varios dialectos, poco

diferenciados, hace presumir que hubo un tiempo de Manta al Azuay un pueblo regido por una misma forma de gobierno, que después por ley natural de la historia se disolvió para formar tras nuevas vicisitudes otras agrupaciones políticas.

Por la época de la conquista el puruhá, el cañar y el manteño no eran sino dialectos del mismo idioma, señal de un antiguo vínculo que persistía a pesar de las invasiones incásicas y españolas, y tantos sucesos disolventes que permanecen y permanecerán quizá para siempre ocultos a la investigación.

A la llegada de los españoles los pueblos indígenas de Manabí habían entrado en plena decadencia; ni aun dentro de la provincia existía la comunidad linguística; con el Cañar las relaciones eran tan lejanas que, sin el testimonio de las ruinas y el parentesco dialectal, no se habría descubierto aquella antigua unidad, política o no, pero unidad que denuncia un mismo pueblo o una misma forma cultural.

Un autor ha observado que los nombres cañaris son raros en Manabí y frecuentes en el Guayas, Los Ríos y el Oro; el manteño no obstante mantiene su influjo como idioma madre; porque al llegar a la cordillera andina y dar nacimientos a los dialectos de Cañar y Puruhá, dejó allí esas terminaciones, to tan, muy características suyas que lo hacen inconfundible. Y la ola cultural dejó también los elementos mayoides que más tarde habían de producir la civilización de las sillas de los Cerros de Narío, que no parecen ser sino esqueletos de tambores según últimas investigaciones.

De Cañar partió el influjo manabita al norte según lo hemos visto, y al occidente, a las actuales provincias de Los Ríos, El Oro, las costas del Guayas y Puná, de origen indiscutiblemente maya por las costumbres de su pueblo y hasta por la etimología de Puchna, como escriben los primeros cronistas, que en maya significa habitación apretada, y Bin, nombre primitivo del puerto principal de la isla, que significa en esa misma lengua, hondura, hendidura. Desde lue-

go no afirmamos que los cañaris formaron la civilización de Puná, sino sólo que influyeron en esa cultura ya formada, quizá por inmigraciones marítimas venidas del norte.

La civilización mantense directamente o por medio de otras culturas, llegó tan lejos que palpablemente se la ve, en la antigua civilización mayoide del Perú y el norte de Chile, e influyó tanto en las culturas vecinas, que Jijón ha podido escribir, que entre los restos dejados por los primeros chimus en la huaca del sol, de Mocha, en un cementerio destruído por la época de las conquistas incásicas a ese pueblo, recogió Uhle un tipo especial de alfarería, contemporánea de la civilización de Tiahuanaco, de notable carácter setentrional y que corresponde bajo todos respectos al arte que en la provincia de Manabí florecía por aquel entonces.

Saville hace llegar la civilización de los Mantas por el norte hasta Cojimíes, por el sur hasta Santa Elena y por el este pocas leguas al interior; pero su influencia llegó por el norte hasta Esmeraldas y el territorio de los chibchas, por el sur hasta el norte de Chile, y por el oriente hasta Cañar y Puruhá, cuyas civilizaciones hay que considerar como distintas de las de Manabí por más que se hayan formado bajo su influjo.

Alguien ha dicho que el idioma cañari se puede interpretar sin violencia por el quichué de Guatemala, y González Suárez afirma que los quichués penetraron por el golfo de Jambelí y habitaron Cuenca y los valles del interior, en tanto que los Mayas se establecieron en Manabí y Puná. No pretendemos negar la diversidad de culturas ni las migraciones quichués; pero estas migraciones son relativamente modernas y llegaron a Cañar cuando la cultura de este pueblo estaba ya formada bajo la influencia de la cultura manabita; así, las sepulturas de origen maya halladas en el Cerro de Narío, de Cañar, nada tienen que ver con la influencia quichué.

La variedad y antigüedad de movimientos migra-

torios mayas o de pueblos que traían su cultura, es indudable, pero de lo poco que la ciencia hasta el presente nos puede ofrecer, Manabí fue el centro de la dispersión en el Ecuador y el Perú; y en Manabí están por lo mismo las formas más antiguas, más abundantes y más puras del arte maya. Sólo Esmeraldas en ciertos trabajos de cerámica lo puede, no digamos superar, pero sí competir.

Esta cultura manabita, en su apogeo llevó su influjo al Cañar, y ya en decadencia, de Cañar en vez de regresar nuevamente a Manabí, fue a enriquecer los aportes culturales del Guayas, El Oro, Los Ríos, donde por lo mismo abundan los nombres cañaris más que en Manabí.

Hoy todos reconocen la enorme influencia prehistórica de los Mantas en las culturas americanas; pero por falta de unidad entre tanto trabajo disperso, por no aparecer clara la forma política de un pueblo y quizá hasta por egoísmos nacionales o locales, no se puede hacer más luz aún en tan interesante materia.

Caras y Shiris

La Historia de Velasco

El P. Juan de Velasco, célebre jesuíta nacido en Riobamba en Enero de 1727, dice en su Historia de Quito concluída en 1789, que por el año 700 u 800 de nuestra Era los Caras llegaron por mar a Manabí y fundaron un Reino cuya capital fue Caráquez. Este reino comprendía al norte las tribus de Apecigues, Caniloas, Chones, Pasaos, Silos, Tosahuas y Jahuas, y lindaba por el sur con el Reino de los Mantas, que a su vez comprendía las tribus de Apichiquíes, Cancebis, Charapotoes, Pichotas, Picoases, Picunsis, Manabíes, Jarahuas y Jipijapas.

Poco más o menos dos siglos permanecieron los Caras en Manabí. No se sabe si a consecuencia de verse molestados por los gigantes que moraban de Santa Elena a Charapotó o, lo que es más probable, por la insalubridad de la costa, resolvieron ir hacia el norte conducidos por su Régulo que tenía el título de Caran.

Llegaron a las riberas del río Esmeraldas y poblándolo poco a poco a lo largo de su curso, por consiguiente al cabo de algunos años, entraron a la actual provincia de Imbabura.

La Sierra era habitada en aquel entonces por los Imbayas, Quitus, Latacungas, Puruhaes y Cañaris.

Estos pueblos no se dejaron desalojar fácilmente y principió la guerra hacia el año 980. Los Caras vencedores establecieron primero su capital en Caranque y luego en Quito, donde su Régulo tomó el nombre de Caran-Shiri; en el reinado de séptimo soberano fue conquistada la provincia de Latacunga y en la del once ocurrió un suceso singular que llevó al trono la rama de una familia extranjera.

Según las leyes del Reino, al padre sucedía el hijo varón y a falta de éste el sobrino, pero en ningún caso el hermano. El onceavo shiri sólo tenía una hija; para no extinguir la línea sucesora hizo derogar las leyes opuestas a sus pretensiones y casó a su hija con Duchicela, hijo del Régulo de Puruhá. El Reino ensanchó así sus dominios y llegó hasta el territorio de Palta (Loja) inclusive.

Los duchicelas ocuparon el trono. Reinando Hualcopo, tercer shiri de esta nueva familia, se iniciaron las conquistas del inca Tupac-Yupanqui, victoriosamente detenidas por el general shiri Epiclachima.

A Hualcopo sucedió Cacha y a Yupanqui, Huainacápac. Continuó la guerra con sus victorias y reveses. La laguna Yahuarcocha que significa lago de sangre, recibió esta denominación porque vió caer en sus aguas 20.000 cadáveres. Los esqueletos que en estos últimos tiempos se están extrayendo de allí comprueban la veracidad del relato.

Muerto Cacha en un combate, sus leales servidores proclamaron reina a su hija Pacha. Era la primera mujer, que ceñía la esmeralda en su frente, símbolo de mando, y se sentaba en el trono de los shiris.

Huainacápac deseoso de terminar la guerra y prendado de esta mujer de veinte años, se casó con ella y de este matrimonio nació Atahualpa. Y prendado también de Quito, lo embelleció, hizo de él una segunda Cuzco y pasó allí el resto de sus días.

Existencia del reino de los shiris

Tal, a grandes rasgos, la historia del P. Velasco, Pedro Fermín Cevallos, Juan León Mera, Pablo Herrera, Teodoro Wolf, Joyce, Paul Rivet y muchos otros historiadores y sabios, de la valía de los mencionados, aun reconociendo errores, en general no ponen en duda la veracidad del relato. Max Uhle, Jacinto Jijón y Jiménez de la Espada, grandes investigadores y autoridades de primer orden en arqueología y prehistoria, han dirigido en los últimos tiempos dura crítica contra ella. Han salido a la defensa, el Dr. Juan Félix Proaño, el P. J. Le Gouhir, el señor Isaac Barrera, el Dr. Pío Jaramillo Alvarado, el Dr. Leonidas Batallas, Andrade Marín y otros.

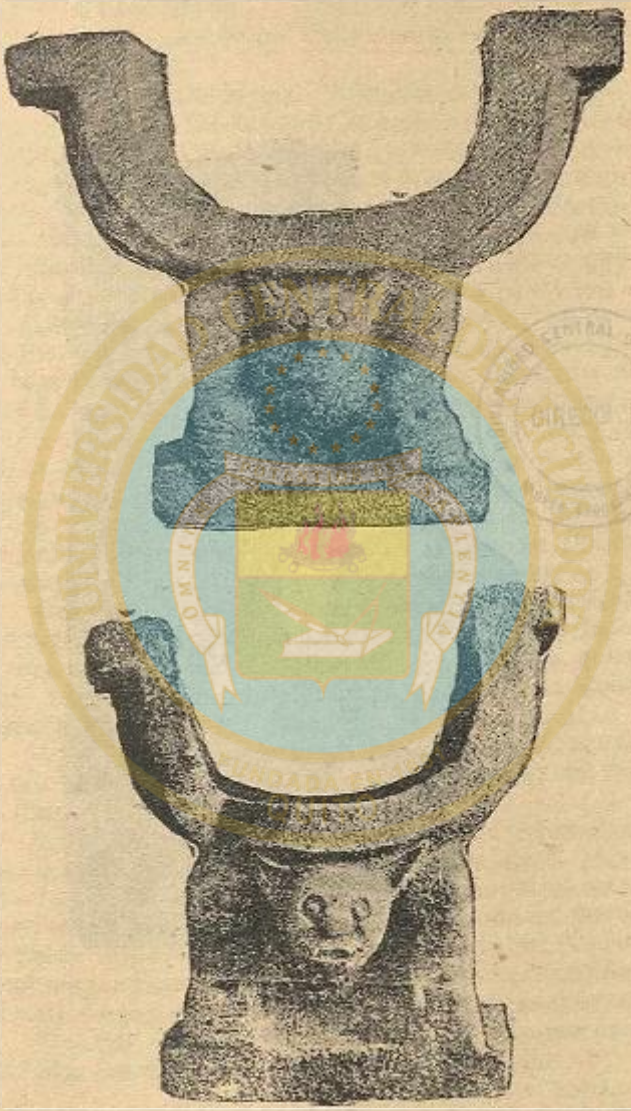
Pi y Margall, Means y, quizá, González Suárez deben ser colocados entre los que creen que hay que admitir con cautela el relato.

El encono de la lucha ha llevado a la increíble afirmación de negar el reino de Quito. Y el chileno señor Joaquín Santa Cruz ha combatido este atentado a la verdad histórica, transcribiendo palabras textuales de los primeros cronistas, y de historiadores de fama por el cuidadoso estudio de los archivos.

Jerez dice: "Huainacápac había dejado el reino de Quito a Atahualpa, por herencia, y el resto a su hijo mayor Huáscar".

Pedro Pizarro afirma que: "la madre de Atahualpa era hija del cacique principal de Quito". Conviene advertir que en ocasiones al mismo Atahualpa se da el título de cacique como se ve en la relación hecha al Rey sobre el Escudo de Armas concedido a Francisco Pizarro. El Dr. Batallas hace notar también que Niza en sus Relaciones llama a Atabaliba el mayor cacique. Y Antonio Herrera dice que cacique es lo mismo que rey o señor.

Gomara escribe: "Habiendo Huainacápac conquistado a Quito, por fuerza de armas, se casó con la señora de aquel reino y hubo de ella Atabaliba y a





Illescas (Quilliscacha)..... Atahualpa mandó llevar su cuerpo a Quito, donde los reyes sus antepasados por su madre estaban".

Zárate se expresa así: "Y en Quito Huainacápac tomó mujer, hija del señor de la tierra, y de ella tuvo un hijo que se llamó Atabaliba..... establecida la discordia entre los hermanos pidió Atahualpa a Huáscar que le dejase aquella provincia, Quito, que había sido de su madre y abuelo..... al morir Huainacápac mandó que aquella provincia que él había conquistado quedase para Atabaliba, pues había sido de sus abuelos".

Garcilazo afirma también estos hechos: "La guerra duró cinco años, y durara más si al cabo de ellos no falleciera el rey de Quito..... Huainacápac fue al reino de Quito y de aquel viaje tomó por concubina a la hija primogénita del rey que perdió aquel reino, la cual estaba en la casa de las escogidas; hubo en ella a Atahualpa y otros hermanos suyos..... Huainacápac ordenó por testamento que a Atahualpa le quedase por herencia y sucesión el reino de Quito que fue de sus abuelos maternos y fuera hoy de su madre".

Gutiérrez de Santa Clara escribe: "Huainacápac después de asesinar al cacique de Quito en una batalla casó con su viuda y tuvo en ella a Atahualpa, quien como heredero legítimo, gobernó el reino de Quito hasta su muerte".

Fray Antonio de la Calancha dice, que Atahualpa era hijo de Huainacápac, habido en la hija del rey de Quito.

González Suárez sigue la opinión de que Atahualpa era hijo de la hija del cacique de Quito. Que este cacicazgo era un reino bien organizado, como dicen los primeros cronistas, se desprende del hecho de haber opuesto a los incas un ejército de 200.000 hombres y haber vencido a Huáscar, con su magnífico ejército peruano que veía en Atahualpa un usurpador.

Prescott acepta que Atahualpa era hijo de Paccha, hija del último soberano de Quito.

Cieza de León dice, que la madre de Atahualpa era natural de Caranga, pero que Atahualpa había nacido en el Cuzco. Si tomamos en cuenta lo que dice Garcilazo, que la madre de Atahualpa estuvo en casa de las escogidas (en Quito), fácilmente llegaremos a comprender el por qué Cieza la tuvo por princesa cuzqueña. ¿Pero acaso hay que admirarse de que a la hija del último shiri, tan amada de Huainacápac, la hiciese éste princesa cuzqueña? Por lo demás Cieza no tiene otro fundamento para asegurar que Atahualpa nació en el Cuzco, que el hecho de haber fijado arbitrariamente el año en que Huainacápac conquistó a Quito. Sobre base tan falsa su dicho no merece crédito alguno.

Pequeños errores y discrepancias en esta materia son muy naturales, si se considera que la vida de los soberanos cuzqueños era un santuario cerrado a sus súbditos.

Cieza no niega la existencia del reino de Quito, antes expresamente lo confirma cuando dice, que el reino de Quito opuso al invasor un ejército de doscientos mil hombres. Y quizá los suntuosos palacios de Caranque en Quito, que él supone construídos por los incas, no fueron por éstos sino por los shiris, afirma también Cieza que la madre de Atahualpa era quiteña.

A estos testimonios añadiremos, que a la llegada de los españoles las tropas de Quito, sin duda alentadas por las últimas victorias estaban mejor organizadas que las del Perú; que los súbditos de los incas tenían por usurpador al ejército quiteño, y los nobles u orejones temían antes que amaban a Atahualpa, lo que facilitó a los españoles apoderarse casi sin lucha del imperio, lo que no sucedió en Quito, donde la resistencia fue vigorosa. Garcilazo mismo en su amor a la dinastía incaica no disimula su odio para el descendiente de los shiris, por su procedencia extranjera, y Atahualpa que lo sabe pide que su cadáver no quede en el Perú donde puede ser objeto de profanaciones, sino que sea llevado a Quito, la tierra de sus abuelos maternos.

La existencia del reino de Quito es imposible negarla sin cerrar los ojos al testimonio histórico. Si alguna divergencia hay sobre el nombre de la madre de Atahualpa, ello se debe a que entre los incas el nombre geográfico es invariable, pero no así el que corresponde a las personas. La madre de Atahualpa es en el Ecuador Paccha, en el Perú Tocto-Ocllo, Guallara, Ñusta, etc..... ¿Pero aun nuestros reyes modernos no suelen tener una docena de nombres? La misma diversidad de denominaciones es indicio de su origen real.

Veracidad del relato del P. Velasco

Marcelino Menéndez Pelayo dice de la obra del P. Velasco que es una verídica y noticiosa historia del reino de Quito.

Nosotros no entregaríamos la cabeza al verdugo por salir garantes de una afirmación así tan rotunda, y el mismo P. Velasco tampoco la habría entregado, porque él es el primero en asegurar que los sucesos referidos sólo tienen alguna probabilidad o fundamento. Su intento, y que cumplió a perfección, fue muy modesto: poner por escrito las tradiciones aborígenes sobre sus antiguos reyes. Con esto puso la primera piedra en el gran edificio de la prehistoria ecuatoriana, y aunque la obra falsee en algunos detalles, en conjunto encierra numerosas verdades, y aun en lo problemático es un gran andamiaje levantado en alto para guía de los investigadores del pasado. Si al P. Velasco le hubiera entrado el escrúpulo criticista de sus impugnadores del siglo XX, o habría guardado silencio sobre los tiempos que precedieron a la conquista o habría escrito cuatro vulgaridades dignas de perpetuo olvido. Pero no, sus añoranzas de la patria bajo el hermoso cielo de Italia le pusieron agilidad en la pluma para vaciar aquello de que su corazón estaba lleno, y fue el oráculo por donde habló el alma del pueblo ecuatoriano en el siglo XVIII. Su delito de habernos conservado la historia de los shiris, de hacer

vivir en el recuerdo grandezas pretéritas, bien merece los honores de la crucifixión a que tienen derecho los hombres que abren nuevas rutas al camino de la verdad. Sin Velasco no se hablaría quizá hoy de prehistoria en el Ecuador. El, como piedra de escándalo ha aguijoneado los estudios de Uhle, Jijón y todos sus impugnadores, y para defenderle a él han surgido también amigos. Se ha hecho centro de las disputas.

En tres testimonios funda el P. Velasco su relato. Fray Marcos de Niza, Bravo de Saravia y Jacinto Collaguazo. No desea ser creído sólo sobre su palabra. Cita las fuentes donde bebe la verdad. Y esas fuentes eran manuscritos que existían en su tiempo, que sus contemporáneos podían consultar. No es posible exigir más de un escritor americano en el siglo XVIII. No era profeta para adivinar que posteriormente esos manuscritos iban a desaparecer o extraviarse, ni tuvo el alcance de los grandes genios para adelantarse a sus impugnadores y citar la ciudad, sitio y hasta casilla del archivo donde había tomado el manuscrito que quizá se hallaba en sus manos.

Fray Marcos de Niza vino al Perú con Francisco Pizarro, fue comisario de los frailes menores, testigo del martirio de Atahualpa, estuvo en Quito con Benalcázar y se regresó de allí con Alvarado. Convienen los impugnadores del P. Velasco que Niza permaneció en el Perú tres años; pero afirman que en tan corto tiempo no pudo conocer los sucesos de los shiris e informarse de si eran ciertos o no. Pero si bien se considera, Niza como Velasco no trataron de averiguar la verdad en la forma crítica como ahora se acostumbra; su labor fue más modesta: recoger con fidelidad los hechos tales como se hallaban en boca de los indios, que, dicho sea de paso, era casi lo único que se podía hacer. Se argumenta que fuera del P. Velasco no hay otra persona que refiera haber escrito Niza sobre sucesos de Quito. Sí la hay. Castellanos en sus versos sobre varones ilustres de Indias, al tratarse del cacique de Camba, afirma que Niza en su relación hizo de la verdad triza informando de cosas que no

vido, porque con Alvarado era ido. Esa relación pudo estar en manos del P. Velasco y entre esas cosas que no vido, a que se refiere Castellanos, pudieron estar los shiris. Partió al sur probablemente por disgustos con Benalcázar, por su genio agrio contra los conquistadores, y su obra fue sepultada en el olvido, porque no había visto los sucesos que relataba; la misma lógica de Castellanos para Niza emplean para Velasco sus impugnadores.

Bravo de Saravia es otro testimonio referencial. Fue oidor de la Real Audiencia de Lima y gran amigo de Cieza; éste le alaba por sus conocimientos históricos. Se conserva de él las Antigüedades del Perú. Y se argumenta que no menciona allí a los shiris. ¿Pero para qué iba a escribir de nuevo sobre ellos si les había dedicado ya una obra o escrito especial cuya extensión ignoramos? Por otra parte el P. Velasco no nos dice la parte de su historia que tomó de cada uno de los tres autores que cita, y hasta da a entender que de Niza y Bravo de Saravia sólo le llegaron algunos fragmentos.

Jacinto Collahuazo. Dada la virtud y bellas cualidades del P. Velasco, sus impugnadores se niegan a tomarlo por un vulgar embaucador. Y para salvarle traen al banquillo del delincuente a Collahuazo. El inventó esas genealogías. ¿Pruebas? No las conoce esta crítica puritana; pero como en América buscar una víctima es casi sinónimo de buscar un indio, Collahuazo tiene que ser el responsable. El pobre cacique, esclavo en la tierra de sus mayores, vivía soñando en las grandezas del pasado. Con cariño conservaba la sucesión de sus reyes y hechos gloriosos que se iban perdiendo en el recuerdo de su raza: los queipos, libros de sus abuelos, apenas si hallaban ya quien los descifrase. Y escribió para desahogar su corazón en el lenguaje de España. Y fue a la cárcel: su delito era haber sentido que al alma le nacían alas y las cadenas caían a sus pies hechas pedazos. El P. Velasco en Italia, desterrado de su patria se sintió hermano de Collahuazo, suspiró por los cielos nublados,

la primavera eterna, el triste canto de los nativos, y copió en su Historia del Reino de Quito, las bellas tradiciones conservadas en los queipos y que agonizaban de nostalgias en las bocas de los indios de mayor cultura. Y sufrió la misma suerte de Collahuazo: en su propia tierra lo han llevado al banquillo de los acusados, por mentiroso. ¿Pero serán hombres de bien y entenderán lo que es la verdad los que sin pruebas acusan así a un hombre por haber sacado del olvido las viejas historias de su pueblo sin sujetarse al afán criticista del siglo XX?

Se habla del silencio de los historiadores sobre los shiris. Falso. No hay ese silencio. Del Reino de Quito y de sus reyes hablan en forma bien clara, que no admite duda, los principales cronistas de la conquista. El P. Velasco no ha hecho sino completar conocimientos.

El silencio sobre el nombre de shirí y muchos otros pormenores es muy explicable. El Perú dio a los conquistadores una montaña de oro y los fascinó con una cultura, no muy alta, pero que ellos adornaron con las galas de la fantasía porque no la habían sospechado. Por esto, por la grandeza de Atahualpa, grande hasta en el infortunio, y hasta por la creencia un poco pueril, pero común en ese entonces, de ser el pueblo incaico el único culto en Sur América, llegó a ocupar el primer plano en las crónicas. Los demás pueblos fueron casi relegados al olvido. En Quito, donde hubo que entrar a fuerza de armas, no se halló oro y sólo sí una ciudad en escombros, incendiada por Rumiñahui. Los valientes restauradores de un Reino caído ha más de cuarenta años en manos de los conquistadores del Perú y ahora presa de otros conquistadores, entraron al número de indios semi-salvajes, y sus tradiciones catalogadas entre las fábulas o consejas indignas de ocupar un puesto en la historia. ¿Y qué mucho que a los diversos antecesores de los reyes de Quito no los mencionen los historiadores, cuando de la sucesión de reyes incaicos anteriores a Tupac-Yupanqui apenas sí los recuerda Garcilazo? Los cro-

nistas del siglo XVI se ocuparon de sucesos contemporáneos a la conquista, y el Reino de Quito medio siglo hacía que los incas lo tenían convertido en una mera provincia peruana.

A Niza lo trae Castellanos al banquillo porque informa sobre sucesos que no había visto. ¿A Garcilazo lo traeremos también? Sí, y no hay que olvidar a Herodoto, porque el padre de la historia será el primer mentiroso, si a sus bellísimos libros, bautizados por la posteridad con el nombre de 9 musas, les aplicamos el espíritu criticista que para el P. Velasco quieren sus impugnadores.

La historia del reino de Quito contada por el jesuíta riobambeño vive en el alma del pueblo. Los nombres de Paccha, Cacha, Duchicela son familiares ha cuatro siglos como símbolo de glorias pretéritas. De la familia Duchicela con quien emparentó la familia real de los caras, se reconstruye la genealogía desde 1545 a la fecha. Bajo España gozó de privilegios. ¿Sería explicable este hecho si esos pobres indios no hubiesen sido un tiempo reyes o grandes personajes? Cierto que los soberanos de Castilla sólo dieron a los Duchicelas el goce de pequeñas parcelas. ¿Pero acaso los vencidos tienen derecho a que los vencedores les devuelvan el reino? Cierto asimismo que los Duchicelas aparecen también como familia de los incas en las probanzas ante el soberano de la península; pero de un lado la familia Duchicela entroncó con la de los incas por Paccha y Atahualpa, y de otro para el rey de España, ser indio noble en el Perú, Quito inclusive, era llevar en las venas sangre del hijo del sol caído en Cajamarca.

Hay que confesar que hemos sido injustos para con el P. Velasco. Fue un gran investigador de la verdad y como a investigador de la verdad, no como a patriota, es que hay que reivindicar su memoria. Convenimos que no es exacto en todo lo que dice del pasado pre-hispano; pero dice lo que sabe e ingenuamente lo cuenta como lo sabe. Su esfuerzo en hacer luz en la tiniebla pretérita es meritorio. Imitémosle.

Sigamos sus huellas. No con crítica demoledora que aumente la ignorancia y nos conduzca al agnosticismo, sino con trabajo que construya, con trabajo positivo que sea un aporte más a la verdad.

Decir que el P. Velasco escribió de memoria es hablar sin pruebas; tómese en cuenta que compuso su obra por mandato de Carlos III, quien como rey sin las trabas constitucionales de ahora, bien pudo poner en sus manos documentos que aprovechados en la historia apenas si había necesidad de conservar, porque entonces había otro criterio sobre las fuentes y la fe del historiador no había sido puesta en duda. Considérese que el P. Velasco fue jesuíta, que los jesuítas de la Colonia eran los dueños de las ciencias, de los archivos, de los privilegios, del favor de los de arriba y de la enorme simpatía de los de abajo, y aun caídos, por las intrigas volterianas de las Cortes europeas, dispusieron de papeles e influencias; y las autoridades subalternas por gratitud, por respeto y hasta por moral, amor a sí mismos y al pueblo, no cumplieron a la letra las órdenes del Gobierno, pese a los informes oficiales que ya sabemos en esta materia cuanto mienten. Los misioneros de Mainas llevaron consigo todos sus papeles, ¿por qué no los pudo llevar consigo también el P. Velasco? Y qué mucho que las autoridades subalternas guardasen consideraciones al humilde jesuíta que pasaba por la vida haciendo el bien, si el mismo Rey se dirige a él para suplicarle que escriba la historia del Reino de Quito?

La gran familia chibcha

Pero entremos a buscar la verdad bajo otro aspecto. Los caras no son inventados por el P. Velasco; pertenecen a la gran familia chibcha, y según Humboldt tienen su origen en la América Central.

Uhle afirma con buen juicio que sólo el adelanto de los conocimientos geográficos ha hecho posible la diferencia entre Centro y Sur América, diferencia

que en la época antigua no era conocida; el área de las civilizaciones chibchas, agrega, comprende Costa Rica, Panamá, Colombia y el Ecuador.

Beuchat es del mismo parecer y dice que esta familia llega por el sur hasta la boca del Guayas.

Paul Rivet, en lo general en nada discrepa de los anteriores, y en sus estudios filológicos acepta y prueba que los pueblos del occidente del Ecuador y Colombia, forman una gran familia a la que se llama chibcha, y que los caras pertenecen a esta familia en el grupo de los barbacoas. Brigton dice también que a los chibchas pertenece el grupo barbacoa y que éste comprende: cayapas, colorados y cuaiqueres, estos últimos en Colombia.

Jijón divide a los chibchas en cuatro grandes clases. Talamanco-Barbacoa, Dorasco-Guymi, Chibcha-Arauco-Quillacinga y Páez.

Los Talamanco Barbacoas se subdividen en otros cuatro: Guatuso, Talamanco, Cuna y Barbacoa. Este sub-grupo Barbacoa lo forman: los cuaiqueres o pastos, habitantes de la hoya del Mira, de parte del Patía, del sur y oeste del departamento de Nariño y de toda la provincia del Carchi; los cayapas en Esmeraldas; los colorados en las cabeceras del Daule al occidente de Pichincha, oriente de Manabí y norte del Guayas; y en fin los caranquis en Imbabura y el norte de Pichincha. Nicaragua es, según Jijón, el límite de las civilizaciones chibchas.

González Suárez dice que los caras son una inmigración de caribes; que Quito es Hito, que significa hombre, varón; que Pichincha es Tichincha que se descompone en Ti-levantado, Chi-activo, ca-tierra o sea una manera expresiva de dar a entender que es un cerro y un volcán. Esta influencia caribe puede haber venido por mar o através de nuestros jíbaros de la Región Oriental, y quizá sea una prueba del parentesco de estos últimos con los caras manabitas, el haberse dado a principios de la conquista el nombre de jíbaros a cierta clase de indios de Manabí que hacían tzantzas con las cabezas de sus enemigos en la

misma forma que los actuales jíbaros orientales. Es muy significativo que este último pueblo forme en el Oriente ecuatoriano una como familia aparte de tipo y costumbres diversas de sus vecinos; y que aun durante la República, nativos caras manabitas de la hoya del Daule, hayan acostumbrado ir a Canelos a buscar veneno para sus flechas.

Bamps afirma, que los caras descienden de los chimus. El Dr. Andrade Marín dice que es cara palabra quechua que significa piel, pellejo y que el pueblo se compone de indios peruanos costeños del Chinchasuyo, arribados a las costas de Manabí en diversos grupos, no en balsas sino en embarcaciones de cuero en la forma que lo narra el P. Acosta; que de Manabí subieron a la región fría (shiri en quechua).

En estos asuntos difícil es decir la última palabra; las etimologías cada uno las toma por donde le agrada: Pichincha en cayapa puede traducirse por chorro de agua y referirse a la cascada al pie del cerro y frente a Quito. Chincha o chincho es término que perdura en el lenguaje manabita. Un chincho de agua significa un aguacero muy fuerte, agua a chorros.

Creemos que todas las civilizaciones de Sur América, y sobre todo los caras proceden del norte; pero ello no impide migraciones parciales en diversas épocas de la historia venidas a la costa ecuatoriana desde el sur. La influencia caribe también es evidente; pero ella se ha ejercido de preferencia por los pueblos de la costa del Pacífico; y desde aquí han sido empujados, por causas que ignoramos, los mismos jíbaros que hoy habitan la región oriental. Los chibchas en época muy anterior fueron probablemente un grupo caribe, que posteriormente se diferenció por la mezcla de razas y el diverso medio geográfico en que cada uno tuvo que actuar. La similitud de los nombres cara caribe merece mayor estudio.

Los Caras suben de la costa

Jijón, gran adversario de Velasco, pero también gran amigo de la verdad, dice que en el combate de Yahuarcocha tanto los imbabureños capitaneados por Nasacota Puento como los incas usaron balsas de totora. De este hecho, del modo de construir las habitaciones, de la existencia de balsas en la laguna de San Pablo donde no había pescado, de la forma como Nasacota Puento hizo su fortaleza de árboles, concluye que los imbabureños descendían de un pueblo habituado a vivir en la costa.

En otro lugar se expresa así: "La cultura de los proto-panzaleo es una faz arcaica de la civilización sur-centro-americana, transmitida por los barbacoas, y que se halla no sólo en el callejón interandino sino también en la costa de donde parece fue llevada a la Sierra, a Puruhá, por los colorados". En esto quizá habría que distinguir entre las migraciones antiguas de los Mantas por Manabí, Azuay, Puruhá, Carchi, y las migraciones relativamente modernas de los Caras, por el año 980 según Velasco, por Manabí, Esmeraldas, Imbabura, Pichincha y Puruhá.

Garcilazo refiere que el rey de Quito respondió a Tupac-Yupanqui, que él no quería dejar a los dioses que eran de sus pasados y se hallaba bien con ellos que eran venados y árboles grandes. Como en la Sierra no hay árboles grandes y abundan en Manabí donde también se los hacía objeto de culto juntamente con los venados, fácil es ver la procedencia relativamente cercana de la costa por Esmeraldas y Manabí de los súbditos del rey de Quito a que se refiere Garcilazo. El antiguo influjo manabita por Puruhá no explica fácilmente las costumbres costaneras de los imbaburas por la época de la conquista incaica y española.

El modo cara de construir en la Sierra las habitaciones muestra también un origen costeño. Los Caras, dice J. C. Navarro, en su estudio sobre el arte

en el Ecuador, construían con paredes formadas de palos cruzados y cubiertos de arcilla por dentro y por fuera. Hoy la gente pobre en Manabí y la hoya del Daule construye así o aun más sencillamente: levanta su casa sobre cinco o seis estantes a una altura de dos o tres metros; el piso es de pambil o guadúa, el techo de hojas de palmera; en lo antiguo carecía quizá de paredes laterales como pasa entre los actuales cayapas, y no tenía puertas porque esta palabra está tomada del quechua. Dentro había, dice Otto von Buchwald, redes para pescar, anzuelos de cobre, cerbatanas, veneno, ropa de librillo de árbol y, como entre los cayapas y atacameños, una hamaca, ollas rústicas, quizá un palo para sentarse, en Manabí hecho por lo común de raíces de caña guadúa, algodón para hilar y nada más.

Se ha dicho que los cayapas, según tradición por ellos mismos conservada, vienen de Imbabura, pero la etimología misma de la palabra, cayapas, hombres que viven en casas de madera, está mostrando su origen costeño; probablemente con la conquista incaica numerosos grupos caras se retiraron nuevamente a la costa y dieron origen a la tradición. Este hecho y la existencia del Reino de Quito, bajo el dominio de los Duchicelas en los últimos tiempos, lo confirma el secretario de Ruiz de Castilla, W. B. Stevenson cuando dice: "Según la tradición de los malatas (indios de Esmeraldas) su tribu y los otros habitantes del bosque descienden de los puncayes (caras) de Quito, y aunque el bonchocando (rey Duchicela de Puruhá) de Licán, antiguo Jefe Supremo de ese territorio, se volvió vasallo de Tupac-Yupanqui, esas tribus (la de los puncayes o caras del reino de Quito) nunca se sometieron al inca". El mismo Stevenson refiere la tradición de una tribu de monos que viniendo del oeste invadió la cordillera andina. Recuerdo evidente de la conquista de los caras desfigurada en boca del pueblo.

No creemos que los súbditos de los shiris construían en piedra. Este arte es propio de los Mantas.

Sentimos apartarnos en este punto del P. Velasco. Sus edificios se levantaban sobre palos cruzados, revestidos de arcilla o quizá sobre adobes. Por esto sus vestigios han desaparecido, y Quito no conserva en su suelo huella de ellos. Por otra parte, aun cuando hubiesen aprendido de los Mantas el arte de construir en piedra, como Quito fue destruído por Rumiñahui antes de que lo ocuparan los españoles y como la piedra era material apto para la nueva edificación, sería verdaderamente raro el que en una ciudad como Quito se conservasen las piedras de las ruinas después de algunos siglos.

Se asegura que Rumiñahui quemó sólo los aposentos y palacios reales y que el resto, según testimonio del Libro Verde y primeros pobladores, se componía sólo de casitas o chozas de paja. Es verdad, pero los más suntuosos edificios de los indios tenían siempre cubierta de paja, porque no conocían otra forma de techo, y en ellos era imposible que no se propagase el fuego al quemar los aposentos y palacios reales; además en la América precolombina, el templo para el dios y la casa para el cacique eran los únicos edificios suntuosos, el resto de la población vivía en chozas o viviendas miserables; destruir los aposentos y palacios reales era destruirlo todo.

El mismo Jijón confiesa la conquista de los Caras por el lado de Imbabura para la fundación del Reino de Quito, cuando dice que los sepulcros dan testimonio de la extinción de una raza para dar origen a otra. Dice así en el manuscrito de sus clases a la universidad central: "La matanza de los imbayas y la colonización de Imbabura por los Caras, es una tradición a la que equivale la sustitución de los sepulcros en pozos, en los que se enterraba una raza mesaticéfala, por la construcción en tolas en las que vivía un pueblo braquicéfalo".

Los Caras permanecen largo tiempo en Manabí

Los Caras, pueblo semi-nómada de diestros navegantes y buenos guerrilleros, al llegar a Caráquez, tuvieron que entrar en lucha o cerrar algún acuerdo con los Mantas, pueblo sedentario de mayor cultura y mejor gusto artístico.

Por uno u otro motivo los Caras de la Sierra convivieron con los Mantas o fueron sus vecinos durante dos siglos, al decir del P. Velasco.

Muy natural era en consecuencia que tomasen sus costumbres, y de ello hay numerosos testimonios. Citemos los **tincullpas**, llamados por Saville batintines, y que son, según Rivet, una prueba de la dispersión del arte cara. Los tincullpas o pendientes, que al decir de Jijón, debían tener una lengüeta que al tiempo del baile produciría un sonido especial, son un artefacto netamente manteño, de la cultura de los Cerros, llevado a todo el Ecuador por las conquistas de los Caras. Los adversarios del P. Velasco dicen que tal dispersión se debe al comercio, pero hay una circunstancia que destruye esta presunción: los **tincullpas** de Manabí son de mayor tamaño y ejecución más esmerada que los de Imbabura: el comercio los hubiera dispersado iguales; pero si los Caras con sus conquistas los iban introduciendo, era muy natural que con la sucesión de los años y el gusto de otros pueblos fuesen cambiando.

Juan Ulloa dice, en el siglo XVIII, que los Caras de Imbabura usaban por esa época espejos de obsidiana, también artefacto manteño de influencia nahua. Su uso a Imbabura fue llevado de Manabí, y Saville lo trae como prueba de que los Caras habitaron mucho tiempo en los cerros de Manabí antes de ir a Esmeraldas y subir a la Sierra a establecer el reino de Quito.

El uso de las máscaras para las fiestas tan común en los imbabureños está tomado de los Mantas.

Las ollas de trípode que no se hallan en la cultu-

ra de los incas ni en la de los chimus son también de procedencia manabita: los Caras las tomaron de los Mantas.

Los Caras influyeron a su vez sobre los Mantas; basta decir que a Jocay le quitaron el nombre maya y lo llamaron Manta. Por la época de la conquista española el primer nombre era ya anticuado, apenas si se lo conocía dentro de la misma población. Manta en cayapa significa cinco, para expresar que era el quinto puerto, como Paita que significa diez, era el décimo. Notemos que primero se dice en Cayapa, may, lo que parece indicar que el primer puerto estaba en la desembocadura del río mayo o muy cerca de él; en los tercios de Rumiñahui había un indio de nombre Mayo, que se pasó al ejército de Benalcázar y le sirvió de espía.

Benzoni nos hace saber que a las balsas las llamaban los manabitas, barbacoas, que es como hemos visto el grupo a que pertenece la familia cara.

Tantas fatigas, tantas excursiones y excavaciones, tantos viajes científicos, tantas disputas entre los sabios nos han enseñado este hecho: que los Caras del callejón interandino han vivido mucho tiempo en Manabí. Esto ya lo sabía el P. Velasco por haberlo tomado de Collahuazo y lo consigna en su historia. Su criterio, quizá infantil, de aceptar la tradición sin beneficio de inventario, le hizo penetrar en las profundidades del pasado, y, pese a sus errores y a su método poco científico, será en el futuro una luz que guíe a los sabios en las tinieblas de la prehistoria.

La prueba del idioma

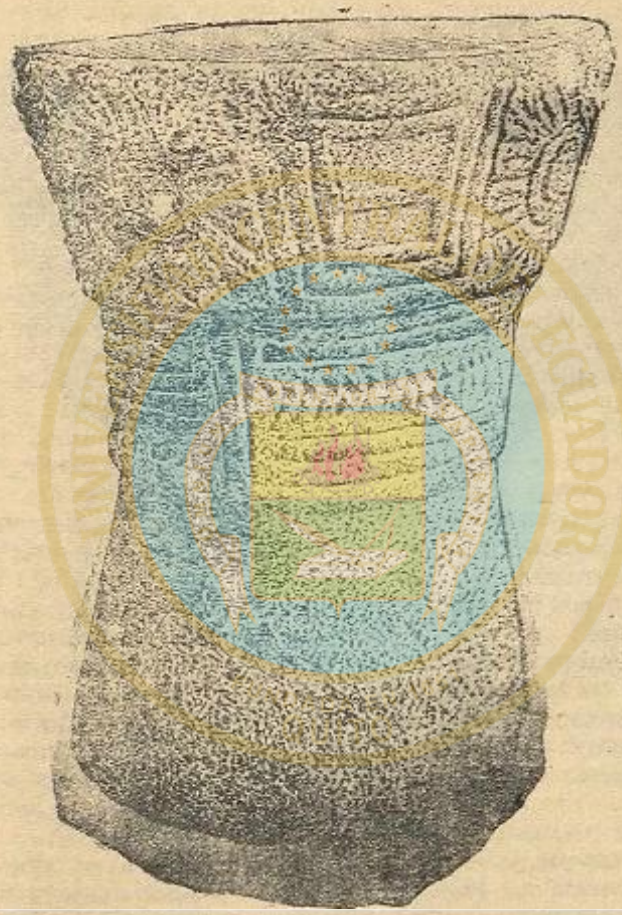
Otro hecho indudable, después de las últimas investigaciones, es que el idioma cayapa-colorado dominó en cierta época un vasto territorio del Ecuador, en casi los mismos límites de que nos habla la historia del P. Velasco.

Jijón en su estudio sobre el Puruhá prueba la in-

fluencia de este idioma en el callejon interandino; abundan las voces en **pi** que significa **río** o agua, las en **quia** que se refieren a pueblos, y las en **uela** que indican lugares. No puede menos de rendirse a la evidencia ante los numerosos apellidos cayapa-colorados en la Sierra, que según él no prueban descendencia, sino que se ha tomado el nombre geográfico por el apellido.

Por el sur los nombres geográficos caras llegan hasta la boca del Guayas y aun más allá como lo indica la palabra Paita. Por el norte hasta la ciudad de Cali. Cali es en la actualidad el nombre indígena que los nativos de Santo Domingo de los Colorados dan a su pueblo. Quizá no prueba en Colombia expansión cara, sino el parentesco de la familia chibcha, porque está como aislado. Los que se han dedicado a estos estudios están conformes en que los cayapa-colorados han ocupado el Ecuador, con excepción de una parte de Esmeraldas, Azuay y Loja. En Puruhá, dice Jijón, son numerosos los nombres geográficos que claramente corresponden a los caranques contemporáneos de la conquista incaica. El Sr. M. Moreno Mora ha demostrado que en la provincia del Azuay se mezclan las voces cañaris con las cayapa-colorados, como indicando la coexistencia de dos lenguas que no llegaron a confundirse.

Paul Rivet dice, que en el Ecuador se ha hablado el chibcha, por medio del cayapa-colorado se entiende, con excepción de Oriente, Atacames, Cañar y la faja invadida por los chimus, mochicas, y guancavilcas al sur. Es admirable que estos estudios filológicos vengan a hacer quedar veraz al P. Velasco, salvo tal o cual pequeña discrepancia. Cierto que por la época de la conquista española había en el callejón interandino varios idiomas, pero nótese que el reino de los shiris iba ya en decadencia; primero lo habían ocupado los duchicelas que al fin y al cabo eran extranjeros y luego los incas. Hay que tomar también en cuenta que los caras no extinguían las costumbres y la lengua del pueblo conquistado, y que al llegar a





la Sierra se encontraron con el quitu y varios otros idiomas o dialectos.

En pueblos que han carecido de escritura o cuya escritura para perpetuar los hechos sólo a determinadas personas era permitido descifrar, resulta casi imposible averiguar del pasado con completo olvido de la tradición. Y en el Ecuador ésta se halla consignada en la historia de los shiris del P. Velasco.

El dialecto quechua-quiteño

Los Caras se encontraron con los Mantas en Manabí, los atacameños en Esmeraldas, los guancas y los vilcas en el Guayas. Los Guancas se extendían entonces por las actuales provincias de El Oro y Loja, y en esta última recibían el nombre de Huancabambas. Su dominio iba hasta el Perú, tanto que Cieza de León dice que la ciudad de Chachapoyas se fundó en tierra de los Guancas.

A causa de la insalubridad de la costa u otro motivo subieron los Caras por el río Esmeraldas y penetraron al interior de la República por la actual provincia de Imbabura. Aunque la costa de Manabí es hoy muy sana, como lo han observado Wolf y Saville, no sabemos si lo era también en aquel entonces. Ciertos lugares de Chile que a la llegada de los españoles eran selváticos están convertidos en la actualidad en desierto donde no es raro aún hallar troncos de árboles escondidos bajo la arena. De todos modos Velasco no trae sino como probable el motivo de la emigración.

Al llegar a Imbabura los cayapa-colorados, dice Jijón, no es posible afirmar si encontraron gentes de su mismo idioma que habían penetrado por otros lugares, pero es seguro que en los valles interandinos se hablaban lenguas distintas de las suyas, aun cuando quizá emparentadas.

En Imbabura poblaron Otavalo, Tusa y varios otros pueblos e hicieron de Caranque su capital. Caranque y Caráquez, dice Otto von Buchwal, son palabras del mismo idioma, la n es eufónica. Los otros pueblos del callejón interandino eran imbayas, quitus, panzaleos, puruhaes, cañaris y guancas. De seguro que cada grupo hablaba su propio idioma, pero el más general era el quitu.

De la fusión del cara con el quitu resultó una nueva lengua que Velasco confirma era dialecto del quechua. Los adversarios de Velasco se han burlado de esta afirmación; pero nosotros creemos que quizá no el cara pero si el quitu era dialecto del quecha. El Dr. Luciano Andrade Marín observa que los incas dominaron sólo unos cuarenta y cinco años en el Ecuador, y que es imposible suponer que en este pequeño espacio de tiempo hayan logrado imponer su idioma en el callejón interandino. Los mismos nombres geográficos, que son los más difíciles de arrancar aun con la invasión de un nuevo pueblo, son en su gran mayoría quechuas. Creer que los misioneros hicieron este trabajo es exigir demasiado a la razón. Recuérdese que el latín fue durante siglos idioma oficial en la Edad Media, del gobierno, de la Religión, en las escuelas, y no entró, no obstante, como idioma popular en pueblo alguno. Que en el Ecuador los misioneros hayan obrado este prodigio es difícil de admitir. Consta por otra parte haberse hecho catecismos en cañari y puruhá, lo que manifiesta que los misioneros no trataron de imponer un idioma extraño, sino que tomaron la lengua del pueblo al que querían evangelizar. Si en América hablaron más el quechua es porque ese idioma era el más extendido entre los indios.

En el Sínodo de 1539 se mandó hacer catecismos de las lenguas ecuatorianas indígenas que no se hablaban en el Cuzco y Aymará: se hicieron estos catecismos para el puruhá y el cañari y no consta habérselos hecho para Quito, León e Imbabura. ¿No estará manifestando lo dicho que en ese entonces se hablaba ya en estos territorios un dialecto del que-

chua? Así lo creemos. Ese idioma era probablemente el de los vencidos quitus modificado por la invasión cara.

Este parentesco de caras y shiris (manifestado por la unidad de la lengua) nos lo cuenta antes de Velasco el P. Anello Oliva. En el sur del Perú cuna de los incas, dice, corría en boca del pueblo la siguiente tradición, que a él se la refirió un antiguo cacique de Bolivia, llamado Catari, muy diestro en la historia de los queipos y muy versado en la historia antigua de su pueblo. Después del diluvio universal el emperador Tumbe en Santa Elena mandó a su hijo Quitumbe a descubrir nuevas tierras. Quitumbe fue a Quito donde fundó un reino (los shiris) y propagó su raza; pero había dejado en Santa Elena un hijo llamado Guananay, que fue el padre de Otán y éste a su vez es progenitor de Mancocapac, fundador de la dinastía de los incas.

Según esta tradición incas y shiris venían a ser una misma familia, con Quitumbe por padre común. Este y Mancocapac fundaron dos imperios distintos que al cabo de algunos siglos se hallaron en Pichincha para unir nuevamente las dos razas en Atahualpa, el hijo de Huainacápac rey de los incas, y de Paccha reina de los shiris.

Y la tradición viene a confirmarla el gran filólogo Tschundi, quien afirma que las formas más puras del quechua se hallan en el distrito de Quito. El parentesco dialectal manifiesta también que no son muy antiguas las dos dinastías y que aquello de después del diluvio es añadido por la fantasía popular.

El nombre de Quito vendría según esta tradición del quechua **keteele** o **quitele** que significa hondura, y se referiría quizá a la antigua quebrada de Jerusalén, donde hoy se levanta la Avenida 24 de Mayo.

Que esta raza quechua del Ecuador y el Perú viene de Centro América lo dice Humboldt. Que pasó por Manabí es probable; porque este es el camino más frecuentado de las migraciones indígenas a la Sierra. Pero el idioma no parece confirmar la presunción. En

cambio en objetos de cerámica hallados en Bahía de Caráquez, algunos traídos por Saville en sus Antigüedades de Manabí, se ve a mujeres cargando a su niño a las espaldas en la misma forma que las mujeres incaicas, y es también común el uso del poncho, del anaco, la predilección por las orejas grandes como distintivo de nobleza, etc.

Quitus o shiris poco importa. Lo cierto es que un dialecto del quechua se habló en la cordillera andina antes de la invasión de los incas. Velasco, que en este punto sabía más que nuestros sabios, nos ha hecho un inmenso bien conservándonos las tradiciones que abren los misterios del pasado. ¡Ay de la prehistoria si desprecia este material de investigación! Con el criterio rigorista de comprobarlo todo a saciedad, no es sólo poesía lo que se pierde, se pierde ciencia porque eliminamos el factor probabilidad, hipótesis, que a tan grandes descubrimientos ha conducido. Tierras sin tradiciones son tierras sin alma que privan al hombre de un gran acicate para investigar la verdad. Elevamos al jesuíta riobambeño un monumento de gratitud por habernos abierto el tesoro de la prehistoria. Quito, la noble ciudad castellana, la segunda Cuzco de los incas, el hermoso baluarte de los shiris, la tumba de los heroicos quitus cumple este año, decíamos en diciembre de 1934, cuatro siglos como fundación española, cuatro y medio como fundación incaica, diez como fundación shiri, y Dios sabe cuántos como fundación quitu. Aquello de que los incas fundaron la ciudad sobre pequeñas poblaciones aborígenes es una afirmación gratuita que carece de fundamento.

El arte cara

Los objetos de cerámica de Manabí, alto Guayas, Carchi e Imbabura no dejan duda que dichos lugares fueron habitados en cierta época por una misma raza. La identidad de vasijas de diverso origen,

producto indiscutible del arte cara, desparramadas por el antiguo imperio de los shiris, induce a creer que un Estado poderoso verificó esta dispersión con ayuda de las armas. Así como las conquistas de los incas dispersaron el arte cuzqueño ¿por qué negar que las conquistas de los shiris dispersaron el arte cara? Se ha observado que en el arte cara no hay esa unidad que en el arte incaico. No lo negamos; pero hay que tomar en cuenta, hablando en términos modernos, que las normas internacionales de los caras eran muy amplias. Los incas no querían dominar sino ellos; tenían un comunismo absoluto, una sumisión al soberano absoluta y un sistema de civilización por mitimaes que quitaba al pueblo vencido lengua y costumbres. Los caras no eran de criterio político tan estrecho; convivieron junto a los mantas, los atacameños, los imbayas, los panzaleos, los quitus, los puruhaes; no privaban a los vencidos ni de su lengua ni de sus costumbres, por lo mismo no es posible encontrar en ellos ese arte uniforme que aparece en los países conquistados y dominados durante largo tiempo por los incas.

Las pequeñas diferencias culturales entre uno y otro valle de los Andes en el Ecuador no destruye la unidad política. Si así fuese algún arqueólogo que después de dos mil años examinase el territorio de Austria podría concluir que allí no pudo existir una nación en el siglo XIX.

El arte cara ecuatoriano existe. Jijón dice, "del Carchi al Macará el arte prehistórico tiene el mismo carácter que en Imbabura"..... "El Ecuador interandino y occidental fue ocupado en época pretérita, casi en su totalidad, por gentes cayapa-colorado"..... "La historia del reino de Quito o subida de los caras de la costa a la sierra a formar el Reino de los shiris, aparece como elaboración de tradiciones auténticas que contienen mayor o menor grado de verdad". La frase del Carchi al Maracá el mismo Jijón la restringe bastante cuando desciende a pormenores.

Esto se manifiesta con tal evidencia, que en un

manuscrito dado por el señor Jijón a los alumnos de la universidad central se lee: "Sospechamos que Collahuazo forjó la leyenda de los shiris, pero no lo hizo de pura fantasía sino zurciendo, arreglando y reformando leyendas y tradiciones auténticas". Suprimidas las palabras forjó y reformando, podemos estar conformes con el señor Jijón. ¿Por qué sin motivo dudar de la buena fe del indio Collahuazo? Tiene derecho a su honra como la tenemos nosotros. Sin fe en el hombre toda historia desaparece. De esa fe sólo podemos apartarnos en virtud de otros testimonios auténticos. La veracidad del P. Velasco irá en aumento a medida que avancen los estudios científicos y nos muestren la conformidad de la tradición con los hechos comprobados de la prehistoria.

Las tolas

Entremos a las tolas. La existencia de tolas en Manabí, Esmeraldas e Imbabura muestra la existencia de un mismo pueblo en estos sitios. Cierto que las tolas de la Sierra difieren de las de la costa; pero esto sólo prueba que la permanencia de los caras en Imbabura ha sido bastante larga como para poder modificar en algo las costumbres.

Jijón ante el hecho innegable de la expansión cayapa-colorado, por casi los mismos territorios de que nos habla la historia del P. Velasco, dice que hay un estrecho parentesco entre las lenguas y el arte de cerámica del sur de Centro América y el Cayapa-colorado; pero que en el Ecuador hay que distinguir dos invasiones de este pueblo: la una antigua que da origen e influye en la civilización de Proto-panzaleo Puruhá, y llega hasta Cañar a poner un sello marcadamente chibcha en la pintura de los vasos negativos; y otra inmigración relativamente moderna que llegó a Imbabura del occidente y de la que puede ser un recuerdo la historia de los shiris.

Agrega que el uso de las tolas, de una época con

toda probabilidad posterior a la Elen-Pata, vino con esta segunda inmigración, y que la llegada de los Cayapa-colorados a Imbabura pertenece al último período prehistórico; que los caranquis de Imbabura y el norte de Pichincha estaban reción venidos de la costa del Pacífico, como los caras del P. Velasco. ¿Simple coincidencia de la verdad con la fábula o testimonio de que la fantástica historia contiene fragmentos de tradiciones auténticas? Nos inclinamos a lo segundo, responde.

Los cayapa-colorados de la primera invasión, que dan origen a la cultura de proto-panzaleo I que florece por el año 50 de nuestra era, no usaban tolas, como no la usan tampoco sus actuales descendientes, cayapas en Esmeraldas y colorados en Santo Domingo; este uso fue tomado de los atacameños por algunos de los invasores de la última época. Así habla Jijón. Quizá confunde en algunos aspectos la civilización de los mantas con la de los caras, pero por falta de arraigo en las costumbres y la no universalidad de las tolas en todos los grupos caras, estamos conformes en que este uso fue tomado de los atacameños; mas así y todo, ellas están probando la historia de Velasco.

Veámoslo. En Imbabura abundan las tolas: se las construía hasta en la época de la Colonia; en León hay pocas, en Quito no existen y en Puruhá desaparecen. Es muy natural que así suceda. Imbabura que fue el asiento principal de los caras subidos de la costa, ha dejado muchas huellas de su dominio. Las tribus que moraban en las provincias de Latacunga y Ambato conservaron largo tiempo su independencia, no fueron conquistadas sino por el séptimo shiri; por lo mismo los caras ejercieron allí menor dominio y las tolas están en menor número. En Puruhá desaparecen, porque, propiamente hablando, los caras no llegaron a dominar esa región; fueron los puruhaes los que con la familia duchicela se sentaron en el trono de los shiris. Y que los duchicelas actuaron con independencia y que la alianza matrimonial no fue aceptada

fácilmente por los súbditos, lo dice el hecho de que poco antes de la conquista los puruhaes entraban por la fuerza al valle de Ambato. Y lo dice también el relato de Humboldt, quien sin conocer los manuscritos de Velasco, afirma que la lengua puruhá era la general en Quito antes de la invasión incásica, y que las razas de Puruhá (duchicelas) tenían el título de "chonchocando" y residían en Lincán. Por esto, porque Puruhá es otro pueblo que en cierto sentido dominó sobre los caras, y según Stevenson, su jefe se entregó a Tupac-Yupanqui, su forma de sepultura manifiesta diferencia étnica. El hecho de no haber tolas en Quito tiene su explicación; los incas hicieron de esta ciudad su segunda Cuzco, y ellos que al Cuzco llevaron arena del mar para su plaza, no iban a permitir que en Quito, donde Huainacápac residió veinte años, quedase la menor huella de otro pueblo (tolas). Si alguna tola quedó, los españoles en su busca de oro la han destruído en el transcurso de su dominio de tres siglos. Gomara dice que, apenas entraron a la ciudad los conquistadores, se dedicaron a desenterrar muertos en busca de tesoros. ¿Sería posible que con tal procedimiento quedase en pie alguna tola que por casualidad los incas habían olvidado destruir? ¡Quién sabe también si el Panecillo haya servido de túmulo, y que el barrio de La Tola en Quito, como el pueblo La Tola en Esmeraldas, sea un recuerdo de haber existido en tiempos anteriores muchas tolas en esos lugares! No hay que olvidar que en Pifo, Yaruquí y Huaillabamba aun hay vestigios de tolas.

Etnología y arqueología

Los numerosos apellidos cayapa-colorados, son una presunción de que los caras se han extendido por varios lugares de la República. No hay suficiente motivo para creer que estos apellidos no indiquen descendencia, sino la extensión de un nombre geográfico. ¿Por qué el deseo de ir quitando a los hechos toda

conformidad con la historia de Velasco, sin motivo que lo justifique? Jijón dice, que los barbacoas (en su rama cayapa-colorado) forman el sustracto étnico más antiguo del Ecuador, pero que en Imbabura habían sido sustituídos por otro pueblo inmigrante moderno que introdujo una civilización distinta y peculiar. "Un Ecuador interandino, dice, unificado bajo el dominio de los caranquis o puruhaes es un mito que no resiste ante los hechos innegables demostrados por la arqueología". Respetamos tan ilustrado criterio; pero creemos que a los mantas se los bautiza con el nombre de cayapa-colorados y que los descubrimientos o estudios modernos, la arqueología inclusive, vienen a confirmar cada día más la historia del jesuíta riobambeño.

Esta opinión no es nuestra. Sabios como Means no creen encontrar contradicción entre los dichos de Velasco y los conocimientos arqueológicos, a menos que se descienda a ciertos detalles. Esta frase es interesante. Velasco, como bien lo observan sus adversarios, es un espíritu poco crítico. Escribe la historia y la tradición como están en su recuerdo o como la lee en el primer manuscrito que tiene a la mano. Por eso yerra en las fechas de la fundación de Quito, de las erupciones del Pichincha, del sacrilegio luterano, etc. Pero por este modo de decirnos infantilmente lo que sabe, no vamos a concluir que es falsa toda su historia. Sería llevar demasiado lejos el razonamiento. Diremos sencillamente que su historia es verdadera, pero que no ofrece mucha fe en sus pormenores.

Cuando la arqueología alguna vez parezca contradecir la historia de Velasco, hay que tomarla con cautela. Los españoles hallaron en Manabí mucho oro y muchas esmeraldas, y los trabajos de excavación en la actualidad están mostrando que esos pueblos eran muy pobres en esos dos metales. ¿Diremos que los primeros cronistas son mentirosos? Sería carecer de todo criterio. Nadie va a dudar de la existencia de los famosos templos de Quito y Manta, que eran según

los cronistas tan ricos como los de Pachacámac, y sin embargo de ellos no existe hoy el menor vestigio. El no haber vestigios se debe a que la población cercana ha hecho uso de las piedras o a que por ser construcciones de adobes o palos entrecruzados cubiertos de arcilla, no han resistido el paso de los siglos. Con tal criterio, los mismos españoles que no pudieron gozar de sus tesoros porque los indios previamente los habían arrebatado, podían haber negado su existencia. Hasta de la famosa carretera incásica no hay a veces a grandes trechos la menor huella, en sitios por donde seguramente pasaba, según el decir de testigos presenciales.

Los Caras de Manabí y sus vecinos

Velasco dice que el territorio de los Mantas iba de Santa Elena a Charapotó y el de los Caras de Charapotó al norte. Una división geográfica así tan marcada para separar dos pueblos quizá no sea posible; porque creemos con Saville que los Caras habitaron un tiempo en los cerros de los Mantas. Pero no cabe duda que aun hoy se puede observar una diferencia de tipo y costumbres entre el nativo de Manta y el de Caráquez, y más aún entre el nativo del norte y oriente de Manabí (cara) y el nativo del sur de la misma provincia (**manta o chimu**).

La arqueología por su parte muestra también una diferencia entre Manta y Caráquez, y manifiesta que al norte de Chone (en maya, **chom** ardiente, **na** casa) desaparecen los bajos relieves, las columnas y las sillas de piedra tan propias de la civilización llamada de los cerros (mantas).

En los primeros días de la conquista esta división era mucho más marcada. Cieza dice expresamente: los caráquez son otro pueblo, no son labrados.

El cara de Manabí se conservó más puro que el de la sierra, gracias al clima que le libró de la opresión de otros pueblos, principalmente del incaico; y con

grande porcentaje de raza blanca y pequeña dosis de raza negra, forma hoy al norte y oriente de la provincia la gran masa del montuvio, cuya elevación cultural es uno de los grandes problemas que la República está llamada a resolver. Los mantas al sur han conservado más pura su raza.

Los Caras de Santo Domingo

Por la época de la conquista los Caras de Manabí poblaban el norte y oriente de la provincia, y llegaban por el sur hasta Machala y Jambelí.

Jijón dice que en Alausí y Chunchi se hablaba a principios de la colonia, el puruhá, el cañari y quizá un idioma propio, el cayapa-colorado. Puede asegurarse que este último idioma se hablaba en los bosques occidentales de la cordillera andina, quizá con enclaves esmeraldeños o atacameños.

Las conquistas chimus, incaicas y españolas fueron dispersando a los caras; una parte se mezcló con los vencedores, y otra, rebelde al yugo, se fue retirando poco a poco al interior de la provincia, a llevar su vida primitiva y descender aun de su anterior cultura. En época relativamente cercana llegaban los Colorados por el sur hasta Quevedo y por el oriente hasta Calceta. Jijón dice que tiene datos para asegurar que el pueblo de Chilintomo, en la provincia del Guayas, hasta 1835 estaba poblado de ellos. Opínese sobre esto lo que se desee, la verdad es que cierto grupo de los Caras, los actuales Colorados, a medida que la civilización avanza, entran más profundamente en la selva al extremo de que ésta, al occidente de la cordillera andina, viene resultándoles ya estrecha para su política de aislamiento y con las carreteras de Quito a Esmeraldas y Manabí no les queda otra alternativa que desaparecer, mezclarse o convivir junto a otras razas.

Que los caras de la conquista, no obstante el inferior grado de cultura respecto de sus vecinos, tenían

una mejor organización social, lo dice el hecho de que, de las ocho lenguas o dialectos que por aquel entonces se hablaban en Manabí, sólo la de ellos se conserva, en los bosques de Santo Domingo, no obstante el transcurso de cuatro siglos. Y la conservación de su idioma ha sido precisamente fuente de atraso cultural, porque le ha impedido aceptar la superior cultura hispana. Por esto no ha podido olvidar sus costumbres primitivas. Usa anillos en la nariz en forma de luna creciente que llaman **Soke-pae.** Otto von Buchwald observa que **quillacinga,** tribu chibcha de Colombia, singnifica **nariz de luna.** Como sus antepasados se pintan de rojo para evitar la picadura de los mosquitos; como ellos entierran con sus difuntos algunos alimentos. El Ilustrísimo Señor Schumacher tuvo ocasión de observar en 1885 cómo dentro del rito católico de unas honras fúnebres practicaban, a escondidas, la vieja costumbre de sus abuelos de dar al cadáver provisiones para el otro mundo.

Los indios de Santo Domingo conservan también la costumbre de aplastar la cabeza de los niños recién nacidos por medio de tablas en la misma forma que Cieza de León vio la practicaban los caráquez. Esta costumbre desconocida por los mantas, a pocos kilómetros de distancia, la seguían indios de Loja y aun hoy se practica entre ciertos grupos quichuas y aymaraes, porque parece haber sido un rito muy generalizado en tiempos antiquísimos, tanto que a ciertos investigadores ha llevado a error en el examen del cráneo del hombre primitivo.

Consideraciones necesarias

La costumbre de aplastar las cabezas de los niños conservada en Santo Domingo, desaparecida en Manabí, no usada en Imbabura, practicada en Loja, nos dice que la subida de los Caras de Manabí a la Sierra no era muy reciente por los tiempos de la con-

quista y tenía más o menos los cinco siglos que le atribuye Velasco, pues de otro modo no se explicaría esta diferenciación de las costumbres.

Este hecho y el no uso de las tolas en Santo Domingo está mostrando además que los Caras no formaron, como en cierto modo los Incas, un grupo cerrado de hábitos propios. A nuestro modo de ver, era un pueblo de inferior cultura a la de los incas, de los mantas, y los atacameños; se dejaron influir por éstos y otros pueblos pronto, y se dividieron en grupos de costumbres diversas según el lugar donde habitaron.

La necesidad de la vida los obligó a unirse, luchar y vencer; pero, como los bárbaros a la caída del imperio romano, aceptaron el yugo de los pueblos vencidos, porque no supieron imponer el sello de una personalidad vigorosa, a causa del estado rudimentario de su cultura. De ahí que pronto hubo grandes diferencias entre los caras de la Sierra y los de la Costa, y que sabios, de méritos indiscutibles, por esa falta de unidad en la cultura cara, hayan errado hasta negar lo innegable: el reino de los shiris.

Costumbres de los Caras

Los Caras eran polígamos, reconocían la propiedad privada, la herencia, adoraban al sol y a la luna. En Quito construyeron al primero un templo en el Panecillo y a la segunda otro templo en la colina de San Juan; tejían la lana, el algodón; curtían pieles de animales y de hombres vencidos en los combates; usaban el cuy como animal doméstico, como lo prueban los esqueletos de este animal hallados en las tolas; en sus altares sacrificaban víctimas humanas. Las fortalezas para defenderse de sus enemigos, dice González Suárez, se reducían a dos terraplenes cuadrados, uno mayor y otro menor: en el centro de este último se

levantaba una casa grande para guardar las armas y las escaleras de arrimar a los muros. Sus tambores no eran portátiles sino fijos: los suspendían en el aire apoyados de dos maderos. Los soberanos shiris, llevaban una esmeralda en la frente; esta piedra, preciosa en Manabí, era adorada como diosa en Manta; pero se ignora si por costumbre de los Mantas o por conquista de los Caras: nos inclinamos a lo primero. El año era lunar y principiaba en diciembre. Su escritura consistía en piedrecitas de diversos colores, tamaños y figuras acondicionadas en cierta forma. El shiri no era monarca absoluto como el inca: tenía una junta de señores que tomaba parte en el Gobierno.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1651
QUITO

Otros Pueblos

Los Atacameños

A la llegada de los españoles el territorio de Atacames al sur estaba muy poblado, y parece que lo estuvo desde tiempos muy antiguos, a juzgar por los numerosos restos arqueológicos esparcidos en su suelo. Ya en un informe del señor Portes elevado al Gobierno en 1837, bajo la presidencia de Rocafuerte, se dice que en Esmeraldas, en todas partes halla el labrador restos de antiquísimas poblaciones.

Por este territorio debieron de pasar muy variadas civilizaciones, pero de nosotros la mejor conocida es la de Atacames, que ocupó preferentemente el norte de Manabí y sur de Esmeraldas, y cuyo influjo fue grande, no sólo en el Ecuador donde abundan los objetos atacameños, sino aun en el Perú y en Chile, donde el mismo nombre de desierto de Atacama alguna relación debe de tener con este pueblo.

El terreno de Esmeraldas es muy moderno, no volcánico; sus ríos en la época del volcanismo andino no debieron estar en comunicación con la cordillera. Muchas tierras que hoy están bajo el mar o bajo el lecho de los ríos estuvieron en seco en la época prehistórica como lo están probando diversos objetos indígenas que hoy se hallan bajo las aguas.

Otto von Buchwald dice que de todos los pueblos de Esmeraldas, el Atacames es quizá en el Ecua-

dor el más antiguo. Atrevida es esta afirmación por lo que se refiere a los Mantas; pero hay que convenir que unos y otros son semejantes en civilización; corresponden según Uhle a la tercera ola mayoide, y su cultura, desde muy remota época ha ejercido influjo en diversos territorios.

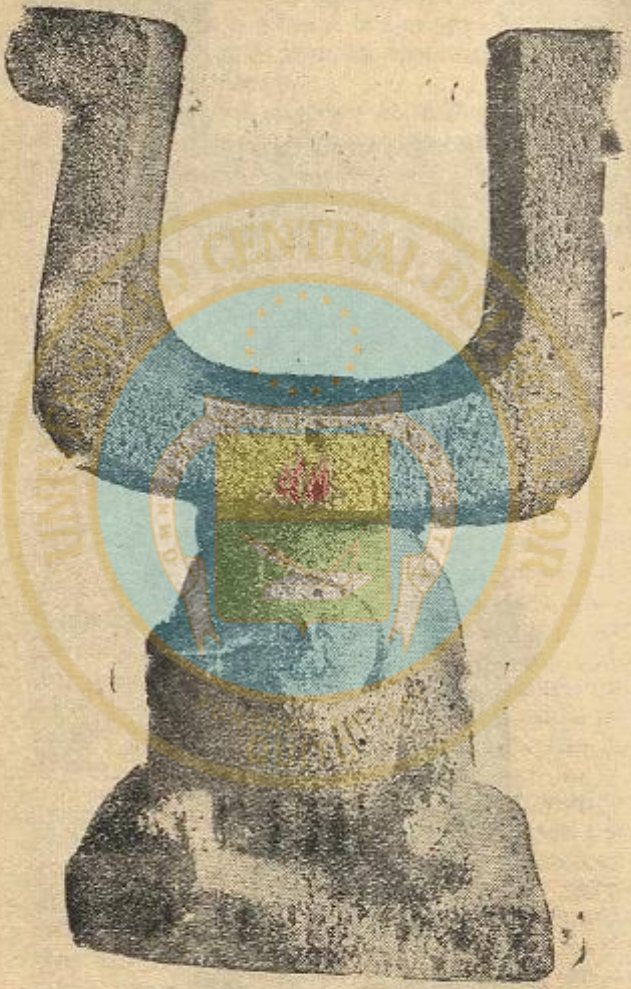
Los vestigios dejados en Esmeraldas y Manabí manifiestan que los atacameños eran de cultura bastante avanzada y conocían el uso del platino, que hoy no es raro hallarlo en artefactos indígenas precolombinos en aleaciones con el oro y la plata. Obsérvese que el platino no se lo conoció en Europa sino después de 1735, año en que se lo vino a descubrir en las costas de Chocó (Colombia). Quizá conocían también el uso del caucho que Lacondamine descubrió en Esmeraldas.

Las obras más conocidas de los atacameños son las tolas. Los depósitos arqueológicos de ellas, al norte de la provincia de Esmeraldas, son algo diversos de los del sur y de los de Cojimíes al norte de Manabí; pero esto sólo prueba variedad de culturas y multiplicidad de matices en un mismo pueblo. En cambio las semejanzas son tan grandes que autorizan a creer que los atacameños se comunicaron con Manabí desde tiempos antiquísimos, por la costa y por el río Quinindé abundante en objetos indígenas, que salen hoy a luz al limpiar la selva, que por haberla abandonado el hombre durante muchos siglos se la tiene por virgen, pero que en tiempos anteriores fue muy poblada.

Los Atacameños, sea que hubiesen venido directamente de Centro América, sea que fuesen una rama de los Mantas, eran indudablemente de origen maya e influyeron en la primitiva civilización peruana de Tiahuanaco, también de origen maya. Fundados en estos antecedentes muchos han creído que los dos pueblos son quizá la misma emigración que en distinto medio produjeron diversa cultura.

Por desgracia sólo en el siglo XIX se han principiado un estudio concienzudo de estos movimientos





prehistóricos. Y el primero que dirigió su mirada a los atacameños fue el Dr. Wolf para estudiar y salvar su idioma próximo a extinguirse. Su vocabulario lo publicó el Dr. E. Soler.

Los Caras conquistaron a los Atacameños, pero como éstos eran superiores en civilización impusieron su cultura a los invasores. Y se ha llegado a decir que si los Caras del Guayas eran más atrasados que los de Manabí se debe a que éstos ocuparon terrenos de atacameños y se apropiaron de su aporte cultural.

Los Caras recibieron de la raza conquistada el uso de las tolas, y un autor ha escrito que consideraron sagrados esos monumentos funerarios quizá por indicación de las mujeres atacameñas. Cuando se ve a los dominadores del mundo antiguo llevar a Roma los dioses de las naciones vencidas para tenerlos propicios, no hay por qué admirarse que con las tolas pasase un fenómeno parecido, a consecuencia de un mismo espíritu supersticioso nacido del miedo.

Con todo conviene advertir que las tolas no siempre son monumentos religiosos o sepulcrales. Las hay de diversas clases. Nordenskiold ha hallado tolas y ollas de trípode en Bolivia, junto con largos caminos y sitios de casas elevadas artificialmente; en el litoral ecuatoriano, dice otro autor, son frecuentes los sitios de casas elevadas y en las tembladeras de la vía Flores, más arriba de San Pablo, hay un pueblo entero formado sobre tolas con calles delineadas. Estas tolas evidentemente no son montículos para urnas funerarias, y dada su extensión en América no parecen invención de los atacameños, sino de otro pueblo más antiguo o de una costumbre común en cierta época.

Los objetos hallados en las tolas varían. De los de cerámica, dice Otto von Buchwald que son algo toscos, pero que hay en ellos principios de adorno y barniz. En una gruesa tinaja con tierra aparentemente carbonizada suele haber pedazos de cráneo, husos, quijadas, dientes que muestran el sitio donde se

colocó el cadáver. Las ollas tienen a veces trípode como para cocinar con carbón. Hay braseros, fuentes, cántaros para chicha, platos, objetos de cobre, oro, raras veces plata. El labrado y fundición son dignos de estudio; son curiosas las prendas doradas, y las hachas, generalmente de cobre, tienen un agujero para amarrarlas y un filo arqueado de unos doce centímetros; como prueba de haberse fabricado en el país se han hallado moldes de fundición; hay también hachas delgadas sin agujeros, tenazas que servían probablemente para cortarse los pelos de la barba, anzuelos de cobre, torteros de hilar, peines, objetos de adorno, cascabeles, anillos para la nariz de mayor o menor peso según el rango de la persona y de cobre dorado o de oro puro; eslabones de cadena para cuello y brazos, astillas de obsidiana que cortadas en forma prismática sirven de cuchillo, flautas largas o redondas, que probablemente servían para atraer a los animales de caza, figuritas de barro amoldadas por la parte delantera y por detrás llanas, probablemente para colgar en la pared; figuras desnudas con un adorno en la cabeza cayendo sobre la frente, etc.

Los objetos de la costa difieren de los de la sierra por la misma necesidad de adaptación al medio geográfico y por lo difícil que es a un pueblo mantener la unidad de costumbres en un vasto territorio y en diversas épocas.

Los Chimus

A la llegada de los españoles era común entre los indios la tradición de unos gigantes llegados por mar a Santa Elena. Estos hombres eran tan altos que una persona de tamaño ordinario les llegaba a la rodilla. Venían en botes de junco hechos con ramas de árboles y, según Zárate, viajaba sólo una persona en cada embarcación. Los ojos eran tan grandes que semejaban platos pequeños; llevaban el cabello largo, colgándoles sobre el hombro o la espalda, carecían de

barbas, de mujeres, algunos vestían con pieles de animales y el resto el traje de Adán.

Estos gigantes al llegar a Santa Elena fundaron una ciudad, de la que dice Cieza de León que aún en su tiempo existían las ruinas. Como les faltara agua, cavaron pozos en la roca viva, y para su alimento tomaban los animales del rebaño de los nativos o cogían pescados en el mar con redes u otros utensilios, y gracias al arbitrio de amarrar tres botes juntos para que soportasen mayor peso.

Como cada gigante comía tanta carne como cincuenta hombres ordinarios, pronto se agotaron los alimentos de la región. Los nativos odiaban a estos invasores, tanto porque mataban a sus mujeres al hacer uso de ellas y aun a los varones al tomarlos en contactos antinaturales, cuanto porque destruían sus propiedades y rebaños, y los mantenían perpetuamente fugitivos. Los esfuerzos y alianzas que se hicieron para destruirlos resultaron inútiles. Pero un día cuando estaban reunidos y enfangados en vicios sodomíticos, vino fuego del cielo que acabó con ellos. Ninguno quedó con vida. Sólo quedaron algunos huesos para perpetuo recuerdo del castigo.

Cieza de León refiere que los españoles encontraron en Portoviejo estatuas de estos gigantes, y que en 1543 Juan de Olmos, como gobernador de dicha provincia, hizo excavaciones y comprobó la existencia de los huesos; agrega que algunos vieron el pedazo de un diente y que, a juzgar por lo que faltaba, debía pesar tal piececita media libra; que otros vieron una parte del hueso de la canilla que era asombroso por lo largo.

La leyenda es un recuerdo borroso de la tragedia de Sodoma y Gomorra, completada quizá por los españoles con algunos pormenores; los huesos corresponden al mastodonte andino (mastodum andium) que vivió en tiempos anteriores en Manabí; mastodonte que es en América contemporáneo del hombre o cuando menos subsistió en este continente muchísimos siglos después de haberse extinguido en Europa.

La existencia de gigantes en el mundo o de hombres superiores a la talla ordinaria, es algo fuera de duda. Que no los haya en la actualidad no es motivo para negar que los hubo en tiempos anteriores . Augusto tenía dos gigantes Pusio y Secundilla, uno de cada sexo, y sus esqueletos conservados en los jardines de Salustio medían, según Plinio, 10 pies y tres pulgadas romanas. El gigante Eleazar enviado a Tiberio por el rey de los Partos, tenía, según Josefo, cinco codos. El emperador godo Maximino tenía ocho pies y siete pulgadas romanas. Y estos son hechos históricos relativamente recientes. En los tiempos antediluvianos debió haberlos de mayor altura aún. La Biblia nos dice que el lecho del rey Basán tenía nueve codos, pero no es fácil llegar a conclusiones ciertas, porque no están acordes los comentadores en la extensión de cada codo, y la palabra gigante en hebreo, en la Escritura Sagrada, puede significar sencillamente hombres fuertes y violentos.

Esta última interpretación quiere darse también a la leyenda de los gigantes de Santa Elena de la jurisdicción de Portoviejo, hoy provincia de Manabí. La crítica moderna cree que hay un fondo de verdad en la fábula; que los tales gigantes vinieron del sur y no son otros que los chimus o yungas que en Santa Elena entraron por primera vez al Ecuador y extendieron su dominio a las provincias del Guayas y Manabí. Según Jijón este pueblo era descendiente de los huancavilcas y mantas, en consecuencia la misma raza manabita formada en distinto medio y sujeta al cruzamiento con otros pueblos. Los huancavilcas habitaban las provincias del Guayas, El Oro y el norte del Perú.

Si cuando ocurrió la invasión, la costa de Manabí estaba habitada ya por los caras o sólo por los mantas, difícil es asegurarlo. Bamps avanza a decir que la provincia de Manabí fue habitada primero por los chimus o yungas y que a éstos los expulsaron los caras. Pero de la tradición parece desprenderse que los indios perjudicados por los abusos de los gigan-

tes eran nada menos que los caras. Por desgracia todo queda en meras conjeturas por falta de datos y de un estudio en conjunto que relacione los diversos pueblos de América. Una cosa sí puede asegurarse con gran probabilidad, que los pozos no son obra de los gigantes o chimus, sino de una civilización muy anterior que labró las sillas de piedra y corresponde al pueblo llamado de los Mantas.

Los Chimus a más de agricultores eran buenos marinos, y en Manta sustuvieron relaciones comerciales con Manta, Pasao y llegaron hasta Atacames en Esmeraldas, pero sus poblaciones terminaban al norte de Salango. El manuscrito de Viena que refiere la primera expedición de los españoles a las costas de Manabí, se admira de la civilización hallada en Salango, con mujeres bien ataviadas, animales domesticados y otros adelantos. Creemos que este pueblo era chimu, y chimus de Manta eran también los navegantes que halló Bartolomé Ruiz en su primer viaje.

Los chimus eran un pueblo tan culto como los incas; eran sus rivales seculares, tanto que en esa lengua **jang-sol y much adoradores: adoradores del sol,** nombre del pueblo incaico, significa enemigo.

Ciudades importantes como Piura estaban sometidas al dominio chimu; la capital era Chanchán o **jang-jang** sol-sol, ciudad o orillas del Pacífico con magníficos templos a la luna, **Si-An,** y emporio de inmensas riquezas. Alguien ha dicho que, si Pizarro hubiese venido al Perú cien años antes, no le habría llamado la atención el imperio de los incas, sino esta ciudad chimu que se hallaba entonces en toda su grandeza. Tupac-Yupanqui fue quien venció a este pueblo definitivamente y destruyó su capital; en época posterior los españoles acabaron con los últimos restos de la destruída capital, en busca del oro que había quedado entre las ruinas.

Algunos creen que este pueblo es el inventor del cultivo de la papa por ser frecuente la representación de este tubérculo en la alfarería proto-chimu.

Como la conquista incaica se verificó poco antes

de la llegada de los españoles, los chimus nunca hablaron quechua, pasaron directamente de su idioma propio al castellano no sin que persistan en el lenguaje popular algunos de sus vocablos, como jumo que significa borracho, y **mullullu**, de **mullu** huevo, que es la forma de este fruto, que sirve de goma, y conocido también con el nombre de overo.

Que los chimus ejercicieron gran influencia en el Ecuador no cabe duda; bastaría citar el hecho de que entre nuestra metalurgia y la del norte del Perú hay mucha semejanza.

Donde han dejado mayores huellas en el lenguaje, es en la provincia del Guayas. Otto von Buchwald deslumbrado por el enorme influjo de los chimus en los últimos tiempos, llega a darles una importancia mayor aún de la que en realidad tienen, y niega hasta la inmigración de los chibchas, para decir que las invasiones vinieron del sur, inclusive la de los caras del P. Velasco. Que los caras fueron influenciados por los chimus, lo dice hasta el mismo nombre de Soke, de indudable origen chimu, dado a la luna; pero no es posible llegar a las radicales conclusiones de Buchwald, porque eso sería encerrar a la prehistoria en el estrecho miraje de los sucesos contemporáneos a la conquista española. Por lo demás el imperio chimu, aunque floreció en la región de Trujillo, es de origen netamente ecuatoriano.

Sin pretender fijar límites geográficos precisos, Salango divide la raza chimu de otras razas, y entre los chimus del Guayas y de Manabí la zona divisoria parece ser Colonchi. Este nombre es chimu y, según costumbre, está tomado del nombre del cacique por la época de la invasión española y su historia es muy sencilla, según el relato de Benzoni. El cacique, hombre poco franco y de mucha astucia llevaba una camisa roja **col**-rojo, **luty**-camisa. De **Col-luty**, etimología chimu, viene Colonchi, por desfiguración fonética fácilmente explicable.

Que Salango era la zona divisora de las dos razas lo dice claramente Cieza de León. Hay en Mana-

bí, escribe, dos clases de gente: la una que acostumbra labrarse el rostro y llega hasta Salango, y la otra de Salango al sur. Como ya vimos que el mismo autor asegura que los Caráquez son otro pueblo, se puede fijar la costa de Jaramijó a Salango como territorio de los Mantas, al norte los Caras y al sur los Chimus.

Jijón cree que en Guayaquil por la época de la conquista se hablaba la lengua yunga, y que, además de Guayaquil, eran pueblos huancavilcas Yagual, Colonchi, Colonchillo, Chanduy, Daule, Chonana, Cacao y Villao. La masa del pueblo después de la conquista debió componerse de restos de atacames, caras y huancavilcas, abundando más estos últimos por la continua inmigración de gentes venidas del sur de la misma familia, con oficio de marinos y mercaderes.

Lo dicho está probando que los chimus invadieron principalmente la provincia del Guayas donde se mezclaron con los huancavilcas o dieron origen a ellos; pero de aquí se extendieron por toda la costa ecuatoriana y aun por el interior de la República donde confundieron su sangre con la de los Cañaris.

Los Incas

Cieza de León dice que Yupanqui llego en Manabí hasta Collique, donde dio con un pueblo que comía carne humana. Como en Manabí y Esmeraldas no hay memoria de antropofagia, y sí la había en la costa occidental de Colombia, por las frases de Cieza muchos han supuesto que Collique se hallaba en las costas de Chocó.

Que Yupanqui estuvo en la provincia de Manabí parece indudable, pero sólo de paso y como conquistador. Se asegura que acampó con su ejército en Jipijapa, que en Manta conoció el mar por primera vez; que, valiente y audaz, en su sed de conquista se hizo a la vela con sus guerreros en algunas de las numerosas balsas de los nativos que había en el puerto y sometió a su dominio unas islas desconocidas al occi-

dente. Se añade que de esta expedición y del nombre de las islas se conservaba memoria en el Cuzco.

En Manabí vino a conocer, pues, Yupanqui el arte de navegar y se cree, aunque con poco fundamento, que las islas desconocidas a que arribó son las de Galápagos. Muchos, entre otros, Pino Roca, han relatado este viaje aprovechándose de los pocos datos que de los cronistas es posible deducir y sitúan las islas en el golfo de Guayaquil, lo que parece más conforme con la verdad.

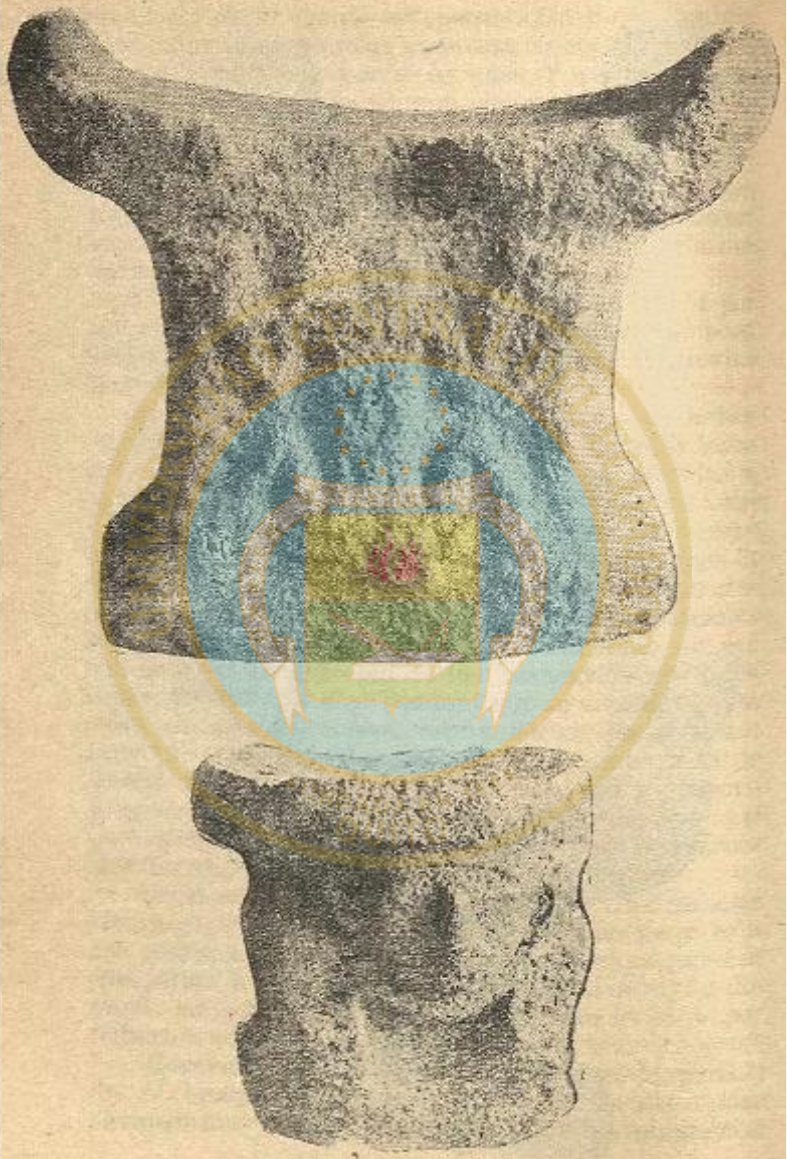
De Huainacápac el mismo Cieza dice que llegó hasta Tolima, que según nuestros cálculos tomados del primer viaje de Ruiz, se halla al sur de la provincia de Esmeraldas.

Montesinos refiere que a consecuencia de haber matado los de Portoviejo (Manta) a los embajadores de Huainacápac, mandó éste parte de su ejército a someter a los rebeldes y una vez sometidos, les impuso como castigo que en lo futuro se sacasen tres dientes delanteros de cada mandíbula que les recordase la vergüenza de su traición y derrota. Poco crédito merece el relato, porque en Manta y pueblos comarcanos no existía la práctica de sacarse los dientes en esa forma, costumbre propia de los huancavilcas. De los indios de Colonchi dice Benzoni que se sacaban hasta cinco dientes delanteros, según decían por belleza; pero tampoco es creíble respecto a ellos el relato de Montesinos, porque no es fácil que una orden despótica se haya transformado en canon de hermosura en el poco tiempo transcurrido de Huainacápac a la conquista española.

Sarmiento de Gamboa asegura que Huainacápac estuvo en Coaque, y los almacenes de víveres y tejidos hallados por los españoles en ese lugar parecen confirmar la idea de que los incas ejercían algún dominio en esta población, quizá no directo sino por tributo o vasallaje de algunos caciques.

Conocido es el incidente acaecido en la prisión de Atahualpa. Este monarca acostumbraba andar siempre muy limpio; por casualidad se le manchó el





vestido durante la comida; indignado entró a su habitación y se puso un traje negro pardo precioso. Al preguntársele sobre su calidad y procedencia dijo que era de pelo de murciélago y tejido por los perros de Portoviejo y Tumbes para su padre Huainacápac.

¿Por qué no tejían ya para él? ¿No probarán estas frases que por la época de Atahualpa los incas ocupados en las guerras intestinas de sucesión habían perdido el dominio en la provincia de Manabí? Nada seguro se puede afirmar a este respecto por la oscuridad del relato de los cronistas y no es que éstos se descuidasen en averiguarlo, sino que les fue difícil dar con una solución satisfactoria; porque de los indios manabitas unos aseguraban que los incas jamás los habían conquistado, otros que habían llegado hasta Collique, otros que hasta Tolima, y otros en fin con Garcilazo que los incas se retiraron de Portoviejo a pretexto de que los pueblos demasiado salvajes no merecían ni los honores de la conquista.

Nosotros creemos que por la época de la llegada de los españoles los incas tenían dominio en Manabí, y que por medio de los indios de esta provincia supo Huainacápac el arribo de hombres blancos a las costas de su imperio; pero, como bien observa Saville, los incas jamás echaron raíces en Manabí; no impusieron su lengua ni sus costumbres, y la dominación fue efímera, tanto porque la llegada de los españoles impidió llevarla a efecto, como porque aconteció en una época en que el imperio incaico por su misma grandeza empezaba a dividirse. Agréguese a estas razones la distancia enorme al Cuzco que impedía el control del Gobierno, lo fuerte del clima ecuatorial, las plagas y enfermedades propias de los países húmedos-cálidos en tiempos en que no se conocía la quinina como antídoto contra el paludismo, y se verá cómo tantas dificultades no compensaban el poco provecho de la conquista y el peligro perpetuo de la vida por la rebeldía de los nativos al yugo extranjero. Los orejones acostumbrados al clima primaveral andino tenían como un verdadero destierro el venir a residir en Manabí.

No sólo en Manabí, aun en el resto del Ecuador fue corto el dominio de los incas; tan corto que, dice González Suárez, los pueblos no perdieron su fisonomía propia y lucharon bravamente por su independencia, como el mismo Pizarro pudo comprobarlo. No hubo en la conquista incaica fusión sino superposición de pueblos. Tupac Yupanqui fue el primero que invadió con armas el territorio. Huainacápac nacido en Tomebamba, que unió sus destinos a Paccha, la hija de los shiris y residió treinta años en Quito, apenas si podía ser considerado como extranjero. Y Atahualpa que llevó al Cuzco los ejércitos quiteños, acabó al derrotar a Huáscar con las tradiciones rigoristas de la monarquía y puso la sangre de los shiris en el trono de Tihuantisuyo.

Pero la dominación de los incas, a pesar de ser corta, extinguió en la Sierra los idiomas nativos y estableció la civilización por mitimaes. En la costa no hubo ni lo uno ni lo otro, por más que un autor afirma que Tupac Yupanqui estableció en Manabí la civilización por mitimaes. De ser verdad esto último, era casi seguro que los españoles hubiesen encontrado algún grupo que hablase quechua y de ello no hay memoria en los cronistas.

Entrando a los datos de la prehistoria, la cultura manabita es diversa de la cultura peruana, en la cerámica y bajo todos los aspectos, salvo pequeños detalles como el uso de los queros, el de ciertas prendas de vestir análogas, que se explican por la increíble movilidad de los pueblos en tiempos precolombinos, y quizá por un origen común de razas y migraciones al noroeste de Sur América.

Pero las conquistas incásicas no podían menos de influir en alguna forma en Manabí y cuanto más al sur descendemos, más claramente se ven sus huellas; porque por allí vinieron preferentemente las invasiones. A los incas debemos atribuir el uso de presentar los lugares por medio de planos de relieve, la obligación de que cada tribu tuviese un tocado propio que a simple vista la diferenciase, la abundancia de oro a

la llegada de los españoles que tanto contrasta con la pobreza del mismo metal en tiempos anteriores, la introducción de la plata poco conocida en la provincia antes de los incas, la introducción del estaño en aleación con el cobre para producir el bronce, etc. Las investigaciones sobre el terreno han comprobado la existencia de bocaminas en Manabí, pero el bronce no se lo ha hallado sino en artefactos incaicos.

Debemos observar también que los incas, antes de influir por las armas, largos siglos habían influído ya por las naturales relaciones que nacen entre pueblos vecinos abiertos a todo comercio cultural. La muralla china para aislarse parece desconocida en esta parte de América. La lengua de los Colorados está llena de raíces quechuas. Y esas raíces evidentemente son anteriores a las conquistas de Tupac-Yupanqui, con tanto mayor fundamento cuanto en sus selvas se libró cómodamente este pueblo del yugo peruano. En Caras y Shiris hemos hablado de la tradición del P. Anello Oliva; aquí podemos añadir sobre el origen común de los pueblos, lo que dice Garcilazo, que un hombre poderoso repartió el norte a Mancocapac, a Colla la parte meridional, a Tocay el oriente y a Pinahua el occidente. Si como hecho histórico el dato tiene poco valor, lo tiene sí y bastante para probar la unidad de razas en tiempos anteriores en esta parte del occidente de Sur América.

A este origen común hay que atribuir el cultivo del maíz, la domesticación de la llama de grandísimo interés por la lana, y porque la carne no tenía el sustituto de los animales domésticos de hoy, buey, puerco, carnero, etc., (el uso de la yuca, parece que es de origen amazónico) la uniformidad de ciertas formas de vestidos y de adornos, etc.

En el Ecuador el pueblo que menos sufrió la influencia incásica, fue el de Esmeraldas. Luego viene Manabí, donde los incas sólo al sur han dejado sentir ligeramente su dominio, sobre todo en la isla de la Plata. Manabí por su clima, por la dispersión de sus habitantes en los campos, y quizá hasta por falta de

unidad política, no fue fácilmente presa de los conquistadores; las invasiones incásicas que cayeron sobre ella en un momento de entusiasmo guerrero, tuvieron a poco que retirarse, porque la naturaleza se unía a los nativos para rechazar al extranjero.

A la naturaleza del medio geográfico hay que atribuir también en parte el que ni los incas ni los españoles hayan podido someter al costeño como sometieron al indio andino, y que hoy, como dice un autor, la franca e infantil sonrisa del montuvio de la selva o del atrevido marino nada tenga que ver con la triste melancolía y honda tristeza que lleva en el rostro y se refleja en el canto del indio de la serranía. Los dos tienen muy atrás el mismo origen; pero el medio los ha diferenciado: en el indio andino la sujeción incásica y la española han impreso una huella indeleble que se manifiesta en cierto fatalismo y en dulces recuerdos traducidos magistralmente en su sencillísima música autóctona.

Las Sillas de Piedra

Sitio y colocación

En ninguna parte de América se han hallado las sillas de piedra, sin espaldares y con soporte para descanso de los brazos, del tipo de las de Manabí. Aun en Manabí las sillas están circunscritas dentro de un pequeño territorio, una área de veinte millas poco más o menos según Saville. Ellas muestran una civilización antigua relativamente elevada, única en su género (como una isla en la cultura de América) que será por mucho tiempo y quizá para siempre un misterio en las investigaciones arqueológicas.

Cuando los españoles arribarron a Manabí la llamada Civilización de los cerros o como dicen otros la Civilización del Cerro de Hojas, hacía muchos siglos que había desaparecido. Las sillas yacían ocultas en la maleza o bajo tierra y los conquistadores no tuvieron de ellas la menor idea. En 1858 las mencionó por vez primera Villavicencio y desde entonces han sido objeto preferido en las investigaciones arqueológicas por todos los que se interesan de las antigüedades de América.

Se dice que estas sillas estaban colocadas en círculo y que eran asientos del Congreso de la nación cara. Villavicencio en su Geografía textualmente se expresa así: "A dos leguas N. de Montecristo se hallan algunas colinas tales como el Cerro de Hoja. Este

es una baja montaña con un plano en su superficie; en este plano se halla un círculo de sillas de piedra, lo menos en número de treinta, cada una de las cuales es una esfinge sobre la que está el asiento con dos brazos, todo de piedra bien labrada y de una sola pieza que se puede transportar; este círculo de sillas parece que alojaba un congreso de hombres que se reunían para sus conferencias, y que debían haber sido magnates de la nación cara que vivía aquí antes de haber subido a la conquista del reino de Quito." La crítica moderna duda que las sillas hayan estado en círculo, pero no es posible desechar el testimonio de un testigo presencial como Villavicencio; si ese círculo lo formaron los indios que las fabricaron, los españoles de la Colonia o los ciudadanos de la República, es problema difícil de resolver, pero nos inclinamos a lo último.

En la vida del Ilustrísimo señor Schumacher escrita por el P. Dautzenberg se lee que este prelado en sus paseos por el Cerro de Hojas con sus sacerdotes se sentó alguna vez en esas sillas, pero se guarda silencio sobre si estaban o no en círculo. El mismo testimonio se halla en otros personajes, pero cuando Saville en 1906 visitó el sitio en donde se decía estaba el círculo, las sillas no existían ya allí y nada pudo constatar sobre la verdad del hecho.

Si las sillas hubiesen estado en la superficie del suelo, difícil es que los primeros conquistadores no se hubiesen dado cuenta de ellas; ellos que hicieron hasta excavaciones para cerciorarse hasta qué punto era cierto el relato de los gigantes que corría en boca de los indios. Tampoco es presumible que tan cerca de Montecristi la maleza las hubiese ocultado durante largos siglos, a menos quizá que de parte de los indios hubiesen mediado motivos de temor supersticioso para conservar el secreto. Hoy se hallan las sillas enterradas dentro de las ruinas de las habitaciones indígenas conocidas vulgarmente con el nombre de corrales, y es probable que el pueblo que las fabricó las dejó en la superficie y la acción de los aluviones y

otros fenómenos de la naturaleza las enterró para ser nuevamente desenterradas el siglo pasado por los arroyos ocasionales que forman las aguas lluvias sobre todo en los inviernos rigurosos. Creemos que Villavicencio las vio en círculo, pero estimamos que así las pusieron quienes las encontraron, y que no eran tales asientos de la nación cara, sino muebles de uso particular de los dueños de las habitaciones, sillas al principio y posteriormente quizá convertidos en altares portátiles.

Carácter religioso

Hoy los sabios empiezan a creer que las tales sillas no son sillas, por más que sirvan admirablemente para este uso. Las tienen por objetos de culto religioso.

Martínez de la Rosa fundándose en una silla parecida a la de Manabí, que evidentemente era altar y fue encontrada en San Agustín (Colombia) pueblo muy análogo al de Cerro de Hojas por su afición a esculpir en piedra, cree que las tales sillas manabitas son altares portátiles para sacrificios al sol y a la luna.

Jacinto Jijón afirma haber hallado en el Cerro de Jaboncillo (en la misma cadena del Cerro de Hojas) en un mismo montículo, uno junto al otro, dos bajorelieves que representan dos sillas, la una con los brazos hacia arriba y la otra con los brazos hacia abajo formando un círculo, y en el centro figuras de astros, que son una representación totonaca: la cabeza de una serpiente encerrando un cuerpo sideral.

Como los nahuas tenían dos pirámides consagradas al sol y a la luna, es muy probable que en Manabí se adorase también a esos dos astros que se ven representados en la plancha VII del segundo tomo de Saville. Como estas figuras se han visto esculpidas en las sillas, se ha sacado la consecuencia de que la silla es altar.

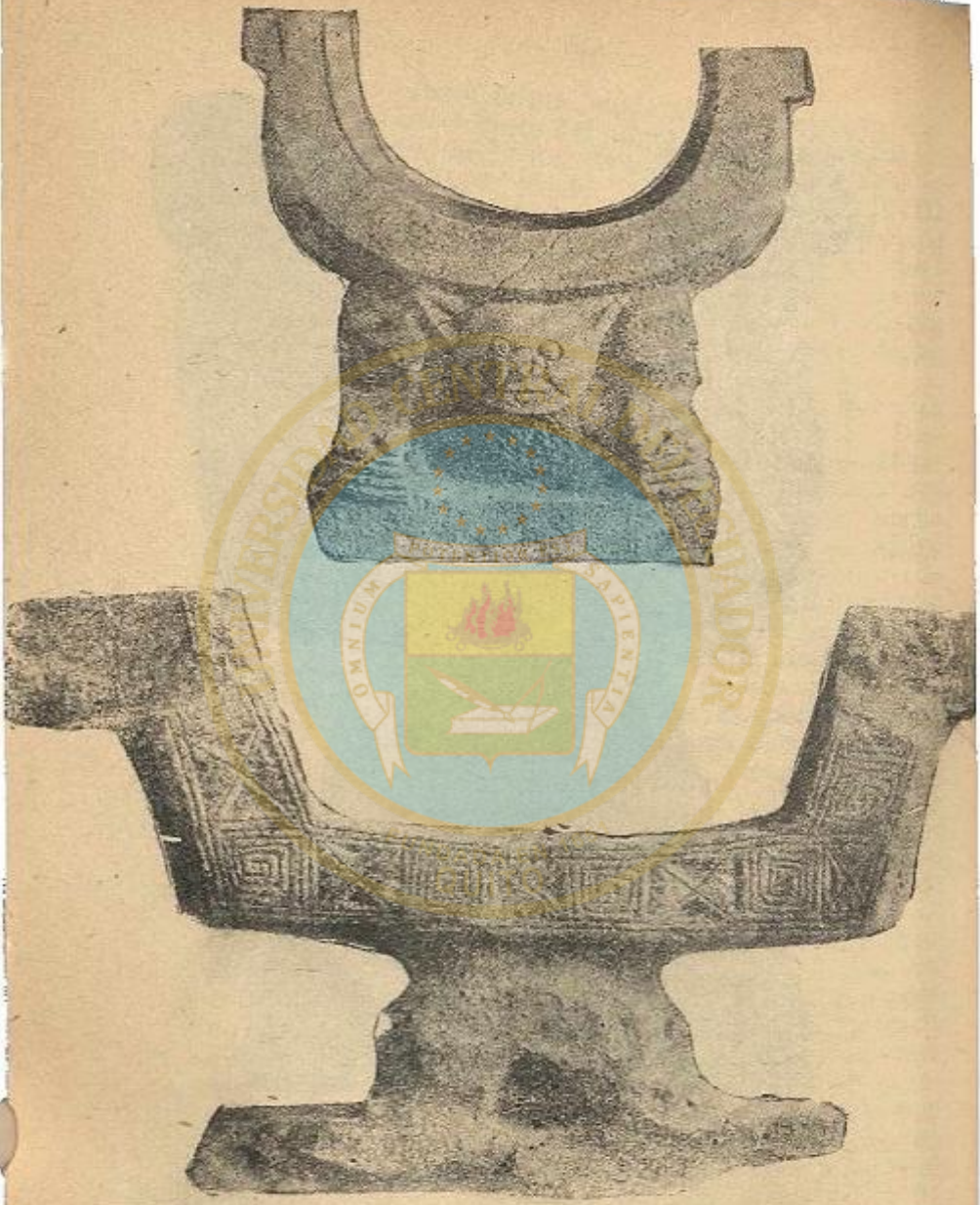
El dios precolombino suele ser monstruoso. Parece ser este un defecto del paganismo. Aun entre los griegos, Venus, tan bella físicamente, es monstruosa por su inmoralidad. Ahora bien, en la lámina XVIII del Atlas de González Suárez hay un hombre sentado sobre una silla con el cráneo abultado ¿sería un dios? No lo creemos. Probablemente se ha tratado de esculpir un hombre de Pasao o de Caráquez donde era costumbre deformarse la cabeza, según relato de los primeros cronistas.

El Dr. Uhle cree que en las sillas hay influencias totonacas trasmitidas por medio de los mayas. Describe un ejemplar que se halla actualmente en Dresden y afirma que es difícil hallar un utensilio que preste mayores comodidades para sentarse, ancho abajo, angosto arriba, altura apropiada, con apoyo para que descansen los brazos y labrado el asiento con delicada curvatura y una observación sagaz, realista, del cuerpo humano: añádase lo suave del tallado y lo fresco de la piedra y se tendrá una silla ideal trabajada con toda la técnica para su uso en una región cálida. Hay que haberse estado en un día caluroso y a la sombra en una silla de tal clase para decir con conocimiento de causa si ese utensilio sirve o no para sentarse.

El Dr. Uhle no niega tampoco el carácter religioso de las sillas de piedra; dice que en forma y función le recuerdan las fuentes de piedra para el fuego da Jalapazgo y del país de los totonacas.

Saville no puede menos de rendirse a la evidencia de que estas sillas sirven para sentarse, y en los ejemplares de sus excavaciones hay hombres sentados en ellas; pero cree que sólo hacían tal uso los caciques y que en lo demás estaban destinadas a ceremonias religiosas; se funda entre otros motivos en el hecho de haber encontrado un ejemplar en arcilla que apenas si tenía resistencia para sentarse un niño. El motivo no convence porque ese mueble o era juguete o estaba destinado exclusivamente para uso de los niños. Servían también las sillas para que se sentasen





los dioses, y en la figura 17 de la página 147 de sus Antigüedades de Manabí nos reproduce Saville un ejemplar de su colección en que se ve a la divinidad femenina manabita, Venus de los Cerros, sentada sobre una silla y sobre ella hombres también sentados.

En Esmeraldas halló von Buchwald una mujer sentada sobre un escaño, y en las excavaciones de las tolas halló otros asientos que servían quizá para sentar en ellas a los ídolos, pues no tenían resistencia para soportar el peso de un hombre.

Sirven para sentarse

Históricamente no hay duda que los indios se servían de sillas o útiles semejantes para sentarse. Jerez dice que Atahualpa estaba sentado en un asiento bajo, en un duho de altar de poco más de un palmo. Garcilazo afirma que el inca se sentaba de ordinario en un asiento algo cóncavo, de oro macizo, que llaman tiana y que era de una tercia de alto, sin braceros ni espaldar. Está probado que en el pueblo incaico la silla era un privilegio para personajes de alto rango. Entre muchos el P. Cobos así lo afirma. El P. Las Casas al hablar del reparto de doncellas para cada marido que los incas hacían cada tres años, dice que después de la exhortación a los esposos para que se amasen, se les hacían regalos de alhajas, ovejas y otras dádivas, y que a algunos hijos de señores que el Príncipe quería hacer mayor merced, les mandaba dar sillas, y licencia para que en adelante en sus casas y señorío pudiesen sentarse.

González Suárez narra cómo el cacique Ati en su casa tenía duho o silla de autoridad. Herrera al hablar de Cuba refiere que el cacique estaba en la silla y los demás en el suelo. Oviedo dice que las sillas, duhos o asientos eran tenidos por muchos como metates o piedras de moler, y que no rara vez se los usa-

ba también como almohada o lugar de apoyo para la mayor comodidad de los caciques. Saville trae una larga exposición para probar que el uso de las sillas era general en América, pero sólo para los caciques o personajes de importancia.

Por lo que respecta a Manabí, Cieza refiere que en Manta el cacique Apechinche regaló al español Francisco Mejía un gran pedazo de oro en forma de tabla para que mandase hacer joyas para su mujer. Esta tabla servía para sentarse en las ceremonias religiosas en honor de los ídolos; y en las excavaciones se han encontrado columnas con esa incisión en donde debía descansar una tabla de forma análoga a la de Apechinche y que éste sacó de un trono adoratorio en donde acostumbraba sentarse durante cierto ceremonial religioso en honor de sus ídolos. Esta costumbre aunque con variaciones, parece no circunscribirse a Manabí. Garcilazo dice: "estaban sentados en sus sillas de oro, puestas sobre tablones de oro, en que solían sentarse".

Puede concluirse que a la llegada de los españoles era común en América el uso de los duhos o asientos, pero no hay memoria del uso de las sillas del tipo de Manabí ni en las relaciones de los cronistas ni en los objetos dejados en el terreno por civilizaciones fenecidas. En el Perú se han extraído de las ruinas dos asientos de madera y es probable que asientos parecidos hayan existido también en Manabí en épocas anteriores a la venida de los españoles, y que ellos sirvieran, no de modelo, pero sí de iniciativa por un largo proceso cultural para el trabajo de las sillas de piedra. En el transcurso de los siglos, el comején, la polilla y más plagas de los climas húmedo-cálidos han acabado con ellos y no ha sido posible hallar en las excavaciones ningún ejemplar. En Manabí todas las tierras sufren la influencia de rigurosos inviernos y no existen esas zonas perpetuamente secas del Perú y de Chile, tan propicias a la conservación de los objetos.

Observaremos que el campesino de la costa ma-

nabita usa siempre banquitos para sentarse en su casa, y si es muy pobre para no poder trabajarlos de madera o caña, los forma de las raíces de la misma caña guadúa que antes de alzarse al aire se inclina ligeramente al ras del suelo. A estos asientos primitivos llama **mulas**. En la zona norte, sobre todo, se tiene por ocioso y amujerado al que se sienta en el suelo, y el individuo que por cualquier motivo no tiene por el momento banco donde sentarse suele descansar en cuclillas sobre los propios talones. En las ruinas es común ver hombres o mujeres sentados en sillas o duhos, pero no hemos visto, no decimos que no los haya, hombres sentados en el suelo.

¿No probará todo esto que los indios de Manabí solían sentarse en sillas? Los cayapas que en su estadía en Manabí tomaron muchos usos de la civilización de los mantas, usan asientos parecidos a los del campesinado manabita.

Es indudable que las sillas de piedra tan discutidas fueron trabajadas para sentarse hombres o dioses, caciques, personajes de alto rango o gente del vulgo, pero para sentarse y, efectivamente así lo muestran ejemplares extraídos de las ruinas. Es increíble que un mueble que sirve admirablemente para este uso sea sólo un altar, sin que por esto neguemos que haya servido también para cultos religiosos y aun se le haya transformado en altar.

Perfección artística

Las sillas representan una cultura elevada de fecha remota, aunque no tanto como se poetiza, y son un mentís a los que creen en que hay siempre progreso de la capacidad intelectual o artística.

Bamps afirma que el trabajo es inferior al arte peruano y representan una civilización distinta aunque muy adelantada. Como los peruanos no trabajaban en piedra, el paralelo es bastante arbitrario; y si estimamos el arte, no en sus pormenores, sino en el

conjunto, no en el gusto del siglo XVI, o XIX, sino en la forma personalísima de expresar en forma material y con belleza las ideas, difícilmente creemos que la concepción artística de los hombres que trabajaron las sillas sea superada por los artistas posteriores más pulcros en el detalle pero menos preocupados del conjunto.

Saville cree que la civilización de las sillas es originaria de Manabí y se funda en cierto desenvolvimiento gradual del arte y en trazos característicos y muy propios de que no hay memoria en América. En la vida precolombina las sillas de piedra de Manabí parecen caídas de otro planeta por arte de encantamiento, aunque se ve sí la influencia maya del pueblo que las trabajó.

En lo que respecta a esculpir el cuerpo humano se ha hecho un estudio perfecto; si a veces parecen desproporcionados los brazos o las piernas, es porque la silla ha quedado inconclusa, se ha calculado mal la perspectiva o, lo que parece más probable, se ha seguido la corriente cultural de una época que, como hoy y siempre, tenía sus caprichos, sus gustos particulares por motivos artísticos o religiosos. El rostro suele estar mejor labrado que el resto del cuerpo. El artista gusta de copiar la realidad dentro naturalmente de ciertas formas rituales, que parecen representar las figuras encorvadas, y quizá también por el prurito maya de acortar los brazos o las piernas más de lo que corresponde.

González Suárez dice que el artista manabita hace vivir en la piedra el afecto que él desea, tristeza, meditación, alegría, etc. En las sillas ha quedado esculpida una cultura refinada, libre en sus formas, pesimista, meditativa, pero que ríe a veces en locos arranques del placer.

Saville observa que es curioso, que para los trabajos escultóricos se haya escogido una piedra mucho más ordinaria que la usada para la construcción de los edificios, cuando la última por ser más fina se presta mejor a labrarla. Esto quizá se deba a que con

los instrumentos de la época las cosas hayan sucedido al revés de lo que piensa Saville o que haya habido de por medio motivos religiosos o de otro orden.

Con la misma calidad de piedra de la silla manabita, lo que demuestra una costumbre común en ese tiempo, se hallan trabajados en Esmeraldas multitud de objetos, y el Dr. Gabriel Navarro al referirse a ellos ha escrito: Las esculturas de los mantas y de los esmeraldeños son ejemplares que pocas civilizaciones análogas pueden presentar.

La perfección artística de las sillas se debe principalmente al espíritu religioso que a su trabajo iba unido; él elevó el nivel cultural, trajo la unidad y puso esa ansia de infinito y deseo insatisfecho de un mundo mejor, sin lo que no hay arte posible, aun dentro del concepto materialista de la vida. Las sillas en sus comienzos fueron probablemente objetos de uso común, servían para sentarse todos; después los indios sentaron allí a sus dioses y se convirtieron en objeto de culto, y más tarde hasta se transformaron en altar. Dignificadas así adquirieron tanta realeza que el vulgo perdió el derecho a usarlas y en "Relaciones Geográficas" pudo escribirse: "los asientos de los caciques son tianas, y sino es principal, siéntase en el suelo".

Variedades, mitos e influencias

En las sillas hay gran variedad de formas y figuras. Esto induce a creer que no eran ídolos por más que a veces se las utilizase para el culto o sirviesen de altar. Si hubiesen sido ídolos se las habría trazado según un mismo modelo. Con todo conviene observar que en las ruinas de Manta se halla con frecuencia esculpido un hombre en distintas actitudes, que parece no obstante ser un ídolo por la persistencia de su figura en ciclos culturales que van más allá de una generación.

No se han hallado dos sillas completamente igua-

les. Saville en el primer tomo de Las Antigüedades de Manabí enumera ocho variedades principales: figura encorvada de puma, figuras de lagarto, de pájaro, de murciélago, de mono, disco de cobre y soporte llano. En el tomo 2º agrega otros tipos. La figura encorvada es la más común, pero no hay dos personajes iguales. La enumeración de Saville es por demás incompleta, porque sólo comprende las variedades de su colección.

La figura encorvada debe tener un significado mítico de sostener el cielo, la tierra o alguna otra cosa con los hombros, las manos o la espalda. Si la silla era un altar al sol o la luna, la figura encorvada tiene perfecta explicación. Pero entonces quizá habría que concluir que las sillas que no tienen figuras encorvadas no estaban destinadas al servicio del dios sol o la diosa luna. Y estas sillas son numerosas. Algunos ejemplares pueden verse en el segundo tomo, planchas 38 a 41 de la obra de Saville. La idea de sostener pesos parece general en la mitología manabita y no es exclusiva de las sillas. En una figura de esa época que hemos visto en una pequeña colección del colegio Olmedo de Portoviejo, se ve un zorro que sostiene en la espalda una especie de compotera. En la figura 10 de la lámina 90 de Saville se ve un jaguar que sostiene una columna. González Suárez nos hace observar como en una figura que parece representar los cuatro elementos, un hombre está en actitud de sostener el cielo con la cabeza. El hecho vulgar de sostener tuvo evidentemente entre los indios manabitas un significado mítico, y fue quizá la representación de una fábula religiosa muy conocida entre ellos

Como los ídolos suelen adoptar formas monstruosas en mayor o menor grado y las figuras sentadas que aparecen en las sillas copian el cuerpo humano con relativa perfección, se cree que estas figuras, hombres o mujeres, son caciques o personajes principales; pero el problema es difícil de dilucidar, porque en Manabí, por cierto buen gusto artístico, en materia de formas religiosas, por lo menos en los pri-

meros tiempos no se llegó a la exageración de otros lugares de América.

El hecho de hallarse las sillas no en los templos sino en viviendas privadas en número de uno, dos y hasta cinco ejemplares, induce a pensar que eran muebles de uso común de la familia, ya sirviesen para sentarse, para poner allí a los dioses, o ya fuesen un altar para sacrificio al sol y a la luna.

Bajo el aspecto moral, las sillas y en general las esculturas manabitas son muy libres. Pero se manifiesta mayor pureza en los tiempos primitivos que posteriormente, donde el impudor parece haber llegado al extremo a que suelen llegar las civilizaciones decadentes. Como prueba de la moralidad de los primeros tiempos, González Suárez nos refiere haber visto una silla en que hay una mujer con ceñidor de honestidad.

Las sillas son variadísimas, en lo alto, en lo bajo, en lo ancho, en la forma misma como se ha colocado el asiento sobre el dorso de la figura. Todo induce a creer que se trabajaba según el gusto particular de cada individuo. El material suele ser andesita; pero hay también ejemplares trabajados de piedra arcillosa formada por la conglomeración de conchas marinas.

Las sillas curiosas de barro, redondas, bien ornamentadas del Cerro de Narío, tenidas por esqueletos de tambores y que han dado lugar a disputas sobre la extensión del reino de los cañaris, son trabajadas seguramente bajo la influencia de las sillas de piedra de Manabí, aunque en siglos muy posteriores.

La civilización manabita de las sillas representa un papel tan importante en la cultura de los pueblos precolombinos, que es imposible prescinda de ella quien pretenda aclarar el misterio de la prehistoria de América.

Religión

Generalidades

Herrera dice que los indios de Portoviejo (Manabí) eran los más religiosos de toda la tierra del Perú; en Cieza se lee que eran en extremo agoreros y que no había en todo el Perú otro pueblo que hiciese tantos sacrificios en honor de los dioses; Zárate afirma que sacrificaban muchachos, mujeres y prisioneros de guerra y que, unas veces, desollados los cueros, les sacaban la carne por dentro y, dejando a la piel la misma forma humana, los henchían con paja y les ponían los brazos abiertos en forma de cruz dentro de sus adoratorios; otras veces, sobre todo cuando se trataba de muerte por venganza o por satisfacer agravios, se contentaban con conservar sólo la cabeza de la víctima, reduciéndola a muy pequeño tamaño, en forma de tzantza, como aun hoy acostumbran hacerlo nuestros jíbaros orientales.

El culto supersticioso llegó aún a la Colonia, y los más adictos a él fueron los indios de Manta. El P. Fray Alonso Enríquez de Almendáriz, sacerdote mercedario, nacido en Quito en 1551 y que llegó a ser obispo de Santiago de Cuba, cuenta que siendo doctrinero de Manta, mejor dicho como visitador de las doctrinas por los años de 1573 a 1575, quitó a los indios de dicho lugar el principal ídolo que tenían es-





condido, y cosa análoga hizo con otros santuarios e ídolos de diversos lugares de la provincia de Portoviejo.

Los templos, llamados también huacas, eran bajos, oscuros, sin ventanas y la puerta miraba al oriente, aunque no con la exactitud matemática que entre los indios de México, sin duda por inferioridad en los conocimientos astronómicos; pues en el cielo parece no conocían otra constelación que la de las siete cabrillas o siete estrellas principales de las Pléyades que son también las únicas que conocen nuestros montuvios. Al adoptar el cristianismo, los indios no pudieron olvidar por completo sus antiguas tradiciones y las trasmitieron a la raza pura o mestiza de los tiempos subsiguientes. Sobre los templos oscuros, en el Hogar Cristiano de Portoviejo del Ilustrísimo señor Schumacher, se cuenta en 1892, que una viejecita añoraba una iglesia bajita, oscura y sin ventanas, que a consecuencia de una peste de viruelas había dejado en Picoazá viejo, fundado en el antiguo sitio de Giguivi, sobre el actual punto de Manantiales, en actual disputa entre los cantones de Monticristi y Jipijapa.

Sin otro fundamento que el haberse hallado en los sepulcros vasos colocados en dirección sur, muchos han creído que esta dirección, como la del oriente, es también sagrada.

El templo de los indios, al decir de Zárate, tenía por puerta una tela blanca de algodón; en el interior solía haber dos altares bajos y encima de ellos dos ídolos casi de la figura de unos cabros negros ante los cuales se prosternaban en adoración.

Oviedo dice que en Manabí se daba culto a las serpientes, y está averiguado que adoraban sierpes muy grandes y tiburones, como símbolo de lo que había más temible en la tierra y en el mar. Como en la generalidad de los pueblos paganos, la base del culto estaba constituída por el temor no por el amor.

Culto a la serpiente

La sierpe no era la culebra común, sino un animal mitológico de múltiples ojos, una especie de dios de las aguas dulces y benéficas de los inviernos. En la actualidad el vulgo de los campos cree que en las grandes avenidas invernales suelen venir de noche abajo estas sierpes de muchas cabezas, innumerables luces y silbidos especiales. Entre los campesinos hay personas que se jactan de haber sido testigo presencial de este suceso.

La analogía de leyendas de esta clase entre Manabí y Cañar muestran un origen común o antiguas y largas relaciones de los dos pueblos. En la monografía de Girón, dice el señor Víctor Manuel Albornoz, que en una excavación realizada personalmente en el cerro de Pizhi (hoy San Clemente) halló el símbolo más completo, por él conocido, del mito encarnado en el totem principal de los kañaris. Es una figurilla, en piedra negra de fina calidad que no mide sino ocho y medio centímetros de largo. Representa la mujer-culebra, de la que desciende la raza, según la creencia vernácula. Tiene dos cabezas, una a cada extremo del cuerpo que se alarga en forma de la de los reptiles: la una es de sierpe, con los ojillos enigmáticos y la boca dilatada, la otra es claramente de mujer, como se advierte por la cabellera que hacia atrás le cuelga dividida en dos trenzas. El mayor significado del ídolo consiste en que en el vientre ostenta dos cabezas humanas, dando a entender que del seno del animal sagrado advino la progenie.

Que este mito fue llevado de Manabí donde aun hoy la gente ruda del vulgo siente temor supersticioso al animal mitológico de la sierpe, no parece pueda ponerse en duda, si se toma en cuenta que el mito no pudo nacer en Cañar donde no hay víboras ni culebras.

Otros ídolos y sacrificios

Los indios manabitas rendían también honores divinos al mar, tigres, leones o pumas, esmeraldas, etc. Los incas introdujeron al sur el culto al sol, que, dicho sea de paso, no fue originario de ellos, sino tomado de otros pueblos, quizá del mismo Manabí de los antiguos tiempos. De las excavaciones en la ciudad prehistórica de Jaboncillo parece deducirse, dice Jijón, haber sido la danta objeto de culto especial. Adoraban también los árboles, especialmente la ceiba, culto que seguramente fue introducido de América Central.

Se han hallado en las excavaciones esculturas o dibujos de monstruos míticos y ciertas formas de lagarto, mujer, etc., de tipo maya que parecen haber sido objeto de culto religioso. En las sepulturas abundan también las conchas que fueron al mismo tiempo monedas y objetos de superstición.

González Suárez nos describe una piedra manabita en que se ha representado a Hun Apha Voch del panteón de los mayas, acompañado de los cuatro elementos en signos simbólicos: el fuego, el aire, el agua, la tierra; las figuras, dice, tienen cierto tipo de plácida belleza artística, lejos del recargo de los adornos y de las monstruosidades yucatecas.

Los ídolos eran de madera, barro, piedra, oro, plata, esmeraldas, etc.; tenían figura de animal o forma humana y eran mucho menos monstruosos que los de los otros pueblos comarcanos; el tamaño era variable, pero los había de estatura gigantesca como no se los ha hallado en otra parte de América. Si ciertas estatuas representaban dioses o eran personas de fama entre los indios, es cosa no averiguada aún, pero lo primero parece más probable.

A los ídolos les ponían vestidos talares y mitras muy parecidas a las del antiguo rito judaico, y los adornaban como solían adornarse los hombres con esmeraldas, chaquiras, narigueras y de muchos otros

modos. Les honraban quemando en el templo frente al altar, en forma de zahumerio, la corteza de un árbol oloroso, que quizá sea el conocido en la actualidad con el nombre de palo santo. Zárate afirma que los indios con la corteza de este árbol preservaban a los cadáveres de la corrupción, es decir, les servía dicha corteza para el embalsamamiento. En las excavaciones se hallan incensarios y piedras ahuecadas donde se quemaba el perfume a los dioses.

Los sacrificios eran de varias clases, animales, frutos de la tierra y víctimas humanas; eran éstas por lo común prisioneros de guerra, a los que primero embriagaban y después con un cuchillo de pedernal degollaban. La existencia de los sacrificios humanos se apoya en el testimonio de los cronistas y se confirma con las excavaciones; pues hay sepulcros donde el pecho de la víctima está roto seguramente a causa de una ceremonia religiosa practicada por necesidad del sacrificio. Mientras se sacrificaba la víctima, para acallar sus gritos y al mismo tiempo manifestar alegría se tocaban bombos y platillos.

Culto en los diversos pueblos

A la llegada de los españoles no había en Manabí un culto uniforme; el territorio estaba dividido en cacicazgos y cada cacique tenía ídolos y ceremonias especiales dentro naturalmente de cierta relativa unidad en agorerismo y superstición, y la concurrencia a los adivinos y a santuarios famosos. La diferencia de razas producía naturalmente diferenciación de matiz religioso, y al norte podían distinguirse los grupos de Coaque, Passao, Caráquez, Charapotó; el centro estaba constituído por Manta, y al sur se manifestaba ya la influencia incásica en el culto de la isla de la Plata y es aun un enigma la veneración a una mujer en la isla de Salango.

Entre los muchos ídolos de Coaque había uno en forma de culebra de ojos muy grandes y una corona

como de fraile. Los indios ya convertidos al cristianismo afirmaban que el demonio a quien se daba culto en esta culebra se hacía a veces tan delgado que tardaba todo un día en pasar; que quien lo veía entraba en un sudor de muerte y a poco era cadáver; que si por casualidad alguno lograba escapar, tenía que huir al monte, comer sal y coca y ayunar seis o siete días hasta que los parientes lo recogiesen medio muerto. Es admirable que la serpiente en diversas formas haya sido objeto especial de culto en el paganismo antiguo y moderno de los cinco continentes, América, Europa, Asia, Africa y Oceanía, no sólo entre los salvajes sino aun en pueblos de gran cultura como el griego y el chino.

De Passao dice Garcilazo que los indios carecían en absoluto del conocimiento de Dios e ignoraban lo que fuese adoración aun en la forma grosera del ídolo. Lo que afirma este cronista en su deseo de exaltar a los incas no corresponde a la realidad histórica; esos indios tenían huacas o templos como puede verse en los pormenores del viaje de Pizarro por esos lugares, y sólo la fe religiosa podía obligarlos al escrupuloso cumplimiento de los pactos.

De Caráquez, afirma Zárate, que los templos tenían en la puerta una figura de hombre con vestidos hechos en la misma forma que dalmática de diácono. Y refiriéndose a los tiempos anteriores a la conquista, González Suárez dice que los caras ofrecían a sus dioses los frutos de la tierra, sacrificios de animales y quizá también de hombres.

De Charapotó tenemos una relación de Benzoni, italiano, que visitó América por los años de 1541 a 1556 y que hizo tres meses de navegación en su viaje de Panamá a Manta. Dice, que en cierta ocasión entró a la aldea de Charapotó donde los indios con gran ruido de bombos y cantos hacían sacrificios en uno de sus templos; que entró por curiosidad y que los sacerdotes apenas lo vieron entraron en gran furia y casi escupiéndole en la cara lo echaron del recinto para ellos sagrado; pero que la cosa no fue tan rápida para

que no viese un ídolo de arcilla, en forma de tigre (jaguar) y dos pavos y otras aves listas para el sacrificio. Que era voz común que sacrificaban también niños, pero que no vio ninguno. Agrega que visitó también Picalanceme, pueblo de esa cercanía, y que los indios lo sacaron diciéndole: ¡ah villano, traidor cristiano, fuera de nuestra tierra!

En Manta se rendía culto a la diosa de la salud, que era una esmeralda muy fina y muy grande, del tamaño de un huevo de avestruz, según Garcilazo, y labrada en figura de cabeza humana bastante tosca, sin duda porque la dureza de la piedra no permitía mayor pulimento. Este ídolo se llamaba Umiña, y Cieza de León afirma que su santuario era muy célebre en todo el Perú y que sólo el de Pachacámac le podía competir, que era un oráculo en que el sacerdote hablaba con el demonio, una especie de Delfos americano donde acudía gente de todas partes a inquirir sucesos del futuro; era también un lugar de peregrinación para los enfermos de los cuatro puntos cardinales (Tahuantisuyo), que aquí acudían por sus propios pies o en brazos de sus parientes a buscar remedio para sus dolencias. Como entre los judíos de la secta de los fariseos la enfermedad para los indios no era natural sino consecuencia del pecado (recuerdo del hombre en el Paraíso antes de su caída); por lo mismo quien podía curarla no era el médico, personaje completamente desconocido entre ellos, sino el sacerdote o el brujo con poderes suprahumanos. En el santuario de Manta, el enfermo hacía primero el sacrificio, presentaba luego la ofrenda, generalmente pequeñas esmeraldas, y se ponía en oración ante la diosa. El sacerdote tomaba ésta, la esmeralda, con un paño blanco y muy limpio y tocaba con ella la parte dolorida. Dolorosa es esta superstición de nuestros mayores, pero más dolorosa es aun la incredulidad del siglo en que vivimos. La Religión es una necesidad del corazón humano, es lo que nos distingue de las bestias; si los pueblos se apartan de la Verdad, por una fuerza irresistible irán a buscar aunque sea

en fuentes envenenadas algo que satisfaga su sed de ponerse en comunicación con un mundo mejor que el nuestro, algo que satisfaga la sed de infinito, que en definitiva no es otra cosa que la Religión. No hay que creer tampoco que los sacerdotes al servicio de la diosa Umiña en Manta fuesen vulgares engañadores que acaparasen esmeraldas, no; eran hombres también engañados, tanto como los enfermos que se ponían en sus manos. A la llegada de los españoles los indios escondieron su Umiña y la veneración por ella era tan grande que, afirman los cronistas, podían dejarse matar antes que arrancarles una palabra del lugar del escondrijo. Cuatro siglos han pasado y se ignora aun dónde se halla la esmeralda codiciada de los españoles y la diosa Umiña de los indios. El sol del cristianismo hizo desaparecer la noche de la idolatría y probablemente el último representante de la raza, al ver el ocaso de sus dioses bajó a la tumba llevándose el secreto.

Las ofrendas o dones a la diosa solían consistir en pequeñas esmeraldas, porque éstas eran para ella el mejor regalo: no en vano era considerada como la abuela de todos, porque eso significa la etimología de Umiña o Umbinha en lengua maya. La abundancia de estas piedras preciosas en Manabí en los primeros tiempos de la conquista probablemente no tienen otro origen que la fama del santuario: las piedras venían en mano de los peregrinos y entraban al comercio y viceversa del comercio iban a mano de los peregrinos.

Difícil es averiguar donde se levantaba el santuario de Umiña, pero una antigua tradición asegura que era en el actual cementerio de Manta, aunque no hay allí la menor huella de su construcción. En el antiguo Manta hay un montículo, que parece haber sido una tola sobre la cual se levantaba un adoratorio. ¿Será el de Umiña? En las ruinas de la gran ciudad indígena de Manta se ve también un gran edificio dirigido al Oriente, dirección sagrada recuerdo de la revelación primitiva, y ese edificio parece haber sido un templo. ¿Será el de Umiña? Por ahora imposible es

responder a todas estas preguntas, pero a la llegada de los españoles muchos siglos habían pasado de la grandeza de Manta que está hablando en las ruinas de la ciudad indígena, y entre cuyos dioses quizá no se contaba la Umiña que hallaron los conquistadores y se quedaron con el deseo de tenerla entre sus manos.

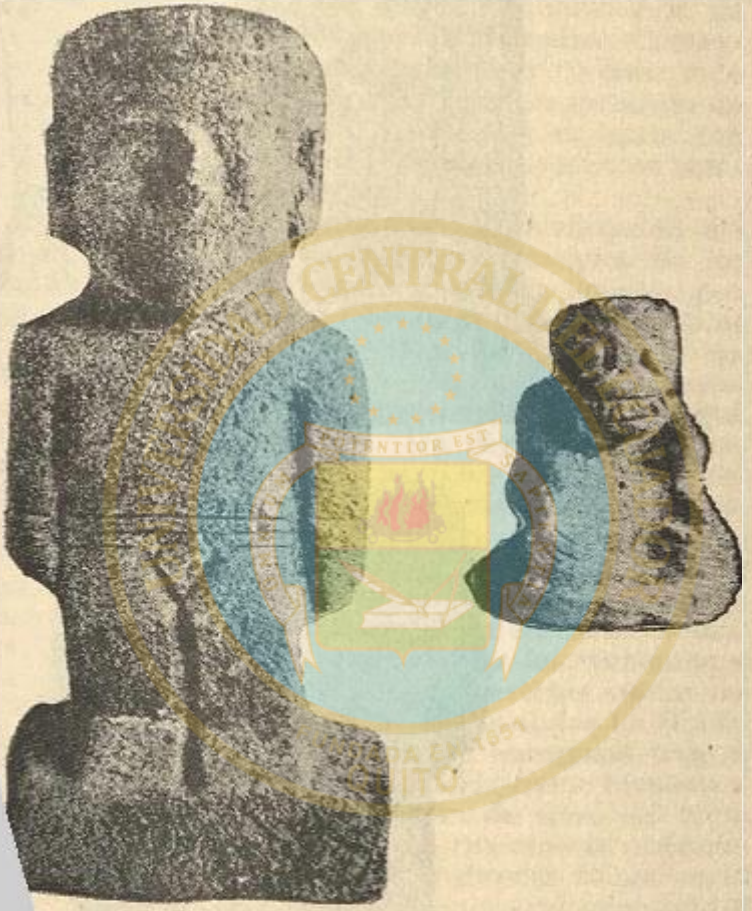
En la isla de La Plata, deshabitada por motivo religioso, existe un santuario que se cree estuvo dedicado en sus comienzos al mar, pero que los incas al tomar posesión de la isla lo dedicaron al sol. Aquí se celebraba un importante festival religioso en el solsticio de invierno, y las ofrendas de los devotos eran telas muy finas, pieles y el sacrificio de un determinado número de niños, costumbre esta última, así como el sacrificio de mujeres y prisioneros de guerra, que abolieron los incas, si hemos de creer a algunos cronistas. La abolición parece dudosa, porque hay mucho fundamento para creer que los mismos incas, en ciertas y determinadas ocasiones, sacrificaban víctimas humanas en la Cámara oscura del templo de Pachacámac.

Junto a La Plata, en la isla Salango, estaba el santuario de María Meseia, o sea, una mujer con un niño en los brazos, de que nos hablan los españoles en su primer viaje a las costas manabitas.

En un mapa de Ribeiro de la época de los descubrimientos, que se conserva en Berlín, se dice que en la costa manabita había grandes casas de oración donde los indios tenían variedad de ídolos y a donde las gentes comarcanas iban en procesión a impetrar lluvias cuando éstas, lo que no era raro, llegaban a faltar.

Culto y libertad

Todo lo expuesto está mostrando que el espíritu religioso animaba la vida precolombina del pueblo manabita, dentro naturalmente de las características de





las falsas religiones que divinizan el vicio y van poco a poco corrompiendo las costumbres. Pero la religión no quitaba al indio la libertad ni lo absorbía por completo como en otros pueblos, el mismo maya v. g. de donde el manabita probablemente procedía. Conservaba el individuo cierta independencia y no daba todo al templo o al cacique para darnos el espectáculo de una raza privilegiada de sacerdotes y caciques con santuarios y viviendas lujosisimas junto a otros hombres que perecían de necesidad.

En las ruinas que ha dejado la civilización del Cerro de Hojas no se han hallado vestigios de los que pueda afirmarse con seguridad eran templos, por lo que se cree que el servicio religioso se hacía al aire libre como en época de los patriarcas, o dentro de cada familia que tenía sus dioses lares o protectores o, lo que parece más probable, en templos de madera que el tiempo no ha conservado. Un régimen individualista de libertad hogareña parece desprenderse del gran número de habitaciones particulares donde se vivía con relativa comodidad a juzgar por los grabados, sillas de piedra, columnas y otros utensilios que manifiestan una vida de cierta holgura. Si no se ha hallado más es porque el indio vivía en casas de madera; de madera eran muchos de sus instrumentos y ésta, como también la tela de sus vestidos, no ha resistido a la acción destructora de los siglos en climas cálidos. El indio manabita no se entregaba todo a la comunidad como el incaico, quería cierto bienestar, y quizá el furor liberal manabita de fines del siglo XIX, furor que en definitiva no fue sino la exageración del individualismo, tenía profundas raíces en la raza y no era sino el espíritu ancestral adaptado a las nuevas modalidades de la vida. El mismo amor a la vida independiente del campo y el poco deseo de agruparse en pueblos tiene sus raíces en el alma indígena ávida de libertad, que impidió en la última época precolombiana formar de Manabí una unidad

política y mantuvo esa multitud de grupitos, enemigos entre sí y que hablaban diversos dialectos, que hallaron los españoles a su llegada.

En Manabí los sacerdotes usaban vestido blanco, vivían apartados del trato común y alardeaban de conocer y predecir el futuro. Molina y Cobos afirman que acostumbraban matar pájaros y les soplaban los pulmones para conocer el porvenir. Se cree que la plancha 87, número 3 y 4, que trae Saville en Las Antigüedades de Manabí, representa un hombre haciendo adivinaciones en un pájaro.

Para aplacar a los dioses los indios empleaban sacrificios sangrientos, mortificaciones corporales, plegarias, y la misma deformación del cráneo hecha por los Caráquez y de origen muy antiguo en América, no era otra cosa sino una ofrenda a la divinidad.

Respecto de los sacrificios humanos, Herrera dice de ciertas tribus, y quizá pueda aplicarse a Manabí, por la persistencia de ciertas tradiciones populares como la del tío Urdemala al que le arrancan tiras de lomo sin proferir una queja, Herrera dice, repetimos que a la víctima le iban arrancando la carne de pedazo en pedazo; si daba muestra de gran impasibilidad los huesos eran tenidos como amuletos en gran veneración, de lo contrario los arrojaban con desprecio.

Agorerismo

Los indios eran en extremo agoreros. Benzoni refiere que el cacique de Colonchi llevaba en la muñeca izquierda una piedra que decía ser preservativo contra el mal de la vista, o sea, que la piedra impedía que otro causase males o enfermedades por medio del ojo. Esta superstición perdura aun a través de los siglos, no sólo en la familia manabita sino aun en la familia ecuatoriana, y es frecuente oír a cierta clase de personas que la enfermedad de tal niño o la muerte de tal animalito muy querido proviene de haberlo ojeado fulano. Y para curar el mal de ojo no se bus-

ca el médico sino al curandero que entiende la forma cómo se ha de destruir el hechizo.

Los adivinos gozaban en Manabí de grandes consideraciones y ninguna empresa de importancia era llevada a cabo sin su consulta; desempeñaban el papel de los augures en la antigua Roma. Que con frecuencia se equivocaban, inútil es decirlo.

Montesinos refiere en sus Memorias que el inca Huiracocha conquistó a los habitantes de Puná que tenían fama de valientes y en seguida mandó mensajeros a Portoviejo (Manta) intimándoles rendición. Los indios de Portoviejo consultaron a sus adivinos y éstos les aconsejaron la no rendición, que se negasen a reconocer al inca como hijo del sol y mataran a los embajadores. Los embajadores advertidos a tiempo huyeron y fueron a dar cuenta a su soberano. Este vino con tropas a Portoviejo y halló ocho balsas (en el mar) con muchos guerreros y con ánimo de resistirle; pero los venció no obstante el fallo de los adivinos, y conquistada la tierra hizo construir al sol un gran templo, en una isla adyacente (La Plata).

El respeto de los indios a sus adivinos era miedo antes que amor. Si aun hoy cuando ha muerto la religión y la lengua precolombina, el vulgo cree que los brujos (antiguamente adivinos) tienen poder de introducir sapos y culebras en el vientre, hay que imaginar lo que sería en tiempos anteriores al cristianismo.

González Suárez refiere minuciosamente como predecían el futuro con ayuda de dos piedras, el cunchur y el chanca. De estas piedras que sirven de amuleto y traen la buena suerte quedan aun reminiscencias. De muchos cazadores se dice que son felices en la caza porque conservan la piedra del animal que persiguen, venado, conejo, etc., piedra que es muy rara y se la halla por casualidad en la hiel del animal.

Los indios a más de sus dioses comunes que adoraban en sus templos o huacas tenían consigo en sus casas otros idolillos a los que rendían culto, y venían a ser una especie de genios familiares. Con frecuen-

cia colgaban del cuello amuletos de diversas formas, tamaños y figuras. Se valían de ceremonias y preparaciones especiales para sus hechicerías. Y en este arte, dice Cieza de León, los del interior de la provincia, que llamaba serranos, eran mucho menos hechiceros que los de la costa. La enfermedad era una dolencia moral y la medicina una ciencia que correspondía al sacerdote o adivino. El culto doméstico tenía raigambres mucho más profundas que el culto público, y en cierto sentido puede decirse que esta conducta de aspecto racial no ha desaparecido aún.

Tenían lugares sagrados. Hay casas que las gentes se niegan a habitar porque en ella residen los espíritus malignos. En Cerro Bravo y Manantiales, sitios fértiles donde es fácil la vida, no hay corrales o ruinas de habitaciones de la extinguida civilización del Cerro de Hojas. Y estas ruinas abundan en los sitios vecinos. ¿Cuál el motivo? Probablemente los dos puntos eran lugares sagrados en esa remota época.

Recuerdos de la revelación primitiva

Los indios creían en la inmortalidad del alma, pero imaginaban que éstas andaban vagando primero antes de retirarse a descansar en un lugar misterioso; hoy en Manabí cree con un terror supersticioso que cuando un individuo muere, el alma sale a recoger sus pasos y recorre los mismos sitios que recorrió en carne mortal.

Como recuerdo de la revelación primitiva común a todo el género humano, conocían la semana. López de Atienza, vicario de Quito, (y Manabí en aquella época formaba parte del territorio de Quito) refiere en 1.583 que a cada uno de los siete días de la semana los indios de Manabí le daban un nombre especial y que al domingo lo llamaban teppichinche, y los hijos llevaban el nombre del día en que habían nacido, nombre con frecuencia desconocido porque más se les conocía por el apodo.

Conservaban también el recuerdo del diluvio que lo llamaban Pachacuti. De la leyenda de los gigantes castigados por sodomistas ya hemos hablado.

Los cadáveres puestos en los templos en forma de cruz llamaron la atención de los españoles, y como en México se conoce la famosa cruz de Palenque, y en Manabí la leyenda de Santo Tomás, muchos han creído que el cristianismo fue introducido en América en el siglo X por inmigrantes del norte de Europa; pero parece averiguado que la cruz de Palenque es mero adorno, anterior al cristianismo, y de origen budista.

UNIVERSIDAD DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1857
QUITO

Moralidad, Vestidos y Adornos

Bajo nivel moral

En los artefactos manabitas hallados en las ruinas se representa sin pudor alguno desde la cruda relación sexual hasta la repugnante sodomía. El hombre como que parecía complacerse en dibujar y esculpir figuras lúbricas que, por lo numerosas, parecen haber sido el fruto de una ocupación favorita. Si el pueblo era de tan bajo nivel moral como se muestra en sus obras, es probable pero no seguro. Aun hoy en nuestra sociedad que se precia de culta hay familias que están lejos de semejarse a los cuadros de cabaret que exhiben en sus salones. La vida de tan bajo nivel moral que se representa en el cine es casi una novela de la realidad que se pretende copiar. Entre la corrupción del entendimiento y de las costumbres, como también entre la moralidad de los pensamientos y de las costumbres, suele mediar en la historia siglos de diferencia.

Los alumnos de la Universidad Central de Quito, imbuídos y educados en tendencias llamadas izquierdistas, que en definitiva son una renuncia al ideal cristiano y un retroceso hacia el paganismo, tenían sus delicias en admirar las figuritas lúbricas manabitas sacadas de las ruinas, no tanto para conocer el pasado en una afanosa labor de investigación histórica y prehistórica, sino para ponerse al mismo y quizá in-

ferior nivel moral de los pueblos que tales figuritas fabricaron. El fuego que acabó con ese antiguo edificio (1930) acabó también con una colección preciosa para estudios de la antigüedad manabita, aunque fuente de inmoralidad por falta de cultura cristiana de profesores y alumnos.

La llamada Venus de los Cerros es una mujer menos moral y menos estética que la Venus griega. Si presenta el amor o representa la maternidad es algo en que los investigadores no están de acuerdo, pero no cabe duda que es una diosa o un símbolo mítico que se lo esculpe o dibuja siempre en la misma forma, y con no rara frecuencia. Probablemente expresa el desarrollo de una cultura venida del norte, porque de parecida manera, aunque más decente, se halla esta misma Venus en Colombia, Centro América y hasta en México.

La complacencia en representar los órganos de reproducción masculinos o femeninos ha llevado a muchos a creer en la existencia de un culto fálico, pero a excepción de la Venus cuyo desarrollo prehistórico puede hacerse viniendo de norte a sur, los demás dibujos y esculturas muestran un gusto individual y no la línea rígida de un mandato religioso.

Al arribo de los españoles a las playas manabitas hay completa corrupción de costumbres, pero ningún indicio de culto fálico, y la Venus impúdica de piernas dobladas y lateralmente extendidas ni siquiera es conocida del pueblo, como lo manifiesta el silencio de las crónicas de la época: ya en ese tiempo yacía entre las ruinas que había de comenzar a exhumar en el siglo XIX.

Vestidos

La moralidad y la cultura se la suele reflejar en el vestido. En igualdad de condiciones climatéricas cuánto más salvaje es un pueblo necesita por lo común menos tela para su cuerpo. El manabita preco-

lombino es muy caprichoso para vestirse; gusta adornarse la cabeza, hacer en ella hermosos tocados y llevar al cuello gorgueras o lazos, aunque el resto del cuerpo vaya desnudo. Ciertos instrumentos que algunos llaman lezna pueden haber sido prendedores para formación de los lazos. Como resto de pudor no faltan mujeres con ceñidor de honestidad y personas de uno y otro sexo ataviadas en forma decente y correcta en que nada desdice de nuestra actual cultura. Son comunes los ponchos, las casullas o dalmáticas de diácono de estilo religioso oriental, fajas que bajan de la cabeza hacia atrás y se arrollan en el abdomen, mientras con un lienzo que baja de ellas y se envuelve al cuello, etc., es decir cierta variedad y cierta finura que indican un pueblo de moral pagana no desprovisto de gusto artístico.

Hay hombres en los dibujos de las ruinas que a primera vista parece que están desnudos, pero que en realidad tienen vestidos ceñidos al cuerpo, tan completamente ceñidos que dan la ilusión de desnudez a quien no sea lo suficientemente prolijo en examinarlos.

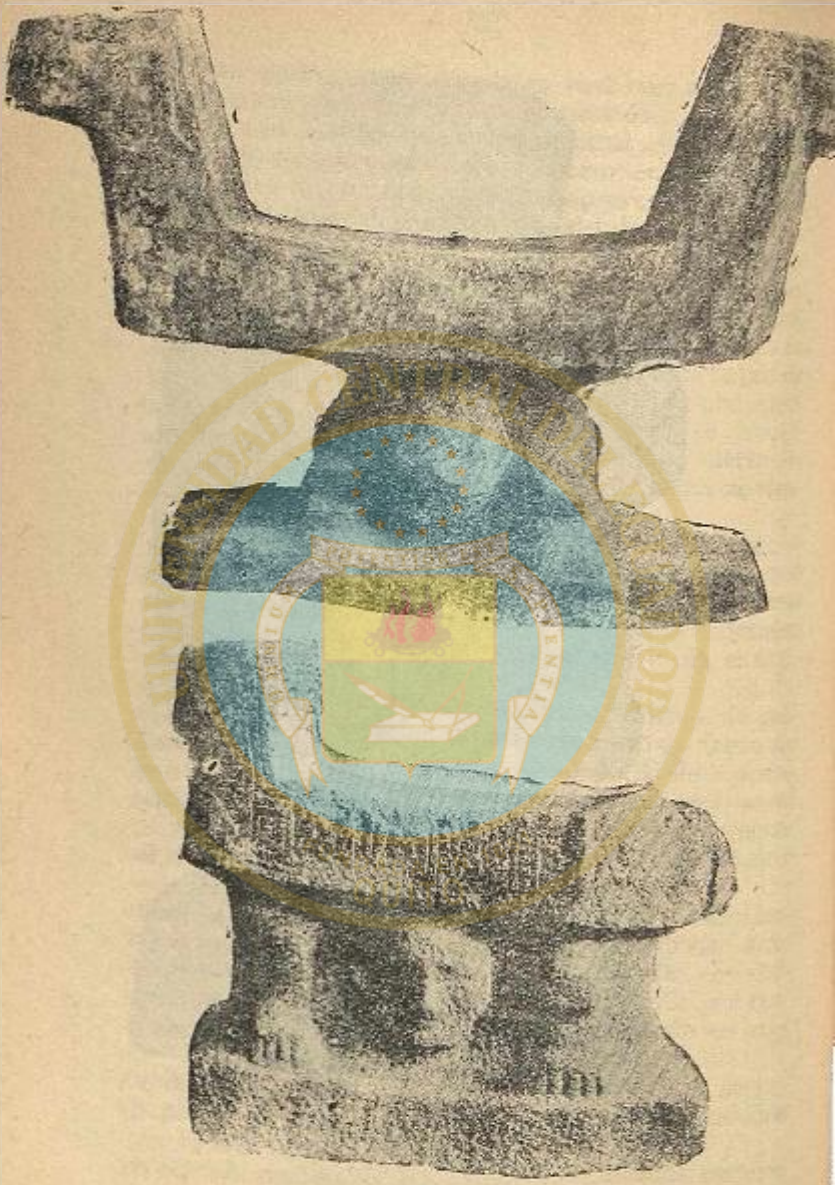
Refiriéndonos a la época proto-histórica, de cultura inferior a la de los siglos precedentes, Cieza de León dice, que los indios del norte de Tolima andaban completamente desnudos y que Huainacápac al saberlo se negó a conquistarlos, porque no merecían ni siquiera ese honor. Tolima queda probablemente al norte de Cojimíes y sur de Esmeraldas.

De los indios de Passao (Cabo Pasado), dice Garcilazo que andaban también desnudos, pero que ante los españoles se cubrían las partes pudendas con cortezas de árboles, no tanto por pudor cuanto por respeto, a lo que cabría observar que el respeto en esta materia es ya una especie de pudor.

Los invasores chimus al sur, que se han perpetuado en la leyenda de los gigantes, usaban vestidos de pieles que eran comunes a otros pueblos.

Estete, Zárate y Oviedo afirman, que los varones en Manabí usaban camisas cortas hasta el ombligo y





el resto descubierto. Benzoni dice que el vestido de estas gentes era una camisa sin mangas, pero que muchos andaban completamente desnudos y de entre éstos algunos se pintaban ocasionalmente el cuerpo de negro.

Las mujeres, según Oviedo, llevaban enaguas o mantas de la cintura para abajo como era costumbre por aquella época en Castilla. Esta admirable coincidencia en el vestir de pueblos separados por la barrera del océano durante muchísimos siglos muestra cierta comunicación entre América y Europa en época quizá no muy remota.

El mismo Benzoni dice que los muchachos andaban enchaquirados y armados de sartales de muchas joyas de oro, entre otros motivos por la costumbre de la sodomía, que era escandalosa en Manta y desaparecía entre los serranos, nombre con el que eran conocidos los pueblos manabitas del interior de la provincia. Si Grecia pueblo tan culto fue azotado de este vicio por haber olvidado la pureza de la moral primitiva, nada de asombroso tiene que el mismos vicio haya hecho estragos en un apartado pueblo de la costa del Pacífico de cultura indudablemente inferior. Conocida la degradación de las costumbres, no tienen ya por qué causarnos sorpresa los monumentos de hombres y mujeres desnudos hallados por los españoles en Manabí, monumentos cuya desaparición lamentamos hoy, pero que era necesario destruirlos entonces de conformidad con la nueva moral de los conquistadores. España no pensaba en esa época en rehacer la prehistoria, sino en hacer la historia; hay que verla a través del siglo XVI, no juzgarla con anteojos del siglo XX. Los españoles querían hacer de la raza conquistada pueblos de cultura cristiana igual a la suya; no buscaban en América esclavos, sino súbditos para su Rey y almas para su Dios. El que los medios no hayan sido siempre los más adecuados a tan nobles ideales en nada destruye sus generosos propósitos.

Las mujeres huancavilcas llevaban dos mantas, la una que les cubría las partes pudendas hasta algo

más abajo del muslo y la otra que les cubría del hombro para abajo hasta la cintura. No falta quien afirme que las indias manabitas llevaban una sola manta, pero el testimonio de Oviedo de que el vestido semejaba al de las mujeres de Castilla hace suponer que si no llevaban una segunda manta, lo que creemos probable, iban por lo menos decentemente vestidas.

Comparaciones

Aquello de que en Manabí los parientes de la novia debían gozar primero de ésta antes que el marido, indica muy baja moral y es consecuencia de la poca estima de la virginidad en pueblos apartados del cristianismo; pero esa moral poco se diferencia de la de otros pueblos americanos, Puná, v. g., donde según el mismo Oviedo la sodomía era muy común y el hermano no se abstenía de la hermana, donde el Régulo practicaba la poligamia y a los hombres guardianes de su serrallo les cortaba por completo los órganos genitales, y la nariz y los labios para hacerlos inofensivos y que tomasen aspecto monstruoso.

En la civilización precolombina alejada por una serie de siglos de la pureza primitiva, apenas si se puede hablar de pueblos morales en el sentido cristiano de la palabra. Cierto que en la ribera del Pacífico eran raros los pueblos como el de Passao, donde según el dudoso testimonio de Garcilazo, el hombre carecía de mujer propia y el padre no conocía a sus propios hijos, pero en cambio en el mismo pueblo incásico, el más moral de Sur-América y que por su misma moral mereció el imperio de Tahuantinsuyo sucedían hechos inauditos para el criterio cultural de Europa, como el de los matrimonios en masa efectuados en determinado día del año, con total ausencia de pudor y libertad y con selección de parejas para el mejoramiento de la raza, como si se tratase de animales, y como aun hoy quieren para el hombre ciertas doctrinas revolucionarias, que olvidan que el hombre no es

sólo materia, y que en personas de cuerpo perfecto abundan los tontos y entre los enclenques y los enfermos no escasean los sabios. En la represión de algunos excesos contra-naturam el inca iba guiado por una moral utilitaria; cuidaba de sus súbditos como de sus llamas u ovejas: la aparente mejora de costumbres en el superior era negocio, no caridad, y en el inferior, miedo, no virtud; por esto quitado el freno del despotismo el indio del Perú volvía a la misma moral libre del indio manabita. Conviene no obstante advertir, que es criterio errado juzgar de la moral de los pueblos de América por el modo como la hallaron los españoles en el momento histórico de la conquista.

Diferencias sociales

Siguiendo con los vestidos, Benzoni al hablar del cacique de Colonchi dice que llevaba una camisa corta sin mangas como los nativos de Portoviejo. Esto da a entender que en lo tocante a esta prenda del vestido no había diferencia entre Colonchi y Portoviejo, y generalizando creemos que en la costa ecuatoriana había cierta uniformidad bajo este aspecto.

Las diferencias sociales ponían también su nota distintiva. Cieza dice que las clases populares usaban vestidos de algodón y las superiores de lana. Como el algodón se produce en Manabí en estado silvestre y la llama no se aclimata fácilmente, muy natural era que los vestidos del pelo de este animal fuesen muy apreciados. En las clases superiores el instinto moral más desarrollado por la mayor cultura los obligaba también a cubrir con más amplitud y mayor esmero las partes pudendas.

Benzoni dice que por motivo de decencia los nativos de Portoviejo llevaban una tela de algodón alrededor del vientre, una de cuyas puntas caía por detrás en forma de cola de caballo, y que en las mujeres esta tela rodeaba todo el talle del cuerpo y la punta caía por en medio de las piernas. No ha faltado quien

asegure que estas telas o ceñidores para la honestidad fueron introducidos a la llegada de los españoles; pero el aserto es arbitrario, porque en los dibujos de las ruinas se ven tales telas en forma de cola; Cieza las describe como costumbre propia de los huancavilcas, y de Huainacápac se refiere que desistió de someter a los indios Bracamoros, à quienes llamaba pueblo de rabudos por el uso exagerado de tales telas. Estos hechos demuestran que la costumbre no fue introducida a la llegada de los españoles, sino que tiene origen más antiguo.

Las camisas cortas con las vergüenzas afuera de que hablan algunos cronistas sólo eran de uso general entre ciertas tribus y en las clases inferiores del pueblo. Del primer viaje de Ruiz y del testimonio de los historiadores se viene en conocimiento que en Manabí se usaban capas, túnicas blancas y de otros colores, aljubas, blusas, gorgueras, pecheras, y toda esta indumentaria hubiera sido perfectamente inútil si todas las gentes hubiesen usado las camisas cortas poco decentes de que estamos hablando. A esto se agrega que los dibujos de las ruinas comprueban gran variedad de vestidos en tiempos anteriores a la conquista hispana.

En cuanto a la fabricación de las telas había cierto lujo, pues eran de diversos colores, rojo, escarlata, carmesí, amarillo, etc. y tenían dibujos de animales, aves, pescados y árboles. Los tintes eran de orígen orgánico o mineral y dentro de cada color había variedad de matices; así el rojo se lo obtenía de la planta llamada achiote o de ciertos caracoles conocidos con el nombre de múrice, y era distinta la coloración según se siguiese uno u otro procedimiento.

Adornos

Los adornos para sus fiestas o en la vida ordinaria eran también diversos. Los del norte de la provincia se arreglaban el pelo en forma de caperuza de

franciscano, y la cara la dividían en cuatro cuarteles haciéndose incisiones profundas en el rostro con piedras terminadas en punta y pintando cada cuartel de amarillo, azul, colorado y negro alternándolos según el gusto de cada uno. Al sur cesaba esta costumbre, pero en cambio se sacaban tres dientes delanteros, según decían, por belleza. Cieza dice a este respecto que los pueblos de Manabí en donde se labraban el rostro eran Passao, Jaramijó, Pimpaguace, Peclansemeque, el valle de Jagua, Pechonce (Chone), Apechingue, Sillos, Canilloha, Manta, Sapil, Manabí, Jaragua y otros. Respecto de la costumbre de sacarse los dientes refiere el mismo Cieza que se conservó largo tiempo hacia el sur de la provincia, en Colonchi.

Los indios de Manabí se colgaban también como adorno, anillos y otros objetos de la nariz, de las mejillas y de los labios. En los agujeros así hechos ponían a relucir sus mejores alhajas. El P. Melchor Prieto de la orden de los mercedarios, que fue después Obispo de Paraguay, dice que en 1616 estuvo de visita donde los indios de que era doctrinero el P. Diego Velasco (en Coaque y Passao) y dichos indios vinieron a rendirle obediencia, vestidos de gala los principales de entre ellos: que traían agujereadas las narices y los labios y allí colocados unos botones de oro de los que pendían unas cintas que entrando por los taladros de los labios caían sobre la barba y con gran agilidad las apartaban para beber.

De las orejas se colgaban también pendientes los indios manabitas, y Salazar de Villasante refiere que era señal de distinción una oreja grande, sin duda porque podían colgarse de ella mayor número de objetos. De los dibujos de las ruinas se ven orejas que tienen de tres a siete agujeros para colgar de allí adornos. Por lo visto eran más exigentes que nuestras mujeres de hoy que abren un solo agujero para sus aretes.

Sabido es que entre los incas los nobles tenían grandes orejas agrandadas artificialmente, motivo

por el que los españoles los llamaron orejones. Probablemente la oreja grande como distintivo de nobleza no es creación de los incas y tiene origen antiguo en otro pueblo de donde la tomaron los hijos del sol. Debe observarse también que los pendientes manabitas son de figuras variadas y caprichosas, y no como entre los incas de una sola forma: una gran rodaja para los orejones.

Los expedicionarios de Alvarado hallaron en Jipijapa armaduras o vestidos de planchas de oro para cuatro hombres. Estaban claveteados con clavos del mismo metal, las laonas tenían cuatro dedos de ancho y los morrales estaban cuajados de muchas esmeraldas. Entre los incas era común llevar planchas de oro y plata sobre el pecho como adorno y señal de distinción de los indios nobles. ¿Estas cuatro armaduras de Jipijapa serían simple adorno o cubiertas defensivas para el combate? ¿Serían de factura incásica o netamente manabita? Difícil es dar una respuesta segura, pero creemos que eran armas defensivas de origen manabita. Como la civilización manabita es más antigua que la de los incas, mayor imitación hay del Perú a Manabí que viceversa.

Ciertos anillos hallados entre las ruinas los tenemos por adornos para la nariz, pero no falta quien asegure que eran para los dedos, opinión que la juzgamos muy aventurada.

Los agujeros en la nariz, labios, orejas, mejillas estaban como es natural siempre abiertos, pero las alhajas, como lo refiere Benzoni, sólo colgaban de allí los días de fiesta.

El cuello, los brazos, las piernas solían adornarlos con multitud de chaquieras, y del cacique de Colonchi se refiere que llevaba arrollada una cadena de seis vueltas al rededor de la muñeca y allí una piedra de uso supersticioso, que algunos creen era obsidiana. Estas cadenas arrolladas al cuello, brazos y piernas eran de uso frecuente; pero es curioso que en Puná las mujeres se adornaban con argollas, piernas y bra-

zos, lo que no sucedía en Manabí donde tales adornos no se permitían a las mujeres.

Los indios se protegían los pies con sandalias y los cronistas refieren que por la época de la invasión española, en ciertas tribus de Manabí, estaban en uso una especie de alpargatas de cortezas de árboles; y cuando Salazar de Villasante naufragó frente a Jocay, los indios de Portoviejo le dieron mantas de algodón para cubirse el cuerpo y alpargatas para proteger los pies. Que este uso es muy antiguo lo dice el hecho de hallarse dibujos de sandalias entre las ruinas. Hoy la gente de campo en los trabajos agrícolas usa sandalias de cuero que llama cutarras, cuyo uso es prehispano.

Para los adornos el metal más conocido era el oro; en cuanto a piedras preciosas conocían las esmeraldas, calcedonias, turquesas, obsidianas, perlas. Fray Vicente Valverde en carta de 1539 al emperador Carlos V dice que la provincia es famosa por las muchas esmeraldas y adornos de oro que llevan los naturales. Las perlas parece que no las tenían en gran estima, y hasta se dice que preferían la carne de la concha para alimento antes que la perla para adorno, como si presintiesen lo que se ha descubierto últimamente que la tal perla no es sino una enfermedad de la ostra que se la puede producir artificialmente. Quizá la abundancia contribuía también a la poca estima. Los comerciantes manabitas sorprendidos por Ruiz en su barca velera traían coronas, diademas, cintos, pendientes, armaduras y muchas piezas de oro y plata para adorno de las personas. En las ruinas son frecuentes los hallazgos de discos y planchas de oro; aunque por lo común en tiempos anteriores a la conquista el oro y las esmeraldas parecen haber sido menos abundantes.

Industria fabril

El algodón estaba industrializado y de esta fibra solía ser la generalidad de los vestidos. Para las clases superiores de la sociedad y para ciertas ceremonias de culto se tejían también de lana, por lo común de la llama u oveja del Perú, pero también del pelo de otros animales. Conocido es el incidente del finísimo vestido negro pardo de Atahualpa de que habla el P. Cobos, vestido hecho de pelo de murciélago por los nativos de Portoviejo y Tumbes de la época de Huainacápac.

Los vestidos manabitas eran muy estimados por los españoles a causa de la curiosidad de las figuras dibujadas en ellos y por la calidad del tejido. Que los había en abundancia lo dicen los almacenes hallados en Coaque y la multitud de husos aun hoy esparcidos entre las ruinas. Por desgracia de este pueblo de tejedores no ha quedado como recuerdo ni siquiera la técnica del tejido, Jijón dice que en Imbabura se usaba el método bakari, pero es peligroso extender a Manabí el mismo procedimiento.

¿Cuál la causa para haberse extinguido tan pronto esta industria? Nos parece hallarla en la fascinación que las telas españolas debieron ejercer en los indios manabitas, en la diversidad de pueblos y la falta de una organización política suficiente para mantener la obligación al trabajo y el amor a lo propio, la inseguridad del indio en conservar lo suyo sin que se lo arrebate el español, en el poco abrigo que exige una región cálida y la desaparición del ceremonial indígena religioso objeto preferente del empleo del tejido fino, en la introducción de oficios más remuneradores y el hallarse la provincia junto a la costa en comercio abierto con España y en el paso obligado de los buques, lo que facilitaba telas de la península a bajo precio por la libertad del contrabando. Rumazo González a este respecto observa que era tanta la libertad de que se disfrutaba en la villa de San Gre-





gorio de Portoviejo, que los oficiales reales casi nunca cobraban derechos sobre las mercaderías que de tiempo en tiempo, casi cada mes, traían los barcos de Tierra Firme (Panamá), México, Nicaragua, etc.; que no rendían cuenta alguna al Gobernador u Oficiales de Guayaquil y que esta costumbre tomó tal fuerza que aun a principios del siglo XVII no se pagaba aduana, porque, dice la Relación de 1606, todo lo que llega allí es de paso. En tales condiciones, decimos nosotros, era imposible, que subsistiesen las telas indígenas, porque la libre introducción de telas de la Península mataba la industria.

En la Cordillera andina se mantuvo el tejido porque estaba en condiciones distintas de las de Manabí, y el indio acostumbrado al trabajo en el régimen incaico y con necesidad de abrigo siguió en sus labores, bajo el dominio del nuevo señor, y aun en la actualidad no se resigna a abandonarlas.

Pero la habilidad del indio manabita para el tejido no pudo perderse por completo; abandonó las telas y se concretó en otra modalidad: el sombrero de paja toquilla, que no es sino la aplicación del tejido indígena algo modificado al sombrero español. Los indios tuvieron para sus tocados o para sus dioses estos tejidos de toquilla, y el primer indio de Jipijapa, Julcuy o Montecristi que lo aplicó al sombrero conquistó para la vida manabita un medio económico de subsistencia, y dio al mundo una prenda inestimable para cubrir la cabeza, que por la fescura, suavidad y duración no tiene rival hasta el presente.

Los sombreros de mocora, las hamacas de esta misma fibra, los petates o esteras y tanta diversidad de tejidos de varias fibras, el cáñamo inclusive, no son sino una supervivencia de la habilidad indígena en el tejido de las telas.

Para perpetuar el recuerdo del indio manabita bastaría recordar que en la América pre-colombina no hubo mejor silla que la suya, y hoy no hay en el universo mejor sombrero que el suyo.

Las Sepulturas

Diversas clases

Cieza de León afirma que en muchos lugares de Portoviejo hacían unos hoyos muy hondos, que más tienen de pozos que de sepulturas, para enterrar a los difuntos. Ponían el cadáver en la boca del pozo y se juntaban los dolientes a bailar, cantar y llorar, todo a un tiempo y sin descuidarse de beber chicha, tañer tambores u otros instrumentos. La música era más temerosa que suave y carecía de ese tono de dulce tristeza como entre los incas.

Junto con el difunto enterraban algunas de sus joyas, comida y cántaros de chicha, y si era un cacique o señor principal enterraban también dos o tres de sus mujeres más queridas, y algunas veces también a muchachos, lo que se explica por la costumbre de la sodomía muy generalizada en América antes de la llegada de los españoles.

Antes de cubrir de tierra el ataúd o vasija ponían una caña guadúa gruesa y hueca que communicase el cadáver con la superficie, y ya verificada la sepultura por esta caña echaban de tiempo en tiempo chicha, llamada también azua o vino de maíz, para que bebiese el difunto y se embriagase. No habían perdido la noción de la inmortalidad, pero su grosera cultura los llevaba a materializar la otra vida, como suele acon-

tocer con la generalidad de los pueblos no cristianos.

No enterraban en ataúdes de madera sino en vasijas de barro, y el hoyo para verificar el entierro, en muchos lugares solía ser uno solo, muy grande y muy profundo que servía para todos, de manera que para cada nuevo difunto no había más que remover un poco la tierra.

El cadáver lo comprimían dentro de la vasija hasta reducirlo a un volumen muy pequeño, y lo dejaban sentado en cuclillas, apretadas las piernas entre sí y juntas al pecho, y los brazos recogidos bajo la barba: era probablemente una actitud de orar.

Cieza de León afirma haber visto terraplenes, en forma de tolas, que no eran otra cosa sino sepulcros. En las ruinas de Manta y en otros lugares se ven aun ahora esos terraplenes pero no se halla en ellos cadáveres. Como el testimonio de Cieza no es despreciable, es de concluir que los esqueletos fueron desenterrados por los españoles en su deseo de apropiarse de los objetos colocados junto al difunto. El hallarse estos sitios tan claramente visibles facilitaría el trabajo, y, si como es de presumir allí sólo se enterraban ciertas clases distinguidas de personas, la codicia fue un acicate para el despojo. Esto es tanto más explicable cuanto en estos terraplenes los cadáveres estaban casi a la superficie y no como en los pozos a grande profundidad.

Los trabajos arqueológicos han demostrado que la civilización de los antiguos mantas, ya desaparecida por la época de la llegada de los españoles, quemaba primero el cadáver, práctica que suele ser rara en América, y después de la cremación se practicaba una segunda sepultura. Fundado en esto, Otto von Buchwald dice, que en Manabí no hay urnas funerarias sino urnas cinerarias.

La costumbre de inhumar sólo la cabeza fue introducida en el Ecuador por la Mayas. Estos, como entre los incas, enterraban también los ex-votos, caracoles, objetos de culto y otras menudencias que se hallan hoy en los sepulcros. Esta similitud de cos-

tumbres se explica por la influencia de los mayas y de Manabí antiguo sobre las viejas civilizaciones peruanas.

Mantas y Caras

Descontadas pequeñas variedades puede concluirse que en Manabí hay dos clases principales de sepulturas, la de tipo Manta en pozo más o menos profundo y la de tipo Cara en túmulo más o menos alto: los terraplenes o tolas, son una combinación de las dos clases. Como las tolas vinieron por influencia atacameña los grupos caras que la adoptaron pronto la echaron al olvido, y en general persistió más en la Sierra (Imbabura) que en la costa (Manabí), porque el mayor aislamiento de los pueblos en la cordillera andina los hacía más refractarios al cambio de costumbres.

En el Cerro de Hojas, tierra de dominio de los Mantas, donde parece haber existido una población muy densa en épocas anteriores a la llegada de los españoles, no hay tolas, y los sepulcros suelen estar junto a los corrales o habitaciones particulares. Esta forma de enterrar a los difuntos junto a la vivienda no es extraña a las actuales costumbres manabitas, y se dan casos, en los lugares un poco apartados de los centros urbanos, de enterrar a los niños y aun a los adultos en los jardines o sitios cercanos a las casas, sobre todo cuando por lo riguroso de la estación invernal se puede alegar el pretexto de no tener facilidades para llevar el cadáver al cementerio común. No es tampoco raro que aun en las poblaciones se entierre a los niños en los jardines cuando el interesado goza de influencias para no ser molestado por las autoridades locales.

Los colorados, como que residieron largo tiempo en épocas pretéritas en el Cerro de Hojas, aun hoy siguen la costumbre de enterrar a sus difuntos junto a las casas.

Los caras, según la tradición mejor documentada, acostumbraban en muchas de sus tribus poner el cadáver en la superficie del suelo y echar encima tierra hasta formar un montículo, de mayor o menor altura según la calidad nobiliaria o guerrera del difunto, montículo conocido vulgarmente con el nombre de tola. Pero conviene advertir que no todos los grupos caras adoptaron las tolas y éstas se hallan también en sitios no ocupados por los caras; además hay tolas que no tienen el menor indicio de haber servido para enterrar allí cadáveres. Con frecuencia se ve gran número de estos montículos que parecen haber sido viviendas alzadas sobre terrenos anegadizos en invierno. Otras veces junto a estos montículos y a un costado se hallan los muertos de la familia.

Mucho se ha poctizado sobre las tolas sin llegarse a conclusiones ciertas. Conocida es la tola de Macají, que el Dr. Juan Félix Proaño la tiene por artificial y construída cuando el Chimborazo, que significa cerro de hielo, era un volcán. Para el señor Jijón los hombres no han puesto la mano en ese montículo, que según él se ha formado en virtud de leyes naturales. Casos como éste hay muchos.

González Suárez llama a los caras el pueblo de los túmulos en el Ecuador y dice, siguiendo a Velasco, que ponían el cadáver en tierra, echado de espaldas y junto a él sus objetos queridos en vida, mujeres inclusive, y al rededor grandes piedras para formar con ellas una especie de alta bóveda cónica sobre la que amontonaban tierra hasta construir el montículo o colina de altura correspondiente a la dignidad del difunto. Algunos autores bajo el pretexto de que las tolas que ellos han visto no se conforman con esta descripción, niegan la veracidad del relato sin tomar en cuenta que las tolas se construían por diversos fines y por diversos pueblos y que por lo mismo no es posible sujetarlas a un solo modelo.

Si las tolas a que se refiere Velasco han sido destruídas por el tiempo, por los buscadores de oro, no es razón para negarlas, aunque a decir verdad, a nos-

otros también nos parece dudosa la postura horizontal del cadáver. Esta práctica era común en el hombre primitivo que tenía ideas más claras de su destino ultraterreno; probablemente se perdió en las costumbres y se conservó en la tradición y de aquí la tomó Velasco aplicando a tiempos relativamente modernos lo que era una práctica de remotísima época.

La ceremonia del entierro la describe González Suárez así: Puesto el cadáver en el sitio donde se había resuelto levantar la sepultura, los parientes iban plañendo en alta voz y desandando a trechos el camino que habían recorrido; porque con cierto bailecillo fúnebre retrocedían de espaldas una parte del espacio o camino para volverlo a andar de nuevo, dando plañidos y zapateos acompasados: con este modo de andar fácil es comprender que tardaban mucho en llegar al sitio de la sepultura, como si les pesase acercarse pronto a ella.

Agrega el mismo autor que al cabo de un año se juntaban de nuevo los parientes y amigos del muerto para llorarlo y hacer uno como aniversario fúnebre, recordando sus hazañas en los cantares y bebiendo y embriagándose a su memoria.

Los Colorados, los Montuvios y los Incas

En la vida del ilustrísimo señor Schumacher por el P. Dautzenberg se narra (segundo tomo de la traducción castellana pág. 194) un curioso modo de enterrar a los muertos por los indios de Santo Domingo de los Colorados, en forma análoga a la practicada por los indios manabitas, según los primeros historiadores. Dice así el relato: Cavan la tierra y construyen allí un aposento; cuelgan de él una hamaca y depositan el cadáver. En el suelo colocan lo que perteneció en vida al difunto y varias vasijas con carbón y maíz. Atan luego la mano del cadáver a una cuerda y fijan ésta en la parte superior. Cubren la sepultura con ramas y tierra. Los parientes vienen todos los

días a visitar la sepultura hasta que la cuerda se pudra, cuando se ha podrido cesan las visitas porque tal señal indica que el espíritu del muerto ha abandonado la sepultura. He visto con mis propios ojos (en 1882) esta costumbre dice el prelado.

Los Colorados pasan la noche del velorio en jolgorios, y en las actuales costumbres manabitas las nueve noches que se celebran después de la muerte del difunto se las ameniza con juegos y amena charla; el rezo es con frecuencia un pretexto para divertirse y para llegar a ciertas uniones, lícitas a veces e ilícitas otras.

El recuerdo del aniversario sigue aun en Manabí como en la época de la conquista, acomodado naturalmente a las costumbres cristianas de la sociedad. No hay familia de cierta holgura económica que no celebre al cabo del año a los seres queridos con una misa solemne por el eterno descanso del alma. La costumbre es en verdad muy laudable, pero lo curioso está en que en la época del fallecimiento no se suele celebrar ninguna ceremonia religiosa con la excepción de las nueve noches que sigue al entierro del cadáver, En el espacio intermedio hasta cumplirse el año hay completo olvido. En familias de mayor cultura las cosas toman naturalmente otro rumbo.

Para terminar diremos que en Manabí, hacia el sur hay también sepulturas de tipo incásico. Como son muy conocidas no nos detenemos a describirlas. Basta decir que se encuentran sepulcros de esta clase en la isla de la Plata. Dorsey halló en esta isla mucho material de cultura de los incas, que manifiesta que éstos un tiempo la habitaron, aunque quizá sólo de peregrinos en sus visitas al templo dedicado al mar o al sol existente en la isla y de mucha fama entre ellos. Como el ceremonial religioso duraba muchos días las huellas de su dominio se manifiestan con bastante claridad.

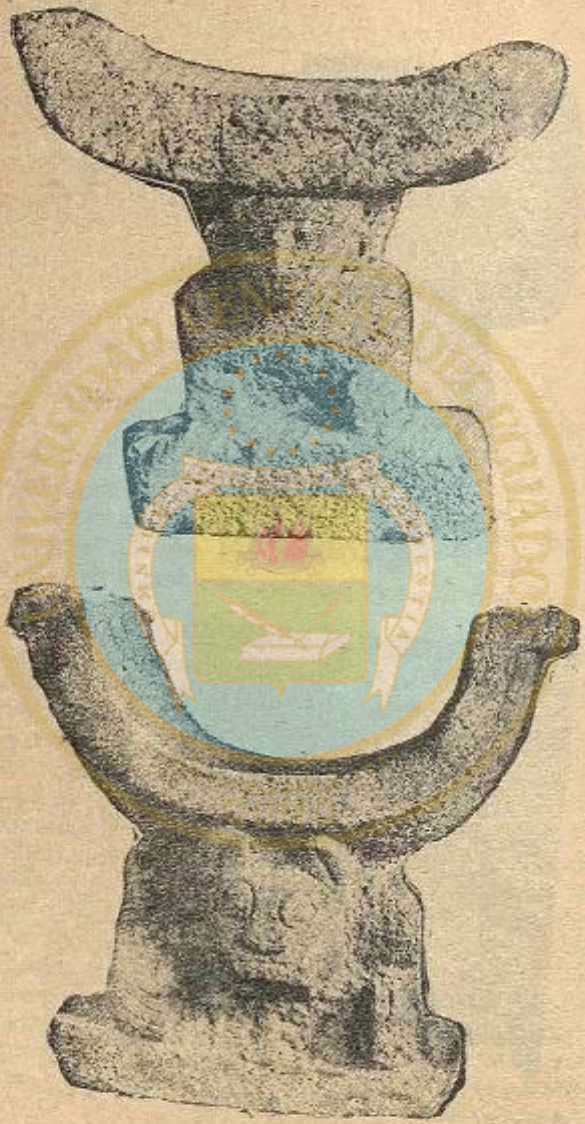
La Propiedad y la Familia

El comunismo de la tierra

En el Perú el oro está en manos del Inca o en el templo; en Manabí el oro está en manos de los particulares, existe el verdadero concepto de la propiedad individual; el indio manabita se llena de alhajas en los días de fiesta; cuando no es fiesta las alhajas las guarda como suyas en su casa. Ejerce el comercio para cambiar lo que es suyo con otra cosa que le agrada.

El cacique de Coaque en conversación con Francisco Pizarro le dice: "esta casa es mía". He aquí su concepto, un verdadero concepto romano de la propiedad. Pero no hay que extender mucho el alcance de la frase; la casa en que se había escondido era suya, no ajena, por derecho de construcción o sucesión a cualquier título de ese derecho, pero la propiedad individual del suelo era algo en que no pensaba. En las labores agrícolas sembraba donde quería; sin más requisito que la de ser primer ocupante, la cosecha era suya; pero la tierra era del pueblo, nótese bien, no era res nullius; aunque individualmente era inapropiable, había sobre ella una propiedad colectiva de determinado grupo de gentes. Sobre esta concepción social surgieron las comunidades indígenas, con derecho al uso sobre una porción de terreno, común a todos (comunero), pero que nadie pensaba tomarlo in-





dividualmente para sí de manera exclusiva. Las leyes españolas no crearon, garantizaron esta forma de propiedad para hacer más llevadera la vida del indio dentro de sus viejas costumbres y para mayor facilidad en la percepción de los impuestos. Los encomenderos tenían a su cargo únicamente el cuidado de los indios y éstos los remuneraban por esa vigilancia; no eran los encomenderos propietarios de las tierras que los indios poseían; en cierto sentido su derecho era personal, no real: en el concepto cristiano de la autoridad estaban allí para servir a los indios. Abusos posteriores y exageración de los defectos por la época de la independencia y en la República no quitan a las encomiendas su generosa finalidad de continuar en la Colonia la concepción indígena sobre uso y goce de la tierra.

En Manabí para el mantenimiento de estas comunidades, de orden del Virrey de Toledo, se nombraba un gobernador que residía en Manta y en cada pueblo había cabildo, regidores, alcalde, alguacil mayor, cargos todos desempeñados por los mismos indígenas. Como se ve sólo la forma era española, en el fondo se hacía lo posible para que el indio no sintiese el cambio de régimen conservándole, como antes de la Colonia, hasta la población de Manta como centro de sus actividades.

El comunismo de los incas no existió en Manabí, y la propiedad comunal del suelo es algo tan en relación con el medio geográfico, que aun hoy subsiste, no obstante no estar en vigencia las leyes que la protegen y haber desaparecido las comunidades indígenas: ciertos terrenos secos utilizables para pastos, leña, lana vegetal no rinden gran provecho con la apropiación individual, no costean ni el costo del cerramiento, y en cambio de tal apropiación el vecindario reporta enorme perjuicio. Cosa análoga a lo que pasa con los páramos de la Sierra, convertidos hoy, muchos de ellos, en grandes latifundios, porque no prestan utilidad alguna como minifundios, y que quizá sería co-

rrecto transformarlos en propiedad comunal sin perjudicar desde luego a sus legítimos propietarios.

Esta característica de ciertas tierras, para no soportar la apropiación del individuo en la forma jurídica del viejo continente, fue lo que condujo al comunismo de los incas. Además una población escasa que permitía al suelo descansar varios años después de cada cultivo, y la abundancia de terrenos cultivables para todos los individuos hacían casi inútil la propiedad exclusiva de la tierra. El comunismo incaico no pudo nacer de repente, germinó en una sociedad, la americana, que estaba preparada a recibirlo. Y las consecuencias de este estado social no fueron tan fatales como pudiera pensarse, porque si es cierto que la falta de amor al suelo destruía un tanto la vida de familia, en cambio al no ligarse el hombre al territorio, se produjo esa movilidad perpetua del ciudadano pre-colombino que es hoy la admiración de los investigadores de la prehistoria y que hace subsistir analogías en pueblos separados por distancias enormes como los de la costa del Atlántico en Venezuela y Brasil y los de las costas del Pacífico. Sin esta movilidad que aumentaba tanto la vida de relación, los pueblos aislándose cada vez más y más hubiesen retrogradado con más fuertes impulsos al salvajismo.

Labores agrícolas. Vida de familia

Si nos atenemos al relato del primer viaje de Ruiz, los indios de Manabí al sur de la provincia, criaban ovejas (llamas), puercos (sahinos), patos, perros (que no ladran), ansares, patillos y palomas, y eran gente de mucho orden y justicia que labraba sus heredades con instrumentos de cobre y otros metales; que las aldeas tenían sus calles muy bien trazadas y en los huertos había mucho género de hortalizas.

Optimista parece el relato, pero no está completamente desprovisto de verdad. Juan Sámanos asegu-

ra que los indios tenían domesticados muchos animales, y es evidente que los manabitas criaban en sus casas patos y coris, entre ellos el ave llamada Xuta. En los bajos relieves de las ruinas se ven figuras humanas con dos patos caseros tranquilamente a sus pies.

De los oficios agrícolas y de cocer la chicha se ocupaban de preferencia las mujeres. El hombre más gustaba emplear su tiempo en ver formas como dar veneno a sus enemigos y en asuntos concernientes a la guerra, que era un estado perpetuo en la vida indígena manabita, al extremo de asegurar Cieza de León que la población disminuia alarmantemente más por las guerras que por las enfermedades y que con yerbas ponzoñosas se mataban los indios los unos a los otros.

En tales condiciones la vida de familia no podía menos de adolecer de muchas deficiencias; pero por lo común en la clase media regía la monogamia, estado que aun por las necesidades económicas se impone hasta entre pueblos regidos por una moral poco severa. Oviedo dice que los maridos trataban mal a sus mujeres y no vamos a negar el hecho, pero no es posible juzgar de los indios manabitas con el criterio de la moral cristiana. Para su cultura indudablemente inferior hay que tener mayores miramientos.

La casa

La casa, contruída sobre estantes de madera y cubierta de cadi o paja, ofrecía relativamente ciertas comodidades. Aunque no hay certeza en asegurarlo, es probable que las más de ellas se dividían en varios departamentos, como aparece hasta del testimonio de las ruinas en lo que respecta a las construcciones de piedra de la antigua Manta. En el dormitorio había una cama o tarima con toldos hilados de algodón y colchones de lana de ceibo, de lo que fueron testigos presenciales los españoles en su entrada a Coaque. En la cocina estaba el típico horno americano, aun

hoy en uso, sin chimenea ni corriente de aire para el fuego; y entre los utensilios no faltaba la piedra de que, al menos en Manabí, no falta en los hogares. Platos, cuchillos, morteros, canastos y tazas para beber de las que habló Ruiz en su primer viaje, eran cosas indispensables. En la sala había hamacas y bancos para sentarse, porque las sillas de piedra no estaban ya en uso por la época de la llegada de la invasión española. Raspadores y navajas de obsidiana y espejos, generalmente redondos y del mismo metal, para el adorno de las personas colgaban de la pared. En muchas casas había columnas con estatuitas o pequeños objetos, y en las excavaciones se han hallado útiles que parece son relojes de arena, aunque faltan datos para asegurarlo. Para divertirse había flautas, silbatos, rondadores, trompetas de caracoles marinos, cascabeles, sonajas de cobre, máscaras para las fiestas, etc. Los caracoles marinos servían para dar aviso a la distancia de la presencia del enemigo, y aun ahora siguen teniendo ese uso en los campos cuando los azota el bandolerismo; en tiempos normales sirven para dar aviso de la hora de la comida a los peones que trabajan lejos de la casa. Como armas ofensivas y defensivas no faltaban las lanzas, macanas, tiraderas, flechas, estólicas, rompe-cabezas, hachas, tambores de madera, piedras sonoras que colgadas servían de campana, corazas, discos de oro con planchas de cobre que se hallan no sólo en Manabí sino también en Pichincha y en muchos lugares de la costa del Pacífico. No faltaban cuños, husos, sellos para la decoración de telas destinadas principalmente al servicio de sus dioses, pieles curtidas y hasta cadáveres de enemigos embalsamados o cabezas convertidas en tzantzas.

Ocupaciones y comercio

Las ocupaciones dentro del hogar eran variadas. Se hilaba el algodón, se tejía la tela para los vestidos; se fabricaban objetos de metal, cobre, oro, plata y

aun platino; se labraba la piedra, arte en que eran muy diestros los mantas. El hueso del venado y otros animales era materia también muy apta para lucir habilidades. Del barro común o de la llanca, barro parecido a la loza, se hacían diversas figuras, unas vulgares y otras con un arte que admira. Se trabajaba también el yeso o pacachachi y de ciertas clases de conchas hacían pepitas blancas y coloradas, estas últimas semejando corales, para chaquira. Se han hallado caracoles trabajados a propósito para servir de cajita y que probablemente se los utilizaba para guardar coca.

El uso común de las chaquiras hacía que las conchas de que se fabricaban fuesen un objeto muy apreciado. Esto y ciertas costumbres supersticiosas explican el por qué servían de moneda y se las halla con frecuencia en las sepulturas. En los entierros de la Sierra hay conchas que sólo se dan en los mares de Manabí de donde fueron llevadas probablemente por el comercio, en determinadas épocas muy activo, por la fuerte influencia cara que llevó a la cordillera andina las costumbres de la costa. Ruiz en el encuentro con la barca velera la halló cargada de estas conchas, que servían a los indios para sus transacciones mercantiles. Un comercio rudimentario cambia objeto por objeto; la moneda indica ya un volumen de negocios relativamente grande como era el de Manabí con los pueblos vecinos. La abundancia de oro, esmeraldas, tejidos en cantidades superiores a las necesidades sólo se explican por el comercio; el negocio de telas se mantenía de preferencia con Esmeraldas, y Jijón cree que el cobre de los utensilios de Imbabura era llevado de Manabí donde había hornos de fundición. Saville asegura haber visto bocaminas en Picoazá y en cerro de Jaboncillo con claras señales de habérselas explotado en tiempos precolombinos.

Alimentos y medicinas

En la comida parece que los indios ignoraban el uso del huevo como alimento, pero comían carne de sus animales domésticos y cazaban además con tal fin aves, venados, armadillos y también la danta, en tiempos anteriores muy abundantes en Manabí. Cuando el Obispo Fray de Berlanga vino a Portoviejo en abril de 1535, los indios le atendieron con carne de venado, y maíz que fuera de la carne constituía la primera base de la alimentación. La yuca y el maíz eran de uso común y se cree que también el chocolate. Como golosina era muy apreciada la miel de tierra o miel agria de que aprovechaban para diversos usos, la cera blanca y amarilla que de allí procede. Los cronistas nos dicen que gustaban mucho del juncal o pechiche que es el capulí de la costa, de los papaie o tunas procedentes de los cardos, de los caimitos, cerezas, cerecillas y más frutas indígenas propias de los países cálidos, como guabas, guanábanos, ananas, etc.

Aunque la enfermedad era un maleficio que exigía la presencia del brujo, no por eso dejaban de curarla por medios naturales. Se purgaban con agua de mar, y para sanar del mal de bubas se metían en unos hornillos, calentados previamente, donde sudaban a la mayor temperatura que fuera dable soportar. El remedio para las mordeduras de culebra era sajar inmediatamente la herida y poner allí tabaco mojado al mismo tiempo que se tomaba como bebida el zumo de dicha planta. Aun hoy se sigue este procedimiento como curación provisional para la mordedura de ciertas culebras como la tigre, y otras como ésta de veneno no muy activo. El tabaco lo conocían para usos medicinales, pero a lo que parece no lo usaban para fumar por la época de la invasión española. El mal de ojo lo curaban con zumo de cogollo de algarrobo: el ramo tierno lo ponían al rescoldo hasta que se re-

blandeciese y una vez reblandecido lo majaban: el líquido que de allí se obtenía era el remedio. Para las lombrices empleaban el payco (planta), como aun hoy en día. En la descripción de Portoviejo de 1606 se dice que al palo santo se lo llamaba así, por los diversos y eficaces usos que de él hacían en medicina; que de allí sacaban una resina que hace las veces y provecho de la trementina, y que ella y el agua en que se cuece la raíz y el palo sana los catarros.

Extinción de la raza

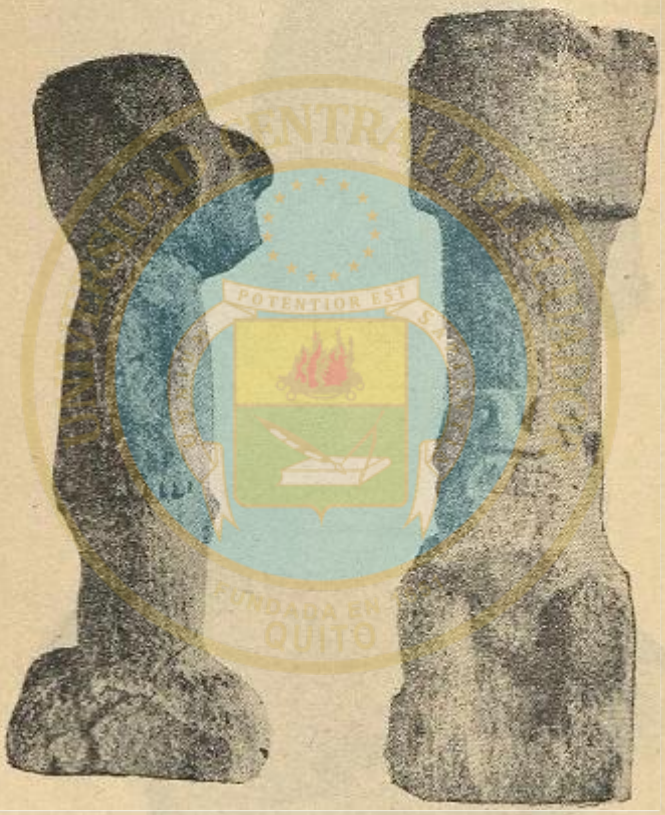
A la llegada de los conquistadores había en Manabí unos veinte pueblos y Manta contaba con unos dos mil habitantes; pero a poco la población disminuyó en forma tan bárbara que Benzoni da a Manta apenas cincuenta habitantes. Causas de esta disminución, fuera de las continuas asechanzas de los indios entre sí, fueron las expediciones guerreras como las de Alvarado, los tormentos a que se sometía a los naturales para obligarlos a declarar donde tenían el oro y las esmeraldas, ciertas enfermedades desconocidas en América e importadas por los europeos, el contacto de una civilización superior con una inferior, y la pérdida de la antigua libertad y método de vida para convertirse de señor en siervo. Las pestes, la sequedad, el hambre fueron terribles azotes. El indio de miedo a los invasores no cultivaba las tierras; los almacenes de víveres para atender a las necesidades de los años secos desaparecieron, y cuando éstos se presentaron, la falta de alimentos fue la natural consecuencia de la falta de previsión.

Tantos males engendraron en el indio, odio al español al extremo de procurar no sólo la propia desaparición del escenario de la vida, sino la extinción de la raza. Benzoni, como testigo presencial,

porque visitó los diversos pueblos manabitas, dice que los padres ahogaban a sus propios hijos para que no fuesen más tarde siervos de los blancos, y se hallaba tan exquisito placer en hacer daño a éstos, que el mismo autor refiere como los indios de Manta al venir a Portoviejo, en vez de procurarse agua en la albarrada cercana, se internaban dos leguas tierra adentro para llenar sus calabazas de una agua hedionda, sucia y negra que brotaba de una peña, con el solo fin de ofrecérsela al español que hallasen por el camino y la solicitase para calmar su sed.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA
OMNIUM
FUNDADA EN 1826
QUITO






DESCUBRIMIENTO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1827
QUITO

Los primeros Españoles en Manabí

I

La primera visita de los españoles

Los mercaderes manabitas habían llevado al Istmo (de Panamá donde estaban los españoles) relaciones maravillosas de un gran imperio al sur (1).

El día 14 de noviembre de 1524 salió Francisco Pizarro de Panamá en un barco con 112 españoles y algunos indios a su servicio, rumbo al sur, en busca del famoso imperio del Perú.

Después de más de dos meses de aventuras arriba el 24 de febrero de 1525 al Puerto del Hambre con 32 españoles menos. Como en este puerto no había víveres mandó al piloto Montenegro con varios marineros a buscarlos a la isla de las Perlas, y cuando éste regresó, al cabo de 47 días de navegación, de los compañeros de Pizarro habían muerto de hambre como veinticinco.

Siguieron adelante los sobrevivientes con el auxilio recibido sin arredrarse por las contrariedades, pero después de varias aventuras resolvieron regresar

---

(1) Benalcázar, por Jacinto Jijón Pág. 15

a Panamá, con muy poco oro y con una deuda de diez mil castellanos, en moneda de hoy más de veinte mil dólares. Cincuenta expedicionarios quedaron no obstante en un pueblo llamado Cuchama esperando auxilio.

Ante el fracaso, Pedrarias, fundador de Panamá, retiró su apoyo. El 10 de marzo de 1525 se había formado una sociedad con Fernando Luque, Pizarro y Almagro para seguir adelante en la empresa de los descubrimientos. Luque, que no era sino mandatario del licenciado Gaspar de Espinosa, dio para los gastos 20.000 pesos. Se tomaron el juramento los socios y para sellar el pacto, Luque celebró el santo sacrificio de la Misa y dio la comunión con una hostia dividida en tres partes.

Y los conquistadores se hicieron a la vela por segunda vez. Según el manuscrito CXX de la Biblioteca de Viena con Pizarro y Almagro iban ciento cincuenta hombres, dos buques de cuarenta y setenta toneladas y un pequeño bergantín. Fray Alfonso M. Jerves cree que Pizarro salió primero y luego Almagro con ciento diez hombres. A las embarcaciones acompañaban tres canoas. Llegaron a San Juan después de recoger la gente de Chucama y una vez allí, Almagro, que había descubierto el río el 24 de junio de 1525, regresó a Panamá por víveres y pertrechos.

Durante esta corta estadía fue cuando Pizarro aprovechando los conocimientos del piloto Bartolomé Ruiz de Estrada y el buen ánimo de su gente lo despachó en su barco a explorar la costa más al sur, en un viaje que duró setenta días entre ida y vuelta, lo que hace presumir que sólo llegó hasta Cancebí según el testimonio de Jerez y no hasta el actual Perú como algunos lo han supuesto.

Ruiz en su viaje estuvo el 21 de setiembre de 1526 en una bahía a la que puso el nombre de San Mateo. Al fondo llevaba al mar el tributo de sus aguas el actual río Esmeraldas. Había tres grandes pueblos junto a la costa. De ellos salieron algunos indios que en sus canoas le vinieron a dar la bienveni-

da y a invitarle ir a tierra. Aceptó Ruiz la invitación y con su gente estuvo dos días con ellos. Como si los indios hubiesen conocido el lado flaco de los españoles les obligaron a que les aceptasen algún oro y éstos lo aceptaron después de hacerse mucho de rogar. No hay diferencia entre estos indios y los civilizados de Panamá, decía Ruiz, y su asombro subió de punto cuando al seguir viaje al sur, algunos de los nuevos amigos resolvieron acompañarle en el barco para irle dando noticias e indicaciones sobre las desconocidas tierras que iban a visitar.

Ruiz fue pasando por Tacames, Nancabez, Tovirismi, Conilope, Papagayos y Toloma, pueblos todos en la actual provincia de Esmeraldas al sur, entonces mucho más poblada que hoy, pues sólo en Atacames había mil quinientas casas y en cierta ocasión se reunieron allí más de diez mil indios en son de guerra, los que seguramente no eran sólo de Atacames sino también de los pueblos de las cercanías.

Toloma o Tolima era el último pueblo al norte de esta costa a que algunos años antes habían llegado las huestes victoriosas de Huainacápac si nos atenemos al testimonio de Cieza de León.

De Tolima pasó Ruiz a la actual provincia de Manabí y su buque se meció en las aguas Quisimos, hoy Cojimíes, y después en las aguas de Coaque, población entonces muy floreciente, hoy habitada por gentes que no conservan el recuerdo de su grandeza precolombina.

Siguió Ruiz al sur y fue pasando frente a Tonconies, Arampajos y Pantagua, de los dos primeros pueblos el segundo debe ser el nombre indígena de Passao. Aunque el nombre de Passao lo hallamos desde los primeros tiempos de la conquista, no cabe duda, como bien observa Saville, que su procedencia es netamente española, por más que en Alemania (Baviera) haya también un pueblo, famoso por sus minas de grafita, que llama Passao.

Pantagua o Pintagua, pueblo al sur de Arampajos o Passao, subsistió mucho tiempo en el lugar que

lo vio Ruiz, y en una Relación hecha a principios del siglo XVII, de orden del marqués de Cañete, figuran Passao y Pantagua con 78 tributarios.

La nave española siguió adelante y fue pasando por Caraslobez, Amarejos, Cames, Amotopse y Docoa, pueblos todos de tierra llana como se dice en el manuescrito de Viena de que venimos tomando estos datos, manuscrito trabajado probablemente el mismo año de 1526, al parecer bajo la dirección del mismo Ruiz.

Caralobez es Carâquez; Amarejos es Jaramijó. Cames es el pueblo de Cama, que a raíz de la conquista Benzoni nos refiere haber visitado en la provincia de Manabí y que hacia 1.570 se le redujo a Manta. En la relación que mandó trabajar el marqués de Cañete figura Cama con 6 tributarios, lo que demuestra que no se logró el objeto de la reducción y que este pueblo iba ya en decadencia a principios del siglo XVII, sin duda entre otras causas, por persistir el afán de los conquistadores de juntar contra la voluntad de los indios, los pequeños caseríos en un sólo pueblo que en esta carta debía ser Manta.

Cames o Cama debe ser Jama, y el hecho de aparecer en este itinerario entre Jaramijó y Manta debe ser un error fácilmente explicable, porque eran nombres tomados de boca de los indios y escritos con posterioridad.

Amotopse es Charapotó. Los españoles no lo vieron probablemente, porque no es creíble que estuviese junto al mar, pero tuvieron noticia de él. El Ilustrísimo señor González Suárez fundándose en que el nombre primitivo de este pueblo es Japotó descompone el vocablo así: Ah-ppo-toc que en maya significa llanura que se levanta poco a poco. Entre Appotoc y Amotopse cualquiera ve el parecido. Esto indica cuan buen observador es González Suárez y cuanta es la importancia de estos nombres primitivos para penetrar en los secretos de la proto-historia.

Docoa es Manta. Todos sabemos que el nombre

indígena, mejor dicho maya, de Manta es Jocay y de Jocay a Jocoa y Docoa no hay sino una pequeña diferencia, fácil de explicar en la confusión que los nuevos vocablos producirían en los oídos españoles no acostumbrados a oirlos.

De Docoa la nave de Ruiz continuó su rumbo hacia delante hasta llegar al cabo de San Lorenzo, la parte más occidental de la costa a que había llegado viniendo desde Panamá. Desde aquí se ve la isla de la Plata y Ruiz, sea porque estuviese cansado de venir entrando a todos los puertos, sea porque el tiempo de dos meses que se le había dado le viniese estrecho, sea porque creyese que el continente sud-americano en este punto volteaba hacia el oriente, sea por otro motivo, lo cierto es que al doblar el cabo tomó la ruta entre el continente y la isla para inspeccionar la costa del otro lado, como se dice en el manuscrito de Viena que venimos citando. En un mapa de Muntzer de 1540 parece haberse seguido esta descripción. En este mapa la América del Sur del cabo de San Lorenzo al norte forma un gran golfo con Panamá y Centro América, del cabo baja ligeramente al sur para entrar profundamente hacia el oriente, el Perú de hoy. En esta dirección sur este, teniendo siempre la tierra a lo lejos pasó Ruiz por las poblaciones de Calangane, Tusco, Sercapez y Calango. Esta última población a la fecha solo ha variado la C para llamarse Salango.

Jerez afirma que Ruiz llegó hasta el pueblo de Cancebí después de haber visitado algunas otras poblaciones. Esto hace presumir que este pueblo estaba cerca de Salango o quizá era el mismo Salango, y que no es exacto lo que dice Montesinos que Manta fue fundada sobre el asiento del antiguo Cancebí. Creemos que Cancebí se llamaba también la comarca de Manta a Salango.

En esta costa, teniendo al oeste la isla de la Plata fue cuando Ruiz vio venir del sur una embarcación velera que le llenó de asombro. ¿Su buque no era el primero que venía a turbar la tranquilidad de estos

mares? ¿Por ventura otro conquistador más feliz que él le había ganado la delantera? ¿Pero de dónde había partido? Atormentado por este pensamiento se acercó al misterioso velero y vió con admiración que se trataba de una barca peruana. Nótese que para los españoles, peruanas eran las costas que venían recorriendo desde San Mateo al sur, y peruana fue la costa de Manabí durante la conquista y gran parte del coloniaje.

II

La navegación entre los indios

No cabía duda era una embarcación indígena. De los veinte hombres que venían en ella los once se arrojaron al agua y de los nueve restantes, tres fueron detenidos por los españoles para que les sirviesen en lo sucesivo de intérpretes, o de lengua como se decía en ese entonces.

El navío indígena tenía treinta toneladas, era en consecuencia algo menos de la mitad del navío español que calaba setenta. Tenía dos pisos: el inferior que se mojaba estaba formado de cañas gruesas como postes; el superior en el que iban en seco las personas y mercaderías era de cañas más delgadas y se levantaba sobre barrotes transversales que descansaban en el piso de abajo.

Por relaciones posteriores se deduce que la caña del centro que formaba la quilla era más gruesa y las que se le juntaban iban ligeramente acortándose en proa para hacer que ésta terminara en punta y cortase así más fácilmente las aguas. Los mástiles y las antenas eran de fina madera y las velas de algodón, algo más cuadradas que las españolas. De ancla servía una enorme piedra. Del timón nada nos dice el relato, pero de seguro que no iría atrás como en las bar-


TOLIMA
QUEBINOS
(COIMIES)
COAQUE
TONCONES
ARAMPALOS
(PASBAO)
PANTAGUA
(CANOA?)
CARASLORES
(BAHIA)
CAMES
CAMA
AMOTOPSE
Ah-ppo-toc
(CHARAPOTÓ)
A MARE JOS
(JARAMIJÓ)
DACOA
NOCAY
CABO
SAN LORENZO
MANTA
CALAMARES
TUSC
SERCAPEZ
CALANGO
CANCEBI
RUTA DEL
PILOTO DN.
BARTOLOMÉ
RUIZ POR MA
NABI MDXXV


MANABI
AMERICA
DEL
SUR

cas europeas sino a los costados, mejor dicho carecería de él y a la balsa se la manejaba por medio de canaletes o tablas de 3 a 4 varas de largo, a popa y proa, que Ulloa llama guares y que están aún en uso.

Este sistema de dirigir las balsas, de propia invención de los indígenas, era desconocido de los españoles y Ulloa afirma que de conocérselo en Europa, se evitarían muchos naufragios.

Para ligar las cañas e izar las velas se usaba una cuerda de nombre enequén, muy superior al cáñamo, tan superior que durante la conquista y el coloniaje los buques veleros españoles entraban expresamente a Manta para hacerse de estas cuerdas y otros aparéjos de navegación.

Como se ve la balsa descrita era como una de las muchas que corren por nuestros ríos y a la que se le había provisto de velas para la navegación por mar.

Difícil es determinar si las cañas como postes eran caña guadúa o palo de balsa; las que los españoles vieron posteriormente en el río Guayas eran de palo de balsa; pero ésta que surcaba por las costas manabitas pudiera haber sido de caña guadúa.

El manuscrito de Viena dice que venían en la embarcación muchas piezas de oro y plata, coronas, diademas, cintos, ponietes y armaduras como de piernas, y petos y tenazuelas y cascabeles y sartas y mazos de cuentas y rosecleres y espejos guarnecidos de plata y tazas y otras vasijas para beber; mantas de lana y algodón, camisas, aljubas y alcaceres y otras muchas ropas, todo lo más de ello labrado de labores muy ricos de colores de grana y carmesí, de grana y amarillo y otros colores de diversas maneras de labores y figuras de aves, de animales y pescados y arboledas; y unos pesos chiquitos de pesar oro como hechura de romana y otras muchas cosas; algunas sartas de cuentas tenían piedras de pequeñas esmeraldas y caledonias y otras piedras o pedazos de cristal y anime. Todo esto lo traían para cambiarlo por unas conchas de pescado de que ellos hacían cuentas

coloradas como corales, y blancos, que traían casi el navío cargado de ellas.

El uso de la moneda, que parece tiene su origen en la Mesopotamia, era muy común en el Nuevo Mundo y la concha era el objeto más general usado con este fin.

¿Era esta embarcación de Manabí, del Guayas o de Tumbes?

De las veinte personas que entre hombres y mujeres venían en ella, sólo dos eran de Tumbes y contaron a los españoles maravillas sobre un gran imperio al sur, gobernado por Huainacápac, donde abundaban las ovejas (llamas) y donde el oro era tan común como la piedra. Uno de estos indios era el famoso Felipillo, de quien Jijón dice que era manteño, (1) que jugó papel tan importante en la conquista. Si la balsa hubiera sido de Tumbes difícil es que sólo dos tumbecinos hubiese entre tanta gente, y si la balsa hubiera sido del Guayas no era creíble que en ella se encontrasen dos tumbecinos con tantas garantías, dada la enemistad mortal de los indios de Puná con los de Tumbes. La barca, a nuestro juicio, era manabita y se dedicaba a un comercio directo entre Manabí y Tumbes sin entrar al río Guayas; quizá también a traer peregrinos a los famosos santuarios de Santa Clara o El Muerto, La Plata y Manta.

Herrera afirma que en una balsa tomaron dos muchachos y tres mujeres y que en ella traían lana hilada y por hilar de sus ovejas. Quizá sea dato referente a otra embarcación hallada por el mismo Ruiz u otro navegante español.

Las telas descritas con figuras de aves, animales, árboles y pescados es manufactura netamente manabita.

El viaje de Ruiz frente a nuestras costas acontecía por los meses de setiembre y octubre de 1526. Otros lo fijan en los meses de mayo a julio, pero no nos parece verdadero el acerto tomando en cuenta que

---

(1) Benalcázar por Jijón pág. 92 .

el descubrimiento de San Mateo o Esmeraldas ocurrió el 21 de setiembre.

¿El uso de las velas en la navegación era conocido de los indios? Fr. Bartolomé de las Casas refiere que en las Antillas los indios se admiraban de que un buque anduviese solo con las velas henchidas por el viento. En la historia de la conquista no se refiere otro caso que éste de Ruiz, que es indudable pero que muchos lo explican diciendo que como los españoles hacía muchos años recorrían las costas de América el uso de las velas fue tomado de ellos por los indios; lo que no es difícil explicar si se toma en cuenta, como lo aseguran los cronistas castellanos, que los súbditos de los incas hacían comercio con las poblaciones de Panamá y que hasta aquí llegaban también los mercaderes mejicanos. Esta comunicación de la América del norte con la del sur está por otra parte plenamente comprobada con los modernos estudios arqueológicos.

Zárate refiere que los indios de Manabí navegaban en canoas falcadas, cavadas en troncos de árboles y también en balsas. Este sistema de navegación es típico de América: los españoles no conocían ni las balsas, ni la canoa formada de un sólo tronco de árbol que parece ser originaria de la Oceanía. La industria de los indios cayapas de hoy es hacer estas canoas para la venta.

El mar era familiar a los indios para la navegación; los santuarios de Santa Clara y La Plata a veinte millas de la costa lo están atestiguando. Estos santuarios después de los de Pachacamac y Manta eran los más famosos de todo el Perú.

La visita de los peregrinos de Tumbes y lugares lejanos a Manta es probable que se hacía por mar y no por tierra; hay dos hechos para suponerlo, el uno que no hay huellas ni datos ciertos de grandes caminos o carreteras litorales, y el otro que los indios de la costa se entendían entre sí no obstante hablarse en Manabí muchas lenguas, al extremo de que casi cada pueblo tenía la suya según el testimonio de los cronistas.

Saville ha observado que los objetos arqueológicos de La Tolita (Esmeraldas) y La Plata (Manabí) son muy semejantes.

Otro hecho. Están conformes los primeros historiadores de la conquista en afirmar que en Manabí había mucho oro; era un pueblo muy rico, lo que quizá no pueda decirse ni del pueblo incaico donde sólo el inca era rico y el pueblo muy pobre. No obstante, en Manabí no hay minas ni lavaderos de oro y las excavaciones arqueológicas demuestran que en los tiempos anteriores a la conquista no abundaba el oro. ¿De dónde venía la abundancia de este metal? Evidentemente del comercio y en parte también de las peregrinaciones a los santuarios de La Plata y Manta. Como por tierra no había caminos ni al norte ni al sur y los pueblos vivían en perpetua guerra y aislados con diversidad de lenguas, hay que concluír que ese comercio se hacía por mar.

Por estas y otras consideraciones nada tiene de extraño, antes está muy puesto en razón, el dicho del P. Cobos de que la balsa que halló Ruiz era una de las tantas en que se hacía el comercio entre Manabí y Tumbes. Como supervivencia de este hecho cabe afirmar, que aún en los primeros tiempos de la independencia cuando no se habían levantado las grandes barreras aduaneras mayor comercio había entre Manabí y Tumbes que entre Manabí y Guayaquil.

El relato de la llegada de los caras en balsas a las costas de Manabí (inmigración del norte), de la llegada de los gigantes también en balsas a Santa Elena (inmigración del sur), del viaje de Tupac-Yupanqui a las islas encantadas, aun tomándolas como leyendas prueban este hecho: a los indios les era familiar la navegación por mar.

Y ese traslado de la civilización centro americana a Manabí de donde parece se bifurcó a la Sierra del Ecuador y al Perú es casi inexplicable sin la comunicación por mar, tanto más inexplicable cuanto los indios intermedios estaban en un nivel muy inferior de cultura, al extremo de que los de la costa de Co-

lombia eran antropófagos como lo comprobó el mismo Pizarro en su segunda expedición.

Benzoni que pudo ver a Manabí en los días de la conquista, afirma que los botes que usaban los indios tanto para pescar como para navegar, se componían de balsas compuestas de tres, cinco, siete o nueve troncos delgados, largo el del medio y los otros acortándose como los dedos de la mano. Si durante la navegación se cansaban de remar y no había viento para el uso de las velas, arrojaban al agua en sacrificio frutas y otras cosas rogando un tiempo favorable. No es creíble que tales supersticiones se desarrollasen a la llegada de los españoles; debían tener un origen más antiguo, lo que supone que la navegación les era familiar y el uso de las velas conocido.

Fray Reginaldo de Lizárraga nos dice que los indios de Manta eran grandes marinos. Ulloa se admira de cómo estos indios conservaban el equilibrio sobre las olas de pie sobre un palo de balsa para echar desde allí la red y atender a los menesteres de la pesca. Como esta última habilidad la han perdido ¿no es de concluír que la sabían antes de la conquista y la olvidaron a fines de la Colonia?

Garcilazo a raíz mismo de la conquista se admira de las habilidades de los indios de Passao para la pesca fuera de la costa.

Durante la colonia los ricos de Guayaquil que venían a invernar en Manta no lo solían hacer en las naves de los españoles sino en las balsas de los indios, porque les ofrecían mayor seguridad para eludir, con el manejo de los canaletes, el golpe de las olas.

Ruiz una vez capturados los tres indios regresó donde Pizarro, con seis lenguas dice Jerez, sin duda tres tomados en la barca y los otros tres en San Mateo. Pizarro resolvió una nueva expedición al sur y llegó a Tacamez donde salieron a recibirlo catorce canoas, y la una traía encima un estandarte. ¿Eso que los españoles llaman estandarte no sería una pequeña vela puesta a la canoa, cosa tan usual ahora entre nosotros? Nada difícil afirmarlo. Y pueda que

algún día se catalogue la vela en la canoa como de invención netamente americana. Pero la probable es que su uso haya venido más bien de inmigraciones de la Oceanía.

El hecho de que en México no se conocía la navegación a la vela es lo que ha inducido a muchos, no a negar el encuentro de Ruiz con la barca velera peruana hecho histórico bien probado, sino a tener a los indios por imitadores de los españoles que hacía mucho tiempo ya andaban por las costas del Pacífico. Pero si a conjeturas vamos, nosotros diríamos que el famoso Quetzalcohuatli del norte de Europa arrojado en las costas de México fue el introductor de la navegación a la vela. El invento se perdió en el norte donde no hubo necesidad de él, pero se conservó en el sur.

El mar no debió ser un misterio impenetrable para los indios de América. Los indios costaneros de Manabí eran grandes nadadores, a excepción de los de Cayo donde la braveza de las olas no lo permitía. El P. Cobos afirma que los indios de Arica se lanzaban a la visita de las islas adyacentes en cueros de lobos marinos hinchados. Que a los indios de Esmeraldas y Manabí la navegación a la vela les era conocida, lo dice el hecho del recibimiento cariñoso que los habitantes de San Mateo hicieron a Ruiz, y que al surcar la nave española por primera vez por las costas manabitas, los indios salían a la playa alborozados y un tanto admirados a contemplarla. Supongamos que los indios no hubiesen visto jamás un buque de vela sobre las aguas. ¿No es verdad que en lo supersticiosos que eran se hubieran asustado y no hubiesen salido alegres a la playa? Sabemos que un indio murió de repente al verse seguido por un caballo. ¿Puede creerse que la vista de un fantasma sobre las olas no les hubiese aterrado? Ellos habían visto balsas veleras, pero no un buque de vela al sistema de los españoles, por eso el nuevo barco les admiró pero sin aterrarlos.

III

La segunda visita de los españoles a las costas de Manabí

Hallábase Pizarro en las costas de Colombia, en las márgenes del río San Juan, agobiado por los padecimientos y a punto de perecer de hambre, cuando regresó Ruiz con la noticia de todo lo que había visto en su viaje al sur. El suceso reanimó nuevamente las esperanzas de los audaces conquistadores, y como poco después llegó Almagro con un auxilio de ochenta hombres, se resolvió un segundo viaje al sur, en los dos navíos, bajo la dirección de Pizarro y Almagro y llevando por piloto al mismo Ruiz que ya conocía el camino. Se embarcaron cosa de noventa españoles y cuatro o cinco caballos, según Estete.

Las tempestades se interpusieron en la marcha y después de varios días de lucha con la bravura de las olas fueron a anclar en la isla de Gallo donde permanecieron varias semanas. De aquí siguieron siempre al sur y llegaron a la bahía de San Mateo (Esmeraldas). Cultivos de maíz y de cacao adornaban las riberas. El humo daba claras señales de que allí habitaba el hombre. La tierra era lo suficientemente alta para que el mar no penetrase hasta adentro a formar los enormes manglares que tanto los había atormentado en el río San Juan. El agua dulce del Esmeraldas llegaba hasta el océano y en sus orillas se veían el caoba, el ébano y varias clases de madera. La población era numerosa. De San Mateo de Esmeraldas siguieron más al sur, y con gran asombro llegaron al pueblo de Tacamez con plazas y calles a cordel y más de tres mil casas, según Jerez. Hombres y mujeres lucían adornos de oro y piedras preciosas.

A la vista de los españoles salieron de Tacamez catorce canoas con muchos indios y dos de ellos ar-

mados de oro y plata. Venían de paz. Nada tenían que temer. Ruiz en su viaje anterior había conversado largamente en San Mateo y creían hacer ahora lo mismo en Tacamez. Pero como los indios sospecharan en los extranjeros intención de capturarlos, retornaron nuevamente a tierra, en dirección a unos bajos donde la nave española por su calado no podía penetrar. Ya en tierra pusieron a buen recaudo sus mujeres e hijos y se prepararon al combate.

Pizarro, por consejo de dos de los indios tomados de la barca velera manabita, por Ruiz, que le servían de intérpretes, resolvió desembarcar y llegar a un arreglo amistoso. Así lo hizo; los indios le recibieron hostilmente en número de diez mil, pero viendo que los españoles no iban en son de guerra los trataron también de paz, dice Jerez. Estos indios combatían con piedras, lanzas y agua hirviendo. Imprudencias de los conquistadores encendieron nuevamente la enemistad y se renovó el ataque. De seguro que los españoles hubieran sido muertos ante el inmenso número de los atacantes sin la casualidad de haberse caído durante la refriega un jinete de su caballo. ¿Cómo? ¿El monstruo se divide en dos? Los indios huyeron aterrorizados ante la persuación de que el hombre y el animal formaban una sola pieza, que en los combates, según las necesidades, se dividía en dos y se seguía subdividiendo hasta alcanzar la victoria . Era la primera vez que veían caballos (fines de 1536) y no es de extrañar que en lo supersticiosos que eran concibiesen tales ideas. Así dicen los cronistas, pero cabe preguntar ¿ellos, los indios, que vieron desembarcar los caballos sin jinete cómo iban a concebir que unos y otros formasen una sola pieza? No siempre se puede creer en el relato de los conquistadores.

La tierra poblada, el oro abundante, la civilización relativamente alta. La jauja soñada estaba aquí, pero la gente era belicosa y no se resolvía a entrar en negociaciones pacíficas. ¿Qué hacer? Pizarro convocó una Junta para oír las opiniones de los compañeros.

Almagro dijo que mejor era probar fortuna y en último caso perecer a mano de los indios antes que ir a morir a la cárcel por el pago de las deudas; que en consecuencia él regresaría a Panamá a conseguir nuevos auxilios, lo que no sería difícil, dadas las esperanzas que hacían concebir los nuevos descubrimientos; que entre tanto Pizarro le quedase esperando en un lugar seguro. A Pizarro no le agradó el consejo ¿Por qué sufrir siempre él todos los rigores de la adversidad? ¿Qué derecho tenía Almagro a no compartir los mismos dolores y penas? Almagro creyó que se le trataba de cobarde y surgió una grave disputa, que se hubiera definido por las armas a no mediar la oportuna intervención de Bartolomé Ruiz y Nicolás de Ribera.

Reconciliados los ánimos se convino que Almagro y Pizarro regresasen juntos hasta la isla de Gallo. Aquí se quedó Pizarro con los ochenta y cinco hombres y Almagro con los dos únicos buques y los tripulantes indispensables se fue a Panamá en busca de socorros (diciembre de 1526 o enero de 1527). Las gentes que quedaron con Pizarro no vieron, en su gran mayoría, con buenos ojos la determinación de los dos Jefes y escribieron a sus parientes para que les obtuviesen el regreso, pero Almagro hizo desaparecer hábilmente todas esas comunicaciones a fin de poder enganchar hombres para la empresa. Con todo, un tal Saravia, natural de Trujillo, en un ovillo de algodón que se envió como muestra de los productos del país a la esposa del Gobernador de Panamá don Pedro de los Ríos, hizo llegar una carta en que pintaba las hambres y desnudeces que padecían y que las riquezas de que hablaban eran cosa de risa que las constituían las flechas de los indios; que tres años (1524-1526) eran ya bastante para saber lo que eran los descubrimientos.

Don Pedro de los Ríos mandó entonces a Tafur con orden que trajese a todos los compañeros de Piza-

rro que quisiesen regresar, conminando con severas penas al que lo estorbase. Tafur fue recibido como un salvador en la isla de Gallo. Cinco meses hacía que Pizarro estaba en ella. Casi todos querían regresar. Las penalidades habían quebrantado a los más animosos. Fue entonces cuando Pizarro, viendo que se iban sus sueños de grandeza, en un gesto heroico trazó una línea de oriente a occidente y dijo señalando al norte, allá la pobreza y las necesidades, acá, señalando al sur, la riqueza y la gloria; el que quiere venir conmigo que me siga y saltó audaz la línea hacia el sur. Trece le siguieron, los trece llamados de la fama. Jerez dice que 16, y el P. Jerves aclara que con Pizarro y quizá dos sirvientes. El resto, unos setenta hombres regresaron con Tafur.

Los trece tan célebres en la historia de la conquista son: Bartolomé Ruiz, Cristóbal de Peralta, Pedro de Candia, Domingo de Soria Lucas, Nicolás de Ribera, Francisco de Cuellar, Alonso de Molina, Pedro Alzon, García de Jeréz, Antón de Carrión, Alonso Briceño, Martín de Paz y Juan de la Torre.

Con tan poca gente, Pizarro recelando un ataque de los indios hizo una barca provisional y se fue más al sur, a la isla de Gorgona, de dos leguas de contorno, según dice Cieza de León. Allí se alimentó con los suyos de cangrejos, de agua dulce y de mar, culebras, pescados, frutas silvestres.

Luque y Almagro insistían entre tanto en Panamá ante el Gobernador que mandase traer a los compañeros, que no era justo se les dejase morir en una isla solitaria del oceáno. A tantas instancias el Gobernador mandó un buque. (Jerez por error dice que fueron dos). Pizarro después de ocho meses de indecibles sufrimientos tuvo gran placer de verlo, pero antes de regresar quiso reconocer por sus propios ojos la tierra más al sur. Y bajo la dirección del ya conocido piloto Ruiz de Moguer anduvo cien leguas de Gorgona hacia el país de sus sueños. Zárate dice que navegó con mucho trabajo contra la fuerza de los vientos y que llegó hasta Motupe, provincia de Piura,

que quedaba entre dos pueblos que fueron después Trujillo y San Miguel. De allí regresó al río Chira o Pohechos, y en unos pueblos de este último nombre tomó ovejas (llamas) para comer carne e indios para que aprendiesen el español y le sirviesen de intérpretes. Se volvió a hacer a la mar y desembarcó en Santa y Tumbes. En Tumbes Pedro Candía visita la casa de Atabaliba y regresa admirado de las indecibles riquezas que pasaron por sus ojos.

De Tumbes regresó Pizarro a Panamá en donde debía estar antes de los diez meses de la salida del buque por ser éste el plazo fijado por el Gobernador de los Ríos. De Panamá siguió a España a obtener los poderes y auxilios necesarios para la conquista.

Cieza de León afirma que en este viaje de Gorgona al Perú (1527), parece que a la ida según opinión del P. Jerves, fue cuando Pizarro con los trece de la fama visitó la isla de La Plata, en donde se ofrecían ovejas y niños en sacrificio a los ídolos. Dice que la isla tendrá legua y media y que en los tiempos antiguos los indios de tierra firme (el continente) tenían sus sacrificios y mataban corderos y ovejas y algunos niños, y ofrecían la sangre de ellos a sus ídolos, la figura de los cuales tienen las piedras donde adoraban (1). En el santuario había muchas joyas de oro, mantas y camisetas de lana muy pintadas y muy galanas, y sobre todo abundaba la plata de donde tomó la isla este nombre. Herrera confirma la noticia, pues dice que los indios en sus sacrificios religiosos mataban corderos, ovejas y también niños, y que la sangre la ofrecían a sus ídolos tallados en piedra; que los compañeros de Pizarro fueron los que dieron a la isla el nombre de La Plata por la abundancia de este metal.

El manuscrito CXX de la Biblioteca de Viena dice que había un adoratorio en donde se veneraba la imagen de una mujer con un niño en los brazos y que

(1) En nota: Crónica del Perú (Cap. IV).

tenía el nombre de María Meseia. Esto que quizá no era en la isla La Plata sino en la de Salango es un recuerdo del culto a la Santísima Virgen conservado por los pueblos americanos, y que manifiesta quizá algún contacto con los pueblos del viejo continente en época posterior a la Era Cristiana. La imagen estaba dentro de un templo o casa de Oración, que tenía por cubierta mantas ricamente labradas. Cuando alguno padecía enfermedad en algún miembro hacía una figura de oro o plata del miembro enfermo y ofrecíalo en sacrificio, costumbre que aun se sigue en Manabí dentro del rito católico, y que no es tampoco desconocida en España y otros lugares.

Montesinos afirma que en la isla de la Plata se había elevado un templo al sol, célebre en toda la costa. Pero González Suárez asegura que el ídolo adorado era probablemente el mar y no el sol. Para esto quizá se apoya en el mismo Montesinos, quien afirma que cuando Huainacápac conquistó Portoviejo mandó levantar en una isla adyacente un suntuoso templo a la gran deidad de la mar del sur.

IV

Primeras aventuras del tercer viaje

Con algunos indios, llamas, tejidos y otros artefactos del Perú, Francisco Pizarro fue a España y obtuvo del Rey auxilio para la conquista del Perú y el nombramiento de Gobernador y Capitán General de las nuevas tierras que sometiese a su dominio (Convenio de 26 de Julio de 1520). Como Almagro se quejase de habérsele obtenido para él muy poco surgieron desavenencias entre los dos caudillos, que los amigos pudieron arreglar con la promesa de obtener del rey otra Gobernación para Almagro que debía comenzar donde acabase la de Pizarro.

Perú la tierra de las esperanzas no existía, mejor dicho ningún indio de América la conocia por este nombre. La tierra de los hijos del sol era el Tahuanti-suyo o la de los cuatro puntos cardinales, y Garcilazo testifica que los súbditos de este imperio en los primeros tiempos de la Colonia se negaban a llamarle Perú por considerar el nombre extranjero. Y agrega que el nombre viene por haber apresado los españoles a un indio de nombre Belú, que estaba junto a un río de nombre también Belú; a las preguntas de los aprehensores el indio respondía siempre Belú, creyendo que se le interrogaba por su nombre o por el lugar en donde estaba, y los españoles sin entenderle interpretaron que ese nombre correspondía a toda la comarca. Gomara dice que ese río llamado Peirú se hallaba a dos leguas de la equinoccial, por lo mismo en territorio manabita. Estete afirma que el río llamaba Peruquete, de donde viene el nombre de Perú dado por los conquistadores a toda la comarca desde las primeras expediciones.

Refiriéndose al tercer viaje, que había de culminar con el éxito el mercedario P. Ruiz Naharro dice, que Pizarro y sus compañeros hicieron bendecir en Panamá sus banderas y el Real Estandarte en la Iglesia Mayor, luego, el 28 de Diciembre de 1530, en la Iglesia de la Merced, oyeron una misa cantada, celebrada con gran pompa, y comulgaron con devoción para prepararse a llevar el catolicismo a los pueblos desconocidos de la ribera del Pacífico. El sermón corrió a cargo de Fray Juan de Vargas, que más tarde había de ser comendador del Convento de Quito, y en 1556 primer provincial de la orden en el Perú, por elección del primer capítulo de dicha orden en América, reunido ese año en el Cuzco. La crítica moderna pone sus reparos, en algunos pormenores al relato del padre Naharro. Don Diego Rodríguez de Ocampo dice en una resolución de 1650: "Por el año de 1525 consta haber pasado a descubrir estos reinos Pizarro y Almagro. Trajeron en su compañía a Fr. Sebastián de Trujillo Castañeda y confesor de dicho Fran-

cisco Pizarro, y Fr. Miguel Arenas y al presentado Juan de Vargas y a Fr. Diego Martínez de dicha Orden, enviado por el General de ella Fr. Benito Safón y éstos fundaron algunos conventos empezando por Panamá (1).

Helps asegura que el mismo día 28 de Diciembre salieron los conquistadores de Panamá, pero no está averiguado y más probable parece la opinión del Ilustrísimo señor González Suárez que pone la salida en los primeros días de Enero de 1531, siguiendo a Jeréz. Los fracasos anteriores no despertaban suficiente confianza y no fue posible fletar mucha gente, no obstante haber desembarcado con Pizarro en su viaje de España, 125 hombres en Nombre de Dios (hoy Colón). Con todo, algo se pudo conseguir con el apoyo del Rey y la compañía de cinco sacerdotes dominicos que en las penurias de la expedición facilitaban cuando menos una muerte cristiana algo muy apetecible en aquellos siglos de Fe. Los cinco sacerdotes eran: Fr. Alonso Burgalés, Fr. Pablo de la Cruz, Fr. Juan de Yépez, Fr. Tomás Toro, el tan calumniado Fr. Vicente Valverde, y Fr. Reginaldo Pedraza que hacía de Jefe de la expedición. Según convenio de Pizarro con la reina doña Juana a éstos sacerdotes hubo que darles en Panamá 45.000 maravedíes para ellos y cincuenta ducados para ornamentos del culto divino.

Agustín de Zárate dice que Hernando Ponce de León dió prestado un buque a Francisco Pizarro, y que en él entraron éste y sus cuatro hermanos, Hernando, Pedro, Gonzalo y Juan Pizarro. Herrera dice, que fueron dos los buques cedidos por Hernando Ponce de León, venido de Nicaragua con su compañero Hernando de Soto, y que la entrega se hizo a condición de que después de la conquista se diese a Soto uno de los mayores regimientos y a Ponce de León

---

(1) Primer Convento de Quito por el P. Joel Monroy Pág. 52 .

se le hiciese capitán y teniente de Gobernador del pueblo más importante de los que se iban a descubrir. Jerez afirma que Pizarro salió de Panamá en tres buques con 180 hombres y 37 caballos, y con la intención de desembarcar en Tumbes e iniciar desde allí la conquista del Perú.

Pizarro partió con su gente, resuelta, y acostumbrada a conquistas y a toda clase de sufrimientos y Almagro se quedó en Panamá para recoger nuevos contingentes que debían venir de Nicaragua y otros lugares.

Los vientos y corrientes marítimas no permitieron a Francisco Pizarro cumplir sus deseos, y a los trece días de navegación según Jerez, siete según Estéte, cinco según Herrera, se hallaba a San Mateo, cien leguas al norte de Tumbes, punto de entrada al gran imperio de Atabaliba. Como el mar hacia afuera debía estar tempestuoso y hacia la costa en relativa calma resolvió, después de oir diversos pareceres, que los buques fuesen a la orilla con los tripulantes indispensables, y desembarcase la gente y los caballos para seguir la marcha por tierra teniendo las embarcaciones a la vista.

Era lo fuerte de la estación invernal. Pizarro hombre vigoroso y acostumbrado a penalidades iba de guía. Era un hombre afable, deseoso de agradar, dicen las crónicas, con muchos amigos en la vida ordinaria y heróico y subyugador en las grandes empresas. En viajes anteriores conocía ya la costa, pero no palmo a palmo y en viaje fatigoso como ahora. Con la baja marea caminaban por la playa, de seguro con cierta comodidad, pero con la marea alta los pasos tenían que ser difíciles y con frecuencia la pequeña caravana debía detenerse a descansar por lo difícil de abrirse camino a través de la maleza sobre enormes fangales. Ir tierra adentro era peligroso y casi imposible. La mejor ruta era la playa. Pero las lluvias torrenciales habían hecho crecer los arroyos y tenían que pasarlos a nado hombres y caballos. Algunas personas se ahogaron. Pizarro tomó sobre

sí la tarea de pasar a nado a los enfermos y a los que no sabían nadar; era el primero en los trabajos y fatigas. Se vivía en humedad perpetua. En ciertos lugares la arena desaparecía para dejar a descubierto la dura roca. En la costa áspera, dice Zárate, se despeaban hombres y caballos. Los mosquitos y toda clase de bichos atormentaban el cuerpo, y las chozas indígenas desamparadas les iban quitando poco a poco todas las forjadas esperanzas. El sudor de la marcha a través de un clima ecuatorial obligaría a frecuentes baños sea en el mar, sea en los ríos y torrentes que hallaban al paso, y la comezón producida por el sudor y los baños haría servir las uñas de calmante. Cierto que Panamá no era un clima muy diverso del de la costa de Manabí y que los españoles estaban acostumbrados a estas estas penalidades y tomarían sus precauciones, pero la conquista de las regiones cálidas de América estaba en sus comienzos y no era posible precaver todos sus peligros. Recuérdese que las nigüas, entonces desconocidas en Europa, y que hoy a nadie asustan, ocasionaron hasta la muerte y fueron objeto de Ordenanzas reales para enseñar a curar sus picaduras con aceite de oliva sin calentar puesto en el sitio de la piel en donde se habían introducido. Al iniciarse la conquista tenían que pasar cosas peores por lo desconocido del terreno. Para colmo de desgracia los víveres llegaron a escasear y Zárate afirma que padecieron hambres. La costa era muy poblada, según dice Jerez, y muchos pueblos se hallaban en el camino pero los indios, que de seguro tenían noticia anticipada de la marcha, los habían abandonado llevándose cuanto tenían. Gentes previsivas hubieran optado por el regreso, pero esos hombres de hierro, audaces y resueltos siguieron adelante a probar fortuna y convertir infieles al cristianismo. En su loca ambición, mil veces mejor que nuestra decidia, querían ganar Tierra y Cielo a un mismo tiempo.

V

En Coaque

Después de mil incidentes llegaron a un pueblo junto al mar, en un sitio llamado Coaque; las casas en número de cuatrocientas eran de buena construcción, de madera con cubierta de paja y probablemente lo que los cronistas llaman paja era el cadi u hoja de tagua o quizá la hoja conocida con el nombre de bijao o bijahua como se decía antes. El sitio era pintoresco, alegre; en la vecindad una vegetación muy espesa y al lado grandes y altas montañas, dice Pedro Pizarro. Entre estas montañas está la de Pata de Pájaro a la que Saville de la altura de 5.000 pies. Los indios al verse sorprendidos por los españoles se refugiaron en la próxima selva, pero lo imprevisto de la entrada no les dió tiempo, como en poblados anteriores, de esconder cuanto tenían. Herrera afirma que los indios recibieron a los españoles de paz en la persuación de que no les harían daño y que sólo cuando vieron defraudadas sus esperanzas huyeron, pero este testimonio carece de valor ante la afirmación de Jerez, persona de mayor crédito, por estar más cerca de los acontecimientos, quien afirma que sorprendidos huyeron sin poder llevar tras sí sus bienes. Sinembargo conviene aclarar que Jerez tampoco es testigo presencial de este suceso, pues parece que llegó a Coaque posteriormente.

Los españoles se encontraron como por arte de encantamiento con comida abundante para satisfacer las hambres pasadas y con blandos colchones de lana de ceibo, para ellos desconocidos para dormir. Recogieron mantas, tejidos de varias clases, objetos de plata y oro toscamente labrados, chaquiras, coronas hechas a manera de imperiales según la expresión de Pedro Pizarro, y sobre todo gran cantidad de es-

meraldas. Había almacenes especiales de víveres y tejidos para atender a la población, y Jerez asegura que los mantenimientos eran en tal abundancia que podían abastecer a los españoles allí desembarcados durante tres o cuatro años. Y estos españoles eran 180 según el mismo Jerez y 237 según Estete. Las diferencias de números quizá dependan de que unos cuenten sólo los conquistadores y los otros incluyan, religiosos, tripulantes, sirvientes etc.

Los tejidos eran de algodón y de lana de animal, generalmente de oveja del Perú, llama, animal doméstico en ese entonces en Manabí. En los primeros tiempos de la colonia los indios eran muy hábiles para esta clase de tejidos pero eran incapaces de tejer de lana de ceibo por ser su fibra muy diversa de la del algodón.

A fin de evitar abusos en la expropiación de las riquezas que los españoles sin título suficiente las consideraron como suyas, Francisco Pizarro ordenó que de todo lo recogido se hiciese un montón para deducir el quinto para el Rey y hacer luego el reparto conforme a la persona y mérito del servicio. La pena del que desobedeciese la orden, escondiendo para sí oro, plata u otros objetos, era nada menos que la muerte.

Jerez afirma que el oro recogido ascendió a quince mil pesos y la plata a mil quinientos marcos, y Pedro Pizarro, testigo presencial, dice que llegó a doscientos mil castellanos el oro de las chaquiras, coronas imperiales y otras piezas. Un castellano puede calculárselo hoy en algo más de dos dólares. Quizá no haya contradicción entre los dos datos y la discrepancia provenga de la manera de contar o del tiempo en que se contó, pues el oro y la plata hallados en el primer momento debieron posteriormente aumentar con la venida de los indios. Como dato ilustrativo conviene saber que la primera fundición del oro hallado en Manabí se la hizo en Puná y sólo el quinto para el Rey dió mil cincuenta y cuatro marcos; que casi todo este oro era de Coaque lo afirma Pedro Pi-

zarro cuando dice, que de Coaque hasta Cajamarca en ninguna parte hallaron los conquistadores 2.000 pesos juntos.

Francisco Pizarro quiso aprovechar la oportunidad del venturoso hallazgo de Coaque para seguir adelante la conquista; con tal fin, de sus tres buques mandó dos a Panamá con veinte mil castellanos y el otro a Nicaragua, a la orden de Bartolomé de Aguilar, con 10.000 castellanos oro, y escribió también a Francisco de Villacastín, teniente de Gobernador de la provincia de Nicoya rogándole que le encaminase la gente que viniese de Nicaragua (1). Hernando Ponce de León refiriéndose a este hecho dice que lo enviado a los dos lugares ascendió a treinta mil castellanos. En los buques regresaron sólo los tripulantes; el resto de la gente quedó en Coaque.

Diego de Almagro que había quedado en Panamá y que por disposición del Rey debía suceder en la Gobernación a Pizarro aprovecharía del dinero y de las esperanzas concebidas para enviar nuevo contingente de hombres para la conquista. El oro, la plata, las ropas de lana y algodón, las halagadoras noticias que presagiaban futuros y mejores botines fueron un nuevo acicate para ayudar a los conquistadores con hombres, caballos y abastecimientos.

En Coaque continó entre tanto el saqueo. Como en una de las casas se hallaba oculto el curaca del pueblo, Pizarro lo hizo venir a su presencia y por medio de intérpretes le preguntó por qué se había escondido. El curaca le respondió que la casa en que estaba era la suya, que el vivir en ella no era esconderse, que no había ido a recibirle porque entró contra su voluntad al pueblo y temió que lo matasen. Pizarro le dijo, que venía de paz y que mandase regresar a los indios. Obedeció el curaca y regresaron al campamento hombres, niños y mujeres indígenas a

---

(1) Información contra Alvarado de Diego de Almagro de 12 de Octubre de 1534 .

servir a los españoles y a ofrecerles a cambio de nimiedades más oro, plata y esmeraldas.

Los almacenes de víveres y tejidos manifiestan que en Coaque regía el mismo sistema previsivo de los incas y son un indicio de que aquí había llegado la conquista o la influencia de los hijos del Sol; decimos un indicio porque nada difícil es creer que los incas no inventaron este sistema de previsión sino que lo tomaron de otros pueblos, quizá del mismo Manabí. La afirmación del curaca de que la casa era suya prueba que regía el derecho de propiedad y así lo manifiesta también la afirmación de Zárate de que Coaque era muy comercial, el encuentro de la balsa en 1526 y la libertad con que los indios negociaban con los españoles apropiándose para sí los objetos cangeados y dando en cambio otros objetos de los suyos.

¿Estaba Coaque sometido por esta época al imperio de los incas? Sarmiento de Gamboa dice que Huainacápac estuvo en este lugar; y Herrera afirma que este soberano se hallaba en Tomebamba cuando recibió la noticia de la llegada de los españoles a las costas de Manabí. Cieza de León avanza hasta asegurar que Yupanqui estableció en Manabí la civilización por mitimaes, pero no parece exacto el acerto, al menos de tal suceso no quedó la menor huella pues no se conoce ningún pueblo manabita que haya hablado el quechua por la época de los descubrimientos y menos aún durante la conquista. Si bien Francisco Pizarro en carta a Panamá afirma que esta tierra de Coaque y sus alrededores se hallaba gobernada por un señor, el curaca, parece cierto que este señor rendía al inca alguna especie de vasallaje, y quizá a mandato de él se debía los almacenes de tejidos y víveres. Cuando entrada la conquista los españoles preguntaban a los indios si los incas habían dominado en Manabí, unos decían que no y otros que sí y quizá ninguno mentía: en el sometimiento absoluto del individuo al cacique hubo gentes, y numerosas, que jamás

se dieron cuenta de que su señor era súbdito de otro y obedecían sus mandatos.

Los españoles no conocían las esmeraldas, creían que éstas eran de la dureza del metal; cuando los indios vueltos al pueblo de orden del curaca se las ofrecían, temerosos de ser engañados con vidrios verdes las probaban a golpes de martillo, en la persuación de que las legítimas resistían y las falsas se quebraban. Las riquezas que destruyeron por este infantil procedimiento fue incalculable. Estete asegura que de apreciarse y guardarse las esmeraldas, éllas hubieran tenido mayor valor que todo el oro que se halló en adelante. Los indios sí estimaban las esmeraldas, en este punto su cultura era mayor que la de los conquistadores, y es desconocido el procedimiento de cómo las labraban y taladraban careciendo de instrumentos de acero u otros de igual o mayor dureza. Hoy no se suele hallar esmeraldas en los entierros de los indígenas, pero Ulloa narra, que por su época, a mediados del siglo XVIII, se hallaban muchas de estas piedras preciosas en los entierros de Manta y Atacames.

De las esmeraldas halladas en Coaque un bello ejemplar fue obsequiado a la reina de España, según lo testifica Estete. Fray Reginaldo de Pedraza, superior de los religiosos de la expedición y encargado por la reina de procurar que los conquistadores sujetasen su conducta a las normas de la moral cristiana, no creyó prudente la destrucción de las esmeraldas a golpes de martillo y se guardó algunas. Este hecho de ser verdad era digno de alabanza. Pedraza era un religioso de méritos, fundador del primer convento de dominicos en Panamá en 1.524, si hubiera destruído esmeraldas como el ignorante conquistador, su cultura habría dejado mucho que desear. Pero los enemigos abiertos o encubiertos del catolicismo en vez de alabar la drudencia del fraile, se han hecho lenguas para extender una calumnia y a base de un "se dice", ponderar su avaricia, cosa que los historiadores oculares del suceso no lo dicen ni está probada.

Fray Alfonso María Jerves afirma a este respecto, que el testigo presencial Pedro Pizarro lo único que escribió fué: "Como dicen que hizo Fray, Reginaldo de Pedraza". Herrera que tuvo que escribir sobre la documentación de Pizarro añadió sin razón ni prueba alguna: "Fray Reginaldo de Pedraza afirmaba que la esmeralda era más dura que el oro y que el padre las guardaba". Ni Jerez, quizás testigo presencial del suceso, ni Gomara, ni Zárate dicen nada sobre el incidente. Sobre este silencio sobre este "se dice" hasta inofensivo pero que en todo tiempo ha servido de arma a la maledicencia, se ha pretendido manchar la fama de un benemérito religioso, a veces por mala fe y a veces por la poca escrupulosidad en el estudio de las fuentes. Conviene advertir que el golpear de las esmeraldas para saber si eran legítimas era opinión corriente del vulgo de los conquistadores de aquel entonces y los soldados de Alvarado practicaron el mismo torpe procedimiento en Manta y Jipijapa, tres años más tarde (1.534).

Lo fuerte del invierno y la poca precaución de acomodar al vida al clima hizo que las enfermedades invadiesen el campo español. Aparecieron unas calenturas que mataban a las veinticuatro horas. Se acostaban sanos y amanecían muertos, hinchados o con los miembros encogidos, enfermedad esta última, dice Herrera, que tardaba veinte días en sanarse. Les salieron unas verrugas en el rostro, a manera de viruelas, grandes como bubas, que les daban mal aspecto y que de cortarse les sangraban mucho. Sangraban también por la nariz, según la descripción de Miguel de Estete. Los indios no quedaron libres del mal, pero les atacó con menor fuerza. ¿Qué enfermedad era? La parálisis fue un evidente descuido por no saberse proteger contra la humedad, y las verrugas eran viruelas según el historiador Cevallos, y mal de pian según otros modernos cronistas. Pedro Pizarro atribuye las verrugas a haberse acostado en los colchones de lana de ceibo que usaban los indios. Herrera al pescado que éstos les ofrecían, y Miguel

de Estete a hallarse el pueblo bajo una mala constelación, que hace de dicha costa la más enfermiza debajo del cielo. Herrera, refiriéndose a unas verrugas aparecidas en tierras de Portoviejo, las atribuye a haber envenenado los indios las aguas.

Volviendo a las esmeraldas Estete dice: "la línea equinoccial que pasa por dicho pueblo (algo más al norte) es la causa de tantas rarezas, entre otras haber allí tantas minas de esmeraldas". Pero ni la constelación tenía que ver nada con las enfermedades ni la línea equinoccial con las esmeraldas, las últimas venían probablemente del comercio con Colombia o quizá de Manta a donde eran llevads por los peregrinos para el culto a la diosa Umiña. En los cuatro siglos transcurridos no se ha hallado en Manabí vestigios de minas de esmeraldas, por más que Herrera haya dicho, que en Manta existían las mejores de las Indias y que nacen en piedras como cristal y van haciéndose como veta y poco a poco cuajándose y afirmándose, y de medio blancas y medio verdes van madurando y cobrando su perfección. Aunque hoy se cree que las esmeraldas de Coaque venían de Colombia no deja de ofrecer dificultades esta opinión, porque los primeros cronistas están conformes en que las esmeraldas de Manabí eran en su calidad muy superiores a las de Colombia.

Habían transcurrido algunos meses; los buques enviados a Panamá y Nicaragua no venían. El tesoro de Coaque significaba un gran esfuerzo para seguir adelante en la conquista, pero no era posible quedar abandonados en dichas tierras. La epidemia segaba algunas vidas aunque no tantas como pareciera desprenderse de la descripción de los historiadores. El P. Jerves hace notar que hecho el cómputo de la gente que salió de Panamá con la que llegó a Piura, entre las dos ciudades murieron acaso sólo unos treinta españoles. Los indios cansados del mal trato en el campamento español de Coaque, o quizá por no tener todas las consideraciones a que aspiraban, habían fugado al monte nuevamente desvanecidas ya sus es-

peranzas por las promesas de Pizarro hechas al curaca. Unos pocos habían sido capturados, ¿pero de qué servían a los españoles unos prisioneros a quienes había que cuidar? Mientras llegaban refuerzos los conquistadores hicieron correrías a los pueblos vecinos regresando siempre a Coaque. Hambres no padecían por más que algún cronista lo afirme, pero les cansaba el alimento uniforme maíz, zapallos, porotos, quizá plátano, y raíces de tierra como yuca, camote o patata, maní. Del camote y del plátano se duda si eran nativos de América o fueron introducidos. Se sabe que los indios salvajes del centro de Colombia no cultivaban el plátano antes de la llegada de los españoles (1) pero del camote no parece que haya ya duda de que era natural de América, lo mismo que de los porotos hallados junto a los cadáveres en túmbas precolombinas. Del maní tampoco hay duda aunque un tiempo hubo que importar semilla de Africa para mejorar el grano.

Los conquistadores, según lo refiere Cobos, acostumbraba llevar puercas en sus expediciones para proveerse de carne, animales que se propagaron con gran rapidez, pero en esta aventura a la hoy provincia de Manabí parece que olvidaron tal precaución, porque llegó a faltarles la carne y aun el pescado. Los de Nicaragua, dice Herrera, recordaban las delicias de aquella tierra, y cansados de esperar los navíos habían resuelto ya ir a otro lugar en busca de fortuna. Y estaban para realizar el propósito cuando regresaron los dos navíos de Panamá con un contingente de 26 hombres de a caballo, 30 de a pie, bastimentos y refrescos, al decir de Jerez. Entre estos hombres estaba Juan de Avendaño, quien afirma que vió partir a Francisco Pizarro de Panamá y que él vino detrás con cierta gente (2). Como Avendaño no

---

(1) Así se dice en la Recopilación historial de Fr. Pedro de Agnado.

(2) Benalcázar por Jijón. (Documentos Pág. 142).

estuvo en el reparto de Cajamarca es probable que regresó en el navío que afirma el bachiller Pedro Bravo envió posteriormente desde Nicaragua con gente y caballos (1).

España en su deseo que la conquista de América se hiciese con la mayor suavidad posible, quería evitar abusos y también salvar de perjuicios al Tesorero Fiscal. Con este fin en uno de los navíos que arribaron a Coaque vinieron tres oficiales de la Real Hacienda nombrados por el Rey, que eran el tesorero Alfonso Riquelme, el veedor García de Saucedo y el contador Antonio Navarro. Estos tres oficiales debían haber venido desde España con Pizarro, pero parece que éste adelantó el viaje inesperadamente para no traerlos. Venían además Jerónimo de Aliaga, Gonzalo Farfán, Melchor Verdugo, Pedro Díaz y Cristóbal Mena. El P. Jerves asegura que en este buque llegó también el historiador Francisco Jerez, y se funda para esta afirmación en que el 13 de Abril de 1531 se le ve declarando como testigo en Panamá en una información mandada a recibir por Almagro. Almagro no vino pero mandó decir que pronto vendría.

Cinco meses habían permanecido los conquistadores en Coaque. Algunos historiadores dicen que siete, pero no es posible aceptar este dato si se toma en cuenta que el 15 de Agosto del mismo año llegaban a Puná. El arribo de los buques ocurrió probablemente a principios de Julio de 1531. Pizarro convenció a los suyos que las enfermedades eran causadas por una mala constelación, que en consecuencia, saliendo de allí cesarían, dice Zárate. Y ordenó seguir adelante, para acabar con las enfermedades, para que la tierra de Coaque no probase a los recién venidos y para someter al dominio de España nuevos pueblos, muy

(1) Información sumaria de 12 de octubre de 1534 en San Miguel de Piura, inserta en Benalcázar por Jijón.

abundantes en aquella costa, según el testimonio de los cronistas. Los buques iban costeando y siempre a la vista de la gente de tierra.

VI

En Passao

Se ha dicho que a principios de Octubre los españoles llegaron a Passao y esto nos parece un error evidente de ser cierto que el 15 de Agosto estaban en Puná.

Los conquistadores llevaban desde el primer momento la idea de formar poblaciones españolas en el lugar mismo donde se levantaban las pobalciones indígenas. La sed de riqueza en muchos es innegable, pero en todos había sincero deseo de hacer el bien, y junto a los guerreros, que como los trece de la fama en la isla Gorgona rezaban la Salve todas las mañanas y procuraban cumplir sus deberes religiosos, hay que contar sacerdotes y personas piadosas cuyo único norte en la conquista era traer nuevas almas al redil de la Iglesia. Los seis religiosos que iban con Pizarro de seguro que dedicarían sus esfuerzos a la evangelización; fueron ellos los primeros apóstoles que hicieron germinar la semilla del cristianismo en estas tierras y los que evitaron mayores crueldades de los audaces invasores.

Jerez afirma que de Coaque a Puná los indios salían amistosamente a recibir al Gobernador y que éste sin hacerles daño les recibía amorosamente haciéndoles entender algunas cosas para atraerles al conocimiento de nuestra Santa Fe, por algunos religiosos que llevaba. El hecho es cierto aunque se debe aclarar que no siempre fue muy sincero lo del recibimiento amistoso. Los españoles de la primera expedición que vinieron con Ruiz se atrajeron la bue-

na voluntad de los indios por la manera culta de tratarlos, pero ahora acaecían muchos actos de violencia y en Coaque el robo había desaparecido como delito; en el decálogo español no constaba este Mandamiento cuando el propietario era un indio. Diríase que los españoles de la conquista no reconocían el derecho de propiedad y habían adoptado el comunismo de los incas sobre los bienes de los nativos.

Los abusos de varias clases, las armas de fuego, los caballos formando una sola pieza con el jinete, la audacia de entrarse unos pocos hombres a países habitados por miles de individuos hacía que los indios mirasen a los conquistadores como seres maléficos, inmortales, ligeros como el viento, crueles, ladrones, con lanzas agudas y con espadas que cortaban de un tajo y llevaban la destrucción a todas partes; dentro de su religión debieron tenerlos por la fiel representación del demonio. Y dieron aviso, dice Herrera, a los gobernadores de los incas que gente mala había invadido el territorio, y los gobernadores trasmitieron la noticia al Cuzco.

Después de muchas aventuras llegó Pizarro con los suyos a un pueblo llamado Passao, veinte minutos al sur de la línea equinoccial según Ulloa. Estete asegura que los indios dejaron abandonadas sus casas y huyeron a la vista de los españoles y Herrera dice que el cacique salió de paz y que Pizarro le ofreció que su gente no le ofendería a él ni a sus súbditos siempre que diese obediencia al Rey de Castilla, pero que advirtiese que su amistad fuese verdadera y no fingida. Esta forma de vasallaje, tan propia de las costumbres españolas de aquel tiempo debía ser para los indios bastantes ininteligible y quizá sirvió más tarde a Cervantes para su Quijote, pero para el cacique significaba sencillamente que los invasores no le harían daño si él no iniciaba la ofensiva. Mandó en consecuencia a los indios que viniesen al campamento español y así lo hicieron, y sirvieron bien y con cuidado, porque estaban acostumbrados a servir a sus señores, dice un cronista.

Como los conquistadores en los pueblos del tránsito había capturado 17 indias, el cacique les ofreció para que las dejasen en libertad una esmeralda del tamaño de un huevo de paloma que le servía para moler maíz. El ofrecimiento fue aceptado, casi inútil es decirlo.

Para evitar errores hay que tomar en cuenta que llama Passao no sólo el pueblo de este nombre sino también la comarca comprendida entre Coaque y Caráquez; más tarde se le dió aun mayor extensión y Herrera llega a decir que la ciudad de Portoviejo se halla en el distrito de Passao, primer puerto al norte del Perú.

Garcilazo dice que los pueblos de este distrito (solo de Caráquez al norte) son: Apichuqui, Pichunsí. Sava, Peclansimiqui y Pampahuasi; y si nos regimos por el manuscrito de Viena podemos añadir, Pantajos y Arampajos, éste último, como hemos visto, probablemente de nombre indígena de Passao.

El mismo Garcilazo asegura, que Huainacápac en sus conquistas hacia el septentrión llegó hasta este punto, pero que se encontró con gente que carecía de dioses, de pueblos, de casas y que vivían desnudos, como animales en los huecos de los árboles, con el comunismo más vergonzoso, sin mujeres propias y sin conocer a sus propios hijos; que las madres ponían a los niños recién nacidos y hasta la edad de cinco años unas tablas en la frente y en la parte posterior para achatar la cabeza, y que ya en la edad adulta, para continuar este aspecto de achatamiento, se raspaban el cabello de la frente a la corona y la parte posterior del cuello formando así un camino al medio y pelo abundante y largo a los lados, que como nunca lo peinaban, de contínuo estaba enmarañado y lleno de basuras; que la cara la dividían en cuatro partes o cuarteles y cada parte la pintaban de amarillo, azul, colorado y negro; el orden de estos colores variaba según el gusto de cada individuo.

Esta costumbre de achatar el cráneo, que parece ser común a muchos pueblos primitivos, de Passao

llegaba hasta Caráquez y su uso cesaba en Manta. Algún cronista hasta afirma que no existía en Passao.

La triste descripción que hace Garcilazo de los indios de Passao a la llegada de Huanicápac no corresponde evidentemente a la realidad. Este autor en su deseo de exaltar la obra civilizadora de los incas exagera el salvajismo de los pueblos a ellos sometidos o de los que ellos pudieron someter. Y los incas, si se ha de decir la verdad, fueron conquistadores que en ocasiones sometieron pueblos de inferior cultura y en otras a pueblos superiores a ellos en civilización. Jerez afirma que los indios de la costa de Manabí eran los de más razón que había visto. Los mismos convenios celebrados y respetados están mostrando cierto grado de cultura. Y por lo que respecta a Passao que tan mal queda en la pluma de Garcilazo, conviene saber que los indios de este distrito como los de Coaque usaban de peso y medida; para el peso les servía una romana de media vara de largo con cuenta y número en ella y su pilón, como aun hoy día es costumbre, aunque parece que esta romana sólo les servía para la plata y el oro, porque solo estos dos metales se les vió pesar; para otros pesos y medidas, dice Estete, debían usar otros procedimientos.

Los indios de Passao eran politeístas, grandes adoradores de ídolos y con mucha variedad de ritos. Cieza de León al referirse en general a los indios de esta costa dice que adoraban grandes sierpes y que cada gremio tenía veneración particular por un ídolo que indicaba su oficio, así los pescadores tenían un ídolo en forma de tiburón, los cazadores otro según la caza a que se dedicaban y así todos los demás. A sus muertos los enterraban dentro de sus templos. Los españoles vieron cruces colgando del techo de estos adoratorios y de otras habitaciones. Tendrán estos pueblos alguna idea de N. S. Jesucristo se preguntaron, pero un exámen más de cerca les mostró que las cruces eran cadáveres humanos a los que con mucho arte se les había sacado la carne y curtido la piel sin destruír la forma original del cuerpo; el interior

estaba relleno de paja y el procedimiento era tan perfecto que la momia resultaba completamente inodora, dice Cieza, y podía durar muchísimos años. Parecían dichas momias seres vivos puestos en cruz. Pudieron cerciorarse de que las carnes las quemaban, procedimiento por otra parte comprobado con las excavaciones de las tolas donde se hallan huellas de incineración.

En la expedición de Benalcázar a Colombia, Castellanos refiere que hallaron:
"cueros de indios sobre cuatrocientos colgados, todos llenos de ceniza, cuyas carnes sirvieron de alimentos"

Pero junto a esta semejanza de los indios de Manabí con los de Colombia hay desemejanzas muy notables, como la de que los indios de Manabí no parecen haber conocido por la época de la conquista los arcos con flechas envenenadas tan comunes entre los indios del Magdalena, al menos los cronistas si bien nos hablan de la destreza de los manabitas en preparar venenos nada nos dicen de esta clase de flechas venenosas.

Otro hecho que llamó la atención de los españoels fue el de la tzantzas o cabezas reducidas al tamaño de un puño, que conservaban intactas todas sus facciones, como aun hoy puede verse en nuestros jíbaros de la Región Oriental. Y dicho sea de paso, en los primeros tiempos de la conquista a ciertos indios de Manabí se los llamaba también jíbaros.

En el primer momento pensaron los españoles que estas cabezas más pequeñas que las de un niño recién nacido y con todas las facciones de un hombre adulto eran cabezas de gente liliputienses que existían en alguna otra parte, dice Estete; pero a poco se convencieron de su error. Eran probablemente las cabezas de los enemigos caídos en el combate o víctimas de sus venganzas, que las guardaban con cuidado en arcas dentro de sus templos o en sus habitaciones. En el hecho muy humano de querer explicarlo todo, los primeros cronistas nos ha-

blan de cocimientos y procedimientos especiales para llegar a la reducción, pero cuatro siglos han transcurrido y el indio sigue guardando su secreto y la ciencia moderna, con todo su orgullo, no puede arrebatárselo.

Algunos de estos indios al decir de los cronistas llevaban oro y esmeraldas en las manos, en las orejas y en otras partes del cuerpo. La tierra era caliente y enferma y ellos andaban desnudos, con las naturas afueras, sin cubrirlas para nada: eran putos (1).

VII

En Caráquez

Los españoles quedaron muy agradecidos de las gentes de Passao, dice Herrera, que por lo visto no eran tan salvajes como lo dice Garcilazo, añadiremos nosotros. Siguieron adelante y llegaron a un brazo de mar de una legua de ancho, en la provincia llamada Caráquez; como los buques se habian alejado subieron tierra arriba hacia la parte superior del río continúa Herrera, y después de tres o cuatro días de marcha lo atravesaron. Las penalidades no les abandonaron y tuvieron que tomar el agua dulce mezclada con la del mar a consecuencia de la marea. Pasado el río descendieron nuevamente y entraron a la población de Caráquez. Los indios se iban retirando por donde pasaban, sin atreverse a atacarlos por juzgarlo inútil ya que los tenían por inmortales. Además, en Caráquez había enviudádo la cacica y faltaba en consecuencia quien organizace las fuerzas de ata-

(1) En Benalcázar por Jijón Pág. 191. Documento sin fecha.

que; fueron en consecuencia bien recibidos, de miedo antes que por cariño.

Sobre este gobierno de las mujeres, Castellanos refiere que en Colombia los españoles hallaron en Pete:
"entre los escuadrones la cacica
y otras mujeres muchas con maza
o con grueso bastón y larga fica" (1).

En Caráquez muchas veces los indios pensaron atacarlos, pero en el momento de tomar una resolución definitiva se acobardaban y desistían del intento. Uno de los conquistadores, llamado Santiago, se alejó a caballo del campamento y los indios lo mataron juntamente con su caballo. No les quedaba duda, el temido monstruo no era inmortal. Pizarro no quiso aun proceder hostilmente y trató de apaciguar a los indios en la mejor forma posible. Soy vuestro amigo, les dijo por boca de los intérpetes, no está bueno que mateis a mis compañeros. Pero un segundo español fue muerto y se vieron más de doscientos indios armados con intenciones nada buenas. Pizarro ordenó enseguida a Cristóbal de Mena que los alancease, y prendiese a los responsables de la muerte de Santiago y el otro español. Así se hizo y fue preso uno de los Jefes principales. Pizarro lo mandó venir a su presencia y le reprendió su conducta y la de sus compañeros por haber matado ya dos españoles, sus amigos. Sí, dijo el indio, los causantes de esa muerte son unos locos y bellacos que han procedido muy mal; dame la libertad y yo haré justicia y no te volverán a molestar. Hízole así Pizarro y el Jefe principal cumplió lo ofrecido. A un indio que por no querer sujetarse a lo pactado atacó a los españoles lo mandó a ahorcar y sufrió la pena con gran serenidad como quien en nada tiene la vida.

Es interesante en la relación que precede, el hecho de que la mujer, entre los indios de Caráquez, y

---

(1) Benalcázar por Jijón Pág. 137.

quizá entre los indios manabitas, tenía ciertos derechos, entre otros el interesantísimo de suceder en el cacicazgo a sus maridos, cosa que con la completa sumisión a un Jefe y el respeto a lo pactado supone cierto grado de cultura y de organización política.

Debemos hacer notar que Caráquez no tenía como ahora cerrada o difícil la entrada al Puerto. Herrera recomienda la bahía como muy apropiada para la carena de navíos. Dice que los buques, así fuesen de mil toneladas, podían entrar y salir en cualquier tiempo sin ningún peligro, y lo mismo dice Cieza de León en La Crónica del Perú, (1) agregando que la salida o entrada de los buques se la podía hacer a cualquier lado de la furna, peña o piedra. Este peña o piedra que aun hoy se la ve existía ya en aquel entonces, pero se levantaba en el centro de la bahía, sin bajos laterales, sin formar fuerte marejada porque caía perpendicularmente de la superficie al fondo, en forma que los buques podían pasar sin riesgo por cualquier lado junto a élla. Velasco dice, que el puerto de Caráquez fue el mejor de todos, pero que se inutilizó a poco de la llegada de los españoles por la formación de numerosos bancos de arena. Pero no debe haberse inutilizado tan pronto, porque en las diligencias de apertura del camino de Quito a Caráquez en 1620 se describe la bahía como grande, "fondable con surgidero para todo genero de navíos y abrigada de todos los vientos" (2).

Alcedo en su Diccionario Geográfico afirma que en su época (fines del siglo XVIII) se veían algunos vestigios de la ciudad de Caráquez en la desembocadura del río Chone, y que la bahía de la punta austral de la Bellaca a la punta boreal de Jaca tiene dos millas y media de ancho.

---

(1) Cap. IV Pág. 11.

(2) El libro "Mercedario" Pág. 127.

VIII

En Portoviejo

Establecida la paz con los Caráquez los españoles siguieron avanzando en sus conquistas. Entraron al territorio de Portoviejo que va de Caráquez a Santa Elena y de seguro que fueron pasando por Picoazá, que estaba entonces en la desembocadura del río, por Jaramijó, y fijaron su residencia en Manta, situada a orillas del mar a 56' y 52" latitud sur. Antes de 1535 los cronistas dan a veces a Manta el nombre de Portoviejo; conviene no olvidarlo para evitar errores. Lizarraga dice: "Este reino (Portoviejo) tomando por lo que hablamos los españoles es angosto y largo: comienza desde el puerto de Manta o mejor dicho plaza de Manta, por otro nombre Portoviejo". Y Cieza dice, que junto a Portoviejo, dos leguas tierra adentro está la ciudad de Santiago (Cap. IV Crónica del Perú).

Como se ve por esta narración, lo que es hoy Manta se llamaba Portoviejo, y se daba el nombre de Santiago a la primera fundación española de Portoviejo. Lo que ha llevado a confusiones a muchos cronistas e historiadores.

En este lugar, de la provincia de Portoviejo, como la describe Lizarraga, fue donde hallaron los españoles estatuas de hombres y mujeres desnudos esculpidos en piedra, de dimensiones gigantescas; estatuas con vestidos talares y mitra en la cabeza, representaciones de héroes o de dioses. Bollaert dice que las estatuas de gigantes, unos desnudos y otros con insignias sacerdotales, tenían ocho pies de alto. Como es natural los españoles destruyeron por deshonestas estas figuras, y por este hecho hay que juzgarlos de conformidad con la época y la implantación de la moral cristiana que perseguía, y no con el actual

adelanto de los estudios de prehistoria. Hoy las estatuas que se suelen hallar en las excavaciones no suelen tener más de un metro de altura. El uso de vestidos con insignias sacerdotales es frecuente hallarlo en las figuras excavadas de las ruinas, y en el tomo 2º de Saville sobre "Antigüedades de Manabí" puede verse en la plancha V número 6 un indio vestido con una casulla en forma parecida a la de nuestros sacerdotes católicos.

Estas estatuas condujeron a los españoles a creer en la existencia de los gigantes en épocas anteriores, y Zárate afirma, que los conquistadores vieron esculpidas en Portoviejo figuras macizas de estos gigantes representando ya un hombre ya una mujer.

Los indios de Portoviejo (Manta) eran robustos, superticiosos, valientes; vivían en casas de madera y estaban en guerra cuando entraron los españoles; esto último los obligó a recibir bien a los nuevos huéspedes, aunque solo aparentemente, pues al decir de Herrera envenenaron las aguas e hicieron que apareciese nuevamente la enfermedad de las verrugas, que no tuvo felizmente las graves consecuencias que en Coaque, sin duda por lo seco del clima en la estación del verano (Julio).

Pizarro, visto lo delicado de la situación, ordenó a su gente que no hiciese desórdenes.

Estos indios, según Herrera, como los de Passao y hasta Salango acostumbraban, hombres y mujeres, labrarse o hacerse incisiones en el rostro de la parte superior de la oreja hasta la barba, en un ancho que variaba según el gusto de cada individuo, unos casi todo el rostro y otros sólo pequeña parte de él. Los de Caráquez no se labraban el rostro, en cambio se achataban la cabeza, según decían ellos para ser más sanos y resistir mejor al trabajo. Muchos historiadores, no obstante el testimonio de Garcilazo, niegan que la práctica de achatarse la cabeza haya existido entre los indios de Passao. Los primeros cronistas confunden las costumbres de los diversos pueblos manabitas y no es fácil llegar a conclusiones exactas sin

un estudio más escrupuloso de las fuentes y las ciencias auxiliares de la proto-historia. El achatar las cabezas artificialmente para formar rostros largos, tipo de belleza para ellos era común en América, en la época precolombina como ya lo hemos visto.

Los indios de Portoviejo vestían mantas y camisetas de algodón y algunos de lana y se adornaban el cuerpo con joyas de oro. Eran sodomistas en sus costumbres y tenían como injuria la virginidad en la novia, porque estimaban que debía ser fea y no tener cualidades de esposa la mujer que nadie antes de ellos hubiese elegido. Esto se explica porque en el grado inferior de su cultura el amor iba enseguida a su fin, y no concebían el amor y la abstención propia de pueblos de mayor cultura.

Fue en este lugar, el pueblo de Portoviejo o sea Manta, afirman Zárate y Herrera, donde llegó el tercer buque que había sido enviado a Nicaragua; como Nicaragua estaba más lejos era muy natural que llegase después de los dos que habían sido enviados a Panamá. Aquí llegaron Sebastián Benalcázar, el futuro conquistador de Quito, con 30 hombres y 12 caballos, y le acompañaban Juan Flores, Mogrovejo de Quiñónes, Juan de Porras, Francisco de Fuentes, Diego Prieto, Francisco Martínez, Alonso Beltrán, Juan Fernández, y según opinión de algunos modernos Fray Marcos de Niza citado por el P. Velasco. Estete pone la llegada de este buque en Puná, pero no parece estar en lo cierto, y éste y otros errores han inducido a muchos a creer que su crónica ha sido escrita mucho después de los sucesos. También puede sostenerse que el buque llegado a Puná fue distinto del llegado a Portoviejo y esto nos parece lo más acertado, dado el testimonio de un cronista tan digno de crédito como Estete, quien difícil es que se haya equivocado en un suceso como el que nos ocupa.

En Manta, muy rico en oro, plata y esmeraldas, los indios debieron haber tenido noticias anticipadas de la llegada de los españoles lo que les permitió es-

conder los preciosos metales de su templo y de las habitaciones particulares en sitios seguros. A esta ciudad y quizá también a Colonchi debe haberse referido el manuscrito de Viena cuando dice que en la costa de Manabí había ciudades amuralladas de piedra, con torres y fortalezas.

De Manta siguieron los expedicionarios adelante. Los cronistas son parcos en noticias de este viaje, pero si nos atenemos a datos de anteriores expediciones, frente a la isla de la Plata hallaron un pueblo de calles bien trazadas, de mucho orden y justicia y junto a las casas sembríos de hortalizas. Los indios eran de estatura ligeramente superior a los de Coaque y las mujeres más blancas y mejor ataviadas.

Pizarro en su afán de ir sometiendo los pueblos no quiso ir por mar sino por tierra. El largo camino a través de la arena removida por los vientos, pues la marcha era en verano, cegó a algunos. El sol ecuatorial cayendo verticalmente sobre la tierra caldeada, las armaduras de hierro y los justillos de algodón, que les harían entrar en un calor insoportable, las enfermedades, el ataque de los indios, las montañas de oro que habían soñado encontrar y no aparecían fueron un obstáculo para no seguir muy alegres en la marcha. Así llegaron a Puná, según Jijón en agosto de 1531.

En este lugar recibieron los expedicionarios un nuevo contingente de hombres de Benalcázar, según lo declara los testigos Iñigo González y Alonso Pérez de Vivero. Dice el primero que salió de Nicaragua con Benalcázar en dos navíos bien armados y hallaron al Gobernador en Portoviejo —en la provincia de este nombre, pueblo de Manta— con mucha necesidad y trabajo porque sus hombres estaban enfermos y se habían muerto muchos; que los navíos se partieron a Nicaragua y vinieron —segunda vez— cargados de gente y caballos —que desembarcaron en Puná—. Dice el segundo, que vino con Benalcázar en los dos navíos, que alcanzaron a Pizarro y le auxiliaron con bastimento de armas y caballos en el puerto donde

le alcanzaron, que era puerto principio de la tierra —Manta—. Sobre estos mismos hechos declaran otros testigos que vieron comprar los dos navíos, el uno grande y otro pequeño, y salir, y que hallaron a Pizarro —en al segunda expedición— en Puná como dice Francisco Ponce, es público y notorio (1).

Al llegar a Puná muchos soldados expresaron el deseo de regresar a Portoviejo(Manta) y fundar allí una ciudad española, donde descansar de tantas fatigas. Aun en los rigores de la adversidad el conquistador no cifraba su ideal en regresar a vivir a España sino en llevar una vida feliz en América.

Este amor a la tierra conquistada fue lo que hizo el prodigio de crear aquende el Atlántico, de México a la Tierra de Fuego, una segunda España.

Pizarro, para eludir estas peticiones dijo, que era peligroso dar a entender a los indios que se les huía. Y con la amabilidad de su carácter y el heroísmo de sus hechos convenció a los reacios y pasó a la isla. Sale de nuestro objeto narrar lo acontecido fuera de Manabí. Ligeramente diremos que estuvieron en Puná seis meses, pasaron de allí a Túmbez, iniciaron la marcha al interior del Perú el 16 de mayo de 1.532 y entraban a Cajamarca el 15 de Noviembre del mismo año. A poco cayó el imperio de los incas y Atahualpa, último soberano de incas y shiris, fue ejecutado el 29 de Agosto de 1.533.

Ahora, una disgresión. ¿De dónde viene el nombre de Portoviejo? Fray Reginaldo de Lizárraga afirma que el nombre le viene a la comarca de un pueblo de españoles así llamado, que dista de la costa de ocho a diez leguas. Pero es lo cierto que mucho antes de fundarse el pueblo, los conquistadores cono-

---

(1) Todo esto se lee en la información sumaria que practicó en Sevilla, Cibirán de Caritate como apoderado de Benalcázar en 19 de junio de 1550, inserta en Benalcázar por Jijón, págs. 376 y siguientes).

cían la comarca con el nombre de Portoviejo y daban el mismo nombre a la ciudad indígena de Manta, como hemos visto.

La navegación de Panamá al sur es muy difícil. Herrera dice que los meses más a propósito son enero, febrero y marzo por la ausencia de vendabales. Y esta afirmación quizá está confirmada por haber hecho Pizarro trece días, en su tercer viaje, de Panamá a Esmeraldas. Pues bien, a este respecto dice Garcilazo, que los primeros navegantes no solían apartarse más de treinta o cuarenta leguas de tierra, por el temor de que más afuera sobrevinieran grandes calmas que paralizasen la navegación. Draque fue el primero, dice, que enseñó a los buques de vela abrirse hasta doscientas leguas para buscar viento favorable. En cierta ocasión mucho antes de Draque un buque venía hacia el sur. El viento le era contrario. Llegó a un punto frente a la costa manabita y se abrió treinta o cuarenta leguas hacia afuera a la bolina, como se dice, buscando viento y llegó después de mil esfuerzos al mismo lugar. Repitió la operación seis, siete veces y el viento y las corrientes le eran tan desfavorables que volvía siempre al mismo sitio. Un marinero fastidiado de la maniobra exclamó: ¡oh ya este puerto es viejo! Y desde entonces la comarca recibió el nombre de Portoviejo. ¿Qué hay de verdad en lo referido? El lector sabrá apreciarlo.

Haremos notar que en Garcilazo pone este suceso hacia 1.515 y es muy probable, que el primero que visitó las costas manabitas fue Ruiz en 1.526. Con todo la relación de Garcilazo nada tiene de inverosímil, porque el océano Pacífico o Mar del Sur había sido descubierto por Balboa en 1.511.

IX

Diego de Almagro en las costas Manabitas

Con los buques que llegaron a Coaque en 1.531 Almagro mandó decir a Pizarro que pronto iría. Pero desde entonces había pasado mucho tiempo, y como no recibiese Almagro noticia alguna llegó a temer por la suerte de su compañero. Y salió a buscarlo en un navío con 158 españoles y 50 caballos. Iba de piloto el célebre navegante Bartolomé Ruiz muy conocedor de la costa de Panamá al sur. Llegaron a San Mateo de Esmeraldas y allí vieron arribar otro navío español. Venía de Nicaragua al mando de Francisco Godoy e iba también al Perú en ayuda de Pizarro. Almagro propuso a Godoy hacer juntos la travesía, éste al principio se resistió porque no era ese el objeto de su viaje, pero los suyos le hicieron ver que ayudar a Almagro era lo mismo que prestar ayuda a Pizarro y convino en aceptar la propuesta.

Como supieron que Pizarro había seguido por tierra tomaron la misma ruta con el fin de encontrarlo. Los dos navíos iban costeando junto a ellos. Llegaron en tal forma a Passao. Los indios, se presentaron de paz, y dice Francisco Luis de Alcántara, que había venido en el buque de Godoy, que fueron bien tratados, porque así lo dispuso Almagro. (1) Al interrogárseles sobre la gente de Pizarro, dijeron que iba adelante, pero los españoles no querían dar mucho crédito a esta palabra por falta de confianza en los intérpretes. Para mejor cerciorarse de la verdad, en Passao se resolvió que un buque se adelantase a inquirir noticias. Almagro y los suyos continuaron la ruta por tierra. El camino fue difícil; padecieron grandes trabajos; pasaron inmensos pantanos, ríos;

---

(1) Información sumaria en San Miguel de 12 de octubre de 1534).

la comida llegó a faltarles. Cuando llegaron a Portoviejo (Manta) habían muerto treinta españoles. El navío entre tanto había llegado a Santa Elena, y como no tuviese la menor noticia de Pizarro regresó con la desconsoladora nueva. Doble tormento para la gente de Almagro, dice Herrera. ¿Habría perecido el valiente compañero de aventuras con todo su séquito a mano de los indios? ¿Ellos, los de Almagro y de Godoy, después de tantos trabajos habían de regresar a Panamá y Nicaragua pobres como vinieron? Sí, no había otra cosa que hacer, de tal manera opinaron algunos, pero otros, los más, quisieron quedarse donde estaban y fundar en tal sitio una ciudad española (Portoviejo). Pero antes de proceder a las formalidades de la fundación se mandó otro buque para que fuese a inquirir noticias aun más al sur de donde había ido el primero. Este buque llegó a Túmbez. Vieron balsas peruanas en gran número y los indios que estaban en ellas les dijeron hallarse Pizarro en Tangarara. Allá mandaron mensajeros los del buque, y Pizarro al cerciorarse de lo ocurrido mandó decir a Almagro que viniese y le hizo saber la captura de Atahualpa y más sucesos de importancia. El navío regresó a Manta a dar cuenta de sus investigaciones, y Diego de Almagro y Godoy con los suyos, en total unos doscientos hombres, resolvieron continuar la marcha de Portoviejo (Manta) en adelante a juntarse con Pizarro.

Como es sabido Almagro estuvo en Cajamarca, conversó con Atahualpa y tomó parte en los sucesos que acabaron con la monarquía de los hijos del Sol.

Pero no todo era ambición de oro y deseo de aventuras. Cieza de León al referir los sucesos advierte, que los españoles al reducir al gremio de la Iglesia multitudes de indios tuvieron tantos trabajos, "que otra nación alguna de todo el universo no lo pudiera sufrir" (1).

(1) (Crónica del Perú, Proemio).

Conquista y Fundación de Quito

Como en la fundación de Quito intervinieron españoles venidos de Manabí e indios manabitas hemos creído conveniente insertar en este volumen sobre Manabí, lo relativo a la conquista y fundación de Quito, pues de otro modo la gesta de Alvarado al llegar a Manabí y atravesar la selva manabita en medio de mil penalidades quedaría sin suficiente explicación e incompleta lo mismo que la fundación de Portoviejo.

I

PEDRO DE ALVARADO

Pedro de Alvarado, de noble cuna, ambición sin límites, jugador de dados, galán, amigo de la buena vida, pero infatigable en los trabajos es una de las figuras de los conquistadores que no obstante sus vicios y sus crímenes, no tan grandes como la leyenda negra los forja, despierta enormes simpatías por la franqueza y generosidad de sus procedimientos, por el heróico valor en los combates, por la conducta de caballero en los momentos difíciles, por su ánimo siempre sereno, alegre y lleno de esperanza, se halle en delicias de un banquete, o en las hambres y penurias de la selva.

Pedro de Alvarado es uno de esos hombres de los fenecidos siglos de hierro y de conquista de la grandeza hispana, hoy difíciles de juzgar por la facilidad con que cometen ciertos crímenes, por el valor espartano y por la grandeza de las virtudes propias de la raza.

Había nacido en Badajoz, a fines del siglo XV en un año que no hemos podido precisar; en Cuba donde hizo los primeros ensayos para el dominio en tierra de Indias le llamaban el Comendador, porque de niño, en sus ansias de gloria, acostumbraba en sus juegos este título. Fue de los primeros españoles que pasaron a la conquista de Anahuac (México), y por su arrogante presencia los indios le tomaron por uno de sus dioses y le dieron el título de Tonatuih, hijo del sol. Su valor le hizo oficial preferido de Hernán Cortés, por cuenta de quien parte a las conquistas de Oaxaca y Tehuantepec el 15 de diciembre del año del Señor de 1523. Por orden del mismo mandatario explora el Mar del Sur (Pacífico), y gana fama de valiente por su bravura en todos los combates. En las conquistas se apodera de las ciudades indígenas de Quesaltenango, Atlantán, Guatemala; pero en la desesperaada resistencia en uno de los numerosos encuentros con los indios, éstos le hieren en una pierna y lo dejan cojo para toda la vida, y esta cojera fue un golpe mortal para su orgullo de hombre de gallarda presencia y correcto andar.

Condena a muerte a los príncipes Oxib-Queh y Beleb-Tzy, señores de Utlatán, y cumple la sentencia no obstante los esfuerzos de Fray Bartolomé de Olmedo, para impedirlo. Ud., dice al sacerdote, sabe predicar el Evangelio y la fraternidad de los hombres, pero a los indios no se los puede someter en esa forma, sino por la fuerza de las armas y por el terror. Con barbaridad sin límites vende a los prisioneros en pública subasta y los marca con hierro candente como si fueran animales, en medio de la alegría de un tianquiztli (mercado indio) o entre el bailar de las indias al son de las vihuelas.

Con el llamado sentido humanitario de hoy, más hipócrita que real y que suele estar muy lejos de la caridad cristiana, es difícil comprender a los hombres del siglo XVI, que no escondían la dureza de sus procedimientos porque los creían necesarios para la causa del bien. De estos hombres, y de esta talla era Alvarado: grandes hasta para el error y el crimen.

Alvarado funda en Guatemala la primera ciudad española, Santiago de los Esteros, y en 1527 se embarca en Veracruz para España. Estaba ligado con promesa de legítimo matrimonio, nacida al calor de legítimos amores, con Cecilia Vásquez, prima de Hernán Cortés; pero como tiene que arreglar en la Corte asuntos de gran trascendencia se olvida de la soñada novia y se casa con Francisca de la Cueva, sobrina de Francisco Cobos, secretario del Emperador y hombre que podía ayudarle en sus grandiosos proyectos de dominio. Sacrifica así el amor a la gloria; y regresa a América con el título de Capitán General, y a poco lo vemos como Adelantado y Gobernador de Guatemala, títulos que la buena y recordada Cecilia no le hubiera dado.

En este cargo de mandatario de Guatemala es cuando comienza a construir una gran armada, que le permita descubrir los Secretos de las Islas del Mar del Sur (Pacífico).

Con este fin dice al Emperador que construirá doce navíos, pero que se le den privilegios para la conquista. Y el Emperador le concede los privilegios que solicita para que a nombre de la Corona de Castilla tome posesión de todas las islas y tierra firme que se hallaren en el Mar del Sur (Pacífico), al Sur y al Occidente de Nueva España (México), y siempre que no cayeren dentro de los meridianos dados ya a otros conquistadores. Se le concedió además el gobierno de todas las tierras que conquistare su espada.

No le iba resultando malo el negocio del matrimonio con Francisca de la Cueva, la mujer escogida para la gloria que había antepuesto a la mujer que el amor soñara, pero Francisca falleció sin dejarle

hijos. Para no perder quizás sus influencias ante la Corte, desde el Puerto de Fonseca al sur de la Gobernación de Guatemala, en donde se hallaba, el 25 de abril de 1533, escribe a su Majestad el Rey, que le señale nueva esposa o le dé licencia para escogerla. Y esa esposa fue doña Beatriz de Cobos, otra sobrina de su protector en la Corte. El protector, dicho sea de paso no tenía hijas, que de tenerlas, al ambicioso conquistador habría tomado de entre ellas la compañera de sus días.

En esta misma carta dice al Rey que son mentiras las crueldades y abusos que se le imputan; que los quejosos hablan contra la verdad y compasión por haberles él impedido sus maldades contra los indios, tan grandes que si su Majestad supiera se quedaría espantado. No debe dar crédito a los quejosos, antes debe castigarlos, agrega, porque yo lo que hago es cumplir su Real Cédula de que los que quieran ir a España conserven por dos años sus derechos sobre los indios a ellos entregados; a los quejosos esto no les agrada, porque contra toda justicia quieren arrebatar a sus dueños estos indios. Castigue a los quejosos porque pretenden estorbar el cumplimiento de sus reales mandatos.

Hay que convenir que la defensa era sagaz, y para despertar confianza en el Rey le da cuenta de haber despachado una nave y un galeón al Mar del Sur, en busca de aguas tranquilas para su armada que se compone de naves bien gruesas (de gran calado) 200 hombres de a caballo, 500 de a pie, víveres, abastecimientos y todo lo necesario para hacerse a la vela en cualquier momento a la conquista de nuevas tierras. Mi primer viaje, dice, pienso hacerlo al Estrecho para poblarlo, y si Dios me da vida siquiera dos años, llevaré el poderío del Rey hasta la clima (confín) de aquella tierra. Del Estrecho (descubierto por Magallanes en 1520) ofrece mandar una nave a España para dar noticias de los descubrimiento, y espera en retorno otras naves bien abastecidas para seguir adelante en la conquista.

Los hombres de aquella época, menos hipócritas que los de hoy, no se recataban en ponderar servicios para pedir mercedes, y Alvarado no era la excepción. La armada le había costado 130 mil pesos, pero no pedía que se le devuelva el dinero, sino que el Rey le concediese mercedes o privilegios. Los conquistadores de aquellos tiempos no solicitaban de Castilla sino el derecho al Gobierno del mundo que soñaban en conquistar; lo demás corría de su cuenta.

En otra comunicación muestra Alvarado las ventajas de un futuro y más fácil comercio de especiería con Asia, por medio de dos puntos, uno en Nicaragua y otro en Magallanes, desde donde, mejor que desde España, se pudiese atender a las conquistas del Extremo Oriente (Filipinas) y tomar todo el comercio de especiería de las Molucas con Europa.

Esta carta, en que con profética claridad se arregla al porvenir de todo un continente y se juega con el mundo como si fuese un juguete, está mostrando que no era Alvarado un hombre vulgar sino, lo que hoy llamamos, un político de grandes alcances. Su proyecto no era del todo malo, pero colocaba el paso de Magallanes mucho más al oeste de donde realmente está, y hacía más angosto el Océano Pacífico, conforme a la ciencia de la época que daba menor extensión a los grados geográficos, y que en su primer viaje hizo creer a Colón había llegado a tierras de Asia.

Por la audacia de estos conquistadores la suerte del mundo Américo-Hispano iba a quedar por este entonces en manos de tres hombres: Hernán Cortés en el Norte, Pedro de Alvarado en el Centro y Francisco Pizarro en el Sur; nobles los dos primeros, plebeyo el último, pero los tres con un deseo inextinguible de conquistar almas para Dios y tierras para el Rey.

II

RUMBO A PORTOVIEJO

MANABI

Pedro de Alvarado para realizar sus sueños de conquistador mandó al sur, en un barco, a García Holguín de Cáceres a explorar las tierras en cuyas conquistas soñaba. Cáceres desembarcó en Portoviejo (Manta) donde estaba de regreso de Cajamarca Juan Fernández, que en su viaje al Perú se había incorporado a Pizarro, también en Portoviejo (Manta), en el tercer buque venido de Nicaragua al mando de Sebastián de Benalcázar.

Fernández había estado en la captura de Atabaliba, y sabía que éste era natural del reino de Quito, que por la fuerza de las armas se había apoderado del Perú, donde por lo mismo era un invasor. Conocía la referencia de cierto cacique a Pizarro, de que habla Jerez, que el monarca preso había mandado a Quito, su tierra, juntar muchos guerreros para caer sobre el Campamento español y destruírlo, a la cabeza de un gran capitán, Rumiñahui. Ignoraba que al entrar Francisco Pizarro al Cuzco (15 de noviembre de 1533) un cacique vino de paz porque la entrada de los españoles le permitía tomar el mando que por derecho le correspondía y los de Quito se lo habían arrebatado. Como a todos los compañeros de la gran aventura no era para Fernández un secreto, el odio entre peruanos y quiteños, la existencia de estos dos pueblos en lucha y el hecho indudable de que gran parte del oro para el rescate vino de Quito. Fernández pudo decir, como más tarde Almagro (8 de mayo de 1534), que después de conquistado el Perú y echado de allí a los tiranos (quiteños) que lo

tenían oprimido, Pizarro restituyó el señorío a un hijo del Cuzco que era el verdadero sucesor de la tierra.

Por boca de Fernández se propagó en Guatemala la noticia de que el reino de Quito era más poderoso que el del Perú, tenía más grandes riquezas, mayores tesoros y que los españoles no lo habían sometido aún.

Alvarado en sus sueños de conquistas resolvió someterlo. La imaginación le hizo ver el oro a montones y despertó en su gente el entusiasmo para la empresa. Se le advirtió que la orden del Rey era para conquistas al Occidente de México y Quito estaba al oriente; que si era verdad que el Quito no había aún sido sometido por Pizarro a éste correspondía el derecho de hacerlo. Todas las razones fueron inútiles; si Quito no está bajo la jurisdicción de Pizarro, dijo, lo conquistaré por cuenta propia, y si lo está ayudaré a Pizarro a la conquista. Y preparó la expedición.

Pizarro no tenía gente suficiente para sus empresas guerreras. Había escrito pidiendo ayuda al Gobernador de Nicaragua, Francisco Castañeda y éste había dado licencia a 200 hombres para que al mando de Gabriel Rojas pudiesen trasladarse al Perú, Súpolo Alvarado y para impedir el viaje, por lo menos de parte de esa gente, entró al puerto de la Posesión y se apoderó de los navíos en que debía efectuarse el traslado. Este incidente obligó a Gabriel Rojas a partir con pocos hombres al Perú donde referiría a Francisco Pizarro lo acaecido.

Alvarado para defenderse de tan brutal atropello, escribió más tarde, en 10 de marzo de 1534, desde Portoviejo, a su protector Francisco Cobos, que por cuenta de los herederos del destituído gobernador de Panamá, Pedro Arias Dávila, vino Luis Farfán a venderle dos navíos que puestos en almoneda pública en Nicaragua no hallaron compradores: que dió por ellos subido precio, pero que al momento de recibirlos los tomó para sí el Licenciado Castañeda.

Que como necesitara dos barcos, compró el uno a Hernán Ponce, y el otro al bachiller (sacerdote) Pedro Bravo y Cristóbal Burgos; que esos buques también se los quiso quitar Castañeda, pero que de orden de sus dueños vino a tomarlos en el puerto de la Posesión.

Quién dice la verdad no es fácil averiguarlo, pero Alvarado no cesó en los preparativos de su expedición, y como en el puerto de Fonseca, en Guatemala, la bravura del mar destruyó uno de sus navíos de cien toneladas, vino con todos sus barcos a Nicaragua, al puerto de la Posesión de aguas más tranquilas. Desde aquí, asegura, en carta del 17 de mayo de 1536, que envió dos naves a explorar hacia el oeste, pero que las corrientes no les dejaron avanzar.

Ante este fracaso, el 25 de enero de 1534, siguió con toda su armada al reino de Quito o si queremos dar oído a sus aseveraciones, rumbo al oeste en busca de las islas que había recibido el privilegio de conquistar.

Según Herrera, y esta parece la verdad, los buques eran seis, de capacidad de trescientas, ciento setenta, ciento cincuenta, ciento cincuenta, sesenta y cincuenta toneladas, y además dos carabelas. Los españoles eran cuatrocientos: 119 de a caballo, 100 ballesteros y el resto peones de espada y rodela, muchos de ellos hijosdalgo y personas de calidad al decir del mismo Alvarado. Entre gente de mar y mujeres se podía contar otro ciento, lo que hacía subir a quinientos el número de los conquistadores. Iban además 2.000 indios quichués, nativos del último territorio que se acababa de conquistar. Era la armada más formidable que hasta entonces había cruzado el Océano Pacífico y le hacía decir con orgullo, que ni en Sevilla, el corazón de la raza hispana, era fácil preparar otra igual.

El Gobierno de Guatemala lo encargó a su hermano don Jorge de Alvarado a quien mandó a traer desde México.

En el viaje, dice, tomó rumbo al oeste, porque

sólo allá le era permitido ir según las capitulaciones de 1532; pero, asegura, vinieron tiempos furiosos, las corrientes que hacia estas partes guían al Perú, azotaron con fuerza, y no pudo dirigirse donde quería, sino al sureste, y a los 33 días de navegación se halló junto a una provincia de sierras altas y morenas, que eran las costas del reino de Quito (Manabí). Quiso desembarcar en el puerto de Caráquez a proveerse de víveres y continuar la ruta al sur, más allá de la Gobernación de Pizarro; pero los tiempos continuaron malos, de 223 caballos que traía hubo que echar al agua 90; se quebraron las antenas de los buques y se destruyeron muchos aparejos. En tales circunstancias, dice Alvarado, el piloto Juan Fernández y otro opinaron que se haría gran servicio a Su Majestad en no seguir la ruta y desembarcar en Caráquez, porque de no hacerlo se acabaría de morir el resto de los caballos, que en aquellos tiempos costaban en el Perú de 3 a 4.000 pesos cada uno. Como la gente no andaba tampoco en buenas condiciones accedió al desembarco para seguir la ruta por tierra al sur, en tanto los barcos ya vacíos continuaban también la ruta hacia el sur para atender a los descubrimientos.

Estas fueron las condiciones en que Alvarado arribó con su gente a Bahía de Caráquez, en tierras de Portoviejo (Manabí) y costa del fantástico reino de Quito, según lo más probable el 10 de marzo de 1534, pero de todos modos no antes del 27 de febrero de este mismo año.

III

EN PORTOVIEJO

Al desembarcar Alvarado en Caráquez los indios le recibieron de paz. La tierra era rica, los naturales no andaban decentemente vestidos y eran de costumbres dañadas, pero en cambio, lo que interesaba mu-

cho a los españoles, poseían oro y esmeraldas en abundancia, con que adornaban sus templos y se adornaban también ellos, de preferencia con argollas, las orejas y la nariz.

El conquistador al iniciar su campaña por tierra organizó su ejército así: Maese de campo, Diego de Alvarado, su hermano; capitanes de a caballo, Gómez de Alvarado, Luis Moscoso y Enrique Alvarado; capitán de guardia, Rodrigo de Chávez; justicia mayor, licenciado Caldera; alguacil mayor, Juan de Saavedra. Venían también Garcilazo de la Vega, padre del célebre historiador de este nombre, Juan Enrique de Guzmán, Pedro Puelles, Gómez de Estacio, García Holguín, Pedro de Villaroel, Diego Pacheco, Cristóbal de Ayala, López Ortiz de Aguilera, Rada Morales y otros posteriormente conocidos como fundadores de villas y ciudades o como participantes en las guerras civiles del Perú. Para los servicios espirituales venían el bachiller (sacerdote) Pedro Bravo a quien Alvarado destinaba para obispo de la tierra que iba a conquistar, cinco sacerdotes seculares, dos padres mercedarios redentoristas, y franciscanos, cuyo número no se conoce.

Dice Alvarado en carta escrita desde Portoviejo el 10 de marzo de 1534, a su protector en la Corte, Francisco Cobos, que estando en Caráquez a diez leguas de Portoviejo, (Manta porque la ciudad de San Gregorio no había sido aún fundada) supo por boca de los indios, que veinte días atrás por la provincia, que iba desde Caráquez hasta Santa Elena, (por lo que aun a estos puertos se les da a veces el nombre de Portoviejo) había pasado Hernán Ponce en camino de Panamá al Perú; que el viaje fue muy malo, que se le murieron según cree todos los caballos, y que de Caráquez a la Punta de Santa Elena quemó cinco pueblos, por lo cual los navíos que pasan posteriormente no pueden hacer escala en dicha costa sin entrar en lucha con los indios sublevados.

Procedente de Panamá con rumbo al Perú vino también un barco de Cristóbal Rodríguez con 20 es-

pañoles en busca de aventuras para conseguir el oro que les librara de sus necesidades y pobreza. Dice Alvarado que éstos con cinco caballos se le pusieron a su orden, que los socorrió en cuanto pudo, les pagó los fletes, deudas y los admitió en la expedición.

De boca de Rodríguez, por cartas y noticias llegadas a Panamá, supo que los españoles de San Miguel (de Piura) estaban casi desesperados y muy descontentos con el Gobernador Francisco Pizarro, ausente en conquistas hacía ya largo tiempo por el interior del territorio. Como en el Perú no hay más puerto que San Miguel, opina Alvarado que es conveniente fundar otro en Caráquez para prestar ayuda, tanto a los nuevos españoles que vengan a la conquista, como a los antiguos que por sus necesidades u otras causas, quisieran abandonar el Perú. No deseo, dice, causar perjuicio al Gobernador Francisco Pizarro sino servir al Rey, por esto el puerto puedo fundarlo para que Pizarro lo tome por suyo, pues se halla dentro del territorio del Perú que a él le ha sido concedido. Al proceder en esta forma quedaré tan satisfecho como si lo fundase para mí. Agrega que en San Miguel, según relación del mismo Rodríguez, hay muchos hijosdalgo y personas de bien, detenidas por falta de navíos, que como esa tierra es enfermiza algunos han muerto y otros se hallan en extrema necesidad. Como al quedarse en Portoviejo toda la gente de Rodríguez, el buque de éste no tenía necesidad ya de ir a San Miguel, donde a su regreso hubiera podido llevar a Panamá a los españoles en desgracia, Alvarado dice que mandó detener la marcha de sus naves prontas a hacerse a la vela para nuevas conquistas para que algunas de ellas fuesen a San Miguel a traer a esos hijosdalgo a su costa, sin que paguen ellos fletes por sus personas, caballos y servicios. Una conducta tan generosa le acreditaba como caballero ante el Rey.

Cualquiera comprende a primera vista, que en todo esto hay mucho de fantástico, mucho de falso, pero como la carta es escrita a raíz de haber ocupado

Portoviejo (Manabí), cuando no habían nacido aún los disturbios con Pizarro y Almagro hay verdades que conviene no desaprovechar, como los abusos de Fernán Ponce, la triste situación de los españoles en San Miguel, su descontento con Pizarro por la larga ausencia, la gran falta de hombres para la conquista, el pesimismo y la desilución de muchos y las ventajas que trajo la expedición de Alvarado con sus navíos, su gente, caballos, pertrechos y sobre todo el entusiasmo reanudado para la conquista que iba decayendo con tantas penalidades. El desistir de los hombres de Cristóbal Rodríguez en seguir adelante a juntarse con Pizarro por las ventajas que vieran con Alvarado, dice mucho sobre el nuevo impulso de optimismo que a la conquista trajo la expedición.

Organizada la marcha, Alvarado ordena que el grueso de su gente le espere en Caráquez, los buques sigan a Manta inspeccionando la costa, y él con los de a caballo avanza sobre Manta (Portoviejo) donde espera hallar grandes riquezas. No se engaña; a los indios les coge de súbito la invasión, el cacique cae prisionero, y no hay tiempo de esconder sino muy poca cosa. Al decir de Cieza, el conquistador halla jarrones llenos de oro, plata, piedras preciosas y esmeraldas. Tiene noticia que el señor de la tierra, que está preso y en sus manos, poseía una gran esmeralda que los naturales adoraban, pero a pesar de todos sus esfuerzos no le fue posible dar con ella. Era la famosa diosa Umiña.

De Manta pasa a Charapotó, donde establece su campamento o Real, con el grueso de la gente que hace venir de Caráquez.

Al llegar, los indios a distancia de cuatro leguas le salen a recibir con comida para la gente y maíz para los caballos, pero Alvarado los trata muy mal; los de Charapotó al segundo día lo abandonan, no así los de Manta que continúan sirviéndoles, quizá por no abandonar a su cacique, que se hallaba preso.

Someter a los indios era fácil, porque ante las armas españolas venían a quedar prácticamente desar-

mados, así entrasen en lucha de ciento y aún de mil contra uno; pero vino a minar el campamento, un enemigo más terrible: la discordia entre los mismos españoles. Alvarado con sagacidad indudable hizo calmar las rencillas, los odios, y restableció la paz y disciplina, indispensables para subir a la conquista del Reino de Quito. En Caráquez había recibido noticias halagadoras y un indio de Manta se las confirmó con mucha ponderación sobre las grandes riquezas. Y para que no yerren el camino se les ofrece a servirles de guía. La intención del indio no era otra que procurar que los invasores desocupasen pronto la tierra, pero los españoles no caen en cuenta del ardid y se aprestan a la conquista soñando en recoger el oro a montones en el fantástico reino, no hollado aun por las plantas españolas.

A pesar de tan halagadoras noticias, Alvarado quiso ponerse a las órdenes de Pizarro, para entrar a la conquista de esa cuenta y no de la propia, porque, dice Herrera, juzgaba un exceso meterse en Gobernación ajena, pero los suyos, alborotados con las nuevas del indio de Manta, le insistieron en la marcha sobre Quito. Y consintió en ello. González Suárez dice que de Caráquez pasó a Charapotó, de Charapotó a Jipijapa, de aquí a Paján y luego a Daule. En Herrera se lee, que a los dos días de salir de Caráquez llegaron a un lugar de las Ramadas, que es probable sea el actual pueblo de Montecristi, donde por falta de agua, pues no conocían los pozos y fuentes, fueron atormentados por la sed. A la tercera jornada entraron a la provincia de Jipijapa, donde en uno de sus pueblos hallaron mucho oro, plata y esmeraldas. Estas últimas eran grandes y finas, pero los españoles por no conocerlas no las estimaban y a poco precio un joyero de la expedición compró muchas de ellas. Hallaron también armaduras de oro para cuatro hombres. Tanta riqueza los entusiasmó, y Jipijapa fue llamado el pueblo de el Oro. Todo lo saqueaban los conquistadores y todo lo tomaban para sí, como si fuese res nullius y

todo les parecía aun poco en comparación con las riquezas que soñaban hallar en Quito.

IV

ABUSOS

Sancho dice que Alvarado estuvo tres meses en Manabí, algunos cronistas lo suben a cuatro y otros a cinco, pero es lo cierto que en lo que se refiere a las poblaciones de la costa manabita y caseríos del interior en comunicación con ella como Jipijapa, Pajón, Charapotó, la permanencia no duró más de quince días, pues el buque La Concepción, cuyos tripulantes llegaron el 27 de abril (1534) a la villa de San Miguel, junto al río de Empa, en su viaje desde Panamá tuvo que pasar por Manabí cuando menos a mediados de marzo, y los tripulantes de este barco afirman, que por esta época Alvarado ya no estaba en Portoviejo (Manabí), que al barco salieron a recibirle en Manta cuatro indias con la noticia de haberse internado Alvarado en la selva después de asolar por completo la provincia.

Alvarado fue cruel con los indios. Rumazo González, con vista del Archivo de Indias, dice que apenas puso el conquistador los pies en tierra comenzó a saquear y devastar las poblaciones no obstante que los indios le recibieron de paz, que el incendio de los bohios (chozas) alumbraba de distancia en distancia y que el pueblo de Caráquez fue el primero en quemarse. Alvarado tomó cautivo a hombres y mujeres, les puso cadenas, les dió de palos e hizo en ellos crueldades para que le entregasen a más del oro, esmeraldas y riquezas existente, el otro oro, esmeraldas y riquezas que se había forjado en su febricitante imaginación, llena con la fantasía de tesoros fabulosos. Privó a los indios hasta del derecho de ir a buscar su alimento en la pesca, porque les transformó las canoas en pesebreras. Apresó a sus esposas e hijas para la satisfacción de brutales apeti-

DIRECCION

tos o para obligarles a servir como a los hombres en el transporte de las cargas.

Los indios no se defendieron ni podían hacerlo ante fuerzas tan inmensamente superiores para sus armas, que eran juguete ante las de los españoles. Sorprendidos cuando estaban tranquilamente en sus casas pasaron en un momento de la libertad a la servidumbre, y los pocos que pudieron huir se refugiaron en lugares escondidos de los campos, a riesgo de perecer de necesidad por falta de alimentos.

Después de hacer correrías por todos los pueblos manabitas, causando inmensos destrozos cual un Atila en miniatura, resolvió penetrar en la selva para subir a la conquista del reino de Quito, que era el más loco de sus anhelos y el único objeto del viaje. Con este fin toma en Manta una partida de indios y los obliga a seguir en la expedición bajo el peso de cargas insoportables. Persigue y mata a muchos de la más horrible manera, y después de quince leguas de camino, en un pueblo que es probable sea el actual Paján, que llamó Las Golondrinas por las muchas de estas avecillas que allí había, ahorca una mañana al régulo de Manta colgándolo de un árbol, según dicen los testigos, a instigación de Juan Fernández por el delito de avisar a los otros caciques que se ocultasen de los españoles para que no sufriesen los vejámenes que estaban sufriendo él y su pueblo. Alvarado y los suyos no entendían los gritos que el cacique iba dando por el camino, pero el intérprete les aseguró que era una incitación a los pueblos que se ocultasen y no diesen socorro a los expedicionarios, y le creyeron. Esos gritos no entendidos fueron la causa de la sentencia de muerte.

Después de siete jornadas huye el indio de Manta que se les había ofrecido servirles de guía. Retroceder no era posible porque era el abandono de todos los sueños, de recoger el oro a montones en el fantástico reino de Quito. Pero como había que ser prudente despachó parte de sus hombres con mucho oro del recogido en la provincia para que en dos de


0°
BAHIA
MARTA
Cheropafo
Los Anzuelos
(Cementerio)
Pueblo del Oro
(Esperanza
Natural
Guaca)
Valle
(Cenoa)
Paule
Cuenca
Ambato
Santiago de Quito
VIAJE DEL
ADELANTADO
Don PEDRO
De ALVARADO
MDXXXIV



Viaje del adelantado Dn. Pedro de Alvarado



Diego de Almagro

los buques partiesen a Panamá y en otros dos a Nicaragua a traer mayores auxilios para la conquista; y a Juan Fernández, responsable de la muerte del cacique de Manta, con otros dos de los navíos lo mandó el sur para que fuesen tomando posesión de los puertos por auto y testimonio de escribano. Dejó además en Portoviejo (Manabí) una pequeña guarnición para que mantuviese la conquista y cuidase de dos navíos, quizá dos carabelas, que por su mal estado no podían ser despachados ni al norte ni al sur. Esta gente, dice Rumazo González, no es difícil que se estableciese en la costa y fundase sin carácter oficial alguno un pueblo de españoles que fue el comienzo de la futura ciudad de Portoviejo.

Juan Fernández llega con sus dos navíos a Santa Elena que por hallarse en territorio de Portoviejo, algunos cronistas llaman también Portoviejo; pero no puede desembarcar porque los indios sublevados ante los horrores cometidos por Alvarado le matan un español y le hieren otros dos. Cuando llega a otro puerto a ocho leguas de San Miguel, los alcaldes y regidores de esta villa le mandan a decir que diga lo que necesite para proveerle, porque ésta es la orden del Gobernador (Francisco Pizarro). Fernández no contesta, pero de un pueblo cercano a la costa toma cuantas cosas, víveres y ganados (llamas) le hacen falta, de lo que se quejan los indios ante Almagro, según afirma éste.

Alvarado entre tanto, perdido en la selva, no sabe qué camino tomar. Somete a tormento a los indios para que le enseñen la ruta, pero sus esfuerzos fracasan, porque los indios con la impasibilidad propia de su raza se niegan a hacerlo y se dejan matar, sea porque ignorasen en verdad la ruta, que es lo probable, sea por espíritu de venganza o por la defensa de su pueblo.

En este conflicto y para salir del laberinto de la selva se manda por otra ruta al capitán Luis de Mos-

coso, quien descubre los pueblos de Vacain y La Chonana donde recoge víveres y toma algunos prisioneros para ver si es posible a fuerza de halagos o de tormentos recibir noticias del camino que conduce al fabuloso reino de Quito. A Gómez de Alvarado se lo manda al Norte y descubre el pueblo de Guayal. Hacia el oriente va Jorge Benavides y descubre el pueblo de Daule. Con motivo de los descubrimientos de Vacain y Chonana observan los conquistadores que los indios de Guatemala, que llevan en la comitiva, son verdaderos antropófagos que se comen a los indios manabitas que tienen consigo o logran capturar. Almagro denunciando posteriormente este hecho en carta al Rey emperador escribe: "en arsi han comido los indios e mochachos que querían".

En la espantosa marcha, en pleno invierno por la selva tropical desconocida, se amarra a los indios en grandes montones para que no fuguen; al que no puede con las cargas se lo mata y al enfermo se lo abandona para que perezca. A muchas madres se les arranca de los brazos y se arroja lejos el hijo que estorba para la marcha. Con tan malos tratamientos los indios perecen por miles, unos al peso de sus cargas, otros cortada la cabeza, a cuchilladas, a estocadas, comidos por los perros o por los antropófagos de Guatemala, etc. En la información mandada a levantar por Almagro, Vicente Bejar dice que vió quemar a dos o tres indios y aperrear (comer por los perros) un cacique. El bachiller (sacerdote) Pedro Bravo afirma que en Chonana vió aperrear (comer por los perros) un cacique, y que los conquistadores por donde iban solían quemar y matar indios porque no les enseñaban el camino.

De seguro que hay mucha exageración en este cuadro que nos presentan Pizarro, Almagro y los enemigos de Alvarado, pero es indudable que la sed de oro y la desesperación de buscar un camino a través de la selva hizo cometer a los conquistadores muchas crueldades de las que no les podrá absolver la historia.

V

TRABAJOS

Pasaron el río Daule los expedicionarios enviando previamente cuadrillas o comisionados a todas partes para descubrir el camino. Gómez de Alvarado de Guayal penetra a la provincia de Mejor donde halla leones (pumas) y captura algunos indios que se le ofrecen a servir de guías para el Quito; pero a poco estos guías cortan la cabeza a un español, Juan Vásquez, hieren a otro y huyen. Como no entendían el idioma, que variaba cada diez o quince leguas, al extremo de no entenderse entre sí indios cercanos unos a otros, las interpretaciones que se daban a los gestos y ademanes solían ser arbitrarias y no se puede dar mucho crédito a lo que se asegura haberse dicho o prometido.

El capitán Juan Enríquez halla a diez leguas de Daule un poblado grande con abundancia de bastimentos, maíz, raíces (yuca, camote, maní) y pescado que sirve para aliviar el hambre de que son atormentados y para dar alivio a los enfermos.

La selva es tan espesa y tan vasta que hay que ir abriendo camino, con la espada y con la mano por espacio de más de ciento sesenta leguas, y asegura Alvarado en carta al Rey que en el mundo no existe otra selva igual. La gente enferma en gran número, con paludismo, mal de modorra y fiebres tan malignas que ocasionan la muerte o la pérdida del juicio al día siguiente de la primera calentura. A los enfermos los suben sobre los caballos, y si allí no pueden tenerse los amarran a los mismos caballos para que no sean un obstáculo en la continuación de la marcha. Un sacerdote arregla el alma por la confesión, ante escribano se dispone de los bienes por testamento, y al morir se sepulta el cadáver en la inmensidad de la selva con una sencilla cruz que indica por algunas semanas el lugar de la sepultura. De los bienes del muerto se dispone por subasta pú-

blica a precios que llegan a ser irrisorios. El mismo Alvarado no queda libre del contagio: está desahuciado, pero por su recia contextura recupera la salud a los diez días de hallarse entre la vida y la muerte. Los indios o españoles que se apartan de la caravana mueren sin auxilio alguno, y sus cadáveres son pasto de los animales salvajes y de los gallinazos que en inmensas bandadas negras van señalando el rumbo de la temeraria caravana, que en su viaje a través de la selva nunca supo donde se hallaba. Al fin entran en la provincia de los Chumbos que, según Herrera, pertenece aún a la provincia de Portoviejo.

Delante de esta provincia una ciénega viene a interrumpir el paso, y de ser la estación aún lluviosa, dice Herrera, de seguro que no la hubiesen podido pasar. Están aun en tierras de la costa y ya han cesado las lluvias. Debió ocurrir esto a fines de mayo.

González Suárez dice que Alvarado anduvo perdido durante los meses de febrero, marzo y abril, que del río Daule retrocedió a los bosques de Paján donde se detuvo algún tiempo, y que las avanzadas fueron por el sur hasta mucho más arriba de Chonana y por el norte hasta el territorio de Nono, en la actual provincia de Pichincha, a pocos kilómetros de la ciudad de Quito, y que desde Nono desandando muchas leguas tomaron a los bosques pantanosos de Chimbo, en la región occidental, por donde juntándose de nuevo toda la expedición comenzó el ascenso de la cordillera.

En febrero andaba aun Alvarado en la costa de Manabí, y el largo itinerario que se indica quizá sea demasiado para el tiempo de tres meses en la selva desconocida, sin camino y en pleno invierno, y quizá no confronta ni aun con las 160 leguas que Alvarado, con la exageración propia para justificarse ante el Rey, señala en carta del 17 de mayo de 1536; pero todo queda en conjeturas y no es fácil contradecir ni indicar cual fue el verdadero camino sin un me-

jor estudio geográfico o histórico que ilumine la ruta, hoy en sus pormenores desconocida. Alvarado inició su marcha a mediados de marzo, y el pueblo de Las Golondrinas (Paján) indica que en aquel entonces había lodo con el que hacían sus casas estas avecitas. Pasada la provincia de los Chumbos se inició la estación seca, quizá no en toda la selva sino en el territorio ya cercano a la cordillera por las ciénegas que iba atravesando la caravana.

Después de las ciénegas hallaron una pequeña población y luego otra más grande. Las lenguas o idiomas eran distintos, los ritos religiosos diversos; no se tenía noticia de que alguna vez hubiesen pasado por allí los españoles; los blancos eran para estos indios gente completamente desconocida. Continúan la marcha y un volcán los inunda con una lluvia de ceniza, que ocasiona penalidades por quitar el alimento a los hombres y a las bestias. Una extensión de aguas profundas les obliga a construir un puente para el paso de los caballos. Llegan a un río de nombre Chongo, a un pueblo llamado Noa y se internan a continuación en otro laberinto de la selva. Tienen sed y a falta de arroyos hallan agua fresca dentro de las cañas guaduas que les interrumpen el camino. El hambre les atormenta. Caballo que se muere les da carne para un exquisito banquete. Ni culebra, ni lagarto, ni bicho alguno es perdonado para satisfacer las necesidades del estómago, los víveres se han corrompido por el clima lluvioso y ardiente de la selva, y por la dificultad de transportar las cargas en lo enmarañado de la maleza. Las palmas de distancia en distancia les regalaban con el palmito de sus cogollos, que vino a ser casi su único manjar. Si alguna yegua paría se vendía el potro para comerlo en dos mil castellanos, y el caballo que se mataba alcanzaba también por su carne precios fabulosos. Célebre se hizo una perra a la que mataron para dar carne a los enfermos y utilizar los riñones como remedio.

Entran a un pueblo donde hallan sal y unas cin-

cuenta ovejas (llamas). Ya están en tierra de los Andes. Los indios que conocían esta temeraria marcha de los castellanos, teniendo por locos a hombres que a tales trabajos se exponían no osaron esperarlos, dice Herrera.

Este hallazgo de carne y sal fue más precioso que el oro y esmeraldas de Manta y Jipijapa. No obstante, como hombres y mujeres llevaban joyas de oro, plata y piedras preciosas, los españoles se las quitan, quizá para no perder la costumbre, porque de poco les iban a servir.

Siguen adelante y tienen que atravesar unas sierras donde nieva en abundancia. Alvarado corre peligro de morir bajo el peso de la nevada y en el primer paso o puerto mueren nueve españoles, casi todos los negros de los cientos que tenían y mucha gente de servicio con algunos caballos. Los indios de Guatemala y Manabí, faltos de ropa y acostumbrados a climas muy cálidos mueren helados en inmenso número. Muchos ciegan por el resplandor del sol sobre el hielo, otros pierden los dedos de los pies. Entre los españoles las víctimas son también numerosas pero en menor número, porque es gente más acostumbrada a esta clase de trabajos, por el mejor trato, más abrigo y mayor resistencia al frío. Los actos heroicos son frecuentes, esposos, padres, hermanos no dejan al ser querido sin recibirle el último aliento y procurarle ayuda de todos los auxilios religiosos. Todos saben morir como héroes y como cristianos, a nadie se abandona antes de rendir su tributo a la muerte.

Entre la nieve quedan los cadáveres de quince hombres y seis mujeres españolas, cosa de dos mil indios y muchos negros. El oro de la expedición no hay quien quiera llevarlo y se hace decir por boca del pregonero, que cualquier individuo pueda tomar de las cargas lo que desee sin otra condición que pagar el quinto al Rey. Todos se ríen del pregonero y las cargas quedan en el camino. La Providencia castiga a los ladrones del oro de los indios manabitas.

VI

SEBASTIAN DE BENALCAZAR

Sebastián Moyano era hijo de pobres labradores que en las cercanías del castillo de Benalcázar en el reino de Castilla se dedicaban al cultivo de la tierra. Dice Castellanos, y muchos lo tienen por leyenda, que hubo de abandonar España, para eludir el castigo de haber matado a palos, en un acceso de ira, a un burro que con la carga se había metido en un atolladero de donde no podía sacarlo. Sea verdadera o falsa la anécdota, lo cierto es que cambió el nombre de Moyano por el de Benalcázar, y cansado de la vida de labriego con el espíritu de aventuras tan propio de los hombres de su tiempo vino a América a probar mejor fortuna, en la armada de Diego Nicoesa hacia 1507 y comenzó sus correrías en la isla de Santo Domingo, de donde pasó al río Darién y fue de los primeros conquistadores que puso el pie en el Continente. De Darien vino a Nombre de Dios y luego a Panamá donde estuvo entre los que recibieron solares de manos de Pedrarias, para avecindarse en la nueva población. Seguramente en esta época sirvió de padrino del mestizo Diego de Almagro, ejecutado por Vaca de Castro, dice Jijón.

De Panamá pasó a Nicaragua con Francisco Hernández de Girón en 1524 y fue de los fundadores de la ciudad de Nueva León.

En 1531, en el viaje de Pizarro por la costa manabita, que había de llevarle a Cajamarca vino en la nave de Juan Fernández, y con él, a Portoviejo; se juntó a la expedición de Pizarro y estuvo en los reñidos combates de Puná y en la captura de Atahualpa, donde con Hernando de Soto le fue confiado el mando de la caballería. En el reparto del fabuloso tesoro le tocó 407,2 marcos de plata y 9.909 pesos de oro.

Entre julio y noviembre de 1533, en fecha que no se ha podido fijar, vino como teniente de gobernador a San Miguel de Piura, primera ciudad fundada en el Perú por Pizarro, y de mucha importancia estratégica que convenía defender por ser el punto de entrada a la sierra peruana y la única salida al mar para los españoles, que se hallaban en conquistas con Pizarro en el interior del territorio.

Desde San Miguel de Piura, el 11 de noviembre de 1533 escribe Benalcázar al Rey, sin duda para ir preparando el terreno a futuros favores, pues poco tiempo antes había partido a España Hernando Pizarro con los quintos reales, de los tesoros del Perú y con petición de mercedes, por parte de Francisco Pizarro, para el mismo Hernando, su familia, y sin acordarse quizá de él, de Benalcázar, compañero en la lucha.

Refiere en la carta que el Gobernador Francisco Pizarro le ha enviado a San Miguel con diez de a caballo para defender al pueblo contra posibles ataques de los indios y facilitar la entrada de la gente que había pedido al gobernador de Nicaragua, Francisco Castañeda, para sus conquistas.

Castañeda, dice Benalcázar, tenía listos para el envío doscientos hombres, los ciento de a caballo a orden del capitán Gabriel Rojas, pero Rojas llega al Perú sin esa gente, y con la noticia de que Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala le había tomado a la fuerza los navíos en que se iba a verificar el traslado, que por lo mismo quedó sin efecto con grave perjuicio para la conquista del Perú.

Para probar estos abusos ha mandado levantar, dice, una información en Santo Domingo y remitirla a los oidores que residen en la isla Española para que hagan justicia.

Agrega que Pedro de Alvarado propala la noticia que Pizarro sin cimentar bien las conquistas del Perú, sigue adelante y pasa a gobernación ajena (territorio del Quito), motivo por el cual, él, Alvarado va a venir a poner remedio a este estado de cosas

para tomarlo que contra las concesiones reales ha tomado arbitrariamente Pizarro. No es verdad, dice, que Pizarro haya abandonado las tierras del Perú y seguido adelante en sus conquistas sin poblar lo que va ocupando, ahora mismo, agrega, se halla ocupado en la fundación española de Jauja.

Esta carta da mucha luz en los preparativos de la expedición a Quito. Quito era la llave del Perú por el norte y como se juzgaba pertenecer a este territorio todas las tierras de Tempunpalla (Esmeraldas) al sur, la gente de Pizarro juzgaba, y no sin razón, que Quito se hallaba dentro de los linderos de la Gobernación concedida a éste.

Ante la noticia, Benalcázar se preparó a defender los derechos de Pizarro adelantándose a la conquista de esa tierra, cuna de Atahualpa, segunda Cuzco, donde soñaba hallar fabulosas riquezas. Por desgracia carecía por lo pronto de hombres, caballos y elementos suficientes para la atrevida expedición.

Pero no era posible abandonar en beneficio de Alvarado, una tierra donde se podía recoger tanto oro como en Cajamarca. El Calbildo de la ciudad requirió a Benalcázar que se adelantase a los proyectos del audaz usurpador y le previno que de no hacerlo nombraría otro capitán para la atrevida empresa. Benalcázar, dice Herrera, era hombre belicoso, de ánimo levantado, que quería cubrirse con la gloria de los conquistadores. No podía por lo mismo ser mejor la oportunidad que se le presentaba, y comenzó los preparativos de la marcha cubriéndola bajo la presión y amenaza de los vecinos para la arriesgada conquista sin previa licencia de Francisco Pizarro.

Para su dicha, en febrero de 1534, vino gente de Panamá y luego de Nicaragua, a juntarse con Pizarro y ayudarle en la conquista del Perú. Con los tesoros que le tocaron en Cajamarca, a Benalcázar no le fue difícil conseguir esta gente pagándole altos fletes, como se decía entonces y cubriéndole las deudas que en la legislación vigente, de faltarse al pago

de ellas traían como consecuencia la cárcel. Un caballo se lo cotizaba en mil o mil trescientos pesos y un negro en ciento cincuenta pesos. Un hombre valía menos que un caballo y un español menos que un negro, porque los servicios de este valían ciento cincuenta pesos y para conseguir los del español y llevarlo a la más grande de las aventuras bastaba llenar su imaginación con los fabulosos tesoros de Quito, que en un instante transformaría los harapos del pobre con los esplendores del hombre inmensamente rico.

Con enormes sacrificios e inusitada actividad y energía Benalcázar pudo reunir 270 hombres, de los cuales setenta eran de a caballo; al decir de Castellanos, diez o doce buenos ballesteros, y el resto peones a sus escudos embrazados, según la costumbre guerrera de la época. Herrera da sólo cuarenta hombres, pero el dato parece ciertamente erróneo.

La expedición la organizó así: Alférez Real, Miguel de Muñoz; Maestro de Campo, Halcón de la Cerda, y capitanes Francisco Pacheco y Juan Gutiérrez. Según el P. Jerves se puede añadir los nombres de los capitanes Ruy de Rojas y Gómez de Mosquera, Juan Camacho, Francisco Girón, Alonso López Pacheco que en 1540 declaran haber formado parte de la expedición, y también Pedro Martín Montanero que en una información de 1537 declara haberse mecido bajo la bandera de Benalcázar en San Miguel de Piura. (Documentos de Benalcázar publicados por el Cabildo de Quito).

¿Cuándo partió Benalcázar en su viaje a Quito? Tomando en cuenta el aviso que a raíz de la carta del 11 de noviembre de 1533 se envió a Pizarro con Pedro Palomino, según Herrera, y con Gabriel Rojas que venía de Panamá después de haber estado en Nicaragua, González Suárez pone la partida a fines de 1533. Rigiéndose por la carta escrita por Pizarro desde la ciudad Jauja el 24 de mayo de 1534, en que da cuenta que Benalcázar partió a raíz de la llegada de Juan Fernández al puerto a ocho leguas de San

Miguel, según el aviso que le trajo su hermano Pedro Martín de Alcántara y Diego Mazuelas, el erudito Jiménez de la Espada pone la partida en abril de 1534, porque la llegada de Fernández con sus buques ocurrió a fines de marzo.

Benalcázar había partido a Quito antes de llegar Juan Fernández con sus buques, y Diego de la Vega en su navío con la noticia de la llegada de Alvarado a Portoviejo. Hay un hecho que pone este acerto fuera de duda. Toribio Motas escribe el 13 de marzo de 1534 una carta desde San Miguel de Piura a Pascual de Andagoyas, que parece era un prestamista que con crecido interés daba dinero a los conquistadores. En esta carta se da cuenta de que Benalcázar ya ha partido a Quito; se dice que la expedición le ha costado de doce a catorce mil pesos y se censura el haber abandonado a Pizarro tan necesitado de hombres, para ir sin licencia a la conquista de Quito.

De este dato se concluye que Benalcázar partió a Quito probablemente a principios de marzo de 1534, quizá a fines de febrero, como opina Jijón tomando en cuenta que cuando los marinos del buque La Concepción, venidos de San Miguel de Piura cuando Benalcázar había ya partido y que al pasar por Portoviejo se hallaron con los destrozos de Alvarado, declaran en Panamá el 7 de abril del mismo año. Como el viaje no pudo durar menos de un mes o mes y medio, la partida de Benalcázar a Quito hay que ponerla a principios de marzo o fines de febrero de 1534.

En carta del Cabildo de Jauja al Rey (Benalcázar de Jijón, documentos pág. 27), se dice que cuando partió Almagro a Quito, Benalcázar le llevaba delantera de 30 días. Esta afirmación es evidentemente errónea; es cierto que en carta de 7 de abril dice Almagro que Benalcázar le llevaba delantera de 30 días y que iba enseguida tras él, pero que no cumplió lo ofrecido lo dice el mismo Almagro que en 8 de mayo se halla aun en San Miguel de donde escri-

be que Benalcázar había partido. Todo hace presumir que la marcha de Benalcázar se inició hacia el 7 de marzo.

VII

DE SAN MIGUEL A TEOCAJAS

Para Benalcázar Quito quedaba más al oriente y menos al norte de lo que realmente está. Había atravesado la costa a pie o muy cerca de tierra desde Manta al sur y conocía la falta de caminos al interior del territorio y lo enmarañado de la selva tropical. Pensaba llegar a Quito primero que Alvarado, porque ingenuamente creía que si éste desde Nicaragua se lanzaba a la conquista forzosamente tenía que penetrar por San Miguel.

Según Toribio Motas, Benalcázar había gastado en la expedición de doce a catorce mil pesos, pero en documentos posteriores se afirma que gastó 25.000 de los que le tocaron en Cajamarca y quedó adeudando 15.000 más, o sea que lo invertido ascendió a cuarenta mil pesos. La suma puede parecer excesiva pero en realidad no lo es si se toma en cuenta que el reparto de los tesoros de Atahualpa, por ley económica natural subió el precio a todos los artículos, y los caballos, que en la colonia llegaron a costar quince pesos, costaban entonces cien veces más por la escasez y por la necesidad que se tenía de ellos. La Corona Real de España cobraba el quinto de los beneficios, pero no corría con gastos.

González Suárez dice, que los Cañaris enemigos de los quiteños por su adhesión a Huáscar y su enemistad con Atahualpa, a consecuencia de los asesinatos ejecutados por éste en Tomebamba hacia 1530, enviaron una embajada a los conquistadores para solicitarles su apoyo contra Rumiñahui, general defensor de los derechos del inca quiteño, y que esta Embajada llegó a San Miguel de Piura momentos

antes de partir Benalcázar y dijo, conociendo la codicia de los conquistadores, que en Quito había ollas y grandes cántaros de oro y casas llenas de objetos preciosos fabricados del mismo metal.

Es dudosa esta embajada a San Miguel y que Herrera dice se la envió cerca de Tomebamba. Sea de ello lo que fuere, Benalcázar no necesitaba de las halagadoras palabras de los Cañaris para resolverse a la conquista, porque bien sabía que Quito fue la residencia de Huainacápac y que Atahualpa había pensado fundar allí otro reino como el del Cuzco. Las victorias del hijo de Quito contra el verdadero heredero del trono de Tahuantinsuyo le hablaban lo bastante del poderío del nuevo reino, donde se hacía la ilusión de hallar aun más riquezas que en Cajamarca. Al ansia de oro y gloria ayudaba también el deseo de hacer cristianos a miles de hombres sumidos en la idolatría.

Con estos ideales rastreros y sublimes Benalcázar se lanzó a la conquista de un país desconocido, donde cada español debía combatir con cien y más indios. Pero la victoria la daba por segura, con el apoyo de lo alto, porque si iba aconquistar la tierra iba también en busca de almas para el cielo.

Según el P. Jerves, Benalcázar siguió la ruta de Ayabaca, Galvas, Carrochobamba, Paltas hasta caer, como dice González Suárez, en Loja al camino real de los incas, no sin pasar por increíbles trabajos, hambres y frío. De Paltas siguió al sur de la cordillera andina hasta Zoropalta a cuatro leguas de Tomebamba; y en este punto se adelantó con 30 de a caballo dejando el resto de su gente al mando del Capitán Francisco Pacheco.

Los indios de Quito tenían por Gobernador a Zopezopagua. Para salvar sus tesoros de la rapacidad de los españoles, jefes militares y sacerdotes, hicieron desaparecer 600 cargas de oro y se apresta-ron a rechazar la invasión nombrando por Capitán general de sus tropas a Rumiñahui, indio muy amante de su patria y de la libertad, al decir de Herrera,

y tan leal a su soberano que cuando Atahualpa fue ejecutado en Cajamarca se retiró con parte de su gente a Quito a levantar tropas y avanzó con ellas hasta Tomebamba, donde le fue imposible pasar adelante, entre otros motivos por la enemistad de los cañaris a quienes no podía dejar confiadamente a retaguardia. Estos cañaris al tener noticias de la llegada de Benalcázar le enviaron una embajada de 300 hombres, armados para defenderse en el camino contra los quiteños, e hicieron con él pacto de amistad y alianza o renovaron lo ya acordado en San Miguel.

De su parte Rumiñahui y Zopezopagua enviaron con su ejército a Chaquiatinta, del linaje de los incas, a impedir cerca de Zoropalta la entrada de los conquistadodres. Chaquiatinta se había prometido hacer maravillas, pero al ver a Benalcázar con sus caballos tuvo miedo y emprendió la fuga. Benalcázar le tomó algunos prisioneros, mujeres, ovejas, (llamas) y otros despojos, entre ellos una señora que había sido de las mujeres de Huainacápac. Y entró a Tomebamba y trás él el resto de su gente que habia quedado con Pacheco en Zoropalta. Fue recibido por Chaparra, uno de los principales caciques de los cañaris que le prestó inmensos servicios en la conquista.

Castellanos asegura que este cacique Chaparra dió a Benalcázar un plano, que lo mandó dibujar en blanca tela con entradas, salidas y defensas, plano que le permitió continuar la marcha con mayores seguridades del triunfo.

Después de penetrar ocho días en Tomebamba, Benalcázar siguió adelante en jornadas lentas para evitar emboscadas y guiado por los cañaris que fueron fieles al pacto. Llegó a Hatun Cañar y de aquí pasó al Tambo donde falleció uno de los españoles. Del Tambo, al decir del P. Jerves, anduvo por las faldas del Azuay hasta la hondonada del río Chanchán desde donde subió a las alturas de Sibambe para seguir hacia Tiquizambe (Tixán)

El valor de Rumiñahui no era como el de Chaquiatinta. Inteligente y astuto había observado que los caballos tropezaban y caían en las hondonadas del terreno. En un ataque a campo abierto podían hacer destrozos, pero inutilizados sus movimientos perdían su acción destructiva. Con este fin concibió la idea, que más tarde vemos también ejecutar a los indios de Colombia en al expedición de Jiménez de Quesada, de hacer hoyos en el terreno por donde habían de pasar, y cubrir estos hoyos con tierra y ramas para ocultarlos a miradas indiscretas. Quizá era esta una forma de cazar venados que ponía ahora en práctica para cazar caballos. Buscó además un lugar estrecho donde poder encerrar a los españoles y destruírlos, y, como dice Gomara, se parapetó en un fuerte con doce mil indios armados a su manera y en un terreno defendido por cavas y albarradas. Como Benalcázar debía pasar por allí contaba Rumiñahui con la seguridad de la victoria.

Para su desgracia los cañaris que servían de espías se dieron cuenta de la estratagema y avisaron a los españoles. Estos, dice Gomara, pusieron al centro a los de a caballo, siguieron por las espaldas del escuadrón de Rumiñahui y lo atacaron por donde no se había inmaginado, dejando muertos en el combate a numerosos indios. Los indios por su parte se defendieron con valor, mataron también algunos españoles y tres o cuatro caballos, cuyas cabezas pusieron en lugares visibles con muchas ramas y flores en señal de victoria para que las viesen los conquistadores. Para los indios la muerte de un caballo era más valiosa que la muerte de diez hombres, porque no dándose cuenta del verdadero papel del jinete se imaginaban que eran los caballos los que con tanto furor los perseguían en los combates. De ahí que la muerte de estos animales la celebraran con grandes fiestas y regocijos.

A Rumiñahui no amilanó la derrota. En los lugares por donde debían pasar los caballos volvió a trabajar hoyos hábilmente cubiertos de hierba para

su caída, pero los cañaris volvieron a denunciarlo y guiaron a los conquistadores por otra ruta hacia los tambos de los indios quiteños en las llanuras de Teocajas. La niebla muy espesa en esta época por tales lugares favoreció la marcha sin ser vistos por el enemigo, pero Rumiñahui, gracias a su servicio de espionaje pronto se dió cuenta de ella, y con un ejército compuesto de doce mil hombres y repartido en dos alas esperó a sus adversarios en las pendientes de unas colinas al norte de las llanuras de Teocajas.

VIII

BATALLA DE TEOCAJAS

Benalcázar que iba por las colinas de Teocajas quiso conocer el número de sus adversarios, su situación, orden y la naturaleza del terreno; con este fin mandó al Capitán Ruiz Díaz que bajase a la llanura con diez de a caballo a reconocer el campo. Los indios al ver que estos hombres se quedaban mirándolos pero sin atacarlos creyeron que tenían miedo y buscaban un camino para la fuga. Les gritaron que aguardaran que les iban a dar los tesoros de Atabaliba y con burlas y amenazas cayeron sobre éllos en número de veinte mil, con gran vocería y desorden como era su costumbre en la pelea. Esto dicen los españoles, no sabemos lo que hubieran dicho los indios si ellos nos hubieren descrito la acción. Los atacados, con sus lanzas se defendieron como leones haciendo gran derramamiento de sangre y buscando el llano para el más fácil manejo de los caballos; abrumados por el número hubieran quizá perecido si uno de ellos no rompe el cerco, y da aviso al resto del ejército de donde al divisárselos se les envía cuarenta más de a caballo. El combate se desarrolla con furor. Los españoles hacen uso de sus lanzas y espadas, porque los arcabuces y ballestas más sirven para asustar que para herir; cubiertos


QUITO
LATACUNGA
AMBATO
SANTIAGO DE QUITO
CISALPA
COLTA
TIQUILAMBE
(CUYAN)
Achupallas
SIBAMBE
TAMBO
INGAPIRCA
HATÚN CAÑAR
(CAÑAR)
Paredones
TOMEBAMBA
(CUENCA)
ZORORALTA
LOJA
PALTAS
(CATACOCHA)
CALVAS
AYABACA
SAN MIGUEL DE
TANGARARA
(PIURA)
VIAJE D'
DIEGO DE
ALMAGRO
Y SEBASTIAN
D' BENALCAZAR
MDXXXIV

de armaduras ellos y sus caballos son casi insensibles a los golpes de los indios, que no conocen el hierro, y hacen uso de armas que son sólo apropiadas para matar hombres desnudos o casi desnudos, que son los únicos que ellos antes habían conocido. Un español sobre su caballo es como un tanque motorizado a quien no hay como derribar por numeroso que sea el número de los atacantes; los indios así lo comprenden, los más audaces se lanzan a aprisionar con las manos las patas de los caballos, los toman de las crines, de la cola y hallan muerte segura: ni siquiera se dan cuenta de que pueden separar el jinete del caballo; todos, como pueden, con gran desorden e increíble algazara hacen uso de piedras, estólicas, dardos, lanzas, ondas que son ante las corazas hispanas menos que picaduras de mosquitos. En cambio las lanzas de los españoles hallan cuerpos semidesnudos que tienen como defensa morriones de palo y adornos sobre el pecho. La lucha es árdua pero de antemano se sabe de quien es la victoria. Los españoles se imaginan que hasta el cielo está de su parte, porque creen, y no les falta razón, que van a civilizar y a hacer cristianos a miles de almas sumidas en la idolatría, muy cerca del salvajismo. Los indios en cambio creen que hasta el cielo está en contra, porque los adivinos les han pronosticado la pérdida de su nacionalidad. Los españoles luchan por su Dios, con el apoyo de su apóstol Santiago a quien invocan antes de los combates; los indios creen luchar contra los dioses. Admirable es el valor de los españoles, pero quizá más admirable aun es el valor de los heroicos indios.

Desde el medio día se ha combatido y como por lo pronto nadie lleva esperanzas de vencer, cesan las hostilidades sin que la victoria se decida por ninguno de los dos bandos. De los indios hay setecientos cadáveres en el campo; de los españoles un negro esclavo del Capitán Hernán Sánchez de Murillo, ava-

luado en trescientos pesos, algunos peones heridos de los que más tarde fallecieran cinco, y tres caballos muertos. No obstante ser la lucha tan desigual la gente de Rumiñahui no se descorazona; con audacia grita a los conquistadodes que no piensen que va a pasar lo que en Cajamarca, que todos tienen que morir en sus manos. Estaban como cucaracha en pico de gallina y les quedaba aun aliento para amenazar.

Rumiñahui, adelantándose tres siglos a Bolívar, es más fuerte en la adversidad que en la victoria; en la derrota organiza su gente, levanta el espíritu guerrero y multiplica esfuerzos para que no decaigan los ánimos y se tenga aun confianza en el triunfo. De uno de los caballos muertos corta las patas, las manos y la cabeza y las manda mostrar a toda la comarca para que los pusilámines se convenzan que esos seres no son inmortales y que se los puede matar. Y para conseguir este fin, o cuando menos estorbarles los movimientos en campo abierto, continúa haciendo hoyos en lugares estratégicos, que por desgracia no dan los resultados que desea por la astucia de los cañaris.

Pero Benalcázar no era inferior en valor a Rumiñahui, si éste luchaba contra los hados por su patria y libertad, aquél combatía por hacer cristiano y civilizar a un pueblo y para ir a los combates, como los futuros luchadores por la independencia, no preguntaba por el número de los enemigos sino dónde se los podía combatir.

Benalcázar no hubiera querido abandonar las llanuras de Teocajas, porque sus tropas estaban aquí seguras de un posible ataque de Rumiñahui u Orimanvi, por la facilidad de operar con la caballería. Pero no había salido de San Miguel para quedarse en medio camino, sino para recoger a montones el oro de la soñada Quito, la segunda Cuzco de los incas. Era necesario seguir adelante. De tomar la ruta común de la comarca era exponer a su gente a frecuentes combates, probablemente con las venta-

jas de la victoria, pero también con algunas bajas de los suyos y gran mortandad de indios. A estos, tanto por su alma racional como por el futuro porvenir de la Colonia no convenía matarlos sin graves motivos: a su corazón de español y de cristiano repugnaba la crueldad, que si alguna vez la cometía era vencido por la pasión nunca por mero placer. Pero el principal móvil para eludir posibles combates, era evitar la muerte de los españoles, cuya vida era preciosa para los fines de la conquista. Por esto resolvió emplear en la marcha más el arte y la astucia que la fuerza; con este fin, curados los heridos y reparados los caballos hizo prender candela, con la paja y la leña seca, para que creyesen los indios que se hallaba en Teocajas con su gente preparando la comida y calentándose del frío. Entre tanto, por la noche, sigilosamente siguió hacia Riobamba por senderos fragosos y a través de colinas poco traficadas, por donde guiaba un indio conocedor del terreno, que había estado en Cajamarca y servía al soldado Juan Camacho. Llegan a un río no vadeable, quizá por las lluvias o los deshielos, y lo pasan con gran ánimo, en balsas provisionales que, como hombres hechos en campaña a toda clase de trabajos y servicios, les fue fácil construír en un momento.

Hubo tal astucia y ligereza en la movilización, que Rumiñahui no se dió cuenta sino el otro día al alumbrar el sol y ver el campamento vacío. Los malditos extranjeros estaban protegidos por los dioses invisibles, pero lucharía contra los dioses; ciego de furor siguió el rastro de los caballos y al llegar a la retaguardia española compuesta de treinta hombres de infantería y treinta de caballería la atacó al grito: esperad, esperad que os vamos a dar los tesoros de Cajamarca. Ante lo sorpresivo del golpe los atacados pidieron auxilio, pero Benalcázar, que iba a la vanguardia, no pudo darlo porque tuvo que enfrentarse con indios belicosos, que también le atacaron, y tenía necesidad de coronar una loma a fin de conseguir posición ventajosa en la lucha. En tan

crítica situación gritó a la retaguardia, que si treinta de a caballo no bastaban a defenderse se enterrasen vivos; pero viendo el gran aprieto en que se hallaban y que él iba ya en mejores condiciones les mandó al Capitán Gómez de Mosquera con cuatro más de a caballo, quien con más maña que fuerza, al decir de Castellanos, supo desviar el ataque y hacer que la retaguardia toda entera coronase la loma o collado a continuación de Benalcázar.

Los españoles juzgaron que de esta loma se debía bajar a un llano hacia la laguna de Colta para que pudiese operar la caballería con mayor libertad, pues los indios bajo las órdenes de Rumiñahui y Zopezopagua, los iban rodeando con gran vocerío, y la situación se iba poniendo crítica, porque el ataque venía solo de ciertos puntos para obligarles a llevar los caballos hacia los sitios donde tenían los huecos. Los bizoños, dice Herrera, con el espanto iban perdiendo la moral guerrera y era necesario evitarlo a toda costa. Por esto, Benalcázar con gran celeridad bajó al llano, y ya en él, junto a las orillas de la laguna (Colta), no lejos de la actual Cajabamba, tuvo que pasar las noches en vela, con los caballos ensillados y las armas listas para el combate. González Suárez afirma que tuvo que enterrar, precipitadamente y procurando no ser vistos, cinco soldados fallecidos a consecuencia de las heridas de Teocajas.

IX

EN RIOBAMBA

Según el señor Jacinto Jijón, en Benalcázar, éste de Tomebamba siguió la ruta de Inga-Pirca, Hatún, Cañar, Paredones, Achupallas y Teocajas. Aquí fue detenido por Rumiñahui que si bien no lo venció le opuso serias dificultades para contiuar su victoriosa marcha. Benalcázar no quiso atacarlo y guiado por el indio de Juan Camacho regresó al sur hacia el río

Chimbo que lo pasó cerca de la costa para subir luego por San Miguel de Bolívar y San José de Chimbo hacia Santiago y Cajabamba a las orillas de la laguna de Colta.

Las peripecias de esta marcha las acabamos de narrar, y la creencia en Rumiñahui de que los españoles huían y el paso de éstos por el río en balsas, lo que no suele ser posible en la cordillera por la escasez de agua y la velocidad de los torrentes, hace aceptable la ruta señalada por el señor Jijón, al menos mientras estudios más detenidos, históricos y geográficos, no vengan a modificarla.

De las orillas de la laguna de Colta los españoles siquieron camino a Riobamba. La situación se iba poniendo cada vez más difícil. Los indios los cercaban por todas partes con furia inaudita, ya atacándolos de frente hostilmente, ya ideando estratagemas para perderlos, ya fortificándose en las gargantas o lugares estrechos desde donde pudiesen atacar protegidos contra la caballería por las desigualdades del terreno, ya dejando el llano libre al paso de los caballos para ensartarlos en estacas de palo colocadas en el fondo de hoyos invisibles a simple vista, ya en fin atrayéndolos hábilmente con simulados ataques hacia determinados sitios donde sus cuerpos desnudos se viesen protegidos para el ataque por las fortificaciones de la cordillera.

Los cañaris resultaban ya insuficientes para descubrir tanta argucia. A lo lejos se veían los techos rojizos de la ciudad indígena de Riobamba, pero Benalcázar principiaba a abrigar temores de poder entrar en ella por la seria resistencia que le venían ofreciendo los indios. Perdida la confianza en el esfuerzo humano recurrió al Cielo en busca de auxilio. Nunca en tierras del Perú habían quedado las batallas indecisas como en Teocajas, ni detenidas las marchas victoriosas por el miedo como en esta ruta hacia Riobamba. De repente se presenta un indio llamado Mayu, indica todas las celadas y se ofrece a servir de guía hasta Riobamba. Hay tal sinceridad en su con-

ducta, que Benalcázar se entrega a él. Mayu entonces conduce a los conquistadores fuera del llano por la cumbre de unos collados y dando un rodeo dirige la marcha hacia Riobamba. En el campo indígena se levanta una gritería; hay indignación, sorpresa y no se acierta a comprender cómo los barbudos han descubierto y eludido las asechanzas.

Mayu había sido hecho eunuco por Rumiñahui y le guardaba odio terrible. Los cañaris por odio a Atahualpa y Mayu por odio a Rumiñahui entregaban el territorio al invasor español. Los quiteños peleaban en condiciones verdaderamente difíciles; minado el amor patrio por el espíritu de venganza, las estratagemas no surtían efecto alguno, porque los mismos hombres de la tierra americana se encargaban de revelarlas al extranjero. El mando supremo se lo había ejercitado para satisfacer intereses personales y las consecuencias se las estaba viendo: en los momentos en que había mayor necesidad de la unión para rechazar a los invasores, los pueblos vencidos y súbditos humillados creían llegada la hora de deshacerse de sus verdugos. Esto en cuanto al régimen social interno, por lo que toca a la superioridad de las armas la lucha era más desventajosa aún. Recuérdese que en Cajamarca un indio mientras jugaba con un cuchillo se corta y se admira. ¡Cómo pudo herirse! Conocemos el hierro desde la más tierna infancia y el suceso nos causa risa. Pero hay que colocarse en el medio y en la mentalidad de los indios: éstos no conocían el hierro, jamás lo habían visto ni oído hablar de él; las heridas contundentes de garrote, piedra u otra arma eran diversas de las heridas de un cuchillo, de una navaja, de una espada. ¿Qué de particular tiene el que se admirasen de una cosa que veían por primera vez y de que antes no habían tenido la menor noticia? En los combates entre las tropas de Benalcázar y Rumiñahui muchos indios veían por primera vez los caballos, las armas, las espadas; ignoraban si las heridas venían de filo, de costado, al simple roce o por arte de magia; al mismo tiempo que la espada hería

se encabritaban los caballos. ¿No serían los caballos los autores de las heridas? Las resistencias de las corazas les eran desconocidas y pretendían romperlas como telas o con pequeños golpes. El suceso causa hilaridad, pero nosotros en las mismas circunstancias no habríamos procedido en diversa forma, porque los conocimientos no se adquieren de repente: son fruto de la experiencia. Admiremos, y muy justamente a unos pocos españoles en lucha con millares de indios pero admiremos más aun a esos millares de indios en lucha con esos pocos españoles, porque es la lucha de los hombres contra los dioses. Los españoles saben como pelean, pero los indios entran al combate a morir sin saber como, a pelear con todas las desventajas; ignoran cómo hieren, cómo se defienden, cómo atacan, en tanto sus adversarios con fuerzas hercúleas, curtidos en los trabajos de cien campañas a cada golpe de su brazo siembran el suelo de cadáveres: Acabado el combate, ellos, los indios, han muerto en gran número, y de los españoles, ninguno. ¡Tienen sus enemigos privilegio de inmortalidad! A pesar de todo no ceden un punto y vuelven a presentar combate para volver a presenciar la misma escena. Y esto no una vez sino ciento. Este valor es verdaderamente admirable. No se ha hecho aún justicia al indio quiteño que encarnaba en la lucha el espíritu patriótico de los ecuatorianos de hoy.

Los españoles guiados por el indio Mayu llegan a Riobamba. Abre la vanguardia el Capitán Ruy Díaz de Rojas, que con treinta de a caballo entra el primero a la ciudad. Los indios ofrecen resistencia pero son vencidos. Se halla algún oro y abundante comida. Benalcázar y los suyos se alojan en los hermosos palacios indígenas y resuelven descansar algunos días para reponer las hambres pasadas, los sustos y las noches en vela.

Los españoles atribuyen el feliz suceso a la protección de la Virgen Santísima y los indios decaen de ánimo pensando que el cielo les niega sus favores. Quieren ya cesar en la resistencia, pero dos jefes in-

domables, Rumiñahui y Zopezopagua, se ponen de frente, les arengan y los convencen que es preferible la muerte a la sujeción a los extranjeros con mujeres e hijos. Las palabras de los dos caudillos dan nuevos alientos a la lucha y comienza una serie de preparativos para encerrar a los invasores en Riobamba.

Benalcázar por su experiencia en esta campaña o por aviso de Mayu se da cuenta del intento, y para impedirlo, al quinto día de la ocupación de la ciudad sale fuera con treinta hombres a provocar a los indios al combate; éstos se retiran a las colinas cercanas y Benalcázar deja en el sitio a donde ha llegado a cinco de sus más valientes compañeros. Vasco de Guevara, Ruy Díaz de Rojas, Hernán Sánchez Murillo, Marcos Varela y Domingo de la Presa, para que hagan la guardia y servicios de avanzada, y con los 25 restantes se retira de nuevo a la ciudad.

Los indios llenos de furor ante la audacia de que les pongan en la vanguardia sólo cinco hombres para todos éllos, se colocan delante para impedirles el paso a Riobamba y les provocan a la pelea; los cinco sin tener otro camino que tomar se meten por entre el escuadrón indígena, de doce mil combatientes, según los decires españoles, y se abren paso matando e hiriendo a muchos. De Riobamba sale el resto de la gente en auxilio de los cinco y se traba un combate de media hora que termina como siempre con la derrota de los indios.

Benalcázar sigue adelante. El desaliento comienza a minar las filas de los defensores del territorio, pero Rumiñahui con sagacidad y valor procura impedirlo. Continúa en su empeño de los hoyos para atrapar a los caballos, pero no es fácil ya el engaño, porque Benalcázar con rodeo sobre las colinas u otros desvíos les ataca por la espalda o en forma que los hoyos no le perjudiquen. Rumiñahui cambia entonces de táctica; se da cuenta de que no hay necesidad de atrapar a los caballos dentro de un hoyo, que basta inutilizarlos para el combate; con tal fin cava in-

finidad de pequeños agujeros, algo más grandes que las herraduras, para que al correr se quiebren allí las patas. Los cañaris descubren el ardid y tampoco produce resultado alguno.

El jefe indio es valiente y fino observador, pero lucha en condiciones muy desventajosas, no sólo contra los españoles de superioridad indiscutible por las armas, sino contra los cañaris, contra los espías y hasta contra las divisiones intestinas de su propio pueblo donde parece tiene una fuerte corriente en contra, por lo estéril de la lucha y quizá también por la violencia de sus procedimientos. Con todo no se rinde, y después de cada derrota reorganiza de nuevo su gente para un nuevo combate. Su tierra no puede ser hollada por los extranjeros, pero como fracasa en todos sus intentos corre ahora a fortificarse al otro lado del río Ambato.

Benalcázar viendo que sus adversarios han desaparecido, y que no hay ya peligro de que Riobamba sea cercada regresa a esta ciudad donde descansa doce días, alegre y contento por haber escapado de tantos peligros con ayuda de sus confederados los cañaris

X

EN LATACUNGA

Benalcázar abandona de nuevo Riobamba en su ruta al norte. No conviene que se pierda en los combates la vida de ningún español. Son pocos y cualquier pérdida es de graves consecuencias, sobre todo por el valor que podría infundir a los indios el presenciar que con sus armas podían matar también a los conquistadores. Benalcázar es por esto cada vez más cauto y procura darse cuenta de todas las argucias del adversario. Por la noche, mientras hace creer que está en el campamento, un Capitán con 50 o 60 de a caballo recorre los contornos para inspeccionar los malos pasos, los hoyos y las zanjas. Al amanecer

conoce ya el terreno y sabe por donde camina. Si los indios le provocan al ataque mira al campo para cerciorarse si las yerbas han sido removidas, si hay indicio de hoyos o de alguna trampa, y al menor asomo de cualquier estratagema rodea una o dos leguas para atacar por detrás o un costado. Los cañaris y el indio Mayu son preciosos auxiliares en esta táctica de ahorrar en lo posible la vida de cualquier español.

La superioridad de Benalcázar era demasiado grande, pero los indios quizá hubieran podido detenerlo en su victoriosa marcha con más orden, unidad y táctica en los ataques y con menos odios entre quiteños y cañaris, Rumiñahui y muchos de sus súbditos. Benalcázar manda a ofrecer la paz y Rumiñahui la rechaza de nuevo; no está rendido ante los continuos fracasos y espera aun la victoria al otro lado del río Ambato donde se ha fortificado. De repente el Cotopaxi, o el antiguo Tungurahua al decir de González Suárez, entra en actividad. La boca del monte arroja fuego, piedras, humo y ceniza. Tiembla la tierra y se oyen terribles estampidos subterráneos. Mueren muchos hombres y animales y la ceniza oculta la luz del sol al extremo de no poderse ver a pocos pasos de distancia. Por la noche una columna de fuego alumbra las cumbres de las cordilleras. Es la misma erupción que sorprende a Alvarado perdido por esta época en la selva tropical.

Nuevo desconcierto en las filas de los indios. El cielo está contra ellos. El pronóstico se ha cumplido. En ciertos sacrificios, dice Herrera, los indios al consultar sus oráculos para inquirir los secretos del porvenir recibieron como respuesta, que cuando reventase un volcán que estaba en Latacunga entraría en el territorio gente extranjera, de región muy apartada, que los sojuzgaría. Creer que los oráculos de las naciones paganas, inclusive pueblos tan cultos como Grecia y Roma repletos de filósofos que de todo procuraban averiguar las causas, eran una mentira de los sacerdotes mantenida durante muchos siglos es creer ingenuamente que los antepasados eran muy

tontos, afirmación en completo desacuerdo con la historia. Si queremos hacer honor a la razón humana, en muchos de los oráculos hay que admitir la influencia de agentes extraterrenos, porque el demonio, continúa Herrera, si no conoce el futuro puede preverlo, y en el caso que nos ocupa sabía por causas naturales la llegada de los españoles a las Antillas, su estadía en Panamá, el intento de conquistar el Perú, Quito inclusive, y que el volcán iba a reventar; no le era por lo mismo difícil relacionar la erupción con la pérdida de la independencia patria.

Ante tantos sucesos adversos los indios hubieran pedido la paz, pero se lo impidieron de nuevo los capitanes indomables Rumiñahui y Zopezogagua, que atacaron otra vez a Benalcázar al pasar el río Ambato y sostuvieron con él un combate de media hora con una centésima derrota. Los conquistadores impacientes ya de tanta resistencia hicieron en los indios gran matanza persiguiéndolos con sus caballos hasta los aposentos de Latacunga, tan regios y principales como los de Quito, al decir de Cieza y el P. Las Casas.

Ante la superioridad de las armas españolas no había necesidad de matar tanta gente. Benalcázar sintió pena de la sangre inútilmente derramada y para aplacar quizá un remordimiento de conciencia y en el deseo de paz, que sabía también la buscaba el adversario, tomó una cruz, la puso en los hombros de un indio y lo mandó al campamento indígena a prometer a Rumiñahui que sería buen amigo y compañero siempre que él con los suyos prometiese lo mismo, y que ya en paz les daría tales cosas para el bien de sus almas, que Dios sería servido y ellos contentos.

El buen corazón de la raza hispana en la conquista de América se manifiesta aun en medio de actos delictuosos. Su fe ingenua cautiva, pero con cierta escasez de criterio cree que el indio va a comprender razonamientos propios para un cristiano, nunca para un hombre de escasa cultura crecido en

las tinieblas de la gentilidad. El bien de las almas y el servicio de Dios podía ser argumento convincente para un español, pero eran incapaces de entenderlo Rumiñahui y sus huestes. Los indios que en sus juicios debían regirse por hechos prácticos, a la luz de la razón natural, ¿cómo iban a coordinar el bien de las almas con el ansia insaciable de oro, la servidumbre y el abuso con sus mujeres? Para ellos, mientras el misionero no les enseñase la doctrina cristiana y conquistase su corazón, el servicio de Dios estaba en el homenaje a sus ídolos. Conquistarlos con un sermón más era empresa de locos que de hombres cuerdos. Con todo, llegando el indio con su embajada al campamento, muchos no por el sermón sino ante la imposibilidad de la defensa se inclinaban a la paz, como mal necesario. Rumiñahui, comprendiéndolo, llamó a todos los que le pudieron oír y les dijo con gran indignación:

"El deseo de los extranjeros es apoderarse de los tesoros que piensan tenemos en Quito, y después..... después abusarán de nuestras mujeres y con nuestros hijos nos someterán a servidumbre como la experiencia de Cajamarca lo enseña..... ¿Sus promesas qué valen? Prometieron la libertad a Atahualpa a cambio de oro. Atahualpa les dió el oro aun despojando sacrílegamente nuestros templos y después le quitaron la vida. ¿Pasará ahora cosa distinta? No. Para soportar tanta afrenta y deshonra más valiera no haber nacido, preferible sería morir antes que caer bajo el yugo de tan terrible y cruel servidumbre viendo con propios ojos nuestra infamia, cumpliendo sus criminales deseos, obedeciendo sus desatinos, ejecutando como esclavos sus tiranías. La vida así no es vida. Muramos mejor en sus manos, al golpe de sus armas y bajo las patas de sus caballos, pero defendiendo hasta con el último aliento nuestros dioses, la patria y la libertad. Muramos como buenos y valientes en cumplimiento del deber, pero no aceptemos la paz ignominiosa que se nos ofrece".

La arenga, que con el estilo de la época, nos la

trae Herrera en sus Décadas no es quizá de traducción muy exacta, pero en el fondo no debe andar muy lejos de la verdad. Ella electrizó a la muchedumbre que ya no pensó sino en morir peleando. Rumiñahui fue aclamado Gran Señor, Hatun Apu; el mensajero fue muerto con ira incontenible y la cruz rota sobre su cadáver. Pero tuvieron miedo de un ataque al campamento español, y los conquistadores pudieron continuar su marcha hacia Latacunga, no sin ser molestados de continuo por numerosas guerrillas indígenas a retaguardia. Antes de Panzaleo los indios no permiten a la vanguardia que pase el río y acaece un combate, que como siempre termina con la derrota de la gente de Rumiñahui.

Entran a Latacunga los conquistadores; permanecen aquí algunos días, y visitan probablemente Mulaló, a tres leguas de Panzaleo y junto al Cotopaxi donde según Cieza había aposentos con grandes depósitos para proveer de lo necesario a la gente de guerra cuando pasaban por allí los incas o sus capitanes.

Es fácil de pensar que no todos los habitantes del territorio de Quito pensaban como el indomable Rumiñahui. Muchos combatientes de Teocajas, otros nativos de Puruhá y grupos diversos del tránsito habían ido engrosando las filas de Benalcázar seducidos por las promesas de venir como protector y no como enemigo. Cevallos dice que en Riobamba la presentación más notable fue la de Cachulima, señor de Cacha, según Velasco, a quien no debemos confundir con Calicuchima temido general de las huestes incaicas. Agrega el mismo historiador, que Rumiñahui en su retirada hacia Quito incendió Mocha, el tambo real de Molle-Ambato y la ciudad de Latacunga, y que sacó de todas partes cuantos caudales pudo, resuelto a defender la capital o morir en sus escombros. Por desgracia, con sus derrotas perdía el prestigio humano y con la erupción de Cotopaxi se le negaban los favores divinos, y como venía talando los campos, ciudades y poblaciones del tránsito causaba a los indios más horror que los mismos españoles e iba poco a poco

perdiendo partidarios. Si hubiese usado algo más de prudencia la conquista habría sido más difícil para los españoles, porque los nativos no se habrían prestado a engrosar las filas de Benalcázar ni a servir de espías y poner en descubierto las estratagemas. La tiranía facilitó la conquista del territorio por el extranjero.

En Latacunga o en Panzaleo un indio dijo a los conquistadores que en Quito había tanto oro y plata que todos sus caballos apenas si podían cargas la veinteava parte. Este indio de seguro que era enemigo de Rumiñahui y quería ganarse los favores de Benalcázar para animarlo a no cejar en la conquista. Y los españoles que en este punto andaban demasiado crédulos siguieron adelante, con la ilusión de llegar a ser más ricos que los participantes de los tesoros de Cajamarca.

XI

EN QUITO

Rumiñahui a pesar de sus derrotas no cesaba de seguir atacando por donde podía. En Uyumbicho pretendió impedir el paso de las huestes españolas, dice González Suárez, y en una quebrada algo áspera, asegura Herrera, se hizo fuerte en una trinchera desde donde arrojaba piedras y dardos en enorme cantidad. Benalcázar y los suyos acometiendo ordenadamente y en pelotones lo desalojaron de sus posiciones y siguieron la marcha a Quito. Pero Rumiñahui se adelanta a la ciudad y a grandes voces ordena que se la desampare. En persona arenga a las vírgenes del templo y a las mujeres de Huainacápac, Atahualpa y otros señores para que emprendan en la fuga antes de la entrada de los españoles que vienen a deshonrarlas. Ante sus palabras algunas emprenden la fuga inmediatamente; pero otras, unas trescientas, creyendo que había mucho de exageración en las expresiones

del caudillo, responden que en la ciudad aguardarán la suerte buena o mala que les deparen los dioses. Rumiñahui les pregunta sarcásticamente si se quieren holgar con los cristianos y algunas tomándolo a broma se ríen. El capitán quiteño entra entonces en gran furia y hace degollar a todas las risueñas, como dice Gomara, o las manda despeñar vivas, según afirma González Suárez.

Esta nueva crueldad continúa quitándole a Rumiñahui las pocas simpatías que aun le quedaban. Con profunda venganza pone fuego a los palacios reales donde se hallaba la recámara de Atahualpa con mucha y rica ropa desde los tiempos de Huainacápac, y huye dejando incendiada la ciudad y llevándose cuanto puede con los hombres y mujeres que le quieren acompañar.

Benalcázar entra a Quito sin resistencia, pero en vez de los tesoros que piensa hallar, tan grandes como en Cajamarca, sólo halla una ciudad que arde y los principales edificios convertidos en montón de escombros. Algunos aposentos llenos de víveres y otros con armas de guerra y adornos le dicen claramente, que los indios no tuvieron tiempo para marchar con cuanto había: alimentos, armas, vestidos, pero que tuvieron, eso sí, buen cuidado de llevarse el oro. No ignoraban los indios el aprecio de los españoles para el codiciado metal, y en la venganza quisieron privarles de cumplir uno de sus más ardientes deseos. Según datos que se pudo recoger, exagerados sin duda, el oro escondido por Rumiñahui, Zopezopagua y los sacerdotes ascendió a doscientas cargas. Es inútil decir que hay mucho de fabuloso en esta cifra, pero es indudable también que Quito, la segunda Cuzco, que por la fuerza de las armas arrojó del trono a Huáscar para poner a Atahualpa, debía contener inmensas riquezas como fruto de sus victorias sobre el pueblo más grande y más culto de ese entonces, en Sur América, como era el incásico. Si los indios no hubieran referido el robo del oro por parte de Rumiñahui, el sentido común lo enseñaría.

Dentro ya de la ciudad se presentaron a los españoles a darles obediencia muchos yanaconas u hombres de servicio y gran número de mujeres, testimonio indiscutible de que Rumiñahui iba quedando ya solo en la lucha y que no conquistaba ni siquiera las simpatías del sexo bello de su propia raza. Pero los españoles por lo pronto no querían indios ni indias sino oro, y el no hallarlo fue motivo de gran desengaño. Gomara dice que se dedicaron a desenterrar muertos para ver si en las tumbas había el codiciado metal, y Castellanos escribe que registraron todas las casas y los últimos rincones de los indígenas sin hallar los tesoros en que soñaban. Rumiñahui se los llevó o los escondió era la única respuesta que se podía obtener de los indios.

González Suárez y otros aseguran que los españoles atormentaron a los indios para obligarles a revelar un secreto que quizá no sabían; es probable que así haya sucedido, pero los primeros cronistas guardan silencio sobre este particular, quizá para no poner un punto negro en esta campaña llevada a cabo tan valientemente por hombres de su propia raza. Si algún indio de las filas de Rumiñahui hubiese escrito el relato, de seguro que habría procedido con otro criterio.

Prendido uno o varios edificios, el fuego hubo de propagarse con gran rapidez por los techos de paja de las casas y palacios indígenas, y los españoles tuvieron que hacer esfuerzos inauditos para salvar del voraz elemento los almacenes de víveres y lo poco que en la fuga habían abandonado los indios.

Cevallos dice que Rumiñahui cortó los acueductos, cuyas huellas se ven aun hoy en San Roque, que conducían agua a la ciudad, incendió los templos del sol y de la luna (en las colinas del Panecillo y San Juan) y escondió los tesoros sepultándolos. González Suárez nos hace saber que las tales vírgenes del sol, en quienes el jefe indio ejerció terrible venganza eran las propias concubinas que mantenía en su serrallo. Los dos historiadores en nada contradicen a los pri-

meros cronistas, no hacen sino abundar en pormenores a base de la obra "La Conquista" del P. Niza, hoy desaparecida, pero que el P. Velasco pudo aun consultar en el siglo XVIII.

El valiente Rumiñahui no podía aun, no quería, convencerse que era inútil toda resistencia; con su gente hostilizaba a los españoles en cualquier forma. Y Gomara escribe que intentó poner fuego a la ciudad por todos los cabos, pero que sólo obtuvo quemar algunas casas pajizas, porque la gente de Benalcázar estaba muy activa y no dormía sobre sus laureles.

Este ambiente de intranquilidad no era favorable al conquistador español. Para quitarse el peligro de Rumiñahui que se había hecho fuerte en las afueras de la ciudad, Benalcázar mandó al Capitán Francisco Pacheco que lo ataque con cuarenta de a caballo, pero los yanaconas al servicio de los españoles dieron aviso del intento al Jefe indígena y éste se retiró al pueblo de los Yumbos. A este pueblo mandó entonces Benalcázar al Capitán Ruiz Díaz con sesenta de a caballo. Rumiñahui, que por sus espías estaba al corriente de todo, astutamente abandonó el pueblo como de fuga y se vino a Quito por caminos extraviados para atacarlo de sorpresa y por la noche, en la creencia de que habiendo más de cien hombres fuera del campamento español, los que quedaban eran pocos y en su mayoría enfermos, según los datos del espionaje. Para asegurar la victoria se puso de acuerdo con Tucomango, señor de Tacunga y Quimbalembo, señor de Chillo, y con quince mil hombres se acercó a oscuras a Quito, en la segunda guarda de la noche, al decir de Herrera; pero no tomó desprevenido a Benalcázar porque los cañaris le habían puesto al corriente del proyecto. Unos centinelas que puso fuera de un foso, mandado a construir por los incas para defensa de la ciudad, le dieron noticia del avance nocturno e inmediatamente sacó a los de a caballo a la plaza y puso a la infantería en estado de defensa. Los

indios al darse cuenta de que, descubiertos sus ardides, se los esperaba con las armas en la mano desistieron del ataque y desahogaron su cólera amenazando a grandes voces a los conquistadores e injuriando a los cañaris. Estos salieron entonces a combatirlos, y a la débil luz de unas chozas incendiadas de propósito para descubrir al adversario, se entabló la lucha entre las dos parcialidades indígenas. Al amanecer las tropas quiteñas fugaron y los españoles con sus caballos les persiguieron haciendo en ellas horrible matanza. Rumiñahui a duras penas pudo salvar la vida retirándose a la montaña de los Yumbos y abandonando en la fuga vasos de oro y plata, joyas, ropas y otras preseas y hasta mujeres hermosas de su serrallo, al decir de Herrera. El botín fue recogido por los españoles pero era muy poco para sus sueños.

Era necesario dar con el paradero de los tesoros de Huainacápac y Atahualpa raptados por Rumiñahui. Como en Quito dijeron algunos indios que debían hallarse escondidos en Cayambe aquí vienen los conquistadores a los tres días de haber entrado en la ciudad. En este recorrido pasan por el pueblo del Quinche y hallan diez cántaros de fina plata, dos de oro de subida ley y cinco de barro labrados con gran perfección y con incrustaciones de oro. De los indios han huído del pueblo los hombres y sólo quedan mujeres y niños que no pueden dar noticia del sitio en que ha escondido las riquezas Rumiñahui. Benalcázar, con increíble crueldad, manda pasar a cuchillo a todos los niños, sea para poner escarmiento a los hombres que andaban en el campamento adversario, sea de furia y despecho por la destrucción de sus sueños, sea porque esperaba obligar a las madres, en el deseo de salvar la vida de sus hijos, que le indicasen el lugar en donde se hallaban los tan codiciados tesoros que Rumiñahui escondía a todas sus investigaciones.

En Cayambe no hallaron nada. Pasaron a Caranqui y aquí pudieron recoger de manos de un indio once cántaros grandes de plata, trece de oro, y dieron

con un templo al que despellejaron de todas las láminas de plata, en honra de San Bartolomé, dicen burlonamente los cronistas. Este templo en la época de los incas estaba consagrado al sol y de seguro encerraba grandes tesoros por la magnificencia de los incas y grandes personajes que lo visitaban y por ser un templo de mucha fama en el territorio al que llegaban las ofrendas de todos los devotos y adoradores del sol. Según Cieza hallaron también lujosos aposentos, un estanque de fina piedra y los palacios, residencia de los incas, en que las piedras hábilmente labradas se asentaban las unas sobre las otras sin mezcla alguna que las juntase.

De Caranqui Benalcázar regresó con toda su gente por donde había venido, porque el alférez real Miguel Muñoz que de Quito había llegado al Quinche le informó que Diego de Almagro ordenaba el regreso. No había resultado ser verdad que en Quito había tres casas llenas de oro y plata, muchos cántaros y alhajas en el templo del sol y otras riquezas; como escribía más tarde Herrera. Lo poco que recogió no correspondía a lo fantaseado.

Benalcázar en cumplimiento de la orden de Almagro regresó a Riobamba.

Era el primer español que había recorrido casi todo el territorio ecuatoriano de sur a norte por la cordillera andina. La resistencia indígena fue vigorosa y Castellanos escribe:

Hubo en el camino pocos ratos.
Que no tuviesen gritos y rebatos.....

Oviedo de su parte agrega, que Rumiñahui se retiró a Quito con cuatro mil mujeres y once hijos de Atabaliba (Atahualpa); que la lucha por la ciudad fue tenaz, continua, que mientras más indios se mataban más indios parecían, pero que al fin Benalcázar pudo hacer la paz con siete caciques.

Muchos de estos datos pueden variar, puede creérselos o no; la investigación histórica puede de-

cirse que comienza, pero una cosa es indudable: el heroico valor en los combates de los indios y españoles; ambos mueren como valientes, los primeros en defensa de su tierra, los segundos en defensa de su idea; los indios no quieren que el extranjero huelle su territorio, el español aspira a que el indio sea cristiano y se civilice. Son dos civilizaciones que chocan: la una se acaba, la otra nace; pero los hombres que las sustentan saben morir, los unos en la derrota, los otros para la victoria; el indio lucha como valiente sin esperanza de vencer, el español confía en el triunfo, pero sabe que para obtenerlo tiene que batirse en los combates en la proporción de uno contra ciento ¡y ay de él si decae el brazo en la pelea! Del choque de estas dos razas de titanes nacerá un gran pueblo al que la Providencia va a entregar los destinos de Hispano América.

Es difícil dar fechas a esta famosísima marcha de Benalcázar, que no terminará hasta regresar por segunda vez, en medio de nuevos combates a fundar la ciudad de San Francisco; pero como la inteligencia no se resigna a quedarse en la ignorancia, el señor Jacinto Jijón trae el siguiente cuadro que nos parece bastante acertado:

De San Miguel a Tomebamba	50	días,	25	de	febrero	de	1534,	16	de abril
Descanso en Tomebamba	8	„	16	„	abril	„	„	23	„ abril
De Tomebamba a Teocajas	10	„	23	„	abril	„	„	3	„ mayo
De Teocajas a Riobamba	20	„	3	„	mayo	„	„	22	„ mayo
Descanso en Riobamba	15	„	22	„	mayo	„	„	7	„ junio
De Riobamba a Quito	15	„	7	„	junio	„	„	22	„ junio
Permanencia en Quito	10	„	22	„	junio	„	„	2	„ julio
Ida al norte	16	„	2	„	julio	„	„	18	„ julio
Vuelta al norte	4	„	18	„	julio	„	„	22	„ julio
Llegada a Riobamba	8	„	1º	„	agosto				

XII

DIEGO DE ALMAGRO

Francisco Pizarro el porquerizo y Diego de Almagro el expósito, los dos sin saber ni siquiera escribir su nombre, se habían hecho dueños del imperio del

Perú, por los favores que el éxito suele conceder a los hombres audaces, constantes, valerosos, con fe en el porvenir y que no retroceden ante los obstáculos que se interponen en el camino. Los privilegios del Rey de España los había monopolizado para sí, Francisco Pizarro; Almagro militaba bajo sus órdenes: era un soldado de pasiones fuertes, feo de rostro, muy popular entre los suyos, que estaba llamado a morir un día en patíbulo en manos del más fiel de sus amigos, que le guardaría un fingido duelo como en la ejecución de Atahualpa.

Sobre el trono de los incas Pizarro había colocado a Manco-Yupanqui que no llevaba en sus venas sangre del invasor quiteño. Con esta conducta buscaba el conquistador español captarse las simpatías de los peruanos contra los indios de Quito, que eran casi los únicos que permanecían sobre las armas, en abierta lucha contra Pizarro y los adversarios de Atahualpa que a él se habían unido: los antiguos combatientes en las filas de Huáscar se entregaban sin resistencia, y hasta con alegría, al invasor extranjero. La venganza y el odio fueron así aprovechados hábilmente para destruír el imperio más grande de Sur América, que aun ahora llama la atención por sus instituciones políticas, sabias para el rudo medio social de la época y de la raza.

Después de la fundación española del Cuzco (23 de marzo de 1534), Pizarro partió a Jauja con Almagro y Manco Yupanqui. De Jauja siguió Almagro al norte, en dirección a Piura a visitar a los indios comarcanos que podían ser perturbados por Quisquis, el famoso capitán quiteño, que entre mil peligros llevara a Quito el cadáver de su soberano, Atahualpa, para que descansara en la tierra de sus mayores por la línea materna. Pero no halló Almagro serias reresistencias, porque Quisquis al ver en el campamento adversario a los peruanos que debían ayudarle indujo a los suyos a regresar a su tierra para vivir en paz lejos del dominio español. Ignoraba el valeroso capitán que en el reloj de la Providencia había llega-

do la hora en que el indio abandonase el mando en su propio territorio.

En este trayecto de Jauja al norte, con Alonso de Morales, Juan Alonso de Badajoz, Juan Lírico, Juan García de Palos y Juan Vaca, supo Almagro, al llegar al valle de Xayanque, el desembarco de Alvarado en Portoviejo y las correrías marítimas de Juan Fernández. Como por los datos que recibiera juzgó a éste principal responsable de las aventuras del conquistador de Guatemala, escribió inmediatamente a Nicolás de Ribera y a los que estaban en Pachacámac, que si pudiesen capturar a Juan Fernández lo ahorcasen enseguida, porque él había sido el principal responsable, con los informes que desde Cajamarca llevara a Guatemala, de traer a Alvarado hacia Quito. A poco una nueva contrariedad vino a amargarle aun más. Al llegar cerca de la tierra de Cena, de donde parte el camino a Cajamarca supo (7 de abril de 1534) que Benalcázar había partido de San Miguel a Quito hacía treinta días. Con el fin, quizá fingido, de que se preparase mejor para el viaje resolvió alcanzarlo para obligarlo al regreso, y en este sentido escribió a Francisco Pizarro en Jauja, como se desprende de la conducta de Pizarro al dar amplios poderes a Almagro en su marcha a Quito y la referencia que a esto se hace en la carta del Cabildo de Jauja al Rey.

Almagro no pudo llevar a cabo su propósito y el 8 de mayo se hallaba aun en San Miguel de Piura. Supo en este lugar mayores detalles de la llegada de Juan Fernández, de Diego de la Vega en navío posterior, del alzamiento de los indios de la costa de Portoviejo, de Caráquez a Santa Elena, por los abusos de Alvarado y numerosos pormenores de la partida de Benalcázar a Quito.

Quizá con la intención de alcanzarlo aun, siguió él también camino a Quito, pero habiendo subido la cordillera andina, más acá de Cumbe, le dieron noticia de que la provincia de Tomebamba estaba en guerra, y no creyendo prudente aravesarla con tan pocos compañeros, regresó a San Miguel de Piura para volver

con más gente. Aquí pudo reunir hasta treinta jinetes y con ellos emprendió de nuevo la marcha, según parece a mediados de junio. Al decir de Prescott, tuvo que sostener encarnizados combates, y el señor Jijón opina que llegó en su marcha hasta la actual ciudad de San Francisco de Quito, desde donde ordenó el regreso de Benalcázar que se hallaba en el norte. En los cronistas no hay suficiente claridad al respecto, pero en el libro de los Cabildos de Quito hay constancia de que conquistó un palenque en el valle de los Chillos (Vol. II pág. 17).

Al unirse Benalcázar a Almagro, éste, al decir de Herrera, le reprendió con prudencia y suavidad por haber salido de San Miguel sin orden superior, dando así lugar a que se juzgase mal de su conducta, y Benalcázar de su parte se justificó diciendo que no le había guiado otro móvil que el servicio de Dios y del Rey. El tiempo, las circunstancias y la necesidad de seguir la conquista con gente tan experta como la de Benalcázar no permitía entrar en mayores recriminaciones: todo se arregló en la mayor armonía, y Almagro tomó el mando de la tropa.

El sueño del oro había concluido. Todos los lugares fabulosos en el reino de Quito habían sido explorados y no quedaba en definitiva sino el provecho de la tierra y el servicio de los indios. Se resolvió pues el regreso. Alvarado con mucha justicia escribe: "e se volvía (Almagro) porque no había hallado la tierra como pensaba" (carta al Rey de 15 de enero de 1535). Al regreso iría naturalmente extirpando los últimos restos de la resistencia indígena. Fue en esta marcha cuando los indios de Chambo mataron a Almagro, tres españoles y se hicieron fuertes al otro lado del río impidiéndole el paso. Almagro ordenó vadearlo y en el intento se ahogaron 80 cañaris: la corriente era impetuosa, los caballos se encabritaban y volvían a la orilla, pero doce a quince jinetes lograron al fin alcanzar la ribera opuesta y fueron suficientes para poner en fuga a los indios. La carnicería fue grande, pero los españoles se disculpan atri-

huyéndola a los cañaris que combatían en su campamento contra las tropas quiteñas. Después de la victoria Almagro pudo entrar al pueblo de Chambo y tomó algunos prisioneros entre los que se hallaba el curaca o cacique de ese lugar, uno de los magnates del reino en tiempo de Atahualpa.

Por los indios de Chambo se supo la llegada de otros españoles a la cordillera andina. Almagro no quiso creer que se tratase de Alvarado, porque en su concepto geográfico Quito se hallaba muy al norte de Portoviejo, más allá de Temumpalla (río Santiago de Esmeraldas) que era el lindero de la gobernación de Pizarro, y por eso justamente venía la disputa de si Quito estaba o no dentro de las tierras concedidas por el Rey a Pizarro. Al subir Alvarado a la cordillera andina desde Portoviejo, de occidente a oriente tenía que aparecer al sur y no al norte. Pero ¿quiénes podían ser los misteriosos españoles al norte sino era la gente de Alvarado? Para cerciorarse de quienes eran mandó Almagro a explorar el campo, según el P. Jerves, a Cristóbal de Ayala con Francisco Pacheco, Lope de Ortiz, Andrés de Morales y un Román cuyo nombre se ignora. Estos, que eran ocho y no seis, según otras crónicas, fueron capturados entre Ambato y Latacunga por Diego de Alvarado, quién los trató con mucha cortesía y envió a su hermano noticias de la captura indicándole además que Almagro ya debía haber llegado a Riobamba, de regreso de Quito no ha muchos días como informaran los mismos prisioneros (Herrera y carta de 12 de mayo de 1536. Jijón; documentos pág. 83).

¿Qué había ocurrido?

El adelantado don Pedro de Alvarado después de atravesar las cálidas selvas tropicales y los nevados de las cumbres andinas, sin caminos ni guías llegó por las altísimas moles del Chimborazo y Carihuairazo en época de tempestades excepcionales, como opina Jijón, o, como dicen otros, por las cimas de Angamarca y Casalahua entró al pueblo de Ajao y por Paso y Quizapincha hizo su arribo a Ambato.

Ochenta y cinco españoles había perdido en la bárbara travesía y ¡oh desilución! pueblos quemados y huellas de caballos le estaban mostrando que otros conquistadores antes que él habían pasado al fantástico reino de Quito. Por el camino real de los incas llegó a Panzaleo y aquí supo, que en Sigchos, que quedaba atrás y a mano izquierda, se había hecho fuerte Zopezopagua, el cacique inmediato gobernador de Quito. Se disponía a combatirlo para no dejar enemigo a la espalda cuando supo la captura efectuada por Diego de Alvarado. Traídos los prisioneros a su presencia, e informado de quienes eran, les dijo que no había sido su intención buscar escándalos sino descubrir nuevas tierras para mejor servir al Rey al que todos eran obligados. Y les dejó en libertad.

Los prisioneros habían dicho que Almagro se retiraba. No había oro en Quito. Había desaparecido en Alvarado la ilusión que lo trajo. Pensó entonces en ir al sur del Cuzco, a la conquista de las tierras fuera de la gobernación de Pizarro según pensaba. Con este fin, con los prisioneros o posteriormente, envió donde Almagro a Juan de la Rada y Fr. Marcos Niza para que le facilitasen la marcha al sur con toda la gente. Y con los mismos prisioneros entregó una carta para Almagro en que le manifestaba que tenía provisión del Rey para conquistar y que en ejercicio de esta facultad había gastado de su peculio mucho dinero en la preparación de una armada y un ejército para someter a su dominio todo aquello que cayera fuera de los límites de la Gobernación de Pizarro, sin propósito de dar a nadie lugar a enojo ni disensiones. Que con su gente se acercaba a Riobamba para arreglar todo en paz y que se le facilitase la conquista proveyéndole de bastimento y de lo necesario para llevarla a cabo.

Almagro se indignó al recibir la carta y saber que sus exploradores habían estado prisioneros. Se dispuso a defender aun por las armas su derecho, porque contaba con las enormes simpatías que solía

despertar entre los soldados por su carácter jovial y campechano. ¿Pero tendría derecho? Para mejor asegurarlo resolvió proceder inmediatamente a la fundación de una ciudad a la española que le diese preferencia en la conquista. ¿Podría vencer con las armas? Alvarado tenía más gente que él y Benalcázar; para engañarlo, con mucha astucia hizo poner a las puertas de los ranchos numerosas piedras de moler maíz, pan, chicha y carne (de llamas) en abundancia (Documentos de Benalcázar pág. 579). Simulaba así más gente de la que en realidad tenía. Además envió cartas secretas con grandes ofertas para traer a su campamento a los descontentos del adversario; al menos así lo refiere el mismo Alvarado. Y con estas precauciones procedió a fundar la ciudad de Santiago de Quito y a dar contestación a la carta negándole a Alvarado el auxilio que pedía y oponiéndose al paso de su tropa hacia el sur.

XIII

SANTIAGO DE QUITO

El 15 de agosto de 1534 Blas de Atienza por mandato del Mariscal Almagro, teniente de Gobernador y capitán general de Nueva Castilla (Perú), a nombre de Francisco Pizarro, comendador, adelantado y representante general de Su Majestad en este mismo territorio funda la ciudad de Santiago de Quito, en el sitio de la ciudad indígena de Riobamba o Tiobamba, como opina el señor Jijón, cerca de la laguna de Colta, en Cicalpa o entre Cicalpa y Cajabamba, como escribe el P. Jerves.

El motivo de intervenir Blas de Atienza era quizá el no saber firmar Almagro, y la causa de la fundación la de alegar contra Alvarado preferencia en la conquista. La ciudad quedó sujeta a que la aprobase Pizarro y pudiere trasladarse a otro lugar, por-

que a causa de ser la tierra recientemente conquistada y estar acabando de pacificarse se ignoraba si pudiera haber un lugar más a propósito para su vida económica, el mejor servicio del Rey, la conversión de los indios y el **"byen e pro de los vezinos e moradores"**.

La ambición, la gloria y hasta la codicia de oro pudo impulsar a Almagro a la fundación, pero ésto no iba a constar en el acta, porque no habían llegado aun los días de sacar a relucir los vicios con ropaje de virtudes. Motivos nobles debían ser la cuna de las ciudades para honra de sus hijos, en el presente y en el futuro, y éstos para Riobamba fueron: acrecentar las rentas y dominios del Rey en cuya persona se representaba por las ideas de la época la nacionalidad española, y procurar la paz en el territorio conquistado para que los indios se conviertan a la fe católica: "con la conversación e buen ejemplo, doctrina e polycia de los cristianos". Policía que en el siglo XVI significaba no sólo el orden que por la fuerza el Gobierno establece en las sociedades sino también el orden que el cristianismo con religión y su moral se impone a sí mismo.

En el acta se dice que Almagro ha conquistado y pacificado las provincias de Quito y que los más de los señores y caciques principales están pacificados: "e debajo del yugo e obediencia de su magestad". No hay en esto quizá una usurpación a la gloria de Benalcázar, porque si bien éste había precedido en la conquista lo había hecho como soldado de Almagro y porque, cuando se verificó la fundación, Almagro regresaba de recorrer los territorios del norte, de combatir en Chambo y había entrado por la fuerza de las armas en Riobamba. Podía pues atribuírse los laureles de conquistador y pacificador, aunque hubiese sido más caballeresco el hacer siquiera mención de la precedencia y ayuda de su teniente Benalcázar en la conquista.

Fueron nombrados alcaldes ordinarios de la ciudad, Diego de Tapia y Gonzalo Farfán, y regidores

Marcos de Varela, Hernando Gallegos, Hernando del Prado, Martyn Alonso de Angulo, Hernando de Gamarra, Cristóbal de Ayala, Cristóbal Orejón y Lope Ortiz. Prescott dice que estas autoridades correspondían en su mayoría a los 30 compañeros de viaje de Almagro. No hay documento que lo compruebe, pero da mucho que pensar el hecho de que a Miguel Muñoz, alférez real de Benalcázar no se le da cargo alguno, no obstante inscribirse como vecino. Como testigo en la ceremonia de posesión de los alcaldes, el 15 de agosto aparece Benalcázar, como prueba de que no estaba en desarmonía con Almagro.

A los alcaldes se les dió poder para: "traer baras de justicia en la dicha ciudad o sus termynos e oyr e determynar en los casos de justicia asy cebyles como creminales". A los regidores se les autorizó también a usar y ejercer la autoridad comunal en los casos y cosas referentes a sus cargos.

Almagro en persona entregó a los alcaldes las varas de justicia con sus cruces y les tomó el juramento: "por dios e por santa maria e por las palabras de los santos ebangelios e por la señal de la cruz (en que pusieron sus manos corporalmente) que como buenos e fieles xristianos temyendo a dios e guardando sus animas e conciencias husaryan byen e fielmente de los dichos oficios administrando justicia e obedeciendo las cedulas e provysiones de sus magestades e mandamyentos e provysyones del señor governador e de sus lugares tenyentes y que en todo lo tocante a los dichos oficios segund e como lo suelen e deven usar las personas que tienen semejantes cargos".

Los alcaldes, dice el acta: "asolvieron el dicho juramento dixeron si juro e amén".

Parecida ceremonia se usó con los señores regidores, que prometieron desempeñar sus oficios mirando primeramente al servicio de Dios, de su Majestad y del bien y utilidad de la República, entendiéndose por República todo lo referente a los intereses pro-comunes.

Dichosos tiempos estos en que Dios no era ene-

migo del mandatario sino el Ser eterno llamado a dirigir los destinos de los pueblos, en que la conciencia no era un estorbo para la justicia sino una ayuda.

Dos días más tarde (17 de agosto) los alcaldes y regidores, o sea el Cabildo de Santiago de Quito nombra para procurador a Lope Ortiz, y para mayordomo, que es el cargo conocido hoy con el nombre de tesorero, al señor Antonio Redondo. Comienza a actuar como escribano de Su Majestad Gonzalo Diez y se ordena que todos los que quieran ser vecinos de la nueva ciudad hagan constar sus nombres ante dicho escribano, del 17 al 20 del mismo mes de agosto, o sea durante tres días. Encabeza la lista de vecinos el clérigo Juan Rodríguez.

El señor Jijón observa que debió reinar poco entusiasmo en la inscripción, porque de trescientos castellanos sólo se empadronaron sesenta y ocho. A lo que se podría agregar que de las autoridades sólo se inscribió Martyn Alonso de Angulo. La presencia de Alvarado hacía sin duda incierta la suerte de la ciudad, y los que se creían cuerdos juzgaron prudente esperar el desarrollo de los sucesos.

Se ha dicho que Almagro fundó Santiago de Quito antes que Alvarado hiciese su aparición en la cordillera andina. No podemos sostener este acerto. Herrera afirma de modo claro que la ciudad se fundó después de la prisión por Alvarado de los ocho mensajeros de Almagro. Y esto se halla en perfecta armonía con el Libro Verde o libro de actas del Cabildo y evita contradicciones en los sucesos y crónicas. Veámoslo.

Almagro dice que al recibir la noticia de la llegada de nuevos españoles no creyó que se tratase de Alvarado, porque era tanta la tardanza que no tenía ni sospechas que pudiese venir por donde vino; que para averiguar la verdad envió ocho de a caballo, que caminaron de 18 a 20 leguas y salieron al camino real donde había salido Alvarado a la conquista de Quito, que ya estaba en paz; que estos mensajeros fueron apresados y regresaron con la noticia de lo que el

atrevido usurpador pretendía. Almagro no supo pues la noticia de la llegada de Alvarado sino después del regreso de los ocho mensajeros.

Como el 19 de agosto se habla expresamente en el libro de Cabildos de los destrozos que causa Alvarado, es evidente que para el 15 de este mes ya estaba éste en la cordillera andina, pues los mensajeros en ida y regreso no pudieron tardar menos de cuatro días, en un recorrido de cuarenta leguas, sin tomar en cuenta el recorrido en el camino real, en la suposición de que la prisión sólo fue por horas, la disputa pequeña y los caballos muy buenos para soportar ese largo trayecto sin cansarse, pues no había como remudarlos. Esto coincide con la afirmación de Alvarado, quien en carta de 17 de mayo de 1536 dice que Almagro se hallaba a dos jornadas, lo que con las dos de regreso dan los cuatro días que hemos anotado.

Como los indios de Chambo necesitaron también tiempo para dar la noticia no se podrá menos de concluír que para el 15 de agosto Alvarado estaba en tierras de Quito.

Nosotros creemos que los ocho presos trajeron la noticia el 15 de agosto, el mismo día fundó Almagro la ciudad y despachó al sacerdote Bartolomé de Segovia, que habla ya a Alvarado del Cabildo de Santiago de Quito; Segovia no puede haber partido antes del 15 de agosto, porque antes de esa fecha no estaba fundada la ciudad y no puede haber partido después porque, a nuestro juicio, al regreso de Segovia se celebró la sesión del 19 de agosto en que se trata ya de una agria disputa y de respuestas insultantes de Alvarado que por lógica de sentido común no pudieron venir con los primeros mensajeros en que se buscaba una acuerdo sobre bases amigables. Al conquistador de Guatemala tenemos que suponerlo lo suficientemente cuerdo para no lanzar amenazas sin motivo con el encuentro de los primeros mensajeros a quienes captura.

Antes del 19 de agosto no se hace mención de Alvarado en las actas de Santiago de Quito, porque

no era pertinente el hacerlo y porque se aminoraba el valor jurídico de la primera posesión. El intento de Almagro era naturalmente hacer creer en España, que al llegar Alvarado a la cordillera ya estaba fundada la ciudad, y así dice en carta al Rey de 15 de octubre de 1534: "que estando entendiendo en la conquista y pacificación de una ciudad **que había fundado** le vinieron avisar de la presencia de los españoles"; pero un examen crítico de los hechos muestra que esa fundación se hizo al aparecer Alvarado, y contra él, para negarle el derecho a la conquista.

XIV

LA DISPUTA

Retrocedamos un poco en los acontecimientos en que nos hemos adelantado para hablar de la fundación de Santiago de Quito (Riobamba).

Almagro pensaba hacer suyo el territorio del Cuzco por cuya disputa moriría más tarde. ¿Cómo iba a permitir que se lo arrebate Alvarado? No: no lo permitiría; para impedírselo le cortará los puentes, le hará rendir por hambres privándole de víveres, le resistirá por la fuerza. Pero en Quito tampoco puede quedarse Alvarado; se han perdido las esperanzas de una captura tan fructuosa como la de Atahualpa, pero otra de menor provecho puede haber aun: justamente la presencia del conquistador guatemalteco acababa de impedirle la captura de un cacique, señor principal de la tierra donde esperaba recoger mucho oro y plata. (Pregunta 21, información de San Miguel). La disyuntiva es grave, ni dejarle seguir al sur, hacia el Cuzco, ni dejarlo en Quito, y como Alvarado no puede regresarse por la enmarañada selva de occidente, ni seguir al norte o al este, donde la fama no pregona la existencia de pueblos con el oro a montones, no le quedaba otro remedio que disolver su

expedición. Tal es el deseo de Almagro, pero cumplirlo no es fácil, porque Alvarado no se va a rendir de buenas a primeras a las amenazas.

Con astucia intenta Almagro atraer hacia sí la gente de Alvarado, que le sería muy útil en la continuación de la conquista del Perú, y aun por la fuerza intenta doblegar al adversario a sus deseos. Con este fin, el mismo 15 de agosto, como ya hemos dicho, a la embajada del Alvarado que preside Fr. Marcos Niza responde con otra embajada compuesta del presbítero Fr. Bartolomé Segovia, Ruy Díaz de Rojas, Diego de Aguero y otras personas, o como dice el mismo Almagro, en carta al Rey de 15 de octubre de 1534, un alcalde mayor que en Quito (Santiago) tenía Pizarro, lo que era falso, un alguacil y un escribano.

Alvarado venía del norte hacia Riobamba como lo había prometido y se hallaba entre Mocha y Riobamba cuando encontró la embajada. Esta le expresó de parte de Almagro, teniente de Gobernador de S. Majestad en Quito, la pena por los trabajos y sufrimientos del paso por la cordillera e hizo votos para que, como buen caballero y servidor del Rey, no continuase en la conquista dentro de la jurisdicción de Pizarro; le conminó, además, a nombre del Cabildo de la ciudad de Santiago, para que presente las provisiones, órdenes o cédulas de Su Majestad, que le daban derecho a introducirse en el territorio conquistado, lo alborote y lo destruya y de no tener estas provisiones para que desocupe el territorio en el plazo que se le señale. Respecto a su paso al sur, le dijo que la gran distancia y enormes despoblados de Quito al Cuzco no permitían reunir alimento suficiente para no perecer con tanta gente de necesidad en el camino.

Alvarado no era de los que podía sufrir en silencio amenazas. En respuesta dijo que el territorio de Quito era suyo, y que ir al Cuzco tenía que pasar por la Gobernación del Perú, aun contra la voluntad y justicia de ella; que con todo, como se acercaba a Riobamba allí trataría con el jefe amigablemente el

asunto. Orgulloso el guatemalteco con la superioridad de sus fuerzas no creía que Almagro iba a resistirle, y usando del mismo ardid que éste de hacer creer en un número mayor de gente de la que en realidad tenía, dió a entender que estaba esperando refuerzos que le vendrían desde Portoviejo.

Alvarado afirma que con el requerimiento vino orden a los suyos para que, bajo pena de muerte, se pasasen al campamento de Almagro a prestarle ayuda. Y que a las amenazas se añadieron cartas secretas con grandes ofrecimientos para la conquista de adeptos. Al que con la esperanza de la victoria no tiene miedo a morir como traidor se lo atrae con el oro, las comodidades y la gloria. Los ofrecimientos tuvieron mayor éxito aun del que se esperaba. La gente de Alvarado rendida de cansancio y fatiga, sin conseguir provecho de la larga jornada fue presa fácil de la astuta propaganda de Almagro, que simulaba en su campamento comodidad, holgura, buen trato. Bastaba mirar el rostro a los embajadores para comprender cuan diversa era la vida en los dos campamentos. En tales condiciones, cuando el oro y las comodidades se ofrecían amigablemente, no era negocio para la gente de Alvarado ir a entregar la vida sin honor y sin gloria en un campo de batalla, en lucha contra los dictados de la conciencia y peleando contra su Dios y su Rey, pues el derecho y la justicia de Almagro era a todas luces evidente.

El espléndido efecto de las ofertas fue tan manifiesto que los mismos embajadores pudieron darse cuenta de ello, al retirarse a su campamento con la respuesta que se les diera.

El 19 de agosto se supo en Riobamba el resultado de la misión.

Almagro reunió inmediatamente al Cabildo para cruzar ideas sobre el partido que había que tomar ¿se resistiría o no al invasor, se abandonaría la ciudad o se la dejaría poblada y con fuerte guardia hasta ir a

Piura y regresar con más gente y auxilios para oponer la fuerza a la fuerza?

El alcalde Gonzalo Farfán opinó que con el poco número de hombres con que se contaba no era posible atacar ni resistir, ni contener en los abusos a Alvarado; que lo prudente era que el mariscal Almagro regresase a San Miguel de Piura, cuidara las provincias de Portoviejo y más entradas a Quito para que Alvarado no pueda recibir auxilio de Nicaragua u otros lugares, y tomadas ya estas precauciones regresara a Quito con bastante fuerza para hacer respetar con las armas el derecho de Pizarro.

De este mismo parecer fueron los regidores Cristóbal de Ayala, Marcos Varela, Lope Ortiz, Hernando de Gamarra, Martín Alonso de Angulo y Hernando de Prado.

El alcalde Diego de Tapia fue de opinión contraria. No es posible, dijo, que el mariscal Almagro abandone la ciudad de Santiago de Quito y su territorio. Al hacerlo la gente que queda de guarnición no podrá resistir a Alvarado y éste tomará la ciudad, o por la fuerza con el uso de las armas, o voluntariamente porque los vecinos sin bastimentos, sin comida, sin auxilio, se verán forzados a entregársela e irse a meter debaxo de su mano. Si se abandona del todo la ciudad, Alvarado al verla desamparada entrará en ella y acabará por conquistar todo el territorio, sin que nadie haya quien le resista, ni indios ni españoles; con el oro que abunda, como es notorio, se granjeará las simpatías de la misma gente que hoy está con Almagro, y dando tiempo al tiempo le vendrá por Portoviejo los auxilios que espera. Los indios, señores y caciques del lugar, inclusive el de Chambo que se halla prisionero, gustosos se le someterán, en la persuación de que es el único señor de estos reinos y que el mariscal al retirarse va de fuga. Y no será posible vencerle después; porque dueño ya del territorio mandará poblar la provincia de Portoviejo, establecerá una comunicación (camino) que dé al territorio de Quito salida fácil al mar; con esta medida toda la

gente que llegue a dicha costa vendrá al interior a engrosar sus filas. Se hará fuerte, porque la misma situación de la provincia de Portoviejo le hará interceptar a los hombres que vayan o vengan del Perú. Será tal su poderío que cuando regrese Almagro de San Miguel de Piura con más gente y más auxilios, esa gente sea con mucho inferior a la de Alvarado y no se halle por lo mismo en situación de combatirlo. Es más, con esta política de retirada damos a Alvarado ocasión de rehacerse y conquistar simpatías que hoy no tiene, pues es notorio que gran parte de sus hombres están descontentos: **e han dicho e publicado que en byendo lugar e tiempo mucho dellos se bendrian a esta cibdad donde el dicho señor mariscal está**: resistamos; al mariscal le asiste un derecho indiscutible, tiene poblada la ciudad y cuenta con la gente del propio campamento y también con gran parte de la del adversario que no ve con buenos ojos la usurpación. El mariscal debe oponerse a las pretensiones de Alvarado y mandarle que haga lo que es de justicia y **conbyene al servycio de su magestad e byen de estas partes.**

Los demás cabildantes no participaron de la opinión de Diego de Tapia, pero Almagro creyó prudente seguirla. Por esto, cuando Alvarado llegando a Mocha le mandó a Martín de Estete para que le provea de intérprete y le dé auxilio para seguir adelante en sus conquistas le mandó a decir, que no moleste, que de ningún modo le permitiría pasar por tierras ya conquistadas, que su gente bajo pena de muerte debe acudir a prestarle auxilio.

En estas disputas, y como consecuencia de las mutuas maniobras para conquistarse adeptos, el indio Felipillo del campamento de Almagro pasó al de Alvarado. Ya tenía éste el intérprete que tanto deseaba para la continuación de sus conquistas. Pero en cambio huyó su secretario Antonio Picado al campamento de Almagro.

Alvarado colérico con esta fuga se dispuso a recuperarlo así fuese por la fuerza. Con tal intento, y

para intimidar a su adversario, a distancia de cinco leguas de Riobamba, salió en persona en actitud de combate con cuatrocientos soldados distribuídos así: cuarenta de a caballo, llevaban el Estandarte Real, símbolo de su causa; treinta también de a caballo al mando de Diego de Alvarado; otros treinta al mando de Gómez de Alvarado; sesenta arcabuceros dirigidos por Mateo Lozano; la guardia a órdenes de Rodrigo de Chávez y el resto de la tropa con Jorge Benavides, el descubridor de Daule.

Con tales arrestos se adelantó a Riobamba, pero Almagro no era de los que fácilmente se intimidan. Por las vigías, velas o atalayas que tenía en los cerros supo el movimiento, hizo romper un puente e hacer cavas e fosos e bastiones, en una palabra se comenzó a fortalecer y se dispuso al combate con esperanza de la victoria, porque estimaba que su gente, si bien en menor número, era más valerosa y veterana que la de su adversario. Con su gente a pie, dividida en dos escuadrones, con armas y picas esperó el combate en la plaza del pueblo.

Al recibir la petición de que entregase a Picado, dijo a los mensajeros del conquistador de Guatemala, que Picado era libre, que podía ir y estar donde quisiese sin que nadie se lo estorbase. Al mismo tiempo mandó a Cristóbal de Ayala, regidor, y Domingo de la Presa, escribano, a requerir a Alvarado, de parte de Dios y del Rey, para que no de lugar a escándalos, ni oprima a la justicia, ni entre en ciudad ya poblada; se vuelva a su Gobernación que el Rey le tiene encomendada, porque de no hacerlo sería responsable de los daños, muertes y de la destrucción de los naturales y su territorio.

Alvarado nunca creyó encontrarse con esta resistencia. Sus parientes le incitaban a la lucha; pero el requerimiento de Almagro venía a destruír la moral de su tropa, que por defenderle no estaba muy dispuesta a pelear contra su conciencia, contra su Dios y contra su Rey. Para mostrar ante todos su derecho, repuso que tenía facultades para la conquista,

que podía entrar al Perú en lo que no estuviese dado a otro en Gobernación, que si Almagro había poblado Riobamba no le causaría perjuicio y le pagaría en dinero los víveres y cualquier otra cosa que tomase.

Ayala, el regidor de la ciudad, le replicó que estaba bien, pero ya que el litigio era de resolverlo por el derecho y no por la fuerza se retirase una legua más atrás para ver y examinar las provisiones y dilucidar el punto en la forma que mejor conviniere.

Alvarado accedió. Veía, dice Quintana, su propia sin razón y a los suyos divididos y muy poco ganosos de pelear mientras los contrarios se mostraban con grande ánimo, inflexibles y sin la más mínima señal de flaqueza.

Con el regreso a Riobamba de los comisionados, Ayala y Presa, mandó Alvarado a dos de sus capitanes para que conferenciasen con Almagro y fijaran lugar, tiempo y bases para el avenimiento. Cruzadas varias ideas se acordó una entrevista de los dos caudillos para el siguiente día, en la ciudad recientemente fundada.

XV

EL CONVENIO

Herrera dice, que Almagro para llegar al arreglo con Alvarado tuvo que repetir el requerimiento con dos regidores, un alcalde y un escribano, y por otras informaciones se sabe que Alvarado al verse detenido en su marcha hacia Riobamba, por la enérgica actitud del adversario, pidió licencia para hospedarse en una casa cercana a la ciudad y Almagro no sólo se la concedió sino que hizo llevarle comida abundante para él y los suyos. Tan gentil procedimiento obligó a Alvarado, como caballero, deponer todo temor, por lo menos aparentemente, y al amanecer del 22 de agosto, sólo en compañía de su capellán Fr. Marcos de Niza,

como él refiere, o acompañado también de unos pocos de los suyos, como dicen otros, y parece más probable, entró al campamento de Almagro no sin haber tomado las precauciones que juzgó oportunas.

Almagro lo recibió con la gente en armas, con todos los honores y cortesanía del caso. Alvarado, dice González Suárez, de gallarda y noble presencia, rostro hermoso y varonil, cuya tez roja y rubios cabellos le habían granjeado entre los mejicanos el nombre del hijo del sol, contrastaba con la figura desmejorada de Almagro, enjuto de carnes, pequeño de cuerpo, de modales sencillos y a quien la falta de un ojo le traía de continuo medio avergonzado entre sus compañeros; el primero, el Adelantado, hablaba mucho y con mucha facundia; el segundo, el mariscal, era parco en hablar y usaba de palabras y términos precisos; el uno era violento en sus procedimientos; el otro meditaba despacio en sus proyectos; leales a su rey y valientes ambos, no era difícil preveer de quien iba a ser el triunfo.

Alvarado dijo: Públicos son en las Indias los grandes servicios que tengo hechos a la Corona y las mercedes y honores que he recibido del Rey. Pudiera haberme quedado en la Gobernación de Guatemala, pero como el ocio dice mal con la profesión de un soldado que se halla en estado de trabajar, resolví para merecer más honra de mi Rey y mayor celebridad en el mundo abandonar el proyecto que tenía de conquista de las islas de Poniente para venir a estas tierras de El Quito, no creyendo que estuviesen bajo los límites del Gobernador Francisco Pizarro; pero como Dios ha dispuesto otra cosa y están ya ocupadas, de mi parte señor mariscal no se dará escándalo ni el Rey será deservido. Si Ud. tiene necesidad de mi persona y ejército estoy listo a prestarle auxilio (carta al Rey de 15 de enero de 1535), y si este auxilio no lo necesita soy yo el que se lo pido para continuar mi marcha al sur y poder cumplir la Capitulación que tengo celebrada con el Rey.

Almagro, en carta al Rey de 15 de octubre de

1534, dice que no se opuso a este último deseo, que aun antes con los mensajeros había mandado decir a Alvarado, que si quería pasar adelante pasase, que le ayudaría y proveería de todo lo que tuviere necesidad aun dándole gente de servicio y arreglándole los puentes. Quizá no había mucha sinceridad en esta carta, pero no mentía. Almagro con rara habilidad política variaba sus resoluciones según la esperanza de obtener lo que pretendía, atendidas las circunstancias; en momentos que no se creyó fuerte para imponer su voluntad nada difícil es que hubiera procedido lealmente en la forma que indica en la carta durante la entrevista, si hemos de creer a Alvarado, tampoco se opuso a que éste pasase al sur, se limitó a ganar tiempo para aislar al adversario y hacerse dueño de la situación; hizo falso relato de grandes despoblados y otras cosas que hacían temeraria la marcha si no se tomaban las suficientes precauciones, e insinuó a Alvarado juntase su gente a la suya para efectuar la conquista bajo mejores auspicios.

Alvarado accedió a la insinuación de Almagro y juntó su gente a la de éste. El hidalgo de noble sangre cayó así enteramente en manos del oscuro plebeyo. En América empezaba a imponerse la democracia y el mando tendía a caer en el más astuto, así fuese feo de rostro, tuerto y expósito. Al atravesar el Atlántico los pergaminos perdían mucho del valor que en España tenían y la nobleza aun en manos de valientes y audaces como Alvarado caía vencida a los pies de los plebeyos, igualmente valientes y audaces pero más astutos como Almagro.

En plena paz y completa armonía Alvarado hizo sus observaciones. Almagro procuró complacido escucharlas y cuando le fue posible desvanecerlas; pero procuró al mismo tiempo conquistarse el favor de la tropa. El Rey estaba lejos y la razón estaría junto al más fuerte. Se dió cuenta de que a su adversario le dominaba el orgullo, el deseo de gloria, y que para satisfacer las necesidades de una vida fastuosa había contraído muchas deudas. El pago de éstas, que en

ía legislación española traían el espectro de la cárcel, era el principal móvil que le había impulsado a la grandiosa expedición de la conquista de Quito. Tenía sed de dinero para satisfacer las exigencias de una vida disipada. Almagro, al darse cuenta de esta debilidad le ofreció comprar la armada en 50.000 pesos. Para no herirle en el orgullo y el deseo de gloria le dejaría toda su gente, y en la conquista del Cuzco le ayudaría dentro de un año con mil quinientos hombres, con derecho naturalmente a gozar de parte de la honra y derecho de la conquista. La pena para que él no cumpliese era de cien mil castellanos, mitad para el Rey y la otra mitad para la parte perjudicada, y esto sin que obstara llevar a ejecución el contrato por la vía judicial.

Así fue jurado y capitulado con cuatro escribanos y se lo pregonó con trompetas y gran regocijo; al menos así se lo asegura en el resumen de la información de Guatemala.

Todo esto se cumplía en medio del mil corteses ademanes como si a las tierras de Quito se hubiese trasladado Amadís de Gaula con todos sus caballeros. Al entrar Alvarado, por primera vez, en el campamento de Almagro alaba su buen propósito de no ponerle estorbos en la conquista de Quito y dice que nunca había creído fuese otra la resolución de tan honrado caballero. Se acerca Benalcázar y otros capitanes y besan la mano del Adelantado y lo mismo hace la gente de éste para con Almagro. Aparece Picado y se le perdona la fuga. Felipillo, el indio manteño vuelve a la gracia de Almagro. Fue quizá en estos momentos cuando para mejor asegurar la paz octaviana los alcaldes de la ciudad Diego de Tapia y Gonzalo Farfán fueron sustituídos por Marcos Varela y Cristóbal de Ayala, por motivos que por desgracia ignoramos. Las actas del Cabildo están incompletas y no dan razones del cambio, pero éste pudo haber obedecido a que los últimos eran quizá más aptos para laborar un movimiento subversivo en la tropa contra Alvarado.

No habían pasado en efecto dos días, y el 25 de agosto (1534) se amotinan contra Alvarado más de cien de sus hombres y se pasan al campamento de Almagro; éste, al verse ya fuerte, dice a Alvarado al día siguiente, que no están buenas sus provisiones y cédulas reales, porque son para conquistas al poniente de Guatemala y no al oriente donde están Quito y el Cuzco; que no puede ayudarle en su marcha al sur y que mejor es que le venda todo, salga del territorio y se vuelva a su Gobernación de Guatemala.

Vuelven a agriarse los ánimos. Pero ahora el hijo del sol está por completo bajo el dominio del expósito. Ha perdido la confianza de su gente y de nada le sirven el rostro hermoso y los pergaminos que mecieron su cuna. Si hubiera querido partir a la conquista, dice el mismo Alvarado, no habría hallado treinta hombres que le sigan de más de ciento cincuenta de a caballo y doscientos de a pie que traía.

Pero era necesario para Almagro salvar las apariencias. El Rey no iba a resolver la contienda por el mayor número de votos, que consigue el más audaz, sino por la justicia y el derecho. Había que hacer mentir a los papeles sobre un acuerdo pacífico, y mediante las gestiones de Hernando López de Caldera, al decir de González Suárez, hombre de claro ingenio, corazón bien puesto y amigo de la paz, de Luis Moscoso, López de Idiaquez, Fr. Marcos de Niza, el Licenciado Caldera, el Capitán Ruy Díaz y otro se ajustó un Convenio que fue firmado en Santiago de Quito, el 23 de agosto de 1534.

En virtud de este nuevo Convenio Alvarado abandona la conquista en tierras del Perú y entrega a Francisco Pizarro su gente y sus navíos a cambio de cien mil pesos que se le reconocen por la armada y otros gastos. Los navíos entregados eran: **un Galeón llamado San Cristóbal, y una Nao llamada Santa Clara, y otra Nao llamada Buenventura, y otra Nao llamada la Concepción y otros dos navíos llamados San Pedro y Santiago.** Como desde Febrero o Marzo en que Alvarado abandonó la costa manabita (de Porto-

viejo) se ignoraba el rumbo de los navíos y su existencia misma se convino en que la pérdida corriese por cuenta de Almagro. El pago debía ser hecho en la villa de San Miguel, tres meses después de llegar Almagro a dicha villa, tiempo que se calculaba en ir y venir de Jauja donde se hallaba el dinero. Hubo que proceder así porque Almagro, dice Gomara, no tenía como entregar en Quito los cien mil pesos, pues si es verdad que había hallado en Caramba, Cayamba o Cayambe un templo chapado en plata no se verificó el pago, sea porque debía verificarse en pesos oro de cuatrocientos cincuenta maravedises cada peso y no era fácil calcular o arreglarse sobre la equivalencia en plata, sea porque la plata se la había repartido o pensaba repartir entre los soldados, sea porque se la quisiese llevar a Pizarro para que dispusiera de ella y se evitase disturbios entre los favorecidos y en los quintos que correspondían al Rey, sea en fin, porque se juzgó prudente ir con Alvarado a San Miguel de Tangarara (Piura) para ponerlo en condición de no poder deshacerse del Convenio.

"En virtud de este Acuerdo", dice Alvarado en carta al Rey de 15 de enero de 1535, "Su Majestad ha perdido otro nuevo reino (Chile) que yo le hubiera conquistado y más de dos millones de pesos oro por los quintos que hubieran entrado en las Cajas Reales, y de mi parte he perdido las esperanzas de recuperar los gastos que hice en la Armada, gastos que fueron muy grandes".

Almagro de su parte dice, que la Armada no costaba más de treinta mil pesos, pero que pagó más del triple de su valor para evitar los disturbios de una guerra y que se continuase pacificando el territorio y poblándolo sin molestias ocasionadas por los mismos españoles.

Los navíos no parece que en realidad valían los cien mil pesos. Alvarado mismo no se atreve a afirmarlo; se limita a decir que le costó cara su construcción, que tuvo que pagar precios superiores a los normales. La habilidad de Almagro estuvo precisamen-

te en esto, en despertar la codicia de Alvarado dándole por los navíos una suma superior a su verdadero precio.

No faltó quien tildase la transacción de venta de la honra por dinero, pero a Alvarado no le quedaba quizá otro camino. En la diplomacia había perdido la guerra y tenía que suscribir la paz. Y como esta paz vino a precio de oro la aceptó. En este punto fue cuerdo y evitó los horrores de una guerra civil en que las ventajas no estaban de su parte. A sus parientes, que eran los jefes del Ejército, de seguro que no les agradó el Convenio porque perdían su preeminencia y grados, pero en general halló buena aceptación, porque dejó a todos en tierra buena y rica. A los suyos, decía Alvarado, que no perdían sino su persona y que en cambio ganaban la del Mariscal.

Verificado el Convenio toda la gente prestó obediencia a Almagro, de modo que los doscientos veinte hombres de este caudillo, inclusive los de Benalcázar, fueron considerablemente aumentados.

XVI

SAN FRANCISCO DE QUITO

Hechas las paces entre Alvarado y Almagro la ciudad de Santiago no tiene ya razón de ser, y en el territorio de Quito,y para las necesidades de la población, surge la villa de San Francisco. Santiago había sido fundada por motivo político, para ganar a Alvarado la preeminencia en la conquista; desaparecido el peligro la fundación carecía de objeto. Los españoles no se resignaban a seguir poblándola, porque treinta leguas más al norte, la ciudad indígena, llamada en lengua de los indios Quitu, como centro de Gobierno del pueblo conquistado, ofrecía mayores facilidades para la vida y más esperanza de hacer fortuna. Ante las huestes de Benalcázar, y quizá también las de Almagro, que la había visitado, Quito se levantaba co-

mo un ensueño para descansar allí de la ruda labor de al conquista; protegida por hondas quebradas de ataques sorpresivos, con cerros en contorno donde se estrellaba la furia de los vientos, con clima primaveral uniforme, con buen número de indios para el trabajo. Quito era ante la imaginación de los castellanos, para la vida una Arcadia deliciosa soñada por los poetas; para la guerra nido de cóndores en lo agreste de la serranía. No había peligro de que las delicias de Capua acabasen con la bravura de Aníbal, porque asentada la ciudad al pie de un volcán, el Pichincha, teniendo a la vista cordilleras sembradas de cumbres, unas coronadas de fuego como el Cotopaxi y otras coronadas de nieve como el Cayambe, el paisaje tomaba tal aire de sublimidad y grandeza que invitaba a vivir bien y pensar alto. Por otra parte, Rumiñahui estaba sobre las armas y no había llegado aun la hora del descanso. La naturaleza y los hombres endurecían el alma contra el placer que degrada y lo elevaban a Dios, y esa misma naturaleza y esos mismos hombres, con la fertilidad de la tierra para la labor agrícola y la abundancia de brazos para el trabajo hacían de Quito la ciudad ideal para dar fin a la vida del conquistador. Las conquistas seguirían adelante para el que quisiese continuarlas, pero haciendo de Quito la ciudad señorial, centro de ellas. En la ciudad soñada había oro y hasta mujeres en abundancia para escoger la compañera de la vida, pues los conquistadores no estaban obligados a permanecer solteros ni a elegir mujer española para un legítimo matrimonio. La raza vencida iba a unirse a la vencedora para formar con el mestizaje un pueblo grande. El pasado indígena añoraba las glorias de Huainacápac, Atahualpa y más reyes de la monarquía preincaica y el futuro indo-hispano tejía un porvenir pletórico de esperanzas.

Los conquistadores no iban a quedarse en las llanuras de Riobamba, azotada por los vientos, sin indios en suficiente número para la ruda labor del campo cuando a pocas leguas estaba otra ciudad con mayores facilidades para la vida.

Fue en estas condiciones cuando Almagro, fiel intérprete de los deseos de sus compañeros, resolvió fundar como española la ciudad indígena de Quito. Y el 28 de agosto de 1534 hizo esta fundación a treinta leguas de dicha ciudad. Esto de fundar pueblos en papeles, a leguas de distancia del sitio en que debían levantarse, pareciera una quimera, castillos en el aire o castillos en España, como dicen los franceses, pero en Quito no fue quimera, ni castillo forjado por la fantasía, sino una maravillosa visión de futuro.

Con las ceremonias oficiales prescritas, en que los conquistadores solían ser muy escrupulosos, el nombre de Francisco Pizarro que representaba en esta parte de América la autoridad del Rey de España, Almagro se presentó ante el escribano Gonzalo Díez y fundó la villa de San Francisco de Quito para servicio de Su Majestad, conversión de los naturales a la fe católica, bien e pro de los moradores que en ella se avecindaren.

La villa estuvo naturalmente sujeta a cambiar de sitio si más tarde se hubiere visto que no era conveniente asentarla en el lugar elegido por los indios, pero esto no aconteció, porque caras, shiris e incas supieron bien lo que hacían al asentar la ciudad donde la asentaron.

Para alcaldes se nombró a Juan de Ampudia y Diego de Tapia y para regidores a Pedro de Puelles, Juan de Padilla, Rodrigo Núñez, Pedro Dañasco, Alfonso Hernández, Diego Martín de Utrera, Juan de Espinosa y Melchor Valdez. Por mandato de Almagro que no sabía firmar, firmó el escribano de Su Majestad Juan de Espinosa, alcalde mayor de la provincia de Quito.

Los elegidos tomaron inmediatamente posesión del cargo, menos Juan de Ampudia, Juan de Espinosa y Melchor Valdez, sin duda, como opina el P. Jerves, porque se hallaban momentáneamente ausentes y el escribano olvidó recogerles la firma. Los dos últimos partieron además con Almagro, así como también Pedro de Puelles y no concurrieron por lo mismo a ins-

cribirse como vecinos el 6 de Diciembre (1534) en que se tomó de hecho posesión de la ciudad.

Esta fundación en la ciudad de Santiago de la villa de San Francisco o fundación de Quito desde el poblado indígena de Riobamba fue un verdadero traslado. Este hecho lo han visto claro todos los historiadores. Pablo Herrera escribe que los españoles abandonaron enseguida Santiago. González Suárez dice que la fundación de Santiago fue provisional. Jiménez de la Espada afirma que la ciudad española de Santiago se trasladó a San Francisco. Antonio Herrera narra en sus Décadas, que Almagro dió orden a Benalcázar que trasladase Santiago a San Francisco. El criterio es uniforme, y aunque San Francisco de Quito no fue elevado a la categoría de ciudad sino con la presencia de Vaca de Castro, con todo en la misma acta del 28 de agosto se le da ya ocasionalmente este título, no obstante fundársela como villa, seguramente porque el motivo económico y político y la visión de futuro llevaba instintivamente a los conquistadores a dar a la nueva fundación la categoría de ciudad.

El 25 de diciembre de 1916 se descubrió en la escribanía del señor Fernando Avilés Flores el acta autógrafa de la fundación de San Francisco de Quito, y desde entonces ha cambiado algo el criterio. En esta acta no se dice que se traslada Santiago a San Francisco, sino que hallándose la comarca ya pacificada, en nombre del Rey y de Francisco Pizarro, su representante en estas tierras de la Nueva Castilla (Perú), se funda una villa con dos alcaldes y cinco regidores. La fundación quedaba en todo caso sujeta a la aprobación de Pizarro, quien efectivamente la aprobó en 22 de enero de 1535, en Pachacamac, en provisión autorizada por su secretario Antonio Picado.

Esta acta no destruye las aseveraciones de los dos Herreras, Antonio y Pablo, González Suárez y Jiménez de la Espada sobre el traslado de Santiago a San Francisco de Quito, porque si es verdad que en documentos oficiales se habla de dos pueblos distintos, Santiago y San Francisco, y en carta de Alma-

gro al emperador Carlos V, fechada en San Miguel de Piura el 15 de octubre de 1534, se dice que dejó en Quito dos pueblos fundados en nombre de Su Majestad con cuatrocientos cincuenta soldados, y en la información del mismo lugar levantada contra Alvarado aseguran los testigos haber dejado a su regreso al Perú la ciudad de Santiago con puertas e cruces como pueblo poblado e alcalde e regidores, no lo es menos que al tiempo de escribirse esta carta y recibirse estas declaraciones no había ya jefe español en Santiago, todos estaban en camino a San Francisco de Quito en cumplimiento de las órdenes dadas por el mismo Almagro a Benalcázar, según lo refiere Herrera, pues hasta los enfermos debieron desocupar la ciudad de Santiago después de la traición del cacique Chamba que debió ocurrir eso del 10 de Setiembre (1534). Al Rey no se le iba a decir que se fundó Santiago provisionalmente solo para alegar primera posesión contra el caudillo guatemalteco; ni en documentos oficiales se iba a dejar constancia del traslado de Santiago a San Francisco, porque esto hubiera sido destruír todo el valor jurídico de las actuaciones notariales en el pleito contra Alvarado.

El libro de Cabildos de San Francisco de Quito (Libro Verde) se lo encabeza con el acta original de Santiago de Quito para mostrar así el origen de la ciudad. De este libro se viene en conclusión que Hernando de Gamarra y Martín Alonso de Angulo que aparecen como regidores de Santiago pasan a San Francisco a inscribirse sencillamente como vecinos; Diego de Tapia de alcalde de Santiago pasa a alcalde de San Francisco, y de los sesenta y tres españoles que aparecen inscritos como vecinos de Santiago, los cuarenta y ocho pasan a inscribirse como vecinos de San Francisco. Incluyendo a las autoridades de Santiago de las cuales sólo Martín Alonso de Angulo se inscribe como vecino y un pequeño error al no incluír a Antonio Dueñas y Rodrigo de Villalobos como vecinos de San Francisco, el señor Jijón (Benalcázar pág. 258) enumera sólo 25 españoles inscritos en San-

tiago que no se inscriben en San Francisco y que seguramente regresaron al Perú con Alvarado y Almagro, pues no se explica de otro modo su no presencia en San Francisco de Quito el 6 de diciembre, cuando Santiago estaba completamente despoblada. Imaginar que todo esto se hiciese contra la voluntad y deseo de Almagro es mucho imaginar; si Herrera no lo dijese el buen sentido conduciría a decir que el traslado se verificó con su conocimiento.

En la información sin fecha de un soldado desconocido que corre en la página 579 de los Documentos publicados por el Cabildo de Quito se lee, que como no se sabía en qué pararían los negocios entre Alvarado y Almagro, pobló antes el capitán Benalcázar un pueblo en Riobamba e hizo alcaldes e regidores..... Y concluídos los negocios e ídose Alvarado se despobló el pueblo que estaba poblado con aditamento (con engaño).

De todos estos testimonios no parece que Almagro pudo dudar de lo precario de la fundación de Santiago y su traslado a San Francisco de Quito; pero cualquiera que hubiese sido su intención, de hecho la ciudad se trasladó a la villa, y a las relaciones ante el Rey y autoridades no se les puede dar sino un valor meramente político para el triunfo de la contienda contra Alvarado.

Pacífico ya el territorio por el arreglo, Santiago no volvió a surgir. El 31 de mayo de 1535 se dice en el Libro Verde, que la ciudad que se fundó en Riobamba está despoblada por las causas que antes se han expresado..... Cuáles son estas causas? Las ignoramos, porque, por desgracia se ha perdido el acta a que se hace referencia; pero éstas quizás no eran otras que las ya enumeradas y el no poder defenderse en la llanura abierta del ataque de los indios los pocos españoles que hubieran querido avecindarse en ella.

XVII

EL REGRESO

Verificado el convenio, Almagro y Alvarado salieron de Riobamba con dirección a Pachacamac para recibir allí el segundo el dinero de manos de Pizarro. La partida la efectuaron, según parece, el 30 de agosto o en los primeros días de setiembre, al decir de Herrera, al frente de unos doscientos españoles, y según Gomara, con los más y los mejores de la gente de Alvarado para evitar que éste se arrepintiese y deshiciere el Convenio. Para el P. Jerves el número de doscientos es exagerado, al señor Jijón le parece reducido y presume que no eran menos de doscientos cincuenta. Varían tanto los informes de los cronistas en los pormenores, que no siempre es fácil el acierto.

El viaje no tuvo la premura que en la venida porque no había ya nadie a quien ganar la delantera en la conquista. Después de algunos días de marcha llegaron a Tomebamba y aquí supieron, por boca de los cañaris, que Quisquis, el audaz jefe quiteño, antiguo General de Huainacápac, venía del Perú al frente de unos quince mil hombres, según González Suárez, con el objeto de colocar en el trono de los Shyris a Huayna-Palcón, hermano de Atahualpa, y según otros huyendo de Juan y Gonzalo Pizarro que lo perseguían con la ayuda de Mango-Inga al frente de 20.000 peruanos.

El P. Jerves cree que la intención de Quisquis era pasar a Quito por la vía de Jauja, Huancabamba, Palta, Tomebamba, Cañar, Puruhá. No tenía por lo mismo mucho interés en combatir con los españoles, antes procuraba evitar su encuentro con el fin de seguir a Quito donde no creía hallar enemigos. Alvarado y Almagro tampoco tenían interés en sostener lucha con

los indios. Ambos combatientes, indios y españoles, aspiraban sólo a que se les deje libre el paso y eludían en lo posible el combate.

Quisquis, hombre de guerra muy astuto, sobrino de Huainacápac y primo de Atahualpa era, según el señor Jijón, probablemente cacique de Huambracuna (Imbabura), como Rumiñahui, Ati de Panzaleo y Atahualpa Apu-ango de Caranqui; los tres parientes entre sí, porque los incas en su sabia política procuraban casarse con las princesas de los pueblos vencidos. No existían para el señor Jijón los tales pretensores del Reino de Quito de que nos habla Castellanos, y Quisquis era uno de esos famosos generales incaicos que venía del Perú, precediéndole en la vanguardia a una jornada de distancia Sota Urco con dos mil hombres, otra división igualmente numerosa a la retaguardia a dos jornadas del cuerpo principal y dos cuerpos igualmente numerosos a derecha e izquierda recogiendo comida en los pueblos comarcanos, según era costumbre en tiempo de guerra. Quince leguas en contorno ocupaba este ejército, que según Zárate se componía de doce mil hombres, quince al decir de Gomara y veinte según Oviedo. En el centro con el grueso de la tropa iba Quisquis, la gente de servicio, las mujeres, el oro y más de veinte mil ovejas.

Formidable era la expedición. Los cañaris le ofrecieron a Almagro ayuda para la lucha, pero éste la rechazó, quizá porque la noticia la tuvo por exagerada, por recelo de alguna traición de parte de los indios o, lo que es más probable, porque sabía lo que valían contra las armas españolas esas multitudes de indios en sus ataques en masa y a gritos con sus cuerpos desnudos.

Siguió adelante. Como Alvarado iba a la vanguardia, al llegar a Chaparra hizo prisionero a Sota Urco. Quiso apresurar la marcha para tomar de sorpresa al grueso del ejército indio, pero el camino era fragoso, de bajada se desherraron los caballos y tuvo que hacer alto, a media noche, para volver a herrarlos, a la luz de pequeñas candiles y ante el temor

de que fuesen los indios los que le tomaran por sorpresa y le imposibilitasen el poder operar a la caballería.

Al día siguiente, por la tarde, divisaron a Quisquis. Este al verlos desvió por un camino estrecho con sus mujeres y el oro, que llegaba a seiscientas cargas según relación de los indios, y el grueso del ejército al mando de Huaina Palcón tomó por otro camino muy pedregoso.

Almagro quiso atacar por la espalda, pero Huaina Palcón se hizo fuerte tras unas altas peñas desde donde echaba galgas o piedras grandes que hicieron bastante daño en el campamento español. El señor Jijón cree que a este encuentro debe referirse Oviedo cuando afirma que mataron en la batalla dos caballos e hirieron otros treinta.

Como el fin de Quisquis era pasar a Quito, ante el miedo de verse detenido, sin comida y tomado a retaguardia por tropas que imaginaba venían del Perú, a toda costa procuró seguir su marcha al norte; los españoles le siguieron con la esperanza de quitarle el oro, pero no llegaron a otro fin que el de cerciorarse de la muerte de catorce españoles, que tomados en un atajo por el ala izquierda de tres mil indios habían sido descabezados. Huaina Palcón de su parte siguió como Quisquis también al norte, la misma noche; fue perseguido, sufrió la pérdida de algunos indios pero pronto se puso en salvo fuera del alcance de las armas españolas, porque el camino demasiado accidentado no permitía a los conquistadores la libre maniobra de los caballos.

Alvarado y Almagro continuaron su ruta hacia el sur. Al pasar un río dieron con la retaguardia de Quisquis que se interpuso para no dejarlos pasar, en tanto los indios pasaban por la parte superior donde las desigualdades del terreno impedían maniobrar a los caballos, dice Gomara. La lucha fue prolongada y en todo el día los españoles no pudieron pasar el río; algunos caballos fueron muertos, el capitán Alonso de Alvarado y un Comendador de San Juan salie-

ron heridos en el muslo. Por la noche continuó la resistencia, pero al amanecer del nuevo día vieron con gran sorpresa que los indios habían abandonado el campo para ir a fortificarse en una alta sierra donde Almagro no les quiso atacar por el deseo que tenía de llegar a Pachacamac, pagar el precio del Convenio y sacar a su contendor de tierras del Perú. Los indios de su parte con la premura de su reitrada en la noche abandonaron cuatro mil prisioneros habidos en las guerras con Huáscar y que llevaban consigo, y además quince mil ovejas de las llamadas del sol, que era un sacrilegio tomar en tiempo de paz y que en la guerra servían a los incas para aprovisionamiento de sus ejércitos. Estas ovejas iban en el grueso del ejército con Quisquis, pero seguramente al retirarse hacia el norte mandó las mujeres delante y las ovejas hacia atrás por la dificultad de llevarlas consigo en lo rápido de la marcha. Estos indios de la retaguardia llevaban también gran cantidad de ropa, pero la quemaron antes de fortificarse en el terreno desigual, en la parte superior del río entre altas peñas.

Quisquis después del encuentro con Almagro en tierras de la actual provincia del Azuay tuvo también encuentro con Benalcázar, y la suerte, como de costumbre, le fue adversa. Sus capitanes le dijeron que pidiese la paz, que los españoles eran invencibles, que no tentase ya a la fortuna y procurase llegar a un arreglo con los invasores que después de todo eran hombres de bien y respetarían los pactos. Quisquis se puso colérico, trató de cobardes a los autores de tal proposición y dijo que si no querían pelear mejor era volver atrás. Esto tampoco es posible le dijeron porque no hay comida para el regreso, mejor es pedir la paz porque no hay otro camino, y de no querer la paz hay que continuar la lucha, no es miedo a la muerte lo que tenemos, porque entre tantos trabajos la muerte es un descanso, y es preferible morir luchando con el enemigo frente a frente que ir a morir de hambre en los despoblados.....

La revolución había nacido. Quisquis continuó

sus inventivas. Huaina Palcón se puso a la cabeza de los amotinados y lanzó sobre su partidario y amigo una lanza que fue a clavársele en el pecho. Los otros con sus lanzas y porras lo acabaron de matar y el ejército se dispersó. Así acabó con sus guerras, dice Gomara; Quisquis que fue famoso capitán entre los orejones o indios nobles que rodeaban la corte del Inca. El desgraciado Huaina Palcón después del primer momento de furia lloró sobre el cadáver del valiente caudillo que había querido colocarlo en el trono de los shyris, pero sus lágrimas fueron impotentes para volver la vida al hombre que no pudo resignarse a que su raza ocupase un segundo puesto en su propia tierra, la tierra de sus glorias y de sus mayores.

Quisquis no defendía un cacicazgo sino la existencia misma del Reino de Quito. A él no le mataron las armas españolas sino la discordia interna, la revolución que ha sido la eterna pesadilla de nuestra nacionalidad.

Alvarado y Almagro entre tanto llegan a San Miguel de Piura donde se hallan ya el 12 de octubre (1534). Alvarado despacha a García Holgín a Portoviejo a entregar los navíos a Diego de Mora, capitán de Almagro. Este reparte dádivas y dinero tanto a su gente como a la de Alvarado para captarse las simpatías de todos; continúa su marcha por la costa, por el territorio de los Chimus, funda Trujillo, donde deja por teniente a Martín de Estete y llega con su contendor a Pachacamac donde Pizarro.

Pizarro (Francisco) recibe muy bien a Alvarado, y cuando sabe que los navíos habían llegado a San Miguel al mando de Mora le paga los cien mil pesos del Convenio y le colma de presentes, no obstante las sugerencias de sus aduladores que le insinuaban lo mandase a España y de querer darle el dinero le diese sólo cincuenta mil pesos, porque no valían más los navíos y dos de ellos eran ya suyos.

Alvarado en carta al Rey de 12 de mayo de 1536 dice, que insinuó a Pizarro anular el Convenio, y que le devolviese todo, su gente inclusive, para continuar

la conquista hacia el Cuzco pero que Pizarro se negó y que ni siquiera quiso que sacase testimonio ante escribano de lo que pedía. Añade en carta posterior, 20 de noviembre de 1536, que al tiempo que se fundieron las planchas se revolvió con las joyas tantos pedazos de cobre que donde pensó que había plata no había sino cobre y que perdió así más de la mitad por este engaño. No es fácil decir cuanta verdad haya en estas afirmaciones, pero por referencia de Pedro Pizarro sabemos que en el camino Alvarado perdió al juego más de la mitad de la suma pactada con Almagro.

Alvarado regresó a su Gobernación de Guatemala; casi todos los suyos quedaron en el Perú, donde como eran nobles, valientes y bravos, dice Gomara, llegaron más tarde a hombres muy principales. "Llegué a Santiago de Guatemala el 20 de abril de 1536" dice Alvarado en carta al Rey de 20 de mayo del mismo año. Se queja de que no se le permitió ir a Panamá por temor a que partiese de allí a España a pedir justicia y que se le embarcó en uno de los navíos por él mismo vendidos, con órdenes en secreto de que se lo viniese a dejar directamente en la provincia de León, en Nicaragua.

Quizá no haya mucha verdad en todo esto. Es probable que entre Alvarado y Pizarro hubo, por lo menos aparentemente, buena armonía y que las cartas al Rey no tuvieron otro objeto que el disculparse de haber vendido la honra por dinero, acusación muy grave para un castellano. Sea de ello lo que fuere, el 29 de julio de 1536, cuando había ocurrido el alzamiento de Manco-Inga y la ambición como que quería hacer de Almagro un rival, Pizarro invita a Alvarado a venir nuevamente al Perú con gente que le ayude a cimentar la paz. Me han informado de sus quejas al Rey, le dice, me he negado a creerlo; como caballero usted bien sabe cuanto le serví, aunque no tanto como hubiera querido; si en algo falté no fue por falta de voluntad, sino porque el tiempo y la situación no me permitían otra cosa; usted es mi hermano y

si no lo fuera no le haría esta invitación. Le da cuenta del hermano Alonso de Alvarado a quien piensa engrandecer, le avisa del fallecimiento de Vitores de Alvarado, toca las fibras del cariño y la ambición y concluye haciendo votos porque Dios proteja la magnífica persona de don Pedro y le dé vida próspera y dichosa. ¡Tanto mudan los hombres con el cambio de la fortuna!, concluye el señor Jijón al referir este suceso. ¡Qué político tan hábil era Pizarro! ¡Con cuanta astucia y finura luchaba contra la adversidad!

XVIII

SEGUNDO VIAJE DE BENALCAZAR A QUITO

Dice Gomara que Benalcázar en la conquista de Quito pasó muchos trabajos, porque la gente era muy belicosa, guerrera, y las mujeres peleaban con la onda junto a sus maridos, costumbre que aun hoy al cabo de cuatro siglos no ha desaparecido, con la diferencia de que en vez de la onda los maridos llevan fusil y son las mujeres las encargadas del aprovisionamiento y las municiones.

En una información levantada en Sevilla, en 19 de junio de 1550 (Documentos pág. 368), se lee que Benalcázar en la conquista de Quito tuvo grandes trabajos y batallas con los indios, muy recias y de gran riesgo, por ser tierra de mucha gente y los indios guerreros y belicosos; y que Benalcázar gastó cuarenta mil pesos oro en la conquista, es decir, más de lo que le cupo en Cajamarca, en el reparto del tesoro de Atahualpa que fue sólo 25.000 pesos. Los indios (Libro X del Cabildo pág. 325) se los calcula en cuarenta mil y salieron de Quito cuarenta leguas a dar batallas y las batallas duraron muchos días.

Benalcázar después de nombrar capitanes y organizar la marcha salió por segunda vez de Santiago a San Francisco de Quito a principios de Setiembre de 1534, con trescientos españoles y algunos indios dirigidos por el cacique de Chambo, que había caído prisionero anteriormente. Quedaron en Riobamba unos ciento cincuenta, en su mayoría enfermos o gente poco apta para la pelea, que en vez de ayudar dificultaba la marcha.

Se ignora el punto de los combates con Quisquis y apenas se puede precisar dos de los principales encuentros, el uno con Rumiñahui y el otro con Zopezopagua, y aun algunos historiadores, ponen estos combates después, porque confunden la primera ocupación de Quito con la segunda por las tropas del mismo Benalcázar.

Los indios hispanófilos (no los hispanófobos) prestaban en la marcha buenos servicios en el campamento español y al parecer eran fieles; para comer y dormir acampaban junto al ejército, pero Benalcázar y los suyos no les tenían mucha confianza y los vigilaban de cerca. Al tercer día del viaje, después de catorce leguas de recorrido, y de haber atravesado dos ríos (torrentes), van los españoles a las tiendas de campaña de los indios y no hallan ninguno; examinan los rastros y no les es posible tomar indicio de la ruta que han seguido; tocan entonces alarma, y con la sospecha de que hubiesen regresado a Riobamba para apoderarse sorpresivamente de la ciudad custodiada sólo por los enfermos, Benalcázar manda en esa dirección a darles alcance a Juan de Ampudia con ocho de a caballo y treinta de a pie. Ampudia vuela más que corre a la defensa de sus compañeros en peligro de morir asesinados, el paso de los ríos o arroyos le ocasiona mayores molestias que a la venida, quizá por haber engrosado con las lluvias, pero llega en el preciso momento en que Chamba con trescientos indios bajaba presuroso de una ladera para dirigirse a la ciudad a matar a los enfermos. Se traba el combate, los indios son derrotados y el mismo

Chamba cae prisionero para morir poco después quemado vivo de orden del mismo Ampudia.

Los enfermos habían sabido la traición por una india de Méjico y al llegar los conquistadores se hallaban ya de rodillas esperando la muerte, porque no creían posible la defensa. Al verse salvos, dice Castellanos, dieron gracias al cielo y con lo repentino del gozo vieron hasta desterrarse la calentura, que en su mayor parte debió ser tomada en el paso de la selva ecuatorial con la expedición de Alvarado.

Como era peligroso dejar nuevamente a los enfermos en Riobamba, Ampudia los llevó consigo al campamento de Benalcázar para seguir con ellos la marcha a Quito. Esta marcha tampoco iba a ser tranquila. Rumiñahui, de quien dice Castellanos, que era sagaz, cruel, severo, prefería toda clase de adversidades, a dejar la tierra de sus mayores en manos de los extranjeros. Como su amarga experiencia sabía el destrozo que hacen los caballos en su gente, en la lucha a campo abierto, resuelve fortificarse en el peñón de Píllaro al noroeste de Ambato. Benalcázar no cree prudente seguir adelante dejando al enemigo en retaguardia. Por esto va y lo ataca. El peñón parece inaccesible, la subida inexpugnable y los indios con sus ondas, lanzas, macanas, galgas, se hallan dispuestos al combate. Pero eran los tiempos en que los anhelos de gloria y cristianización de la gentilidad llevaban a los españoles a todo sacrificio para agregar un palmo más de tierra a la Corona de Castilla, un pueblo más al seno de la Iglesia. Vamos y apoderémonos del fuerte, no se diga que el miedo nos hace retroceder, dice Benalcázar, y a la cabeza de los suyos baja del caballo, toma rodela, morrión y espada y comienza la subida del peñón. Todos le siguen. Ninguno queda atrás. Los indios al ver tal arrojo alzan horrible gritería, disparan sus lanzas y dardos y echan a rodar loma abajo cuanta piedra hallan a mano. Los asaltantes con sus escudos se defienden como pueden y hacen movimientos prodigiosos para no morir aplastados por las piedras; algunos se quiebran las pier-

nas y otros son heridos en la cabeza, pero no se detienen y continúan la subida. Los indios agotan los pertrechos y al verse desarmados se dan a la fuga. Rumiñahui herido en una pierna huye también. El sol acababa de ponerse y brillaban en el cielo las primeras estrellas cuando los españoles llegaban a la cima. En los anales de la conquista los españoles se podían anotar una nueva victoria.

Los blancos son invencibles. Comienza entre los indios el desconcierto. La gente no pelea ya de buena gana. Tras cruenta lucha el Reino de Quito va a desaparecer y hasta su existencia negarán en lo futuro algunos historiadores. Pero no, los shyris que no se entregaron a los incas sin anegar la tierra en sangre y hacer surgir del cruzamiento de su raza a Atahualpa, el más grande de los emperadores americanos, tampoco se entregarán a los españoles sin haber agotado en la pelea el último esfuerzo, aun luchando contra una civilización que al fin y al cabo tenía que imponerse, cualquiera que fuese la suerte de los combates parciales que se entablaran en un lugar u otro. En su patriotismo los valerosos indios se imaginan que los españoles son en su tierra una cosa transitoria, que pasarán como la plaga de la langosta, como los terremotos, como las erupciones de los volcanes. Pero para esto era necesario luchar con valor y estaban sobre las armas, Zopezopagua, Quingaluma, Raurau, Nina, Guapalcón, Rumiñahui, y han rendido ya el tributo de la vida Quisquis, Chamba y otros cuyos nombres la historia no se ha dignado recoger. Sus heroismos serán ejemplo de las generaciones venideras, pero aun en esto están a merced de sus adversarios que entienden de escritura y saben como se escribe la historia. Y los adversarios españoles son los que nos cuentan que el desaliento comenzó a correr en las filas de los indios y que ocurrían escenas desagradables, de una de las cuales fue víctima Quisquis, cuyo suceso ya hemos narrado.

Una vez tomado el pellón de Píllaro los conquistadores descansaron allí hasta la madrugada, y al día

siguiente les llegó la noticia de que las tropas quiteñas empezaban ya a desbandarse pero que había quienes continuaban aun la resistencia. Nada menos, en la montaña de Sigchos, en la cordillera occidental andina, en la provincia de Latacunga, a una altura de tres mil metros sobre el nivel del mar, desde hacía dos meses se había hecho fuerte Zopezopagua, otro jefe indio defensor del Reino de Quito, de quien dice Garcilazo, que era hijo bastardo de sangre real, su madre nativa del mismo Reino de Quito y él criado en la Corte con Atahualpa y posteriormente hecho Capitán por sus hazañas. Entre sus hechos guerreros contaba el haber matado cinco blancos y herido catorce, pero sus crueldades en las guerras con Huáscar y campañas posteriores fueron tan atroces que los suyos le cambiaron el nombre de Zumac-Yupanqui, que quiere decir hermoso, porque lo era en realidad de rostro y de cuerpo, por el de Zupay-Yupanqui que quiere decir diablo. Tal era el jefe cuyo nombre, como el de la mayoría de los caudillos indígenas, varía tanto entre los cronistas, que se lo llama Zumac, Zupay, Zopezopaga, Zopezopagua, Zocozopagua, Zopozopanqui, etc. En Sigchos se había provisto de leña, víveres y agua y salía a combatir a los españoles tomándoles desprevenidos para regresar luego a su fortaleza. Benalcázar fue a atacarlo rodeando el monte por tres o cuatro puntos, pero tuvo que declararse en derrota con numerosos heridos, porque no acertaba con el camino para subir y los indios le disparaban una verdadera lluvia de dardos y flechas y le hacían rodar piedras.

Sin darse por vencido recurre a la astucia. En el desconcierto del ejército quiteño no faltaría quien le facilite datos y pormenores. Examina con cuidado el mejor sitio para llegar a la cima. A la derecha del monte le parece posible el acceso. Hay un pequeño precipicio, pero cree que podrá dominarlo con una alta escalera a causa de su poca altura. ¿Pero los indios le dejarían tranquilo poner la escalera y subir por ella? Espera la noche. Una noche sin luna

y con nubes, en que alumbran tenuemente las estrellas. Los indios para defenderse del frío se juntan, se apiñan y duermen sin cuidado confiando su defensa a las escarpadas peñas. Los españoles no tienen uñas suficientes para subir perpendicularmente por los peñascos. Benalcázar se acerca cautelosamente en la obscuridad. Se arriman las escaleras, pero resultan demasiado cortas. Florencio Serrano con el escudo a las espaldas y en la boca la espada se agarra lo mejor que puede, con ambas manos, de algunas aristas de las peñas y logran al fin subir. Tras él sube Gómez Fernández y luego el resto de la tropa asiéndose cada soldado de una manta que sostienen los de arriba. Dominado este precipicio lo demás de la subida no ofrece dificultad. De repente, al grito de Santiago, los españoles caen sobre los indefensos indios que duermen confiados en lo inexpugnable de su refugio. Con la confusión y en la oscuridad no aciertan a tomar las armas, ni los españoles les dan tiempo para ello; cada cual corre por donde puede y unos perecen despeñados, otros al filo de las espadas y muchos caen prisioneros. Entre los que logran ponerse en salvo se halla Zopezopagua.

Esta acción asegura definitivamente la conquista del Reino de Quito y el 5 de diciembre de 1534, por la noche Benalcázar descansa con su tropa en Turubamba para entrar al día siguiente en la capital de los shyris, la ciudad predilecta de los dos últimos incas, Huainacápac y Atahualpa. Más tarde en una información sumaria tomada en Cali, el 2 de marzo de 1545 cuatro testigos presenciales, Juan Díaz Hidalgo, Cristóbal Quintero, Pedro Cobo y Hernando Bernaldo de Quiroz, declaran que la toma de los dos peñoles a Oromina (Rumiñahui) y Zopezopagua fueron las últimas acciones de guerra después de lo cual quedó pacífico el territorio.

Los caudillos rebeldes fueron cayendo poco a poco en manos de Benalcázar. Rumiñahui, según informaciones de Hernando de Parra, fue encontrado en la montaña de Sigchos y fugó arrojándose de una pe-

ña para seguir en su loca empresa de juntar gente para la continuación de la guerra. Pero nada obtuvo, porque todos estaban cansados de la lucha y veían lo inútil de la resistencia ante la voluntad de los poderes ultraterrenos, que anunciaban hasta por boca de los volcanes que el hombre blanco iba a ser señor de la tierra. No faltaron espías que dieron aviso a Benalcázar sobre el paradero del indómito jefe indio con algunos de sus rebeldes compañeros. Y le mandó prender con gente de a caballo que cayó de improviso sobre él en momentos en que se hallaba con treinta hombres, muchas mujeres y numerosas cargas por bagaje. Huyeron. Rumiñahui muy triste se escondió en una choza. Un español Miguel de la Chica hubo de reconocerle por los adornos del vestido y lo altivo del continente; no se atreve a capturar solo y llama en su auxilio a un soldado de caballería, Alonso del Valle, y entre los dos lo toman prisionero. Para vencer a cien indios bastaba un blanco, pero Rumiñahui vale por doscientos indios y para la captura se necesita de dos blancos. No se conoce bien el sitio en que esto ocurriera, pero en la información de Hernando de la Parra se dice que los soldados que capturaron al jefe indio andaban de orden de Benalcázar en la reducción y pacificación de las provincias de la costa. Otros creen que Rumiñahui, cojo al día siguiente de la toma del pellón de Píllaro fue denunciado por algunos descontentos que sin dardo, lanza ni macana se presentaron a los conquistadores a indicar el lugar en que se hallaba. Ante las informaciones a que nos hemos referido no nos parece aceptable este último testimonio de Castellanos, que aunque tiene parte de verdad confunde los sucesos.

Rumiñahui prisionero fue sometido a numerosos interrogatorios y a diversos tormentos, para que diese noticia de los lugares en que tenía escondido el oro y la plata, pero no mostró flaqueza, dice Herrera, y tuvo tanta constancia en guardar su secreto en medio de los dolores, que hubo de dejar al conquistador con su codicia. Murió en el patíbulo con muerte in-

humana, pero sus labios no se abrieron para dar al vencedor los datos que necesitaba.

De Zopezopagua o Zopozopanqui, dice Garcilazo, que desesperado de no poder vivir entre los suyos se fue a vivir entre las bravas montañas de los Antis entre tigres y culebras, junto a otros capitanes y compañeros que le fueron adictos. El P. Jerves no cree en el relato, porque dice que después de la acción de Sigchos no se movió este jefe de los términos de Latacunga donde a poco se le capturó para ser remitido e inmolado en Quito, llevando con Rumiñahui su secreto a la tumba, que el conquistador con los tormentos fue impotente a arrancárselo. Tenía este indio muy pobre concepto de los españoles; decía que eran crueles, que no sabían cumplir su palabra y que acostumbraban atormentar a los prisioneros y aun a los amigos para sacarles oro y plata, según él, único anhelo de los españoles. Herrera es quien así lo afirma, al referir que Ampudia mandó rogar a Zopezopagua que se rindiese.

Dudosas y contradictorias son las noticias sobre la suerte final de estos valientes caudillos indígenas, pero es innegable que el 25 de junio de 1535 todos habían muerto ejecutados en el patíbulo por los españoles: Rumiñahui, Zopezopagua, Quingalumba, Rasoraso, Nina y no sólo ellos sino también sus aliados y amigos, todos sellando sus labios, en medio de los tormentos, sobre los sitios en que había oro.

Textualmente dice el Acta: "se trabajó mucho con ellos en los velar o guardar como en yr con ellos a muchas partes que ellos decían, no embargante lo cual no quisieron ellos ni alguno de ellos dezir cosa ninguna por razón de la cual o de los delitos que cometieron se ha hecho justicia de ellos por manera que al presente ninguno ay....."

¡Qué justicia! Despojar al indio de su tierra y aplicarle una ley española que no conocía, que no estaba, por su educación y cultura, en aptitud de conocer. El oro no lo enseñaron quizá porque no existía en las grandes cantidades que imaginaban los con-

quistadores, y en cuanto a los delitos el principal era la defensa de su propio territorio, defensa por la que serán siempre noble ejemplo de puro patriotismo y acreedores de gratos recuerdos.

XIX

6 DE DICIEMBRE DE 1534

En Sebastián de Benalcázar (págs. 288 y 286) dice el señor Jijón, que las fortificaciones incaicas eran de dos especies, de cumbres de montes rodeados de fosas de circunvalación, o de grandes cuarteles, en parajes de difícil acceso, protegidos por series de murallas de líneas quebradas. La primera clase era de construcción ligera y usada para el emplazamiento de pequeñas guarniciones, especialmente en los países recientemente conquistados; la segunda se la construía en parajes que eran llaves del imperio, como Quito. Lo que los españoles llaman cabas no eran sino las fortificaciones hechas por Tupac-Yupanqui y Huainacápac. Sus aposentos eran mucho más importantes que los de Riobamba y por haberse hallado multitud de cercas hechas a mano de los naturales para defensa de los indios de guerra y muchos tambos y casas y muchas pallas ofrecidas al sol, se había resuelto hacer en San Francisco de Quito la población definitiva abandonando la de Santiago.

Por esto al fundarse Quito como villa desde Riobamba, el 28 de agosto de 1534, no se hace propiamente una fundación sino que se ordena poblar con gente española la ciudad indígena ya existente. Y con este fin Benalcázar entra por segunda vez a Quito en la mañana del 6 de diciembre de 1534, y ordena al escribano de Su Majestad notifique a las alcaldes y regidores de la villa para que residan en ella y administren justicia bajo pena de quinientos pesos para la Cámara Real, caso de faltar a su debido cumpli-

miento. Ordena igualmente que todos los que quieran asentarse como vecinos se hagan inscribir para darles solares y fijar los límites de los ejidos y de la villa.

450 españoles eran los que quedaron en Santiago de Quito a la partida de Almagro, según información de San Miguel de Piura, Castellanos dice que en la segunda marcha de Benalcázar salieron de Riobamba 300 castellanos, que aumentaron posteriormente con la traición de Chamba. Como sólo se inscriben 208 y no es presumible que hubiesen fallecido más de doscientos hombres, por enfermedad o en los combates, es muy natural que hubo mucha gente de la tropa de Benalcázar que no se inscribió como vecino. Entre otros podemos anotar Alonso del Valle, que captura a Rumiñahui, Florencio Serrano y Gómez Fernández que juegan papel importante en la captura del peñón de Sigchos; Luis Mideros a quien cita Castellanos. Estos estaban evidentemente con Benalcázar y no se inscribieron como vecinos. Los religiosos de La Merced y San Francisco que se hallaban también presentes tampoco figuran inscritos, porque el fin de la inscripción era recibir solares y ellos por su voto de pobreza no los podían recibir.

Para terminar daremos a continuación los nombres de los españoles que el 16 de diciembre de 1534 se inscribieron como vecinos de San Francisco y dieron comienzo a la vida española de la ciudad.

capitan sebastian de benalcacar.— yten juan de hanpudia alcalde de la dicha villa—e diego de tapia alcalde ansi mysmo de la dicha villa.—e pedro de añasco rregydor de la dicha villa.—juan de padilla rregydor.— alonso fernandez rregydor.— rrodrigo nuñez rregydor.— diego martyn de utrera rregydor.— e yo el dicho goncalo diaz scriuano.— martyn alonso de angulo.— rrodrigo de chaves.— francisco rruyz.— mycael de velasco.— el padre juan rrodrigues.— el padre francisco ximenez.— alonso de mendoca.—hernando moran.— hernando gamarra.— myguel muñoz. — lucas bejarano.— juan de larrea.— luis daca.—

Francisco de londoño.— diego de torres.— alonso lopez.— juan de arkuello.— martyn de mondragon.— antonyo de prado.—diego de sandoval.— garcinobel. —juan de chiple.— pedro solano de quiñones.— alonso sanchez mahit (1).— juan marquez.— juan diaz de las cunbres.— juan diaz hidalgo.— francisco gomez.— pedro de al faro.— xrispobal tenoro (2).— luis quyntero.— hernan sanchez morillo.— diego de villa nueva.— gomez mosquera.— myguel de la roca. —alonso diaz de almaraz.— pedro dorado.— gregorio ponce.— goncalo martyn.— graviel de la huerta.— hernan olpez cochillero.— francisco cobo.— alonso diaz malaver.— hernan vazquez.—hernando de la parra.— roque diez.— anton vazquez.— garcia de balsameda.— francisco hernandez.— alonso myguel.— pedro de frutos.— alonso garcia de guevara.— rrodrigo de torquemada.— pedro de ayala.— diego osorio. — juan gutierrez de medina.— hernando andino.— francisco martyn el moco.— myguel tercero.—juan gomez.— juan de prado, el moco (3).— alonso gomez.— alonso lobon.— pedro de collacos.— juan (rrodrig) del rrio.— juan del valle.— diego doca.— bartolome de cámora.— alonso de salamanca.— juan breton.— abel melendez.— francisco velazquez.— pedro de tencia.— diego de atienca.— antonyo rruyz.— juan enrriquez.— bartolome alvez.— pedro martyn montanero.— francisco rraposo.— hernando de quiros.— juan guitierrez.— juan garcia de lemos.— juan rruyz.— juan de aguilar.— hernan mendez.— pedro de alvarado.— marcos marquez.— pedro guitierrez le logroño.— goncalo hidalgo.— cosme osorio.— jorge gutierrez (4).— gil martyn.— baltazar goncalez.—

Las notas que siguen en este capitulo son de V. G. M.

(1).—Después, en el expedientillo de repartimientos de tierras, escribe Diaz, **mahite.**

(2).—Zarza: **pedro val tenorio.**

(3).—Zarza: **esmoco.**

(4).—Este es el **jorge goncalez** de Zarza.— Véase nota pág. 34.

bartolome de la rrosa.— juan galyndez.— francisco rruyz.— francisco ballestero.— andres guyllen.— xrispobal quyntero.— francisco pacheco.— andres perez.— francisco de chaves.— martyn hernandez de truxillo.— hernando de paredes.— francisco sanchez. —aluaro martyn de rribadesella.— rrodrigo nuñez.— sebastian quyntero.— graviel de la placa.— pedro calvo.— alonso de xerez.— pedro de quiros.— goncalo duarte.— melchior de deca.—goncalo perez.— andres gomez.— goncalo gordillo.— antonyo de carranca.— francisco sanchez.— xrispobal alvez.— diego garcia.— fernando de bustamante.— alonso de villanueva.— diego goncales.— pedro lopez de villanueva. —pedro cobo— francisco carrasco.— juan borgoñan. —agustyn.—(sebastian) rrodriguez.— gınez de medina.— xrispobal de torres.— francisco de cieca.— francisco de aguylar.— diego de vacas.— juna de alcacar.— bartolome hemandes sanabria.— anton niñze.— pedro de cespedes.— pedro de la mota.— pedro velasco.— juan tirado.— rrodrigo de bustillo.— luis garcyca.— alonso sanchez.— gomez rramyrez.— andres de morales.— pedro de la guardia.— myguel de truxillo.— alonso de vargas.— anton de color negro.— juan de abila el moco.— pedro salinas color negro.— alvaro velazques.— martyn de moreta.— juan de la merced.— francisco gracia.— juan bazquez.—bartolome de aguylar. — rrodrigo alonso.— juan del salto. miguel de la chica.— domingo de guyvar (5).— xrispobal de segovia.— juan correa— francisco guerrero.— pedro cepero.— rrodrigo de villalobos.— juan de guadalupe.— pedro boto.— bartolome sanchez.— juan gomez.— juan montañes (6).— rrodrigo de sama.— gil rrengifo.— juan del poco.— rrodrigo moriel.— juan lobato.— hernando diaz.— alonso martyn de tamamos.— mucio de villalobos.— xrispoual mar-

---

(5).—Zarza: domingo de guevara.

(6).—Zarza: montaño.

tyn quintero.— francisco de lynares.— fernando de veas.— gaspar coñiero (7).— juan de palacios.—francisco maynes.— sebastian moreno.— bartolome calbo.— francisco rruyz de pedrosa.— antonyo de dueñas.— alonso garcia de triana.— anton de rribas.— francisco burgueño.— francisco del campo (8).— pedro muñoz (9).—(10).

(7).—Zarza. **gaspar camero.**—En el padrón de Santiago, **canero.**—Probalemente se trata de un apodo o sobrenombre por habilidad u oficio, así como hubo un **cochillero, un raposo, un color negro.**—Debe decirse **gaspar cañero.**

(8).—Zarza: **de campo.**

(9).—Garrapateado al pie de la página, quizá por el escribiente de Zarza: **Pablo Segobia.**

(10).—En Gaceta Municipal hicimos notar como el Dr. Pablo Herrera se equivocó en cosa de 40 descifraciones, al tratar de los primeros moradores de Quito. (V. G. M., Marzo-1.932).

Portoviejo

I

Fundación de Portoviejo

Hallándose Almagro en San Miguel (Piura), a su regreso de Riobamba (Santiago de Quito) con algunos indios manabitas salvados de la catástrofe en el viaje con Alvarado a través de la selva tropical primero y de la nieve andina después, supo por boca de Juan Fernández, y aun de los mismos soldados de Alvarado, sobre los abusos cometidos por éste contra los nativos en la provincia de Portoviejo, o sea del territorio de la costa occidental ecuatoriana que comprendía Passao, Caráquez, Charapotó, Picoazá, Manta y otros pueblos dispersos en la parte angosta junta al mar de la actual provincia de Manabí.

El Capitán Dn. Pedro de Alvarado, que según carta de Francisco Pizarro a los oficiales de Panamá, en 25 de mayo de 1534, desembarca en 10 de febrero de este año en Bahía de Caráquez, comete con los indios, según lo hemos ya narrado, numerosos abusos: ahorca a un cacique y con abuso de la fuerza enrola a hombres y mujeres en su atrevida expedición donde mueren al peso las cargas, faltos de alimentos, enfermos o por el rigor del frío en lo alto de la cordillera.

Manta, que algunos cronistas llaman Portoviejo porque se hallaba en el territorio de este nombre, era lugar de arribada forzosa para los buques españoles que hacían el tránsito de Panamá al Perú, y necesitaban en la larga travesía proveerse de agua, leña, víveres. (Parece también que Manta era el nombre indígena de la provincia, según dice Garcilazo: "En aquellos tiempos se tuvo por Dios a una muy rica esmeralda en la provincia de Manta, que es la que ahora llaman Puertoviejo").

Como Pizarro, Almagro y los primeros conquistadores trataron bien a los indios, éstos correspondían en la misma forma, tratando bien a los blancos y ejerciendo entre unos y otros un comercio fructífero. Cuando los indios de lejos divisaban una nave salían a recibirle mar afuera llevando víveres, y cuando pasajeros y tripulantes desembarcaban tenían casa, comida y les servían con amor y solicitud y hasta sin interés alguno.

Lo atestiguan así numerosos testimonios, entre otros Francisco de Villacastín que pasa por la costa de Portoviejo (Manabí) poco después de Pizarro y que declara en San Miguel, en la información sumaria que allí se levantara. Todo estaba en paz en esta costa hasta Santa Elena, dice, y los indios servían y daban de comer a los españoles en tránsito en esta costa.

Los habitantes de Manta (en Portoviejo) eran, pues, una verdadera bendición para los conquistadores, que en sus buques del norte o del sur, por lo cálido del clima que corrompía los víveres y lo estrecho del espacio de las naves que no permitía grandes aprovisionamientos, se veían obligados a una arribada forzosa para no perecer de hambre o de sed en la travesía, y hasta para descanso en las molestias de la navegación.

Pero los abusos de Alvarado y la codicia por el oro de algunos españoles levantaron la guerra donde había la paz, dice Jerez. Los buques no pudieron ya arribar tranquilamente a Manta, y el español que se

arriesgaba a desembarcar corría peligro de que lo matasen, pues los indios habían cerrado la entrada de los blancos a su pueblo, menos naturalmente aquellos a quienes ya conocían y moraban tranquilamente entre ellos. Los mismos navíos de Alvarado que llegan posteriormente de haberse introducido éste en la selva tienen que seguir de largo a Santa Elena, porque en Manta hallan a los indios en estado de guerra contra los extranjeros. Claro que los españoles de aquella época, desde Tierra firme (Panamá), Guatemala, Nicaragua, México, atraídos por la riqueza del Perú no se detenían ante la hostilidad de los indios y desembarcaban en Manta protegidos por sus espadas y armas de fuego, pero tenían que sostener verdaderos combates que en ocasiones les obligaba a retirarse con pérdidas de vidas, y en otras, que era lo más frecuente, entraban victoriosos al pueblo donde cometían iniquidades extendiéndolas a los territorios vecinos.

No era posible mantener este estado de guerra o exterminar a la población aborigen contra los mandatos del Rey que ordenaba proteger a los indios y atraerlos a la verdadera Fe y contra la propia utilidad de beneficiar a los españoles en su navegación o en su estadía en el territorio. Para remediarlo resuelve Francisco Pizarro fundar allí una ciudad, porque Portoviejo es buena tierra, según escribe en carta al Rey de 1º de enero de 1535. En tal sentido da órdenes a Almagro, y éste manda al Capitán Francisco Pacheco, con alguna gente para dominar la sublevación en esa costa, y con indios manabitas que habían regresado con Alvarado o con Almagro de Santiago de Quito a San Miguel. "Yo vi, dice Blas de Atienza (que interviene en representación de Almagro en el acta de fundación de Quito y está con Pacheco en la pacificación de Portoviejo), que Almagro mandó a Pacheco a fundar este pueblo (Portoviejo).

No pertenecía el fundador de la nueva ciudad a los castellanos bisoños sino a los prácticos o vaqueanos, a quienes, según Herrera, por honor eran llama-

dos chapetones en estos primeros tiempos de la conquista. Era hombre valiente, curtido en aventuras y acostumbrado a los más duros trabajos como la mayoría de los conquistadores. Acompaña a Benalcázar en la expedición a Quito y entre sus acciones de armas cuenta la de haber puesto en derrota a Rumiñahui con 40 castellanos. Es el segundo jefe de ese puñado de valientes que penetran audazmente desde San Miguel al reino de Quito combatiendo con bravura paso a paso, día tras día contra los heroicos defensores Rumiñahui, Zopezopagua, Quingalumba, Raurau, Quisquis y Guaipalcón indígenas de la actual república del Ecuador, que defienden palmo a palmo su tierra hasta caer vencidos en la contienda, pero sin pedir misericordia al vencedor.

Pacheco, era de las huestes de Almagro, que penetraron a la conquista por San Miguel. Se halla en la fundación de Santiago de Quito, pero no se inscribe como vecino, y regresa seguramente con Almagro y Alvarado, pues el Francisco Pacheco que aparece inscribiéndose en la ciudad de San Francisco de Quito no puede referirse a él sino a un homónimo, porque de referirse a él, su firma estaría entre las primeras como jefe principal de la expedición y no en el lugar secundario que ocupa, porque ni los cronistas ni documento alguno hablan de él en Quito después del 30 de agosto, lo que sería inexplicable dada su situación prominente en la campaña, y porque las referencias que de él se hacen en San Miguel en enero de 1535 serían también inexplicables de estar inscrito como vecino de San Francisco de Quito en 6 de diciembre del mes anterior.

De esta ciudad de San Miguel, fundada por Pizarro en 1532 toma Pacheco la gente necesaria y parte a cumplir su misión. Desembarca en Picoazá, que era entonces una población indígena en la ribera del mar junto a la desembocadura del río de Portoviejo y de la que se decía en una Relación de 1577 que era un pueblo junto al cual se pescaban perlas. Por lo mismo no hay que confundirla con el Picoazá actual

que al principio se llamó Valle, después Jagua y ya en 1583 había variado estos nombres por el de Catarama, del que se dice en crónicas y documentos que se hallaba a un cuarto de legua de Portoviejo.

Carlos V prescribía en 1523, que para la fundación de una ciudad era necesario buscar un lugar salubre, ni muy alto por los vientos y dificultades del acarreo, ni muy bajo por lo húmedo y enfermizo, y que hubiese aguas copiosas, madera cercana, pastos abundantes, etc. No creyó Pacheco que en la desembocadura del Portoviejo se llenasen estas condiciones, y como el río estaba crecido por la estación lluviosa y era navegable en su parte inferior, porque su cauce no lo habían levantado las avenidas de cuatro siglos al nivel en que hoy se halla, sube aguas arriba con sus embarcaciones, y el 12 de marzo de 1535 funda la población dos leguas tierra adentro y distante dos leguas de Montecristi, según el testimonio de Cieza de León o sea en el actual sitio del Higuerón, poco más o menos, a juzgar por las distancias y datos que dan los primeros cronistas.

Al respecto Fray Pedro Vera dice, en una declaración de 1557: "Siendo vicario de la iglesia de Portoviejo vi, que Francisco Pacheco y Antonio Rivera se hallaban ocupados en el descubrimiento y pacificación de aquella provincia" (Boletín de la Academia de Historia, Quito, Vol. X Nos. 28 y 29).

La población se la funda a nombre del emperador Carlos V de Austria y primero de España, y se la llama Villa nueva de San Gregorio de Portoviejo, (1) en honra del gran Pontífice de la Iglesia cuya fiesta se celebraba en este día.

Así quedaron cumplidos los deseos de los soldados de Francisco Pizarro, de Diego de Almagro; y aun de Pedro de Alvarado que desde antes había querido fundar una población en este territorio según

---

(1) Crónica de Cieza, Cap. 51

aparece de una carta suya de 10 de marzo de 1534, es decir al mes de haber desembarcado en la provincia.

La prerrogativa de ciudad, según el P. Salmerón se le concedió más tarde por el mismo emperador Carlos V. Tuvo escudo y privilegios, pero se decía ya en 1584, que el escudo se había quemado en uno de los muchos incendios que con frecuencia han sido el flagelo de las poblaciones de la costa. Debió quedar el original o copia en los archivos de Sevilla, pero el señor José Rumazo González que se ocupó en buscarlo dice que no es fácil dar con él, porque por disposición reglamentaria los escudos han sido entresacados de los legajos para exhibirlos en las vitrinas en los salones de cartografía.

Una población española tenía siempre junto a sí una iglesia, costumbre que aun hoy se sigue en las poblaciones manabitas: la capilla o santuario católico es la primera obra que se ha de levantar cuando se quiere erigir un pueblo.

La iglesia que se construyó para fundar Portoviejo corrió a cargo de los PP. mercedarios y se la puso bajo la advocación de Nuestra Señora de la Merced; por lo cual, el día de esta advocación, 24 de setiembre, sigue siendo al cabo de cuatro siglos la principal fiesta del año, religiosa y profana de la ciudad. El convento junto a la iglesia fue el primero que se fundó en el reino de Quito (Ecuador), según testimonio del Gobernador de la provincia Diego Pacheco y del Capitán Juan de Larrinaga (1), lo que quizá coincida con el testimonio de Fr. Vicente Ortega, quien afirma que el convento de los PP. mercedarios en Quito se funda el 4 de abril de 1537 y que fue su primer provincial Hernando de Granada, o sea el convento mercedario de Quito no se fundó con la ciudad, el 6 de diciembre de 1534, como alguien ha querido sostener.

---

(1) La Santísima Virgen de la Merced y su santuario por el P. Joel Monroy.

Parece que en la fundación de Portoviejo estuvieron presentes, según se colige de diversos documentos, Fray Dionisio Castro de quien escribe González Suárez que vino con Pacheco en la expedición y Fray Gonzalo de Vera, ahorcado más tarde por el famoso demonio de los Andes, Maese de Campo Francisco de Carvajal. Castro era de Ita, junto a Guadalajara y fue el verdadero fundador del Convento con poderes que trajo de los superiores de la Orden. Lo gobernó algunos años y le sucedió en el cargo Fray Miguel de Santamaría, Comendador más de treinta años (1) y uno de los partidarios de Gonzalo Pizarro, pero que se cree no estuvo con él en la sublevación contra el Rey.

González Suárez afirma que los mercedarios rechazaron los ofrecimientos del cacique del lugar, que quiso darles oro en polvo, esmeraldas y las mejores doncellas, hijas de los principales, a su elección y para su servicio. Lo que manifiesta que no todo en la conquista fue ambición de riquezas y poderío material; hubo también almas abnegadas que se sacrificaron por sublimes ideales cristianos.

Los pobladores de Portoviejo fueron numerosos, pues vino una expedición relativamente grande para someter a los indios y muchos de los que intervinieron en la fundación pasaron después a fundar también Guayaquil; pero no se conservan documentos, como el Libro Verde, en Quito, en que se consignen sus nombres. Con todo se pueden enumerar algunos: Nicolás de Villacorta, Hernando Agustín Holguín, Cristóbal Rodríguez, Cristóbal de Burgos, Rodrigo de Vargas y Guzmán, Capitanes Pedro Sianca y Pedro Pacheco, (2), Francisco Martín de Alcántara,

---

(1) Recuerdos históricos y políticos por el P. Salmerón.

(2) Estos dos últimos nombres aparecen como fundadores en un Decreto del Alcalde ordinario de Loja, Josepli Marquez de Lozano en 11 de agosto de 1679.

Blas de Atienza, Don Sancho de la Carrera que vino con Alvarado y desembarcó en Caráquez sin su caballo porque se le había muerto durante la navegación. Como en lo sucesivo los fundadores gozaron de ciertos privilegios, por diversas informaciones de individuos para conseguir favores del Rey se pudieran aumentar un poco más los nombres que aquí se dan.

Portoviejo fue la segunda ciudad fundada en lo que hoy es territorio ecuatoriano, a menos que se cuente a Santiago de Quito como fundación de Riobamba, en cuyo caso Portoviejo ocuparía el tercer lugar.

Se la fundó para pacificar la provincia, proteger desde el puerto de Manta, con agua, leña y víveres a los buques españoles en tránsito y también con fines militares en previsión de posibles futuras invasiones piráticas por mar. Hubo además el propósito común a todas estas fundaciones de extender el dominio de España en tierras de América, permitiendo a los conquistadores dar término a sus ansias de conquista, avecindarse en ellas, fundar un hogar, adquirir propiedad estable, indios que les sirviesen y vivir en amistad fraternal con todos, vencedores y vencidos, bajo el regazo de la Fe cristiana y la lealtad al Rey.

No faltarían fines bastardos que por la distancia de la metrópoli no fue siempre posible remediarlos, ni hechos que hoy miramos como crueldades y eran entonces comunes no sólo en España sino en Europa.

Naturalmente se destruyen los ídolos, se moralizan las costumbres, se acaba con la poligamia y no se permite a los caciques mutilar en el sexo a sus súbditos para el cuidado de sus serrallos. El indio es cristianizado arrancándole primero con el uso de la fuerza las costumbres no morales de la gentilidad y predicándole luego la doctrina cristiana. Se le enseña que es igual al blanco, con la misma alma inmortal, con el mismo padre común y sometido al mismo Dios y al mismo rey y al cumplimiento de los mismos preceptos.

El Gobierno español que no permitía en la me-

trópoli el matrimonio de sus hijos con árabes y judíos, no para conservar purezas en la sangre sino para conservar la pureza en la doctrina católica, prohibía que se embarcasen para América mujeres solteras, a fin de obligar así a los conquistadores a tomar mujer indígena y cristianizar la tierra. Este hecho dice bastante sobre el espíritu que animaba a España en la fundación de las ciudades de América.

II

LA DISPUTA

Después de los arreglos de Alvarado con Almagro y partida de éstos a San Miguel, queda Sebastián de Benalcázar como Teniente de Gobernador de la provincia de Quito. El ascenso a Gobernador estaba en el orden de los sucesos, y como el viaje de Alvarado no obstante todos los desastres, le había enseñado que el puerto natural del reino de Quito (Ecuador) estaba en la provincia de Portoviejo (Manabí), para fundarlo y tener así puerto propio había mandado a verificar la fundación al Capitán Pedro de Puelles, que había venido con las huestes de Alvarado y conocía por lo mismo muy bien la hoy provincia de Manabí y la travesía desde allí a Quito a través de la selva siguiendo la ruta más corta de occidente a oriente, sin desviar hacia San Miguel al sur.

Ya en 19 de agosto de 1534, el nombrado Alcalde de Santiago de Quito Don Diego de Tapia se hace cargo de la importancia que tendría para el reino de Quito la pacificación y población de Portoviejo, el establecimiento de un puerto y una comunicación o camino que lo uniese a la Sierra andina. Ese puerto sería un punto estratégico "llave de la tierra del reino de Quito (Ecuador)" que facilitaría a Alvarado el fortalecer su conquista e independizarse de Pizarro en el Perú, pues le permitiría el aprovechamiento de

los buques y de las gentes que transitasen de Panamá al Perú y viceversa. Después de esta exposición de Tapia ya nadie pudo dudar de la importancia que representaba la fundación de Portoviejo para el reino o provincia de Quito, y Almagro, parece que en la misma ciudad de Riobamba (Santiago de Quito), dio orden a Pacheco para proceder a esa fundación, según lo dice más de un historiador; pero al ir a San Miguel y proceder a entrevistarse con Pizarro recibe de éste orden en el mismo sentido y procede a su cumplimiento enviando al Capitán Pacheco en la forma que ya hemos narrado.

Pero más de cuatrocientos años pasaron, y el camino "llave de la tierra" que uniera a Quito con el mar por la provincia de Manabí fue un bello sueño, sin realidad, porque por la fundación posterior de Guayaquil se abre un nuevo camino que aunque no tan corto como el que vislumbraran Alvarado, Almagro, Pacheco y Puelles era el menos no tan largo como el primitivo dando la vuelta por San Miguel.

El Capitán Pedro Puelles es sevillano. Como muchos de los conquistadores más amigo de las armas que de las letras, curtido en aventuras y no muy leal al rey como lo demostrarían hechos posteriores (1). Goza de los favores de Alvarado quien en su viaje a través de la selva le nombra Tesorero de los españoles que murieren abintestato sin dejar herederos que eran la mayoría de los que murieron en la expedición. Almagro si bien le pide cuenta de la administración de estos bienes le nombra Regidor de la ciudad de San Francisco de Quito fundada en Riobamba el 28 de agosto de 1534. Y Sebastián de Benalcázar que fue el Jefe, después de la partida de Alvarado y Almagro, lo manda con Melchor Valdez a fundar Portoviejo. Ninguno de los dos, ni Puelles, ni Valdez, se inscriben como vecinos de la ciudad de

---

(1) El Sr. José Rumazo González ha publicado un documentado estudio del Capitán Pedro de Puelles.

Quito, en 6 de diciembre (1534) seguramente porque no estaban presentes, pero en acta del 22 del mismo mes se lee que ambos han ido por mandato de Benalcázar "a conquystar e descobyr e pacificar camyno a la mar del sur". En acta de 25 de julio se vuelve a hacer referencia de que Puelles ha ido a Portoviejo con otros vecinos de Quito.

Es seguro que Puelles como Pacheco fueron a Portoviejo por la ruta de San Miguel que era la más corta, sino en extensión geográfica por las facilidades del camino. La terrible experiencia de Alvarado era demasiado dolorosa, y bajar a Guayaquil, no fundada aun por los españoles y bajo el dominio de los huancavilcas, para seguir de aquí por mar o por tierra a Portoviejo era demasiado infantil el intentarlo, con tanta mayor razón cuando Cieza escribe en su crónica que no había caminado directo de Manta a Portoviejo y que era necesario salir por San Miguel.

"Estando entendiendo en esta conquista y población Francisco Pacheco vino de Quito Pedro de Puelles con alguna copia de españoles a poblar la misma costa del mar del sur, y hubo entre ellos alguna disputa hasta que Pizarro mandó lo que más convenía al servicio de su Majestad" (Crónica Cap. 51).

De las palabras transcritas muchos han creído entender que Puelles vino directamente por la ruta de Manabí que siguiera Alvarado o por la de Guayaquil, pero eso no dice Cieza, y es difícil creerlo por la no existencia de tal camino o al menos sus enormes dificultades en transitarlo.

En cuanto al litigio surgido Pizarro lo decidió a favor de Pacheco, lo que era decidirlo en favor de sí mismo, pues Pacheco no hizo sino cumplir sus órdenes trasmitidas por medio de Almagro, por lo que en el Escudo de Armas que el Rey concede a Pizarro, en 2 de diciembre de 1537 se pone la fundación de Portoviejo como uno de los motivos de tan valiosa concesión.

No obstante aun hoy no faltan disputas sobre el

verdadero fundador de la ciudad. D' Amencourt o el señor Camilo Destruge que se esconde bajo este seudónimo, en su libro "Revolución de Octubre", afirma que Almagro dio a Benalcázar orden de fundar una ciudad en la costa de Manabí, y que luego olvidando el encargo mandó a Pacheco a la misma fundación. No parece fundado el aserto, y lo probable es que Benalcázar de su cuenta, en ejercicio del cargo de que estaba investido, aun sabiendo que Almagro había partido a San Miguel a fundar u ordenar la fundación de la ciudad, dispuso que Puelles partiese a dicha fundación. Que Benalcázar era bastante arbitrario en sus procedimientos, y que en ocasiones no obedecía ni aun órdenes de Pizarro lo confirman sucesos posteriores.

No obstante el fallo de Pizarro, Herrera dice que el verdadero fundador de Portoviejo es Gonzalo de Olmos. He aquí como este historiador refiere el suceso:

Hernando Pizarro había ido a España llevándole de tributo al Rey 155.000 pesos oro, 38 vasijas del mismo metal, un idolillo de oro macizo del tamaño de un niño, plata y otras joyas. Refirió lo hecho por Alvarado y el Rey mandó prender a éste por haber ido contra su orden a la conquista de Quito, pues expresamente se le había advertido no se metiese en territorio cedido a otro. De regreso de España, Hernando Pizarro se vino de Panamá al Perú precisamente el mismo año de 1535, y al llegar a Portoviejo y tener noticia de la disputa entre Pacheco y Puelles dejó de Gobernador a Gonzalo de Olmos y éste fundó la ciudad.

Hasta aquí Herrera. Diego de Almagro en carta de San Miguel de Piura de 8 de marzo de 1534 dice que lo remitido en buen oro con Hernando Pizarro fue 170.000 pesos, y que posteriormente por los quintos se le remitieron nuevamente 200.000 pesos más en oro y 100.000 marcos de plata (Benalcázar por Jijón Pág. 89).

En lo referente a que Gonzalo de Olmos fundó la

ciudad, la verdad es que a la llegada de Hernando Pizarro a Portoviejo la ciudad ya estaba fundada, y Gonzalo de Olmos fue el segundo Gobernador. Pacheco primer Gobernador y Puelles partieron a San Miguel con el mismo Hernando que iba a juntarse con su hermano Francisco.

Herrera está conforme con otros cronistas en que Portoviejo fue fundada con el nombre de Villanueva, o ciudad de Villanueva en la provincia de Portoviejo; pero la pone a cuatro leguas de la orilla del mar y no a dos como dice Cieza. Esto manifiesta que la ciudad fundada por Pacheco fue trasladada por Olmos a un segundo sitio en el mismo año de 1535 y que es por este traslado que Herrera da a Gonzalo de Olmos la calidad de fundador. Esta presunción la justifica un documento sin fecha que se inserta en Benalcázar por Jijón pág. 153 en que se afirma que Olmos fundó la ciudad a cuatro leguas del mar. En este traslado perdió Portoviejo la categoría de puerto fluvial, que entonces era factible por lo recio de la estación invernal y la mayor canalización del río, entonces de marea, con manglares en la desembocadura.

Olmos, dice el mismo Herrera, hizo todo lo posible por hallar la mina que daba a Manabí (Portoviejo) tanta abundancia de esmeraldas, pero todos sus esfuerzos fracasaron y no le fue posible dar con ella.

Diremos para terminar lo referente a este capítulo, que Puelles el 28 de marzo de 1536 aparece en Quito, según el libro verde, reemplazando a Benalcázar que se había ido a la conquista de Quillacinga, y posteriormente su mala suerte lo lleva a militar entre los partidarios de Gonzalo Pizarro, es asesinado y lo cuenta España en el número de los traidores por haberse alzado contra el Rey.

Francisco Pacheco regresa a la madre patria, y en las contiendas entre Felipe II y Su Santidad Paulo IV vemos actuar en las negociaciones de paz en 1556 a un Don Francisco Pacheco, que sin más fundamento que el nombre y la época suponemos sea el mismo fundador de Portoviejo.

III

GUAYAQUIL EN LA BAHIA DE CHARAPOTO

En la Historia General de los viajes, tomo XIII, se dice que Guayaquil se fundó primero en la bahía de Charapotó; y Dionisio de Alcedo escribe, que Guayaquil estuvo asentada primero en la antigua planta donde estuvo San Gregorio de Portoviejo. Quizá esta última opinión estribe en interpretar mal un error de Cieza, quien dice que junto a Portoviejo, dos leguas tierra adentro está la ciudad de Santiago. Portoviejo es Manta y Santiago San Gregorio, y el pasaje quiere decir: Junto a Manta (provincia de Portoviejo), dos leguas tierra adentro está la ciudad de San Gregorio.

Destruge asegura que Almagro había recomendado a Benalcázar que fundase dos puertos, uno en Cancebí y otro en el golfo de Guayaquil, y que en realidad se hicieron esas dos distintas fundaciones que algunos cronistas confunden. Por fundada tenemos la opinión de Destruge, aunque a la palabra puerto hay que darle a veces el significado de entrada o puerta de un territorio o ciudad principal desde donde se inician las conquistas, así Herrera nos habla de puertos nevados de la cordillera que no significan otra cosa que puntos desde donde es posible atravesar la montaña.

Por la época de los descubrimientos había que distinguir en Manabí las comarcas de Coaque, Passao, Caráquez, Cancebí y Calangane en la costa; el interior de la provincia no tenía denominación especial y los indios que la habitaban eran conocidos con el nombre de serranos. La comarca de Cancebí fue la que se transformó para los españoles en provincia de Portoviejo y llegaba por el norte hasta Manta y por el sur hasta Salango. Poco a poco esta provincia adquirió

mayor extensión. Saville cree que antes de la conquista los indios llamaban Calangane el territorio que va de Atacames a Salango, pero no parece probable que antes de la invasión española la provincia tuviese un nombre general para designarla. Esto exige mayor unidad de pueblos y mayor cultura, unidad y cultura que por la época de la conquista había venido en Manabí muy a menos. El mismo imperio peruano carecía de un nombre. Tahuantisuyo significaba sencillamente el mundo entero, los cuatro puntos cardinales, porque el súbdito incaico de ciertas regiones imaginaba que su monarca tenía dominio sobre todo el universo.

La idea de los españoles fue fundar en este territorio que llamamos hoy Manabí una ciudad principal que fuese centro de la conquista; y con este fin, como dice Destruge, se fundaron dos puertos, uno en Cancebí y otro en Guayaquil.

El puerto fundado en la región de Cancebí fue San Gregorio de Portoviejo, sobre el río de este nombre que corría entonces como hemos dicho, por un cauce más profundo que el de hoy y por donde la marea subía probablemente más arriba de donde fue fundada la primitiva ciudad española. En otro de nuestros estudios, Manta y Bahía en los primeros tiempos de la República, hemos manifestado que hacia 1.830 era aun abundante en el río Portoviejo la concha prieta y el mangle, que sólo se dan en río, de marea o donde en alguna forma es posible la mezcla de agua dulce con la salada. Como recuerdo histórico existen aun algunos ejemplares de mangle de esa fenecida época.

Portoviejo tuvo que fundarse como puerto, por el río como única vía; no es concebible que los españoles fueran a encerrarse en pleno invierno en un lugar sin salida y rodeados de fango por todas partes. Con todo debemos advertir que aunque este río estaba mejor canalizado tenía como tiene en la actualidad menor caudal de agua que el que desemboca en Bahía; de ahí que Oviedo afirme a este respecto, que desde que se llega a buena tierra, es decir desde que se

han pasado las tierras anegadizas del sur de Colombia y norte del Ecuador no hay hasta Tumbes sino tres ríos caudalosos, el de la bahía de San Mateo (Esmeraldas), el de Bahía de Caráquez y el de que sale a Puná (Guayas).

El nombre de Portoviejo que se dio a la ciudad o villa obedece a tres motivos, primero que así se llamaba la comarca, segundo que fue realmente puerto aunque quizá el mismo año de su fundación perdió este carácter con la traslación de Gonzalo de Olmos, y tercero porque Portoviejo entre los españoles venía a ocupar el lugar de Manta entre los indígenas, tanto que no falta quien ponga la fundación española de Manta como verificada en la misma fecha, 12 de marzo de 1.535. Si a Portoviejo no se lo fundó en el mismo sitio de Manta fue seguramente por falta de agua dulce en abundancia en el lugar.

Al llevar Pacheco la ciudad un poco adentro del río Portoviejo imaginó que ella en lo futuro ocuparía el rol de puerto preferido, pero erró en sus cálculos porque los buques no prefirieron los bajos de la desembocadura del río Portoviejo a la hermosa ensenada de Manta. El recuerdo se perpetuó alterado en la tradición y Baleato, a principios del siglo anterior, escribía: "En la ensenada de Charapotó estaba a orillas del mar el pueblo de San Gregorio de Portoviejo" y en otro lugar: "en la ensenada de Manta a un cuarto de legua existen en la espesura del País las paredes del pueblo de Manta que fundó Pacheco en 1.535". Los datos no son del todo ciertos; Pacheco no fundó sino un pueblo, Portoviejo, que a veces se le confunde con Manta por falta de datos, y por no distinguirse el espíritu que guió a los españoles en la fundación de la ciudad. Las paredes del pueblo de Manta de que habla son seguramente ruinas de poblado indígena.

Este rol marítimo de Portoviejo es lo que ha llevado a confundirlo con Guayaquil, porque a la idea de puerto se le añade también la confusión del nombre de Santiago con el de Gregorio, cosa que no es rara en los primeros cronistas, quienes hablan de la pro-

vincia y aun de la ciudad de Santiago de Portoviejo. Los españoles tenían tanta predilección por el nombre de Santiago que aun a Piura la llamó Pizarro, Santiago en su primera fundación como puede verse en López de Caravantes.

Como ejemplo de la frecuencia con que en estas primeras fundaciones se confunde a Portoviejo con Guayaquil citaremos este hecho. Los fundadores de esta última ciudad en 1.537 fueron: Juan de Jaen, López de Acevedo, Juan Fernández, Cristóbal de Villalta, Manuel Estacio, Francisco de Valverde y Diego Martín. No obstante, dos siglos más tarde, estos mismos individuos figuran como fundadores de Portoviejo en un informe que en 1.747 eleva a su Majestad el Rey de España, el procurador general Dn. Juan Robles Alfonzo.

El señor Temístocles Estrada, que con tan laudable empeño y con tan felices resultados adjuntó numerosos documentos para la historia de Manabí, en un valiosísimo aporte presentado a un Concurso con motivo del cuatricentenario de la fundación de Portoviejo puso como fundadores de la ciudad a Baltazar de Ocampo, Nicolás de Villacorta, Francisco de Orellana, Hernando de Agustín Holguín, Diego Méndez, Enrique Rodríguez, Lope de Acevedo, Cristóbal de Burgos, Juan Fernández, Diego Martín, Juan de Jaén, Fray Miguel de Santa María de Orens, Fray Dionisio Castro, Presbítero Juan Bautista Galdín, Manuel de Estacio, Francisco de Olmos, Jerónimo de Villegas, Pedro Garzón, Diego de Pérez, Cristóbal de Villalta, Bartolomé Pérez de Burgos, Presbítero Onofre Esteban, Pedro de Vera, Juan de Avila prieto, Agustín Briceño, Cristóbal Pérez, Francisco de Valverde, María de Figueroa de Manjarrez, Leonor de Robles, Enrique Díaz, José Golijón, Gaspar de Barrionuevo y otros.

Dudoso es que todos estos nombres correspondan a fundadores de Portoviejo.

IV

PORTOVIEJO CONTRIBUYE A LA FUNDACION DE GUAYAQUIL

Como vimos, Pacheco gozó poco de su ciudad. En el mismo año de su fundación le sucedió en el mando el Capitán Gonzalo de Olmos.

En esta época y hasta 1.541 Portoviejo fue de mayor importancia que Guayaquil. Con dicha fundación se protegió a los indios de la codicia de los conquistadores y a éstos de las venganzas de los indios. Sus jueces y su Gobierno hacía que reinase relativa paz y los buques que iban de Panamá y otros lugares del norte del Perú hallaban víveres y auxilios de toda clase. No había navío que del norte pasase al sur que no se detuviese en Manta para descanso de la gente y provisión de lo necesario para el viaje. Y como Manta carecía de españoles los viajeros pasaban casi siempre a Portoviejo a distraerse un poco e inquirir noticias de la riqueza de la tierra y sobre sus esperanzas de hacer fortuna que solía ser lo que más les interesaba. Los virreyes y gobernadores del Perú casi nunca dejaban de visitar a Portoviejo al venir a hacerse cargo del Gobierno.

Guayaquil había sido fundada el 25 de julio de 1.535, pero los abusos de los españoles con los indios obligaron a éstos a destruirla y de setenta vecinos sólo pudieron escapar con vida el gobernador y fundador Diego Daza y cinco compañeros, que en su fuga no pararon hasta llegar a Quito.

Daza y Pedro Tapia intentaron una segunda fundación, pero los huancavilcas los derrotaron y tuvieron que regresar a Quito. Francisco Pizarro que se hallaba en Lima, al saber lo acontecido envió al Capitán Zaera con fuerza suficiente a fundar de nuevo la ciudad y Zaera, después de reñidos encuentros con

los indios, logró su objeto mediante capitulaciones. Por desgracia, Zaera tuvo que regresar al Perú para ayudar a Pizarro en la sublevación de Manco Inca y los indios aprovecharon la oportunidad para destruír de nuevo a Guayaquil.

Gonzalo de Olmos, el Gobernador de Portoviejo, fue también llamado por Pizarro y acudió al llamamiento, pero dejando en su lugar a su hermano Juan para no destruír la ciudad. En vista de lo apremiante de las circunstancias Pizarro le obliga a regresar a Portoviejo para que le envíe toda la gente que desembarque en ese lugar de Nicaragua, Castilla o Nueva España, etc. (1).

Residía por esta época también en Portoviejo Francisco Orellana. Su casa, dice Destruge, estaba abierta a los enfermos y necesitados: en ella encontraban éstos albergue, medicinas y toda clase de socorros. Orellana, amigo, paisano y pariente de Pizarro acudió a auxiliarlo en la sublevación de Manco Inca con 80 hombres, dinero y caballos y en compañía del gobernador Gonzalo de Olmes con 150 hombres. Vencido el inca, Orellana recibe de Pizarro el encargo de conquistar la provincia de la Culata, hacia mayo de 1538, con el cargo de Capitán General y Teniente de Gobernador de Portoviejo y Guayaquil (2) y ejerce la gobernación hasta 1541 en que tiene que marchar a Quito para seguir a Gonzalo Pizarro al Oriente, el país de la Canela, el Dorado. La provincia de Portoviejo por ésta época era tan rica, que Orellana no obstante ser un hombre derrochador y amigo de favorecer a los españoles en desgracia pudo contribuir con 40.000 pesos para la expedición al Oriente.

Apenas Orellana, el tercer gobernador de Portoviejo, se alejó de Guayaquil los indios se sublevaron

---

(1) Documento de Benalcázar por Jijón págs. 194 y siguientes.

(2) Benalcázar por Jijón pág. 124 Medina pág. LIX.

en el mismo año de 1.541 y el Capitán Diego de Urbina que había quedado de gobernador en esta última ciudad tuvo que retirarse a Portoviejo con los archivos, cajas reales, armas, vecinos y tropa. Se reorganizó en Portoviejo y de regreso a Guayaquil volvió a reconstruír la ciudad.

Los indios pretendieron cercarla de nuevo con ánimo de destruírla, pero estaba en ella Rodrigo de Guzmán, español que llegó en la expedición de Alvarado y que había residido en Coaque, Bahía, Portoviejo, Jipijapa y últimamente en Guayaquil. Este leal caballero y buen católico, como le llaman las crónicas, viendo que era imposible resistir mucho tiempo salió cautelosamente de la ciudad con dos vecinos y se vino a Portoviejo donde contó lo acaecido y obtuvo que le acompañasen veinte valientes. Con ellos regresó a Guayaquil y derrotó a los indios que desde entonces no volvieron ya a atacar la ciudad.

Como en este mismo año de 1.541 ocurriera en Portoviejo un incendio los vecinos, en su mayor parte, se trasladaron a Guayaquil con las cajas reales y archivo; y el resto reconstruyó la ciudad seis leguas tierra adentro. Desde este año principia la decadencia de Portoviejo y Herrera la describe como ciudad pobre y noble, cuyos corregidores eran nombrados directamente por el Rey.

Alcedo refiere que en 1.628, el pirata inglés Jacobo Hermite saqueó la ciudad que estaba a orillas del mar y que con este motivo se trasladó a la hermosa vega de los ríos chico y grande. No es verdad este hecho, Alcedo confunde Portoviejo con Manta. Salazar de Villasante que estuvo en Portoviejo en 1566 asegura que la ciudad estaba seis leguas tierra adentro; y Reginaldo de Lizárreaga que escribe en el mismo siglo XVI afirma que dista de ocho a diez leguas de Manta. Seguramente a causa de otro incendio Portoviejo tuvo una cuarta fundación, y decimos cuarta, porque ya en 1583 López de Atienza, vicario de Quito y contemporáneo de los hechos, que por lo mismo debió estar bien informado nos habla de

tres fundaciones, que son, como lo hemos visto, la de Pacheco, la de Gonzalo de Olmos y la ocurrida a causa del incendio de 1.541.

Respecto de la actual situación de la ciudad parece que no se ha efectuado traslación alguna de importancia desde el siglo XVI, y que desde entonces a la fecha, en que comienza a reaccionar, su vida ha sido de aristocrática pobreza. En la 3ª parte de la Descripción de Guayaquil, a mediados del siglo XVII, se dice de ella, que S. Majestad la llama ciudad en sus cédulas y provisiones y que solía ser cabeza de todo el partido, pero que ahora ha venido a menos y por desprecio se la llama Culata; que el río Portoviejo, a cuyas márgenes se halla, tiene 20 leguas desde su origen hasta la ciudad y desde allí seis leguas más a la desembocadura..... que a dos leguas de la ciudad está otro río que llaman Pimpiguasí donde antes había muchos indios.

Esta descripción no deja lugar a duda de que al principiar el siglo XVII, Portoviejo se hallaba poco más o menos en el lugar donde ahora está. Respecto de que el nombre de Culata se le daba por desprecio no parece cierto, porque este nombre aparece muy temprano en la historia, aun en la época en que Portoviejo era superior a Guayaquil, y bastaría recordar que ya Orellana recibió facultades de Pizarro para conquistar la provincia de la Culata.

INDICE

Págs.

PREHISTORIA

Antigüedad del hombre

Entrada del hombre al Ecuador 5
El hombre americano vino de Europa 6
El hombre americano vino de Asia 9
Lo poco que se sabe 12
Explicación de las analogías 14
Edad cuaternaria 16
Edad del hombre sobre la tierra 19

Los Mantas

Influencia maya 22
Otras influencias 26
Permanencia de un pueblo 29
Los Pozos 35
Alejamiento del mar 39
Extensión cultural de los Mantas 41

Caras y Shiris

La historia de Velasco 46
Existencia del reino de los Shiris 48
Veracidad del relato del P. Velasco 51
La gran familia chibcha 56
Los caras suben de la costa 59
Los caras permanecen largo tiempo en Manabí 62
La prueba del idioma 63
El dialecto quechua quiteño 65
El arte cara 68

Págs.

Las tolas 70
Etnología y arqueología 72
Los caras de Manabí y sus vecinos 74
Los caras de Santo Domingo 75
Consideraciones necesarias 76
Costumbres de los caras 77

Otros pueblos

Los atacameños 79
Los chimus 82
Los incas 87

Las sillas de piedra

Sitio y colocación 93
Carácter religioso 95
Sirven para sentarse 97
Perfección artística 99
Variedad, mitos e influencias 101

Religión

Generalidades 104
Culto a la serpiente 106
Otros ídolos y sacrificios 107
Culto en los diversos pueblos 108
Culto y libertad 112
Agorerismo 114
Recuerdos de la revelación primitiva 116

Moralidad, vestidos y adornos

Bajo nivel moral 118
Vestidos 119
Comparaciones 122
Diferencias sociales 123
Adornos 124

Págs.

Industria fabril 128

Las sepulturas

Diversas clases 130
Mantas y caras 132
Los colorados, los montuvios y los incas.... 134

La propiedad y la familia

El comunismo de la tierra 136
Labores agrícolas. Vida de familia 138
La casa 139
Ocupaciones y comercio 140
Alimentos y medicinas 142
Extinción de la raza 143

DESCUBRIMIENTO

Los primeros españoles en Manabí

La primera visita de los españoles 147
La navegación entre los indios 152
La segunda visita de los españoles a las costas de Manabí 159
Primeras aventuras del tercer viaje 164
En Coaque 169
En Passao 179
En Caráquez 183
En Portoviejo 186
Diego de Almagro en las costas manabitas 192

Conquista y fundación de Quito

Pedro de Alvarado 194
Rumbo a Portoviejo (Manabí) 199
En Portoviejo 202
Abusos 207
Trabajos 211

Págs.

Sebastián de Benalcázar 215
De San Miguel a Teocajas 220
Batalla de Teocajas 224
En Riobamba 228
En Latacunga 233
En Quito 238
Diego de Almagro 244
Santiago de Quito 250
La disputa 255
El convenio 261
San Francisco de Quito 267
El regreso 273
Segundo viaje de Benalcázar 279
Seis de diciembre de 1534 287

Portoviejo

Fundación de Portoviejo 292
La disputa 300
Guayaquil en la bahía de Charapotó 305
Portoviejo contribuye a la fundación de Guayaquil 309

MUSEO ETNOGRÁFICO
Nº Inv.
BIBLIOTECA


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1951
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1681
QUITO

Precio: $ 30,00